

N.º 7 (2024)

Las metamorfosis políticas y culturales del posfascismo

COORDINACIÓN:

César Rina Simón
Gustavo Hernández Sánchez
Raimundo Cuesta



Editado por FEDICARIA: ISSN 2605-0641

Disponible en: <https://ojs.uv.es/index.php/con-cienciasocial/index>

SUMARIO

EDITORIAL

Editorial: Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática | 1

TEMA DEL AÑO

La Leyenda Negra y los abusos de la memoria. Reflexiones sobre el nacionalismo historiográfico actual en España

Edgar Straehle | 13

El final del espejismo

Jesús Ángel Sánchez Moreno | 33

Populismo y didáctica crítica de las ciencias sociales

Jesús Romero Morante, María Louzao Suárez, Daniel Macías Fernández | 51

Un pasado que no pasa. Persistencias y mutaciones del fascismo: diálogo con el historiador Francesco Filippi

Matteo Tomasoni, César Rina Simón | 87

Un passato che non passa. Persistenze e mutazioni del fascismo: dialogando con lo storico Francesco Filippi

Matteo Tomasoni, César Rina Simón | 125

APUNTES CRÍTICOS

La amenaza interminable del fascismo. Entre realidad histórica y propaganda contemporánea

Giorgia Priorelli | 163

¿Fascismo(s) modernizado(s)? La relación oblicua del fascismo histórico con la extrema derecha

Magdalini Fytli | 173

¿Escondidas en el caballo de Troya? Las nuevas extremas derechas y su amenaza para la democracia

David Corchado Guillén | 187

Combates por España: a vueltas con el nuevo nacionalismo español

Vicente Pérez-Guerrero | 197

Los nuevos odres del revisionismo historiográfico en la temprana Edad Moderna: advertencia sobre el documental “España: la primera globalización”

Gustavo Hernández Sánchez | 211

Educación frente al neofascismo 2.0: repensar la Pedagogía en una era de nuevos fascismos

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez | 221

No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo

Pablo Batalla | 245



Gustavo Bueno y la posnostalgia franquista en los estudios del auge de la extrema derecha	
<i>Álvaro Castro Sánchez</i>	255
Historia con memoria de las revoluciones. Una verdad incómoda	
<i>Raimundo Cuesta</i>	265
Poslexia y hedonia depresiva en el alumnado. Algunas ideas de Mark Fisher para pensar la educación	
<i>Sergio García Puchades</i>	283

Número: Las metamorfosis políticas y culturales del posfascismo

Editorial: Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática

Editorial: A new Leviathan. The reactivation of anti-democratic barbarism

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28393

Referencia

Editorial (2024). Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 1-12. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28393

El pasado solo habrá sido superado el día en que las causas de lo ocurrido hayan sido eliminadas. Y si su hechizo no ha sido roto hasta hoy, es porque las causas siguen vivas. (Th. W. Adorno. *¿Qué significa superar el pasado?*, 1959)

Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie. (S. Freud. *Moisés y la religión monoteísta*, 1939)

Moisés y la religión monoteísta es obra de un Freud exiliado a causa de los desmanes racistas antijudíos del III Reich, un hombre sin esperanzas que, en las postrimerías de su existencia, entre 1934 y 1938, reflexiona amarga y terminalmente sobre el significado de su tiempo. Traemos a colación esa cita porque diagnostica y compendia con sencillez el horror padecido en el devenir de lo que hoy venimos en llamar “era de las catástrofes”. En efecto, el contubernio entre civilización y barbarie, entre refinada cultura y violencia homicida sin freno, constituye el haz y el envés del ciclo histórico que presencia el primer auge del fascismo en todo el mundo Occidental.

El parto de los totalitarismos fue en su día la manifestación más aguda y superlativa de eso a lo que aludía Thomas Hobbes, en su obra más célebre, como “ese gran Leviatán que llamo república o Estado”. Causa no poca perplejidad que en el siglo XVII se tomara a Leviatán, monstruo bíblico de las profundidades marinas, a modo de título de un enjundioso ensayo de teoría del poder, en que se postula, entre otras recomendaciones, la sumisión voluntaria de los individuos a un ciego imperio de la razón de Estado. Esa magna obra fue el espejo donde se miró el absolutismo de la época, pero también constituye el amanecer y hontanar de la ciencia política de la modernidad. Desde entonces no han cesado las especulaciones que tratan de interpretar el buen gobierno de la cosa pública como la coexistencia del consenso y la violencia, del consentimiento de la ciudadanía y la coacción mediante la fuerza física y simbólica del poder institucional.

La era de los fascismos, coincidente con la irrupción de las masas en el espacio público abunda hiperbólicamente, desde la esfera de la teoría y la práctica políticas, en esa herencia “realista” hobbesiana (y de otros linajes), asentada en el matrimonio de conveniencia entre voluntad de obediencia y la autoridad pública, que actúa como deseable balanza de un equilibrio social deseable, aunque prácticamente imposible gracias a la entropía e incertidumbres inherentes a las sociedades capitalistas. Desde finales del siglo XVIII y hasta la Gran Guerra de 1914 se desplegó en Europa y América la experiencia de regímenes de representación parlamentaria al dictado del liberalismo, la nueva doctrina política burguesa que, en un principio, abre grandes perspectivas, si bien enseguida se van cerrando merced a un vuelco reaccionario dado en respuesta al desarrollo del movimiento obrero y del pensamiento socialista. De esta suerte, ya entrado el siglo XX esos dos continentes de pensamiento, liberalismo y socialismo, con sus muchas variantes y matices territoriales e ideológicos, se erigen en las opciones políticas partidarias más sustantivas dentro del espacio marcado por unos sistemas de poder institucionalizado que ensayan, con desigual entusiasmo y éxito, el estiramiento de la representación formal de la ciudadanía hacia formulaciones más abiertas y democráticas. En ese contexto, se producen intentos de revolución social y superación del capitalismo que solo acaba triunfando en Rusia en 1917. La Guerra Mundial de 1914 y el miedo a la revolución soviética marcan el signo de unos tiempos convulsos que convierten al periodo de entreguerras en el momento de quiebra mayoritaria en Europa de los modelos de representación parlamentaria hasta entonces vigentes. Su erosión se plasma en el ascenso del movimiento fascista, que encarna un nuevo ciclo de pensamiento contrarrevolucionario. Frente al conservadurismo integrista de signo más

bien religioso nacido a raíz de la Revolución francesa, el nuevo autoritarismo representa una constelación ideológica que podría llamarse “revolución conservadora”, o sea, una suma de contrarrevolución más dictadura totalitaria. Su éxito en Italia y Alemania llena una etapa de auge del autoritarismo de extrema derecha que llega hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Después de la calamidad bélica el fascismo se difumina y fragmenta en grupúsculos testimoniales, pero después de la caída de la Unión Soviética y en pleno auge de un capitalismo global, renacen formas de “fascismo” muy variadas que van de lo que algunos han llamado “posfascismo” hasta “neofascismo” u otras calificaciones, esto es, movimientos políticos derechistas sumamente reaccionarios y autoritarios que se presentan bajo múltiples formas de populismo identitario y nacionalista. Intuitivamente todo el mundo parece saber lo que dice cuando denomina “fascista” a alguien o a algo, si bien, más allá del impropio, la teoría política crítica ha de distinguir e historizar y, por tanto, no cosificar el significado pasado y presente de una especie de autocracia política y contrarreforma cultural que en cada época adquiere perfiles propios y responde a necesidades nuevas, no en vano las sociedades occidentales de hoy no son iguales a las de hace ocho o nueve décadas.

De ahí que, en realidad, como se muestra en algunas de las colaboraciones de este número de *Con-Ciencia Social*, el fenómeno fascista ha sido y es objeto de una aguda polémica a la hora de señalar lo que sea la “cosa” y el vocablo que la nombra. Podemos decir que el consenso historiográfico posterior al final de la Segunda Guerra Mundial ha quebrado y en el presente existe un rico debate historiográfico generado por una corriente revisionista conservadora que ha conseguido de algún modo disgregar el análisis histórico del estudio del fenómeno en su conjunto como uno de sus grandes logros. Esto, bien empleado sirve para matizar y ampliar algunos aspectos desconocidos en el pasado, es el caso del concepto de “fascistización” para definir al franquismo en su primera etapa; pero, en otros, también puede ser usado para quitar hierro o maquillar, dentro de las historias nacionales, regímenes criminales surgidos al calor de un fenómeno que tiene una indudable dimensión europea y global. En su día el fascismo fue una especie de tendencia emergente que aparecía compuesta de un movimiento-partido, una ideología y una praxis contrarrevolucionaria y antidemocrática, mientras que hoy se alimenta de nuevos retazos de guerra cultural y se inserta en un nuevo tipo de capitalismo (el totalcapitalismo), en el que las formas de dominación se verifican a través de una refinada “ingeniería del sometimiento”, que busca su mayor nicho y soporte en las redes de información digital.

Desde hace tres décadas, vivimos a escala mundial (cierto que en España con algún retraso) la reaparición y comparecencia en el espacio público de unos personajes, ideologías y organizaciones que señalan a la democracia liberal y al sistema económico capitalista mundializado como enemigos del pueblo y de su cultura nacional. Precisamente del significado y alcance de tal fenómeno que hoy invade nuestras vidas tan acuciosamente trata este número de *Con-Ciencia Social*. El Leviatán capitalista ha creado en su seno una criatura monstruosa, que, en nombre de la defensa de la identidad nacional robada y de la pérdida del bienestar de cada pueblo, pone en peligro las conquistas sociales y los derechos humanos (especialmente de mujeres y emigrantes) logrados tras un largo camino reivindicativo de los movimientos de orientación izquierdista. Estamos, pues, en pleno ciclo de resaca conservadora que ya lleva tres décadas en la palestra, colonizando las actitudes mentales de las derechas templadas y obligando a las izquierdas a una acción reactiva que a veces pasa por proteger una democracia representativa que deberían otros defender con más ahínco. Esa posición pasiva y defensiva se muestra impotente para afrontar las terribles consecuencias del totalcapitalismo (un sistema mundial que gobierna a través de la subjetividad y la “libre” conversión de las personas en mercancías y en consumidores) sobre el tejido social que deshace al trabajador tradicional y al movimiento obrero. De ahí la falta de proyectos estratégicos de izquierda, excepto las ocasionales proclividades de algunas personas y organizaciones hacia declaraciones dogmáticas reafirmativas de un pasado que ya no regresa, denominado informalmente como “rojipardismo”. Así, entre la incredulidad, la decepción y la melancolía, los movimientos de izquierda en el mundo occidental han recalado en el puerto seguro de no perder lo ya obtenido. O sea, en una suerte de resistencia a la defensiva, pragmática y posibilista. Como dice, Francesco Lippi en la entrevista que se le hace en este número: “la izquierda se avergüenza de su pasado mientras que la derecha se enorgullece”.

La historia humana no posee un diseño preexistente y una meta final. Los procesos sociales y políticos no caminan siempre en la misma dirección. La sorpresa que ha acontecido ante el panorama del renacimiento ultraderechista nos indica que nada está garantizado y ninguna de las conquistas sociales tiene el sello de la inmortalidad. Tras la dictadura franquista, los que la vivieron creyeron que no volvería a suceder y los que nacieron durante el régimen del 78 llegaron a creer que los derechos constitucionales eran inamovibles, eran derechos adquiridos. Lo cierto es que ninguna coyuntura histórica se repite, aunque son innegables algunas semejanzas entre la era fascista de entreguerras y la coyuntura ultranacional-populista de nuestros días.

Ciertamente, lo que en nuestros días suele englobarse dentro de las etiquetas que van de posfascismo a neofascismo u otras constituye un mosaico de teselas muy heterogéneas que se rige por la amalgama de un amasijo de ideas, creencias y organizaciones (desde youtubers y redes sociales hasta partidos políticos convencionales). Todo ese caldo de cultivo bulle en las redomas encantadas de las noticias falsas, el sensacionalismo y, en suma, en una espectacularización escandalosa y narcisista de la vida y una estetización de la acción política (incluido el culto a la violencia). Frente al tradicional racismo antijudío, el escuadrismo paramilitar de la organización y el totalitarismo del fascismo originario, ahora se carga el acento en el nativismo xenófobo, el antifeminismo, la islamofobia y lgtbiq+fobia, el populismo nacionalista, el fundamentalismo bíblico, el dogmatismo más grosero. A menudo, como hacía Unamuno en su tiempo, se toma el fenómeno como una inmundicia intelectual y una opereta bufa protagonizada por jaurías de dementes. Pero antaño como hogaño sería una frivolidad tomar el rábano por las hojas y suponer que la esencia del reactualizado monstruo que nos amenaza reside en la grotesca teatralización de la política propia de seres desquiciados, ignorantes, supersticiosos y violentos, carentes, en fin, de la más más mínima solvencia intelectual. Craso error porque el nuevo Leviatán tiene como centro la lucha de ideas y el logro de la hegemonía cultural (algunos dirigentes de la nueva derecha no desconocen el concepto de hegemonía de Antonio Gramsci), que conlleva una infraestructura institucional, dentro y fuera de los canales de la red de redes, de grupos de presión y *think tank*, que construyen y difunden narrativas “alternativas” a las verdades asentadas por las ciencias naturales y sociales. Este fenómeno denominado como gramscismo de derechas tiene su epicentro en el desarrollo de la *nouvelle droite* (nueva derecha) francesa y ha influido enormemente en la configuración del Frente Nacional, actualmente Agrupación Nacional, liderado por Marine Le Pen. El modelo del Instituto de Ciencias Sociales, Económicas y Políticas que estos abrieron en Lyon es el que inspira la Fundación Disenso creada por Vox y otras similares como la Fundación Gustavo Bueno, que hacen de este fenómeno una compleja trama política, social, intelectual y económica que nos obliga a tomar precauciones a la hora de entender la complejidad del fenómeno. Tanto es así que, desde hace unos años una parte no despreciable de la intelectualidad antifranquista ha quedado en la órbita, más o menos próxima, de la versión española de la actual extrema derecha. Este nomadismo es propio del transfuguismo de nuestra época.

De lo que se infiere que la anatomía y fisiología sociales de la actual comparecencia parafascista no puede explicarse al margen de los dispositivos de

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática dominación que, parafraseando a M. Foucault, se componen de formas discursivas y no discursivas de organizar el poder a través de la interiorización subjetiva de ideas, hábitos y creencias emanadas de un capitalismo más invasivo de la vida humana que nunca (el totalcapitalismo). Sería vano pretender, excepto quizá para el epifenómeno llamado “rojipardismo” (de noche todos los gatos son pardos), que detrás de los movimientos posfascista habite la más mínima pulsión revolucionaria. Como sus ancestros nazifascistas, nunca su anticapitalismo pasó del área del discurso y del recurso retórico ad hoc. Lo que hoy como ayer brilla como intención más segura es el debilitamiento de la democracia y los avances sociales y de género conseguidos en otros tiempos. Con razón advertía Adorno, en una conferencia dada en la Universidad de Viena en 1967 y titulada “Rasgos del nuevo radicalismo de derechas”, sobre la manifestación de los nuevos populismos de derechas. En ella ponía el acento en la demagogia, cuando no la divulgación de las más burdas mentiras, como correa de transmisión y propaganda principal de este fenómeno. Advirtiéndolo, finalmente, a sus potenciales seguidores de que las consecuencias de esta forma de entender la política “arrastra irremisiblemente al desastre”.

En una palabra, el mandato de que Auschwitz no se repita, el “nunca más”, que después de la Segunda guerra Mundial inspiró las políticas educativas y las ideas progresistas, está más en peligro que nunca. La utopía tecnológica y posthumanista ha devenido en una cacotopía espantosa a través de la “algoritmocracia”, la “infodemia” y la desvitalización de la vida pública y privada, dentro de la que la extrema derecha renacida ha encontrado un benéfico nicho ecológico. Por añadidura, hay otros dos aspectos dignos de mencionar: la reinvención y reciclaje de un pasado glorioso de la comunidad nacional de pertenencia y el uso de la familia y la escuela como plataformas de afianzamiento de las nuevas verdades.

La reconstrucción mítica del pasado ha sido pieza clave y concomitante en el ascenso del fascismo. Se expresa tal fenómeno a través de lo que se ha llamado revisionismo historiográfico, que se sostiene en dos pilares: la cirugía embellecedora de las experiencias fascistas del siglo XX y la recuperación de la ensalada de mitos fundacionales de la nación. En general, esta obra revitalizadora de la mitología se embadurna de una mirada nostálgica hacia el pasado glorioso, como ocurre en España con la repesca de la crítica de la Leyenda Negra o la recuperación patrioter y edulcorada de los hitos nacionales del primer Estado liberal. Por lo demás, el fascismo no funciona sin nacionalismo y el orgullo de ser español, alemán, sueco, indio, etc., características que, junto a unas gotas de religión si viniera al caso, constituyen la horma de unos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática movimientos que en plena era de la globalización se expanden cual epidemia contagiosa y amenazante. Lo peor de lo que nos está pasando es que no se trata de un mero capricho de descerebrados hooligans, sino que en su trasfondo está habitado por un profundo cambio de ciclo histórico ante la crisis del Estado liberal-nacional. Acompañado por una evidente transformación generacional que, como si fuera un corcel desbocado, no acabamos de comprender y embridar mediante el repertorio mental reivindicativo y las formas de lucha características de las generaciones que hicieron o fueron hijas de la transición política española iniciada tras la caída de la dictadura.

Desde luego, no hay pócimas milagrosas para atender a tal dolorosa situación, aunque a menudo se oigan muchas voces que señalan a la educación como el remedio de todos los males de la vida social, como si las sombras del posfascismo pudieran ser repelidas y derrotadas acudiendo mera o principalmente a la modificación del currículum escolar y la reordenación legislativa. La experiencia histórica del pasado evidencia que las mentalidades sociales no siempre conciertan con los regímenes políticos, no necesariamente desfilan con el mismo pie y al unísono. Este asunto interesa muy especialmente a los autores y destinatarios de una revista como la nuestra hecha por docentes y dirigida preferentemente al profesorado de talante crítico antihegemónico. La lógica y tempo de los sistemas educativos no es una copia de los regímenes políticos imperantes y es más cierto que continuamente se producen desajustes y desfases temporales entre los principios inspiradores de la educación institucionalizada y los valores reinantes entre grupos sociales y de edad. Así ocurrió en España entre el sistema educativo del tardofranquismo ampliamente superado por la movilización del profesorado y el desafecto del estudiantado. Hoy, en plena expansión reproductiva del modo de educación tecnocrático de masas, hay un nuevo y esta vez peligroso *décalage* entre los valores enunciados por las normas educativas y los sustentados por una nada despreciable parte del alumnado atraído por ideas y actitudes regresivas (esquirlas de pensamiento fascista, machismo, nostalgias de un pasado no vivido, etc.). Si a tal estado de cosas sumamos el papel de la familia como correa de transmisión de una memoria banal del pasado multiplicados por el acceso de las gentes más jóvenes a los ruidos y distorsiones de las redes sociales, entenderemos que la posmemoria (el recuerdo de una época no vivida) incurra a menudo en la irrelevancia cuando no en el memoricidio e incluso en la conversión del horror fascista de los años treinta en souvenir y merchandising.

Ante tal estado de cosas al término de este editorial hemos de hacer una apelación al profesorado y todos los agentes intervinientes en la vida de los centros educativos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática contra los dispositivos mentales, los sistemas de circulación e información y las formas de inculcación fascistoide que llegan cada vez más al sistema escolar. A tal fin, incluso sabiendo que la interiorización de valores no es cosa solo ni principalmente de la educación formal, ni siquiera de la familia, es preciso no olvidar que Fedicaria posee un acervo de ideas y experiencias sobre lo que entendemos por didáctica crítica, aquella que problematiza el presente pensando históricamente, esto es, aquella forma de enseñanza que acude a la memoria de las luchas por la emancipación y contra la barbarie. A tal fin, es deseable que el espacio escolar sea realmente un espacio de deliberación democrática acerca del presente y del pasado, un lugar público de historia con memoria, que reelabore constantemente una posmemoria hija del conocimiento científico acumulado y la experiencia del sufrimiento de las generaciones de hoy y de ayer. Todavía hoy el imperativo de "pensar en Auschwitz", el mandato de "nunca más", ha de regir una enseñanza poseída de instantes, a modo de cortacircuitos, de pensamiento crítico, capaz de afrontar la dialéctica docentes/discentes no como una mera inculcación sino como un redescubrimiento compartido de lo que nos está pasando, problematizando nuestro mundo y nuestras propias ideas. Para ello no basta con cambiar programas y sistemas de formación del profesorado o meras reordenaciones disciplinarias de la educación. El ascenso del nazismo trajo dentro de la Teoría crítica de la Escuela de Fráncfort el estudio sociológico de la mentalidad autoritaria y las pulsiones libidinales que llevan al individuo a integrarse en un universo de ideas aberrantes similares a las que la marea posfascista promueve en nuestros tiempos. Todo ello, claro está, sin olvidar por un momento que la profesoras y profesores críticos han de integrarse en formas colectivas de resistencia contra la incivil regresión y brutalidad que nos amenaza porque esta no es más un problema colectivo que psicológico e individual. El nuevo Leviatán no puede ser derrotado si las fuerzas de resistencia se atomizan o convierten en un mero asunto partidario. Las tradiciones sociales críticas herederas del marxismo, del anarquismo, el feminismo y las luchas anticoloniales todavía hoy nos ofrecen muchas ideas adonde acudir. Porque, parafraseando a Th. W. Adorno, la primera exigencia de una educación crítica dirigida a la emancipación personal y colectiva, es que la barbarie no se repita.

A partir de estas ideas matrices hemos planteado una revisión colectiva del concepto histórico de fascismo, de sus mutaciones y de su crecimiento exponencial en

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática nuestras sociedades líquidas. El objetivo de este monográfico es el de aportar textos analíticos que puedan contribuir, por un lado, a complejizar el fenómeno y, al mismo tiempo, a poner el foco en sus riesgos en sociedades eminentemente fragmentadas e individualistas y sin los resortes colectivos y democráticos engrasados lo suficiente como para detener drásticamente el fenómeno. Los factores que inciden en el auge de dicho fenómeno son múltiples y variables. Se sustentan en la demonización de los derechos sociales y de lo comunitario al tiempo que ponen sus expectativas regeneradoras en el ámbito de las prácticas autoritarias, del ultranacionalismo y de la crítica a la inmigración y al feminismo.

En el apartado de artículos dedicados a la temática del año incluimos cuatro contribuciones que problematizan sobre alguno de estos procesos. El monográfico se abre con un texto de Edgar Straehle que analiza los usos ideológicos del concepto de leyenda negra en el ámbito del giro historiográfico ultranacionalista que nutre buena parte de la comunicación histórica: blogs, podcasts, libros de divulgación, etc., y que al mismo tiempo nutre de memorias imperionostálgicas a las extremas derechas. Le sigue una reflexión de nuestro compañero Jesús Ángel Moreno sobre las dinámicas y las transformaciones que está provocando en nuestras sociedades, y también en nuestras nociones sobre lo político o la cultura, el estadio de aceleración actual del capitalismo. El texto también se detiene a valorar la influencia de la “ingeniería del consentimiento” y el papel que está desempeñando el “capitalismo de vigilancia” en la implantación de modelos postdemocráticos. La siguiente contribución, de Jesús Romero Morante, María Louzao Suárez y Daniel Macías Fernández, se detiene a valorar la noción de populismo en la enseñanza crítica de las ciencias sociales. El artículo surge del interrogante en torno al papel de la educación en los horizontes populistas abiertos recientemente. La propuesta incide en incluir el populismo como agente desestabilizador interno a los propios sistemas democráticos y en poner el foco educativo no sólo en las manifestaciones, sino en las causas de los fenómenos. Cerramos esta sección con una vasta entrevista que realizan Matteo Tomasoni y César Rina Simón al historiador italiano Francesco Filippi, uno de los intelectuales que más ha abordado la memoria del fascismo en Italia y la imagen que sigue teniendo Mussolini en la sociedad y en la práctica política. Se trata de la entrevista más amplia que se ha realizado hasta la fecha a Filippi. Publicamos el contenido en castellano e italiano para facilitar su divulgación y por el interés que con seguridad despertará en Italia.

Este número también viene nutrido de un buen conjunto de apuntes críticos representativos de lo que se está debatiendo y publicando en la actualidad. Los dos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática

primeros apuntes tienen la pretensión de clarificar —o complejizar— el concepto de fascismo y su uso tanto en el ámbito historiográfico como en el político, educativo y cultural. Así, el de la historiadora Giorgia Priorelli analiza dos sintéticas pero influyentes obras que han tenido además amplia circulación y repercusión: *Quién es fascista* de Emilio Gentile y *Las nuevas caras de la derecha* de Enzo Traverso. Por su parte, Magdalini Fytli aborda los conceptos de fascismos y sus usos contemporáneos a través de la obra *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia* de Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, haciendo hincapié en la funcionalidad y larga duración del término. El tercer apunte, firmado por David Corchado Guillén, dialoga con uno de los libros que más repercusión han tenido en el último lustro en el análisis de las extremas derechas, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, de Steven Forti, a medio camino entre el ensayo y el manual de combate ideológico. El autor incide en la onda expansiva que consiguen las extremas derechas en los nuevos medios de comunicación y en el papel determinante que jugará la escuela para frenar estas dinámicas. Los siguientes apuntes críticos ponen el foco en las narrativas de los neo-pos fascismos en España y el eco que están alcanzando sus propuestas ultranacionalistas, nostálgicas e intolerantes en nuevos espacios sociales. El trabajo de Vicente Pérez-Guerrero presta atención al estado actual del nacionalismo español aplicando el enfoque del “nacionalismo banal” y de prácticas desde abajo que propiciarían, prácticamente sin ser detectadas, la acentuación de la nacionalización en torno a determinados valores marcadores de la identidad nacional y excluyentes. En esta línea, Gustavo Hernández Sánchez centra su análisis en los parámetros ideológicos y los principios historiográficos que proyecta el documental *España: la primera globalización del mundo*. El apunte plantea un método de revisión crítica de este tipo de contenidos que proliferan de la mano de la imperionostalgia. Enrique-Javier Díez-Gutiérrez, a partir de su propia práctica y apuesta docente, proyecta el alcance de los neofascismos en el ámbito educativo. El texto aborda cuestiones que se están consolidando en los imaginarios del sistema educativo y que implican la normalización de prácticas e ideas neoliberales, caldo de cultivo en el que se asientan buena parte de las narrativas neofascistas. El siguiente apunte crítico lo firma Pablo Batalla, autor de una de las reflexiones más meritorias publicadas en la última década sobre los perfiles banales y radicalizados del nacionalismo español, *Los nuevos odres del nacionalismo español*. En su texto Pablo Batalla pone el foco en el fenómeno poliédrico conocido como “rojipardismo”, dotándolo de historia y de marcadores comparativos. A continuación publicamos un ensayo de Álvaro Castro Sánchez sobre la importancia que ha tenido la obra de Gustavo Bueno —

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática y su escuela de pensamiento— en la extensión de narrativas nostálgicas y ultrapatrióticas, aportando una filosofía de la historia para los partidos de extrema derecha. El penúltimo texto es un ensayo de Raimundo Cuesta, donde dialoga con la obra de Enzo Traverso *Revolución. Una historia intelectual* y problematiza la historia y la memoria de las revoluciones contemporáneas, aplicando un enfoque benjaminiano que integra sus legados con las expectativas de transformación aún vigentes. En el último apunte crítico, Sergio García Pujades reflexiona sobre en torno a conceptos como la poslexia o la hedonia partiendo de las aportaciones de Mark Fisher a la teoría de la educación.

En definitiva, confiamos desde Fedicaria que todos estos materiales contribuyan a pensar el presente, la memoria, las narrativas históricas, las prácticas educativas y los mecanismos de legitimación de estos fenómenos.

Consejo Editorial

La Leyenda Negra y los abusos de la memoria. Reflexiones sobre el nacionalismo historiográfico actual en España

The Black Legend and the Abuses of Memory. Reflections on current historiographical Nationalism in Spain

Edgar Straehle

Universidad de Barcelona

edgarstraehle@gmail.com

Recibido en noviembre de 2023

Aceptado en diciembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28396

RESUMEN

En este artículo se analiza el nacionalismo historiográfico actual en España. Para ello se examina el muy popular resurgimiento reciente de la Leyenda Negra, las características y el papel desempeñado en los últimos años por una divulgación histórica muy politizada, así como los efectos de estos nuevos relatos históricos en el campo de la política, en especial en un partido como Vox. Lo que se observa es que la Leyenda Negra aparece como un marco muy popular e irrenunciable a nivel político desde la derecha española que, sin embargo, por sí solo ha sido incapaz de proporcionar un relato afirmativo y/o identitario. Por ello mismo, en muchos casos ha debido ser complementado por otros como los de la memoria imperial española, la Reconquista o una relectura actualizada de la Hispanidad. De esta manera se promueve un marco histórico, asentado en episodios premodernos, donde la nación histórica prima sobre la idea de pueblo y que en los últimos años también se ha caracterizado por una importante y pública conflictividad interna.

Palabras clave: Leyenda Negra, Imperio Español, Reconquista, Hispanidad, Vox.

ABSTRACT

This article analyzes the current historiographical nationalism in Spain. It examines the very popular recent resurgence of the Black Legend, the characteristics and the role played in recent years by a highly politicized historical disseminators, as well as the effects of these new historical narratives in the field of politics, especially in a party like Vox. What is observed is that the Black Legend appears as a very popular and unrenounceable framework at the political level from the Spanish right that, however, on its own has been unable to provide an affirmative and/or identity narrative. For this reason, in many cases it has had to be complemented by others such as the Spanish imperial memory, the *Reconquista* or an updated rereading of the *Hispanidad*. In this way, a historical framework is promoted, based on pre-modern episodes, where the historical nation takes precedence over the idea of people and which in recent years has also been characterized by an important and public internal conflict.

Keywords: Black Legend, Spanish Empire, Reconquest, Hispanidad, Vox.

Referencia

Straehle, E. (2024). La Leyenda Negra y los abusos de la memoria. Reflexiones sobre el nacionalismo historiográfico actual en España. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 13-32. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28396

INTRODUCCIÓN

La Leyenda Negra se ha convertido en estos últimos años en una expresión de moda dentro del campo de la historia, en especial por lo que respecta a sus usos y abusos en la esfera pública. De hecho, y pese a que ya fuera usada reiteradamente con propósitos políticos en el pasado, en especial en tiempos de las dictaduras de Primo de Rivera o de Franco, se puede afirmar que nunca había tenido una presencia mediática tan central como en la actualidad. Hay que tener en cuenta que, más que con un tema en concreto, conecta hoy en día con un marco entero desde el cual se puede leer o defender la historia nacional española y donde, inevitablemente, esta cuestión se entremezcla sin cesar con la política. Referirse hoy en día a la Leyenda Negra, pues, es sinónimo de querer defender la historia pasada de España. Aunque obviamente se haga en realidad desde ciertos ángulos e ideologías en concreto, lo que de todos modos se pretende es presentar esa retórica del pasado como la auténtica o genuinamente española. De ahí que el viejo fantasma de la Antiespaña, muchas veces actualizado bajo otros nombres como el de hispanofobia, sobrevuela en estos casos como una oportunista y abusiva etiqueta desde la que retratar a los adversarios históricos, historiográficos o políticos.

El amplio éxito actual de la Leyenda Negra se manifiesta no solo en la proliferación de nuevos autores que han adquirido cierta notoriedad pública en los últimos años, entre los cuales se pueden destacar nombres apenas conocidos o totalmente desconocidos hace una década como los de Pedro Insua, Iván Vélez, Alberto Ibáñez, María Elvira Roca Barea, Marcelo Gullo, Santiago Armesilla, Javier Rubio Donzé, Fernando Díaz Villanueva e incluso populares avatares de Twitter como el llamado Capitán Bitcoin, quien reúne ya más de 200.000 seguidores en la red social. Además, se muestra en la capacidad que ha tenido de reciclar históricamente a otros autores anteriores que, si bien desde otros ángulos y relatos históricos, ya habían ganado cierta notoriedad por impulsar y divulgar narrativas nacionalistas de gran aceptación. A fin de cuentas, el marco de la Leyenda Negra hasta cierto punto ha reemplazado a nivel público a otros más centrados en la Segunda República y la Guerra Civil como el aportado por Pío Moa, en su momento muy polémico y conocido por sus tesis revisionistas respecto a la Segunda República y la Guerra Civil y cuya obra *Los mitos de la guerra civil* (2003) obtuvo niveles de ventas equiparables a los de *Imperiofobia* (2017), de Roca Barea.

Desde luego, estos relatos o interpretaciones focalizados en el siglo XX no han desaparecido, en parte se mantienen vivos como respuestas a los proyectos de memoria histórica y memoria democrática, pero su presencia ha quedado últimamente postergada en beneficio de una cuestión negrolegendaria caracterizada por su victimismo y por su potencial político y su gran elasticidad. De hecho, el propio Moa parece haberse «actualizado» y ha concedido últimamente una mayor importancia a la temática negrolegendaria, algo visibilizado en libros como *Reconquista y España* (2018) o *Hegemonía Española (1475-1640) y Comienzo de la Era Europea (1492-1945)* (2022), aunque sea para dejar caer que la Leyenda Negra llega hasta la dictadura franquista (Moa, 2022, p. 568, Kindle).

Por todo ello, no debe extrañar que la Leyenda Negra haya sido repetidamente mencionada por los políticos, en especial, mas no solamente, por los de formaciones como el Partido Popular, Ciudadanos o Vox. Como es lógico, este último ha sido el que más y con mayor intensidad se ha servido de una Leyenda Negra que, junto a otras referencias históricas como la memoria imperial o la Reconquista, forma parte de su identidad discursiva. Sin embargo, no se debe olvidar que también un partido como Ciudadanos anunció en el punto 173 de su programa para las elecciones de 2019 que

acabaremos con la «leyenda negra»: impulsaremos un Plan de Apoyo a la Difusión de la Historia Española para incrementar el conocimiento del papel de España a través de los siglos. Queremos revertir la interpretación en ocasiones gravosa y negativa del papel que España ha protagonizado en la historia, fomentado en otras épocas por la llamada «leyenda negra», que ha devaluado injustificadamente la imagen de nuestro país.

EL RETORNO CONTEMPORÁNEO DE LA LEYENDA NEGRA

A menudo se señala que la causa del auge actual de la Leyenda Negra se debe al resonante éxito del libro *Imperiofobia y leyenda negra* (2017) de María Elvira Roca Barea, obra que, con más de cien mil ejemplares vendidos, ha logrado una increíble cantidad de ventas para el campo de la historia. Sin embargo, el marco de la Leyenda Negra ya tenía un largo recorrido previo y había sido promovido años antes con gran fuerza. No solo en el campo de la divulgación histórica, sino también en la política. Incluso José María Aznar había recurrido a esta cuestión en su libro *Cartas a un joven español* (2007), publicado tres años después de su salida del poder. También se había

impulsado desde la filosofía, en especial por el actualmente muy popular filósofo Gustavo Bueno, autor de obras como *España frente a Europa* (1999) y *España no es un mito* (2005). Dos discípulos suyos publicaron poco después sus primeras obras sobre la Leyenda Negra. En continuidad con las tesis de Bueno, Pedro Insua escribió *Hermes católico* (2013), mientras que Iván Vélez, actual director de la fundación DENAES (Defensa de la nación española) de Vox, sacó a la luz la obra *Sobre la leyenda negra* (2014) un año más tarde. Antes, el citado Pedro Insua ya había sido el verdadero autor en la sombra de *En defensa de España* (2008), firmado por Gustavo Bueno Sánchez, el hijo del prestigioso pensador, y el entonces poco conocido Santiago Abascal, por aquellos años todavía diputado autonómico del Partido Popular.

Es decir, y además de aparecer oportunamente como una respuesta emocional e histórica en una coyuntura muy propicia marcada por el momento más dramático de la crisis secesionista catalana de otoño de 2017, el gran éxito de *Imperiofobia* se apoyó en una tendencia anterior que con su obra ayudó a renovar, popularizar y consolidar. El estilo maniqueo, emotivo y pretendidamente rompedor y erudito del libro contribuyó a hacer de la Leyenda Negra una categoría histórica ubicua y de Roca Barea su principal referente público. Eso se plasmó incluso en los prólogos que aportó a libros como *1492. España contra sus fantasmas* (2018) de Pedro Insua o a la reedición ampliada de 2018 de *Sobre la leyenda negra* de Iván Vélez.

Sin embargo, y aunque también había habido ciertos precedentes (Insua, 2009), a lo que asimismo ayudó Roca Barea es a radicalizar el discurso histórico y difundir tesis excepcionalistas. Como avanzó Arcadi Espada en el prólogo a *Imperiofobia*, la tesis del libro se resume en que “solo hay una leyenda negra y es la española. Rechace imitaciones” (2016, p. 13). Según este excepcionalismo, España habría sido el único país del mundo que habría padecido una sistemática, persistente, lacerante e injusta campaña de difamación semejante; una que no solo enlazaría con el pasado imperial, momento en el que la hegemónica Monarquía hispánica fue ciertamente objeto de duros ataques y exageradas campañas de desprestigio por parte de sus enemigos políticos y/o religiosos, sino que llegaría hasta el presente y el futuro (Roca Barea, 2018, p. 400). Por ello mismo, la Leyenda Negra por antonomasia, esa paradigmática que no requeriría ser adjetivada con ningún gentilicio e incluso se debe escribir en mayúsculas, sería la española. Cualquier otra no sería más que una versión reducida, menos grave, menos auténtica y, en suma, una que solo merecería las minúsculas.

Con ello también se evidenciaba que la Leyenda Negra ya no era planteada como un rasgo contingente de la historia española, sino como uno supuestamente esencial que formaría parte de su propia identidad. Ser español, se podría decir, implicaría desde estos relatos tener que convivir inevitablemente con la injusta y no casual falta de reconocimiento por parte de los hispanófobos no españoles. Roca Barea ha llegado a señalar por ejemplo que “si privamos a Europa de la hispanofobia y el anticatolicismo, su historia moderna se torna un sinsentido” (Roca Barea, 2018, p. 478).

Por añadidura, esta hispanofobia afectaría asimismo a los propios españoles, muchos de los cuales serían víctimas inconscientes de estos sesgos negrolegendarios y, por ello, pasarían a ser adscritos a la categoría de esa versión propia de autoodio nacional asociada a la hispanofobia y la Antiespaña. Esto es lo que de paso justificaría la incesante aparición de reiterativos libros sobre el tema negrolegendario y corroboraría de nuevo, y con mayor razón, la singularidad de la Leyenda Negra española. Por ejemplo, Alberto Ibáñez, quien se refiere a los hispanófobos como hispanobobos, ha aseverado en *La Leyenda Negra*, libro cuyo subtítulo es *Historia del odio a España*, que “un fantasma recorre el mundo: el fantasma de que España ha sido un desastre” (2018, p. 19) o que España es el único país del mundo “donde está mal visto que sus nacionales amen sanamente a su país, pero no que lo odien” (2018, pp. 19-20). Más tarde, Marcelo Gullo ha apuntado en *Nada por lo que pedir perdón* que la difusión de esta “ha dado como resultado que España sea la única nación del mundo en la que una parte importante de su población ha asumido la historia que sus enemigos han contado y cuentan sobre ella” (2022, p. 28, Kindle). Por su lado, el Capitán Bitcoin ha señalado en *Disidencia nacional* que “pese a tener la historia más rica de Occidente, la más exótica, extensa y extrema, hemos asimilado que somos inferiores, aceptando todo tipo de ideas controvertidas” (2023, p. 11, Kindle).

Con todo ello no solo se intenta promover un giro auténticamente nacional y nacionalizador a nivel político, sino también historiográfico, muchas veces de manera explícita. Esta maniobra se justifica a su vez desde la denuncia de una historiografía académica supuestamente subordinada a la foránea visión negrolegendaria y cuyos integrantes han podido ser retratados como los guardianes de la supuesta dictadura de lo políticamente correcto (Gullo, 2022, p. 100, Kindle). Esos ataques han llegado al extremo de un libro como *Galería de charlatanes* (2022) de Pío Moa, en realidad una recopilación de artículos suyos, donde el autor carga reiteradamente contra una gran

nómina de historiadores actuales, entre los cuales Santos Juliá, Joseph Pérez, Henry Kamen, Antony Beevor e incluso Fernando García de Cortázar, y contra lo que ha denominado una “historiografía lisenkiana”.

Por otro lado, este tipo de producción historiográfica promueve un relato dicotómico de la historia protagonizado por malos y buenos, héroes y villanos. Entre estos últimos sobresaldrían personas individuales como Lutero, Guillermo de Orange, Antonio Pérez o Bartolomé de las Casas, abiertamente detestados y criticados con un buen reguero de *ad hominem*. Un detalle significativo, muy propio de la importancia contemporánea dada a la memoria, es que las figuras históricas más condenadas y vituperadas desde estas obras no lo sean tanto por sus acciones en contra de España como sobre todo hacia su imagen. Más que enemigos de la historia española se podría decir que lo son de su memoria, pues lo que se denuncia de ellos enlaza más con el presente que con el pasado. Eso ayuda a explicar que el más injuriado sea Fray Bartolomé de las Casas, pese a que este no tuviera en ningún momento el objetivo de perjudicar a su país o a la monarquía hispánica.

Desde luego, y mostrando de este modo la flexibilidad de un pasado que no para de entrelazarse y confundirse con el presente, esta misma retórica se puede extender en caso oportuno hasta la actualidad respecto a los políticos o historiadores de turno. Por ejemplo, el libro *Grandes traidores a España* (2017) de Jesús Ángel Rojo Pinilla hace desfilar un elenco que comienza en un gesto clásico con el conde Julián, pasa por sospechosos habituales como Fray Bartolomé de las Casas, Antonio Pérez, Pau Claris o Sabino Arana y concluye en Carles Puigdemont y “el totalitarismo sedicioso catalán”. El propio Alfonso Guerra se refirió hace unos pocos años al político independentista catalán como un “Antonio Pérez redivivo” que actualizaba la Leyenda Negra española (2019, pp. 203-204).

Otro aspecto central es que los relatos de la Leyenda Negra suelen conectar de manera estructural con un dramático relato de la decadencia española e incluso del peligro actual de su desaparición. Por ejemplo, Marcelo Gullo ha afirmado en *Lo que América le debe a España* (2023) que “en el momento en el que escribo estas líneas, España se encuentra en peligro de muerte y parece que los separatistas de distinto pelaje se han apoderado del Gobierno” (2023, p. 271, Kindle). Por su parte, Esparza explica en *Te voy a contar tu historia* (2023) que este “es un libro escrito por un español y desde el punto de vista de esa realidad histórica que se llama España. Porque España existe, aunque puede dejar de existir (...). También es una forma de intentar

que España siga viva” (2023, p. 7, Kindle). Con ello incurren fácilmente en lo que se podría llamar una visión catastrofista e incluso negrolegendaria del presente al que se presentan como solución y justifican la apelación apologética a un pasado más memorable y no suficientemente reconocido. Quizá por eso Blas de Lezo se ha convertido en uno de los símbolos más visibles del relato nacional actual. Pablo Batalla lo ha descrito con agudeza no “como un héroe del ataque, sino uno de la defensa” (2021, p. 18), uno que conecta con el cultivo de una épica de la resistencia de la fortaleza asediada por las supuestas amenazas contemporáneas.

Como alternativa a la deriva presente, las obras del género de la Leyenda Negra se declaran explícitamente intervencionistas, siempre con la exhibida voluntad de defender España. Eso ya se mostró en *España no es un mito* de Gustavo Bueno, quien se refirió a esta obra como “uno más de los libros españoles de contraataque, escritos frente a los enemigos de España” (Bueno, 2005, p. 11), pero es algo asimismo presente en muchos otros libros. Uno muy explícito es *No te arrepientas* de Esparza, quien señala que “la Historia es un campo de batalla, lo ha sido siempre y no se gana nada ocultándolo. También este es, por supuesto, un libro de batalla” (2021, p. 7). De ahí que este tipo de escritos se planteen sin cesar como una iniciativa cuyo objetivo no sería otro que intentar recuperar la autoestima nacional. Al fin y al cabo, la centralidad histórica otorgada a la negativa propaganda enemiga justifica de paso el cultivo de una positiva propaganda nacional. Esta actitud se plasma incluso en subtítulos de obras, como el de *35 razones para estar orgulloso de la Historia de España* que acompaña al recién citado *No te arrepientas* de Esparza.

Por ello mismo, el enfoque moral y moralizante de estos libros suele ser constante, tanto a la hora de analizar el presente como de explicar el pasado. El problema ya no sería solo la negrolegendaria hispanofobia actual, sino cómo esta habría entrado y triunfado en la propia España con la llegada de una dinastía francesa como los Borbones en 1700 y habría provocado con ello el desde entonces inexorable declive español. En no pocos casos se ha tejido también un selectivo relato negrolegendario a la hora de condenar a la dinastía borbónica, acusada incluso de orquestar una muy rigurosa *damnatio memoriae* contra la anterior casa de los Austrias (Roca Barea, 2019, p. 131; Capitán Bitcoin, 2023, pp. 180 y 242, Kindle). Con ello, por cierto, se respira no pocas veces una cierta nostalgia hacia los Habsburgo que, por otras razones, se aproxima a la de no pocos relatos independentistas en Cataluña coincidentes en la compartida aversión a Felipe V.

También es preciso resaltar que este resurgir de la cuestión negrolegendaria se ha cimentado y legitimado sobre todo en obras que se presentan a sí mismas como de divulgación, una divulgación en este caso generalmente ajena o indiferente tanto al estado actual de las investigaciones históricas como a la metodología más rigurosa. De hecho, en muchos casos han cargado frontalmente contra la institución universitaria por propalar contenidos negrolegendarios. No obstante, y a causa de su estilo inflamado, polémico y presentista, estos escritos divulgativos han practicado lo que en otro lugar he denominado un “populismo historiográfico” (Straehle, 2021) que ha sido capaz de conseguir una mayor influencia en la esfera pública y política, aunque sus autores a menudo no se identifiquen con ningún partido en concreto. Además, estos libros han servido en gran medida para difundir o “justificar históricamente” clichés ampliamente empleados en el debate público actual, desde la manida distinción de Bueno entre imperios generadores y depredadores y la “omniexplicativa” categoría de hispanofobia hasta el propio uso maleable y oportunista de la etiqueta de negrolegendario o de Leyenda Negra, así como muchos otros argumentos derivados. Cabe decir que estas obras suelen tratar temas extremadamente amplios e incluso repasan panorámicamente toda la historia de España en apenas unos centenares de páginas, las cuales reinciden sin cesar en los mismos argumentarios y que, a fuerza de ser repetidos, parecen reforzarse y se convierten en efectivos mantras a nivel público.

Por eso mismo, la cuestión terminológica ha resultado previsiblemente central en las actuales reivindicaciones de la historia española. En especial, se ha manifestado en un tema tan relevante y delicado como la conquista de América, episodio cardinal de la memoria nacionalista española y uno desde donde se encara una cuestión tan importante a nivel político e histórico como la Hispanidad. Eso explica que, con el fin de combatir el ciertamente no pocas veces relato presentista e instrumental del genocidio español en América, se haya promovido desde el otro lado un marco imperial y civilizador de la conquista española que contrastaría con el depredador imperialismo británico. Eso ha desembocado en un relato exageradamente negativo de las culturas precolombinas, oportunamente salpimentado de anacronismos, diversas formas de *reductio ad Hitlerum* e incluso hipótesis contrafactuales, con el propósito de descalificarlas por entero y justificar así la propia conquista.

Por ejemplo, el Imperio inca ha sido tachado de totalitario en diversas ocasiones (Eslava Galán, 2020, p. 512; Gullo, 2021, pp. 158 y ss., Kindle), mientras que Borja Cardelús se ha referido en *América hispánica: La obra de España en el Nuevo Mundo* (2021) a los “regímenes totalitarios, tiránicos y teocráticos” de los amerindios y ha concluido que, “de haber llegado nadie, hoy seguirían los indios presos de tiranías teocráticas” (posición 16.742, Kindle). El imperio azteca, conquistado por un Hernán Cortés nuevamente reivindicado con fuerza en estos años desde la retórica negrolegendaria (Vélez, 2016), ha sido seguramente el más denigrado. Gullo ha llegado a señalar que es “el más genocida que ha conocido la historia” (2022, p. 36, Kindle) y que “admirar al imperialismo azteca por la fabulosa construcción de sus pirámides es equivalente a admirar al imperialismo nazi por la fantástica construcción de las magníficas autopistas en Alemania” (2021, p. 154, Kindle). El Capitán Bitcoin (2023, p. 145, Kindle) se ha atrevido a cifrar en 1.200.000 los asesinados en este genocidio. Por su parte, Roca Barea, quien ya había recurrido a la etiqueta de totalitario y usado versiones de la *reductio ad hitlerum* en *Imperiofobia* (2018, p. 316), incluso ha hablado en términos de “Holocausto azteca” (2017).

Uno de los principales objetivos de esta fraseología por la cual se devuelve al otro la acusación de genocidio, y se lo eleva en caso oportuno a la categoría de Holocausto, es el de presentar la conquista de América como una liberación que, de paso, redundaría en el carácter moral y generador del Imperio español. Ese mismo rasgo ha servido en algunas ocasiones para reinterpretar las independencias americanas y describirlas no como un proceso de emancipación sino como un desarrollo interno y natural del Imperio español. Insua ha afirmado incluso que “el imperio español llega a su perfección (...) con los procesos de emancipación del siglo XIX” (2013, posición 2.112, Kindle). Mientras tanto, la misma idea de Hispanidad se ha renovado terminológicamente con conceptos como el de una Iberosfera con pretensiones geopolíticas y promovida por Vox.

EN BUSCA DE UNA IDENTIDAD EN LA HISTORIA

En lo que es un aspecto muchas veces desapercibido, el marco de la Leyenda Negra se ha revelado tan imprescindible como a menudo insuficiente. Centrado sobre todo en el relato de la injusta reputación negativa de España a nivel internacional, proporciona un enfoque transversal que facilitó su popularidad también fuera de los partidos de derechas españoles. Sin ir más lejos, fue reivindicada por conocidos

políticos del PSOE como Josep Borrell, quien elogió *Imperiofobia* e incluso ha escrito un prólogo para el libro *Hernán Cortés, gigante de la historia* (2019) de Ramón Tamames; o Alfonso Guerra, autor de otro prólogo para *Madre Patria* (2021) de Gullo. Y eso por no hablar de la entrega de la Medalla de Andalucía a Roca Barea por parte del gobierno autonómico de Susana Díaz.

Este éxito público del marco de la Leyenda Negra se explica en buena medida porque, además de proteger a España frente a las críticas externas, brinda un relato que resitúa la centralidad de la memoria nacional. Para empezar, porque frente a la divisoria retórica contraria a la Segunda República y la relectura de la Guerra Civil persigue un ideal pretendidamente común y unitario para todos los españoles. En otros casos se desea mostrar que, en el fondo, los males de España se deben a la “perniciosa” influencia extranjera. De ahí las comentadas críticas a la influencia afrancesada originada por el advenimiento de Felipe V al trono español en 1700, interpretado especialmente en *Fracasología* (2019) de Roca Barea como el momento decisivo en el que España habría caído en un subordinacionismo cultural.

Ahora bien, el propio marco negrolegendario se ha caracterizado también por adolecer de una serie de limitaciones y dificultades, precisamente asociadas a su transversalidad y éxito. Debido a su carácter fundamentalmente negativo, la Leyenda Negra se ha convertido en un flexible cajón de sastre que, bajo la condición de defender un relato patriota, ha acogido a figuras de todo tipo y ha derivado en una pluralidad en conflicto. Con el tiempo ha desembocado en un *totum revolutum* enfrentado a nivel interno e incapaz de impulsar un proyecto político o histórico común y definido. En otras palabras, lo que se ha observado es que solo desde la Leyenda Negra no se puede construir un discurso identitario. Por eso mismo, se la ha considerado implícitamente como insuficiente desde los espacios más nacionalistas, en especial los afines a Vox o sus posiciones históricas, y se la ha querido complementar con otros marcos de carácter más afirmativo como la renovada reivindicación de la memoria imperial o la Reconquista, resurgida con fuerza tras el crecimiento de Vox.

Por un lado, el recuerdo del Imperio, centrado sobre todo en la conquista de América e inextricablemente vinculado por eso a la Hispanidad, proporciona una memoria gloriosa que, gracias a etiquetas como la de imperio generador, se retrata incluso como excepcional a nivel moral. Además, el marco imperial también proporciona una alternativa presuntamente no nacionalista y superior a los

nacionalismos secesionistas. El recuerdo del imperio aparece de esta manera como una suerte de pasado vivo y presente que entronca con el proyecto de *revertebrar* España. No por casualidad, el libro entrevista de Fernando Sánchez Dragó con Santiago Abascal se titula *España vertebrada* (2019) y, en continuidad con las posiciones de Gustavo Bueno o Iván Vález, el dirigente de Vox critica al “negrolegionario” Ortega y Gasset.

Por el otro lado, el marco de la Reconquista resulta asimismo útil porque enlaza con una prolongada y esencial identidad católica que habría estado ratificada desde la historia y que sitúa al Islam como un enemigo prácticamente esencial o estructural, donde, una vez más, convergerían pasado y presente. Esta postura, como si de una nueva versión del «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington se tratara, se pone de manifiesto en varios libros mencionados y ha sido especialmente desarrollada por Gustavo Bueno (Straehle, 2021). En continuidad con estas tesis, y tras reconocer la influencia del filósofo español, Abascal mismo ha afirmado que “España se ha hecho frente al islam. La propia identidad española se ha conformado durante la Reconquista y eso tiene consecuencias en nuestra manera de ser” (Abascal, 2015, p. 162), mientras que en su posterior entrevista con Sánchez Dragó ha aseverado que “el islam también define el ser de España, pero en sentido contrario” (Sánchez Dragó, 2019, p. 121).

Todo lo anterior ayuda a comprender que la formación española de extrema derecha haya apelado abiertamente al marco de la Reconquista en las elecciones andaluzas de 2018 y luego en las elecciones generales de abril de 2019, cuya campaña decidió iniciar de manera simbólica en Covadonga. En otra fecha reseñable, el 2 de enero de 2020, Javier Ortega Smith, en aquel entonces secretario general de Vox, exclamó en Granada que “la Reconquista no ha terminado, aunque algunos creen que es así”. En su libro *Soberanía* (2021), Buxadé ha señalado acerca de la Nación española que “es una idea tan fuerte que resiste y renace cada cierto tiempo. España se rehízo y se reconquistó durante ocho siglos luchando contra la dominación musulmana y contra las tendencias disgregadoras; su combate fue iluminado por el recuerdo de su unidad visigótica” (2021, p. 33, Kindle). En otro momento agrega que “ser España es ser fiel a nuestra tradición y nuestra identidad; ésa de Covadonga, de las Navas, de Lepanto, de Trento” (2021, p. 138, Kindle). Es decir, tres memorias victoriosas contra el Islam y un concilio de reafirmación y renovación católica frente a la amenaza protestante. De paso también se atestiguaría así la capacidad de

resistencia de una identidad que, conectando así pasado y presente, tan solo habría sobrevivido y podría sobrevivir en el presente gracias a su pertinaz espíritu combativo.

Por otro lado, con todo ello se quiere impulsar una identidad española cimentada y respaldada por una larga diacronía que, además, atestiguaría la primacía de la nación sobre el pueblo. Ya en el libro *En defensa de España*, firmado por Abascal y Bueno Sánchez, se había especificado que ambos términos no debían ser equiparados, pues la nación “no sólo designa al Pueblo que vive en ella, sino también a los muertos que la constituyeron y mantuvieron, y a los hijos que todavía no han empezado a vivir” (2008, p. 148). Antes aún, Abascal había afirmado en su reseña a *España no es un mito* de Bueno que “una de las más interesantes reflexiones de Bueno tiene que ver con la diferenciación entre los conceptos de pueblo y nación. Mientras que el pueblo integraría exclusivamente a los ciudadanos vivientes, la nación englobaría no solo a los individuos vivientes sino a los muertos que los engendraron y a los descendientes aun no nacidos” (2006, p. 248). Mientras que el pueblo enlaza desde estas perspectivas con el presente, la nación lo hace con el pasado y, por extensión, con el futuro. Esta interrelación e incluso interdependencia entre los tres tiempos está muy presente en estos planteamientos y explica el continuo recurso a la historia.

Por su parte, y partiendo de un referente intelectual reivindicado asimismo por Viktor Orbán o Giorgia Meloni, Buxadé ha señalado que “la Nación es, como señala Scruton, esa comunidad que integra a los de hoy, los de ayer y los de mañana en una corriente viva de ideas, costumbres, pensamientos, recuerdos, aspiraciones, deseos” (2021, p. 32). Además, y conectando implícitamente con el pensamiento de Edmund Burke, ha puesto por delante de la Constitución de 1978 a “la constitución política e histórica de España” (Buxadé, 2021, p. 31). Por eso mismo, la Nación, en mayúsculas, pasa a ser definida como aquello indisponible y que coloca a los españoles como meros herederos o administradores de algo que no pertenece únicamente a los ciudadanos del presente. O, por decirlo de otra manera, así se subordina el pueblo (actual) a la nación (histórica) de la que Vox se presenta como su portavoz y garante presente.

Para acabar, un detalle no menor es que los principales pasados invocados son de paso anteriores a la Ilustración y a la Revolución Francesa, un gesto *mutatis mutandis* común a otros movimientos europeos de extrema derecha y ejemplificado con el constante cultivo de la memoria de la Vendée, presentada reiteradamente como

genocidio e incluso *memoricidio* en el país galo (Secher, 2011). De hecho, esta memoria es oportunamente recordada en libros como *La Leyenda Negra: historia del odio a España* (2018) de Alberto Ibáñez o *Disidencia nacional* (2023) del Capitán Bitcoin, mientras que Eslava Galán ha dejado caer que se puede considerar al episodio vandeano como “el primer genocidio sistemático de la historia” (2023, p. 273). Desde una perspectiva análoga, los referentes históricos españoles son pasados premodernos y alternativos desde donde también se puede cuestionar la modernidad contemporánea. Y como en el caso de *Reconquête*, partido fundado por Éric Zemmour en 2021, alguno de sus marcos ha podido influir en el extranjero.

Sin ir más lejos, y pese a ser también defensora del liberalismo decimonónico, Roca Barea (2018, p. 356) ha cargado contra la Ilustración por su componente central e intrínsecamente hispanóphobo y en una línea semejante se pueden leer sus críticas a los afrancesados en *Fracasología*. Más aún, en este libro ha llegado a afirmar que

la conversión de la historia de España en un campo de batalla político es un logro de la Ilustración francesa. La condena de España en clave protestante, aunque hubiera prosperado dentro de España, no habría bastado, por mucha guerra santa que el protestantismo desencadenara contra el catolicismo, porque a cada uno lo sostenía su propia fe, pero los ilustrados franceses sabrán dar el golpe definitivo con la ayuda de una nueva dinastía y su maquinaria de autobombo. Ya no es en nombre de Dios, sino de la Ilustración, del progreso y de la ciencia. Ya no son argumentos demoníacos o teológicos, sino racionales. Se condena a España en nombre de la Humanidad, de la Razón, de la Civilización, de la Modernidad. (Roca Barea, 2019, p. 106)

Este tipo de posiciones han sido luego radicalizadas en una clave no ya solo hispana sino más general y abiertamente antimoderna. Por ejemplo, el citado Buxadé no solo ha recurrido reiteradamente a autores contrarrevolucionarios como De Maistre, sino que ha señalado que “desde hace al menos doscientos cincuenta años hay una lucha titánica en el orden del pensamiento entre quienes defienden el imperio de la razón y quienes le oponen la primacía de la voluntad” (2021, p. 62). Paradójicamente, la razón sería en este caso la antagonista de la herencia ilustrada. En un batiburrillo como el siguiente, Gonzalo Rodríguez ha llegado a escribir en *Hispanofilia* que

España necesita un nuevo rumbo... necesita reinventarse y darse un nuevo comienzo que deje atrás la etapa histórica que estamos viviendo. Que cierre el ciclo de los últimos trescientos años y comience un nuevo tiempo, libre de las alienaciones que los paradigmas de la modernidad gestada en el protestantismo le han inoculado. (2021, p. 23, Kindle)

Por todo ello, es importante entender la exitosa Leyenda Negra como un concepto relacional, cuyo sentido final en cada caso depende del papel que desempeña dentro de un entramado discursivo complejo y que puede variar dependiendo de con qué otros conceptos se relaciona, como los principalmente mencionados de Imperio, Hispanidad o Reconquista, pero también otros muy diferentes entre sí como los de Ilustración, Modernidad, Capitalismo, Liberalismo, Globalismo u otros menos transversales como los de Iberosfera o Iberofonía. Hoy en día la Leyenda Negra es más un símbolo o una retórica relativamente maleable que un discurso concreto y homogéneo, una perspectiva y/o retórica tan importante y continuamente recordada desde donde enfocar la historia de España que sus sedicentes portavoces no paran de querer llevar forzosamente a su terreno y con eso mismo confirman cuán imposible es que pueda subordinarse a unos contenidos específicos.

LA CONFLICTIVA DERIVA DE LA LEYENDA NEGRA

La popularidad de *Imperiofobia* ha contribuido a la consolidación de un marco que, aceptado luego como punto de partida por muchos de sus seguidores, ha sido flexibilizado y defendido desde posturas más extremas. Hay que tener asimismo en consideración que Roca Barea ha sido no poco ambigua en muchos de sus posicionamientos políticos, no se ha alineado con ningún partido en concreto, no ha enunciado grandes propuestas prácticas específicas y no se ha reconocido como una nacionalista española. De hecho, se ha desmarcado varias veces de Vox y ha preferido moverse en posturas generales y poco definidas. En cambio, muchos libros o discursos elaborados después desde el mismo marco negrolegendario han sido mucho más explícitos en sus posturas o alineamientos.

Uno de los mayores exponentes de esta radicalización es el encarnado por el llamado Capitán Bitcoin, autor del reciente libro *Disidencia histórica* (2023) y cuyo subtítulo no es otro que el muy explícito “Manual básico de historia para la defensa de España”. Esta obra, una tentativa más de pergeñar una suerte de muy resumida

contrahistoria general de España, está plagado de anacronismos y afirmaciones como la del epígrafe dedicado a la Batalla de Lepanto, titulado “una fiesta sin celebrar: así salvó España a Europa de un futuro de mezquitas, velos y chilabas”. En sus esfuerzos por releer el pasado reciente también se aborda el atentado terrorista de Madrid del 11 de marzo de 2004 desde las teorías de la conspiración y se afirma, entre otras cosas, que tuvo “una complejidad y manipulación tan grandes que solo pudo cometerse por Estados” (2023, p. 405, Kindle) y que “Francia y Alemania aparecen como los Estados con más probabilidades de haber tramado algo así” (2023, p. 405, Kindle). Como resumen, el libro afirma con vehemencia que

las naciones de Europa Occidental enfrentan la implantación de una agenda globalista que pretende planificar la vida de cientos de millones de personas. Se trata de un plan geopolítico de ingeniería social a gran escala, que colisiona con las libertades, los derechos y la cultura tradicional. (Bitcoin, 2023, p. 7, Kindle)

La deriva del marco de la Leyenda Negra en los últimos años ha provocado que bajo este rótulo se haya manifestado con el tiempo una crecientemente conflictiva pluralidad, plasmada con especial frecuencia y virulencia en redes sociales como Twitter, donde muchos de los autores citados tienen una gran actividad. Si bien hace años podían estar presentes no pocas discrepancias internas, eran mucho menos visibles por asentarse en una retórica de la Leyenda Negra sobre todo centrada en denunciar las críticas a España y en responder a la crisis secesionista catalana. En la actualidad, en cambio, la ubicua e irrenunciable Leyenda Negra sirve como base desde donde promover un buen número de discursos afirmativos de todo tipo que por eso mismo se pelean por ser los hegemónicos en este espacio discursivo.

Eso se percibió en especial tras la publicación del libro *Madre Patria* (2021) de Gulló. O también con la creciente popularidad de alguien ideológicamente cercano como Santiago Armesilla, fundador del partido Vanguardia Española y quien, como desarrollo del concepto de Hispanidad y siguiendo al politólogo Frigdiano Álvaro Durántez Prados, ha promovido a su manera el de Iberofonía. Armesilla ha contrapuesto este último concepto al de Iberosfera de Vox, criticada por ser antisocialista y analogarse al de Anglosfera. También ha señalado que

la Iberofonía socialista cancela, por superación, a la Modernidad que nos dividió, nos subordinó y nos borró de la Historia, incluidos nuestros nombres y nuestros

lazos como Civilización, siendo negada como tal. El mundo temblará cuando la Iberofonía postcapitalista se organice como Civilización que anule y supere el estado de cosas actual. (Armesilla, 2022, p. 203)

Estas disputas ganaron una mayor visibilidad durante la Semana de la Hispanidad de Cartagena de 2021, en particular en el encuentro “Youtubers por la Hispanidad” del 8 de octubre. Ahí Armesilla expresó un buen número de discrepancias, recuperadas luego en su propio canal de Youtube, frente a liberales como Díaz Villanueva y Rubio Donzé, fundador del popular canal de historia Academiaplay, el cual acumula en Youtube más de tres millones de seguidores. Días después, el economista Carlos Rodríguez Braun publicó el artículo “Leyenda negra antiliberal” (2021) contra *Madre Patria* de Gullo y, en especial, criticó su “antiliberalismo nacionalista”. Más se había alargado en las palabras pronunciadas un par de semanas antes por el propio Rodríguez Braun en su lección inaugural de la Universidad de Francisco de Marroquín. Ahí salió de nuevo en defensa del liberalismo desde una óptica hispánica y sostuvo que no había sido un producto anglosajón y extranjero, pues lo asoció no solo a la Escuela de Salamanca, sino también a las medievales Cortes de León de 1188, previas a la Carta Magna de 1215. Desde esta perspectiva, sostuvo, España debería ser reivindicada como una suerte de patria del liberalismo que, de paso, también habría llevado su mensaje al continente americano (Richart, 2021).

Más tarde, la invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022, y las posturas simpatizantes o favorables a Putin manifestadas por Armesilla, Gullo y con menor fuerza incluso Roca Barea, enquistaron y polarizaron una disputa cada vez más intensa y por momentos faltona en redes. Incluso desde las páginas del diario Libertad Digital se publicó un artículo del historiador Andrzej Nowak (2022) muy duro con el retrato de *Imperiofobia* acerca de la descrita como injusta leyenda negra del Imperio ruso. De manera cada vez más visible, la disputa dividió a “putinejos” frente a “otanejos” o “cipayos”, por utilizar los apelativos respectivos de sus antagonistas.

Un último producto vinculado a esta disputa ha sido el reciente libro *España contra su Leyenda Negra* (2023) de Rubio Donzé. Esta obra, prologada por Fernando Díaz Villanueva, es la primera que no solo se propone ajustar cuentas con los críticos con la historia española, sino que, sintomáticamente al final, también lo hace con autores como Carlos Blanco, Santiago Armesilla o sobre todo Marcelo Gullo. De esta manera se evidencia no solo la importancia dada a denunciar los discursos

negrolegendarios sino también a tener que hacer algo semejante con los abusos cometidos desde el lado contrario y en principio supuestamente “más amigo”. En cierto momento Rubio Donzé llega a escribir que

en estos ambientes es raro encontrar a alguien que no sea un propagandista con teorías descabelladas y tendente a divulgar teorías de la conspiración (...). Muchos de ellos toman atajos nacionalistas, leyendarosistas y victimistas, con continuas ofensivas tramposas típicas de la guerra cultural y, consciente o inconscientemente, incurren en otras manipulaciones aún mayores. Su dialéctica es puramente maniquea y, al igual que los indigenistas, identifican claramente el enemigo a batir. Para los indigenistas es lo hispano, para los hispanistas peronistas, duguinistas, materialistas y comunistas es lo anglo. Todos ellos, si bien no suelen caer en deformaciones propias de la Leyenda Negra española, acaban creando otra leyenda negra antiliberal, antioccidental, antibritánica y antiyanqui. (Rubio Donzé, 2023, pp. 384-385)

Con ello se percibe la tentativa de Rubio Donzé pretendidamente equidistante, pero en realidad no menos firme, de mantener vivo el marco negrolegendario, y al mismo tiempo de hacerlo dentro de una óptica que pueda ser liberal, no anglófoba y no anticapitalista. Además, esta obra se desmarca explícitamente de las teorías de la conspiración, de un excepcionalismo hispánico o de una ubicua e inmarcesible hispanofobia. Sintomáticamente, es un libro que critica abiertamente a partidos como el PSOE, por su “perenne obsesión” actual a la hora de “deconstruir la identidad española” (Rubio Donzé, 2023, p. 157) o que también carga contra Vox, por haberse “apropiado de la idea de Reconquista con un discurso presentista que busca una superposición maniquea de la España actual con la España de tiempos pretéritos” (Rubio Donzé, 2023, pp. 116-117). En cambio, el Partido Popular apenas está presente, y cuando lo hace es de una manera más neutra e indirecta. Con todo ello, en suma, lo que se procura es resituar la cuestión de la Leyenda Negra y ofrecer una versión más aceptable y eficaz.

Hay que tener en cuenta que muchas afirmaciones excesivas pronunciadas en los últimos años en nombre de la Leyenda Negra han sido políticamente contraproducentes. Con ello se corría el riesgo de asociarla cada vez más a unas posiciones demasiado extravagantes. Por eso, la importancia actual del marco de la

Leyenda Negra explica también que hayan aflorado iniciativas que consideran que este debe ser salvado de sus representantes más radicales.

Así se evidencia una vez más cómo este tema dista mucho de estar cerrado y cómo ha tendido a depender mucho más de las volátiles vicisitudes del presente, incluso de los imprevisibles desarrollos de los propios enfoques “antinegrolegendarios” de la historia, que de un pasado que es continuamente puesto “al servicio” de los intereses más actuales. Más que con su historia, lo que entonces importa más es lo que podríamos llamar la leyenda de la Leyenda Negra.

REFERENCIAS

- Abascal, S. (2006). Reseña de “España no es un mito”. *Cuadernos de pensamiento político*, 9, 246-249.
- Abascal, S. (2015). *Hay un camino a la derecha. Una conversación con Kiko Méndez-Monasterio*. Stella Maris.
- Abascal, S. y Bueno Sánchez, G. (2008). *En defensa de España. Razones para el patriotismo español*. Encuentro.
- Armesilla, S. (2022). *Iberofonía y socialismo*. Última línea.
- Aznar, J. M. (2007). *Cartas a un joven español*. Planeta.
- Batalla, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea.
- Bitcoin, C. (2023). *Disidencia nacional. Manual básico de historia para la defensa de España*. [Publicado de manera independiente].
- Bueno, G. (2005). *España no es un mito*. Temas de Hoy.
- Buxadé, J. (2021). *Soberanía: por qué la Nación es valiosa y merece la pena defenderla*. Homo Legens.
- Cardelús, B. (2021). *América hispánica: La obra de España en el Nuevo Mundo*. Almuzara.
- Eslava Galán, J. (2020). *La Conquista de América contada para escépticos*. Planeta.
- Eslava Galán, J. (2023). *La Revolución francesa contada para escépticos*. Planeta.
- Espada, A. (2016). Una leyenda y una verdad. En M. E. Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Siruela.
- Esparza, J. J. (2021). *No te arrepientas. 35 razones para estar orgulloso de la historia de España*. La Esfera de los libros.
- Esparza, J. J. (2023). *Te voy a contar tu historia: la gran epopeya de España*. La Esfera de los libros.

- Guerra, A. (2019). *La España en la que creo: en defensa de la Constitución*. La Esfera de los libros.
- Gullo, M. (2021). *Madre Patria. Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán*. Espasa.
- Gullo, M. (2022). *Nada por lo que pedir perdón. La importancia del legado español frente a las atrocidades cometidas por los enemigos de España*. Espasa.
- Gullo, M. (2023). *Lo que América le debe a España: El legado español en el Nuevo Mundo*. Espasa.
- Ibáñez, A. (2018). *La Leyenda Negra: historia del odio a España*. Almuzara.
- Insua, P. (2009). Genealogía de la leyenda negra. *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, 85. <https://www.nodulo.org/ec/2009/n085p24.htm>
- Insua, P. (2013). *El Hermes católico. Ante los bicentenarios de las naciones hispanoamericanas*. Pentalfa Ediciones.
- Insua, P. (2018). *1492. España contra sus fantasmas*. Ariel.
- Moa, P. (2018). *La Reconquista y España*. La Esfera de los libros.
- Moa, P. (2022). *Hegemonía Española (1475-1640) y Comienzo de la Era Europea (1492-1945)*. Encuentro.
- Moa, P. (2022). *Galería de charlatanes*. Actas editorial.
- Nowak, A. (10 noviembre 2022). 'Imperiofobia' desde una perspectiva diferente. *Libertad digital*. <https://tinyurl.com/3uarxavn>
- Richart, N. (2021). Rodríguez Braun desmonta “la leyenda negra antiliberal iberoamericana”. *Libre mercado*. <https://tinyurl.com/nhnm8hpz>
- Roca Barea, M. E. (10 julio 2017). Las pruebas que confirman el Holocausto azteca. <https://tinyurl.com/2a4uaxv5>
- Roca Barea, M. E. (2018). *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Siruela.
- Roca Barea, M. E. (2019). *Fracasología: España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días*. Espasa.
- Rodríguez, G. (2021). *Hispanofilia. España frente a su destino*. Almuzara.
- Rodríguez Braun, C. (11 octubre 2021). Leyenda negra antiliberal. <https://tinyurl.com/m2vtjxux>
- Rojo Pinilla, J. A. (2017). *Grandes traidores a España*. El Gran Capitán.
- Rubio Donzé, J. (2023). *España contra su leyenda negra. Mitos, agravios y discursos*. La Esfera de los libros.

- Sánchez Dragó, F. (2019). *Santiago Abascal. España vertebrada*. Planeta.
- Secher, R. (2011). *Vendée: du génocide au mémoricide: Mécanique d'un crime légal contre l'humanité*. Cerf.
- Straehle, E. (2021). Melancolía imperial y Leyenda Negra en el paisaje español actual. *Jerónimo Zurita*, 99, 35-77.
- Straehle, E. (6 octubre 2021). El populismo historiográfico como problema y síntoma del presente. <https://tinyurl.com/4d5ma62h>
- Tamames, R (2019). *Hernán Cortés, gigante de la historia*. Erasmus.
- Vélez, I. (2014). *Sobre la leyenda negra*. Encuentro.
- Vélez, I. (2016). *El Mito de Cortés: De héroe universal a icono de la Leyenda Negra*. Encuentro.

El final del espejismo

The end of the mirage

Jesús Ángel Sánchez Moreno

Fedecaria
jasutk@gmail.com

Recibido en noviembre de 2023

Aceptado en diciembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28397

RESUMEN

El presente artículo es una aproximación a la interpretación del mundo actual, de ese mundo que se escribe en clave de Totalcapitalismo. En tiempos en los que la cultura del instantaneísmo convierte a muchos análisis en pura cacofonía, urge situar todo proceso de interpretación de lo que acontece en mirada genealógica que anule la miseria de pensamiento cuando este sucumbe al totalitarismo del instante. La línea argumental sobre la que descansa el análisis que aquí se propone se ancla en el concepto “ingeniería del consentimiento” (Bernays) como aquello que puede hacernos comprender la deriva social desde la conciencia de un nosotros a su disolución en un yo modelado en la credulidad. Esta nace de una crisis fundamental: los criterios de verificación, más que la verdad, han quedado suspendidos en aras de seguir el ritmo de un mundo regido por el modelo triunfante de las sociedades del control. Estas son, a su vez, fruto de la evolución de unos dispositivos, tanto en el sentido de aparatos como en el más propiamente foucaultiano, que han dado vida al mundo 2.0, a la algoritmocracia y a la gran derrota de las bases democráticas al disolver al sujeto-ciudadano en un puro perfil. El triunfo de la sociedad de los individuos previsibles (los perfiles) supone el éxito del modelo más perfeccionado de control que sustituye al viejo Panóptico por un sistema más eficaz y eficiente de dominación.

Palabras clave: totalcapitalismo, crisis de la democracia, sociedades del control, algoritmocracia.

Referencia

Sánchez Moreno, J. A. (2024). El final del espejismo. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 33-50. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28397

ABSTRACT

This article is an approach to the interpretation of today's world, a world that is written in the key of Totalcapitalism. In times when the culture of instantaneity turns many analyses into pure cacophony, it is urgent to situate any process of interpretation of what is happening in a genealogical gaze that cancels out the misery of thought when it succumbs to the totalitarianism of the instant. The line of argument on which the analysis proposed here rests is anchored in the concept of “engineering consent” (Barneys) as that which can make us understand the social drift from the consciousness of an “us” to its dissolution into an “I” modelled on credulity. This stems from a fundamental crisis: the criteria of verification, rather than truth, have been suspended in order to keep pace with a world governed by the triumphant model of societies of control. These are, in turn, the fruit of the evolution of devices, both in the sense of apparatuses and in the more properly Foucauldian sense, which have given life to the world 2.0, to the algorithmocracy and to the great defeat of the democratic foundations by dissolving the citizen-subject into a pure profile. The triumph of the society of predictable individuals (the profiles) supposes the success of the most perfected model of control that replaces the old Panopticon with a more effective and efficient system of domination.

Keywords: total capitalism, crisis of democracy, societies of control, algorithmocracy.

PREÁMBULO

No vivimos en un interregno sino en lo que emerge cuando nos estrellamos contra un espejismo. Me sirvo de dos citas del mismo autor, Chirbes, como coordenadas iniciales. En 2007, a punto de estallar la Gran Crisis, el novelista valenciano escribe: “Se hundió el Titanic. Fin del espejismo”. En 2013, cuando desde el neoliberalismo depredador nos decían que habíamos superado la crisis, Chirbes escribe: “La democracia es un disolvente social”. A buen seguro que esta segunda cita despertará cierto rechazo porque son palabras gruesas. Unamos ambas citas en un mismo proceso: entre 2007 y 2013 asistimos al hundimiento de un Titanic llamado democracia liberal y Welfare State; ha sido un naufragio que deja un buen reguero de cadáveres, pero ha sido un hundimiento fácil, pues no en vano ese Titanic era un simple espejismo.

España como ejemplo. 2011, primavera. 15-M. Las plazas españolas se pueblan de voces coreando eslóganes que parecen querer emular aquellos lemas surgidos en otro mayo, 1968, momificado en mito. La rebelión de los indignados. En diciembre de ese 2011, los gritos de la indignación se disolvieron en unas urnas que concedieron el poder al PP con una aplastante mayoría absoluta que les permitiría proceder a desguazar cómodamente el sistema democrático liberal y su estado del bienestar. El clamor de aquel 15 M, puro ruido sin furia, se convertía en síntoma que, al parecer, no se quiso ver. En 2013, el colectivo *Cul de Sac* analiza ese estallido de indignación en un opúsculo titulado *15 M. Obedecer bajo la forma de la rebelión. Tesis sobre la indignación y su tiempo*. La tesis que sostienen es implacable: “Cuando la sumisión está tan arraigada usa la forma de la rebelión para afirmar su renuncia” (2013, p. 22). Para este colectivo, los indignados actuaban siguiendo la lógica del cliente que descontento con la dinámica del sistema pide la carta de reclamaciones para exigir no tanto la impugnación total del mismo como exigir que volviera a funcionar como venía haciéndolo antes de 2008. “En nuestros días la movilización se realiza exclusivamente para la defensa de lo existente y no para su cuestionamiento radical” (Cul de Sac, 2013, p. 40); es lo que este colectivo denominará “rendición sostenible” (Cul de Sac, 2013, p. 26). Participé en algunos de los actos de ese 15 M y no puedo sino admitir como correcto este diagnóstico.

¿ES NUESTRO PRESENTE UN INTERREGNO?

Surge ahora la pregunta: ¿vivimos en una etapa que corresponde ser denominada interregno? Si nos atenemos a lo expresado en no pocos trabajos, la

respuesta es un sí. Pero cuando analizo la situación con más detenimiento considero que no, no estamos en un interregno. Este se caracteriza por ser un tiempo en el que un mundo viejo no termina de desaparecer y el mundo que viene a sustituirlo no acaba de imponerse. Lo nuevo contra lo viejo. Dos mundos, dos procesos. Sin embargo, el Totalcapitalismo no es un mundo nuevo y se ajusta más bien a aquello que recomendaba Horkheimer: no hay que volver al pasado sino recuperar los proyectos no realizados porque aún no se habían dado las condiciones adecuadas. El mundo del Totalcapitalismo supone la realización plena del proyecto que siempre ha defendido el capitalismo y que a lo largo de su historia ha intentado implantar sin éxito pleno hasta que logró configurar el contexto adecuado. Así que no estamos en un interregno sino en un viaje cuyo origen se remonta a la segunda mitad del XIX. Recordemos que el capitalismo se había tenido que enfrentar a la fuerza contrahegemónica representada por la izquierda revolucionaria. 1917 fue un año clave porque ese fantasma que recorría Europa se encarnó y siempre es más peligroso lo real que un espectro. Las décadas de los 20 y de los 30 del siglo pasado fueron las del uso, por parte del capitalismo, de medios de extrema violencia para aniquilar a ese enemigo; también las de la instrumentalización del fascismo como despiadada fuerza de choque. La conclusión no podía ser más negativa: cuanto más se reprimía a esa izquierda revolucionaria más se incrementaba su fuerza social desde la base. Además, el fascismo se negó a ser simple marioneta y se convirtió en otra amenaza para el sistema capitalista. La Segunda Guerra Mundial fue, entre otras cosas, una oportunidad para lograr acabar con el fascismo y con la URSS ya que se entendía que estos dos se acabarían enfrentando y se desgastarían lo suficiente como para eliminar primero al fascismo y, después, llevar a buen puerto aquello que fracasó durante la guerra civil en Rusia (1917-1923). Pero en Yalta y en Postdam Stalin emergía como el líder fortalecido de una nación que se convertía en superpotencia.

1945. El proyecto capitalista necesita una reorientación. Por supuesto que no se abandona el uso de la fuerza (Doctrina Truman y Guerra Fría); pero, visto que la doctrina del palo no garantiza éxito alguno, es imprescindible construir un método más sutil que requiere tiempo, paciencia, pero puede garantizar el éxito que el otro, por sí solo, no logra. Es en este punto donde el espejismo hace su acto de presencia. El mundo que denominamos democracia liberal no es sino una etapa del viaje del capitalismo en su trayecto hacia la culminación de su proyecto esencial. Por lo tanto, no es correcto servirnos del concepto interregno para comprender nuestro hoy.

Todo régimen tiene sus debilidades y sólo puede sobrevivir si está dispuesto a transformarse de manera continua, a menudo de forma conflictiva y violenta, apoyándose en las experiencias del pasado y en los conocimientos adquiridos. (Piketty, 2019, p. 24)

Estas palabras sintetizan el sentido de ese viaje, exitoso, del capitalismo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPEJISMO

Somos esclavos de nuestra propensión a la mitificación. No nos percatamos de que, si añadimos una simple “s”, la mitificación muta en mistificación. Esta propensión arruina no pocos análisis al modelarlos según un relato que no es, rigurosamente, cierto. Esto es lo que ha definido a ese período de tiempo que denominamos “los treinta gloriosos”. Estos han sido identificados con la etapa de construcción de un nuevo mundo: la democracia liberal y el *Welfare State*, un mundo que ahora suscita no pocas reacciones nostálgicas. Aquellos “maravillosos” años. Sin embargo, sostengo que “los treinta gloriosos” han de ser interpretados como el tiempo de la construcción del espejismo entendido como una mentira tan grande que lograra resultar extremadamente verosímil. “Los treinta gloriosos” fueron años en los que al mismo tiempo que se construía el mundo de “la democracia liberal de mercado” se sembraba la semilla que la derrotaría.

El núcleo de esta estrategia lo encontramos en la aplicación de un marco teórico desarrollado por Edward Bernays, mucho más que un simple publicista millonario y con acceso a la Casa Blanca: “la ingeniería del consentimiento”¹. Para Bernays la democracia, para ser, exige el consentimiento de la ciudadanía. Bien es cierto que este sobrino de Freud ya había evidenciado qué entendía él por democracia cuando en su libro *Propaganda* señala cómo la industrialización, la educación pública y las rotativas habían despojado a los reyes de su poder para dárselo al pueblo. La implantación del sufragio universal hacía del pueblo un sujeto soberano poderosísimo, algo que provocó el pánico de la burguesía. Pero ese tiempo de incertidumbre y temor, sentencia Bernays, ha terminado:

Hoy en día, sin embargo, despunta la reacción. La minoría ha descubierto que influir en las mayorías puede serle de gran ayuda. Se ha visto que es posible

¹ Una aproximación a la dimensión de la ingeniería social puesta en marcha por Bernays la podemos encontrar en el documental dirigido por Leipold en 2017 con el título *Propaganda, la fábrica del consentimiento* para la cadena Arte. Puede verse en <https://www.dailymotion.com/video/x7prtmi>

moldear la mente de las masas de tal suerte que estas dirijan su poder recién conquistado en la dirección deseada [por la burguesía]. (Bernays, 2008, p. 13)

Ante la posible objeción respecto de cómo lograr ese consentimiento de los más a ser dominados, por los menos Bernays responde que el consentimiento se puede fabricar. Sus tesis son fáciles de comprender: lo que mueve a los individuos son las emociones —“Los deseos humanos son el vapor que hace que la máquina social funcione” (Bernays, 2008)— y así lo primero que hay que aprender es que quien desee modelar a una masa no tiene que pensar en complacerla o convencerla sino en manipularla a través del uso científico de la gestión de la dimensión emocional. “La propaganda es el brazo ejecutivo del gobierno invisible” (Bernays, 2008, p. 13) que es el verdadero poder. Bernays, sin citarlo, estaba ya manejando un concepto muy actual: “la emocracia”. Considero que hay elementos suficientes como para sostener que el modelo de democracia liberal instaurado a partir de 1945 siguió el patrón delineado por este hombre, asesor de empresas, urdidor de golpes de estado y asesor de presidentes norteamericanos desde 1917, Wilson, hasta Bush padre (1989-1993), con la salvedad de los presidentes del partido Demócrata y de dos republicanos, Nixon y Ford. Bernays estuvo en el centro de casi todo a lo largo del siglo XX como el siglo “corto” y logró convertir su vida en ejemplo de su teoría sobre el poder invisible, pues aún hoy sigue siendo un gran desconocido para una inmensa mayoría².

Volviendo al espejismo hay que señalar que el objetivo era conseguir derrotar al enemigo del capitalismo minando sus bases, desvitalizando a los movimientos revolucionarios, disolviendo toda conciencia social. El objetivo del espejismo era fabricar e implantar el consentimiento como forma de sumisión inadvertida. Bernays era muy contundente respecto de cómo proceder a una eficaz manipulación: persuadir a la gente sin que sean conscientes de estar siendo forzados por alguien externo a cada uno de ellos y de ellas. La tarea, compleja, iba a contar con un copartícipe necesario: la socialdemocracia. Esta se consideró la fuerza hegemónica que emergía de un mundo en ruinas en 1945 y el mundo que modeló, basado en sus principios, se cimentó sobre errores fatales:

² Abundar en el papel de Bernays como el modelador del sistema de control y dominación bajo la forma de democracia liberal excede los límites de este trabajo. En estos momentos me encuentro realizando una aproximación a este aspecto, tarea compleja entre otras razones por las complicaciones para acceder a fuentes primarias (el grueso de esta información la encontraremos en la Biblioteca del Congreso de los EE.UU.: <https://www.loc.gov/search/?in=&q=EDWARD+BERNAYS&new=true&st=>).

- La socialdemocracia entendió que había domado al capitalismo imponiéndole un giro social.
- La socialdemocracia consolidó aún más su vieja idea de que la democracia y el libre mercado eran un par que sólo existían como binomio.
- Obnubilada por la soberbia, la socialdemocracia consideró que el mundo construido en los “treinta gloriosos” era la meta perseguida, el final de la historia, el mejor de los mundos posibles. Ya no había que hacer otra cosa que conservar lo conseguido y no pretender ir más allá al precio de podernos hacer perder el paraíso.

Y así nació el modelo del *Welfare State*; pero lo que los socialdemócratas no tuvieron en cuenta es que dicho mundo ya había sido diseñado por Keynes en la década de los 30. Le debía más a éste que a Bernstein; pero la socialdemocracia, pensemos que ajena del todo, se convirtió en un cuerpo de “ingeniería del consentimiento”. No es casual que la obra de Bernays justamente titulada *La ingeniería del consentimiento* apareció publicada como un artículo en 1947 y ocho años después como libro. El espejismo se tradujo en una serie de factores: democracia representativa, igualdad de oportunidades, meritocracia, ascensor social —la educación de masas—, la cultura impositiva progresiva y el bienestar entendido como un bien que se puede adquirir en un mercado que extiende a un sector importante de la ciudadanía —la clase media— el crédito como forma de comprar confort a cambio de modelar su identidad en la de deudor. Incluso por vez primera se aprueba un *catálogo* de derechos humanos. Y sobre todo algo fundamental: la libertad se erige en el valor supremo al que todos los demás principios están subordinados. El núcleo del espejismo será esa clase media que es mostrada como la meta posible para quienes se ganen, por el mérito, el acceso al ascensor social. La clase media es mostrada en el escaparate de la democracia liberal como modelo de confort, de éxito. Y lo que es más importante, al potenciarla comienza la disolución de la conciencia de clase sustituida por el poder adquisitivo. Todo ello conspira astutamente para ir erosionando la idea de un “nosotros” como vector de convivencia democrática y su sustitución por un “yo” como imperio indiscutible de la vida. La clase media, además, estaba conformada de tal manera que era un colectivo conservador, aunque votara socialdemócrata. La defensa de lo mío frente a la amenaza de los otros. La argucia era tan grande que a pesar de que parecía que Keynes seguía derrotando a Hayek, en el fondo eran las ideas que éste exponía en su *Camino de servidumbre* las que

anidaban en el imaginario colectivo de la clase media. Muy especialmente aquella en la que el austríaco afirmaba que cuando una sociedad apuesta por la equidad ha de tornarse autoritaria y destruir la libertad, porque sólo así el interés natural de uno por su bienestar puede ser sacrificado en aras de un interés abstracto, el bien común.

¿Realmente la socialdemocracia consideraba que el capitalismo estaba dispuesto a aceptar un modelo social que negaba los fundamentos de su ideología? Voy a plantear la pregunta de un modo más sencillo: ¿de verdad la socialdemocracia creía que el capitalismo prefería la doctrina Keynes al *camino de servidumbre* de Hayek? El error esencial del que parte nuestro hoy se enraíza en no haber entendido que lo que para la socialdemocracia era la aceptación por el capitalismo del mundo democrático gestado a partir de 1945, para las elites del capital solamente era una concesión, una estrategia para ir permitiendo que la ingeniería del consentimiento, por un lado, y el desarrollo de un nuevo modelo sociocultural y económico sostenido en las tecnologías de la información y de la comunicación, por otro, facilitaran una coyuntura propicia para hacer posible el proyecto esencial del capitalismo: el imperio del mundo de los privilegios y la derrota del mundo de los derechos.

LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA

En 1971 se produce un hecho que suele pasar desapercibido: Lewis F. Powell, Jr., juez asociado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, envió un memorando confidencial al Presidente del Comité de Educación de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. El título del documento: *Ataque al sistema americano de libre empresa*³. En síntesis, Powell denunciaba el grave riesgo que corría el capitalismo debido a la excesiva complacencia de las elites políticas y empresariales con el izquierdismo. Urgía pasar a la acción. Este documento se elabora en un contexto concreto: los cambios en la política de defensa introducidos por Nixon que pretende que sean los ejércitos de cada nación los que se enfrenten al comunismo. Entre 1971 y 1976 se producen una serie de golpes de estado en Latinoamérica implantando cruentas dictaduras asesoradas por la CIA y por Milton Friedman y sus *Chicago boys*.

En 1974, un año después del estallido de la Crisis del Petróleo, el Premio Nobel de Economía, instaurado en 1969, se concede a Hayek y en 1976 a Milton Friedman: el neoliberalismo ha derrotado, por fin, al keynesianismo. Incluso Friedman, al visitar

³ <https://www.greenpeace.org/usa/wp-content/uploads/2021/08/PowellMemorandumTypescript.pdf>

la China de Deng Xiao Pin, se asombrará del éxito que tanto sus teorías como las de Hayek tienen en los medios políticos y académicos chinos.

La crisis económica de 1973 fue un campo abonado para romper con el modelo de “los treinta gloriosos”. Se abría el camino hacia la desregulación económica, el debilitamiento del movimiento sindical y el auge de un modelo financiero que todavía se basaba demasiado en potenciar un mercado de consumidores que garantizara la acumulación de beneficios. 1979 es otro momento clave con la subida al poder de M. Thatcher en Reino Unido. Un año después, Reagan alcanza la presidencia de los EE.UU. y comienza a expandirse un conservadurismo cada vez más extremo.

En 1989 “la revolución conservadora” da un gran paso adelante: la caída del Muro de Berlín abre el proceso de disolución del bloque soviético. La izquierda se abisma en el colapso. Como ha señalado Traverso (2019, p. 24): “El neoliberalismo invadió el escenario: nunca, desde la Reforma, una única ideología había establecido una hegemonía global tan generalizada”. Por su parte, la socialdemocracia, que no había sido capaz de defender el *Welfare State* del embate neoliberal, parece dispuesta a subirse al carro de lo que Mark Fisher (2016) denominó “el realismo capitalista” y emerge un Blair y su Tercera Vía en Reino Unido o la época de “la cultura del pelotazo” en la España de Felipe González.

“La revolución conservadora” sólo ha de acabar una tarea: la consolidación de las herramientas precisas para promover un cambio en el sistema operativo de la economía. La globalización y el capitalismo financiero centrado en la especulación irán desarrollándose a medida que el mundo de las TIC nos depare un “milagro” tras otro. A partir de la década de los 90 se abre el tiempo para la implantación de la “algoritmocracia”. He de señalar aquí que el tantas veces citado Bernays muere en 1995. El 11-S de 2001 aportará su granito de arena: las sociedades occidentales se instalan en la cultura del miedo y, ya modelada por la ingeniería del consentimiento, la ciudadanía avala giros autoritarios porque considera que la democracia no es capaz de garantizar la seguridad (la *Patriot Act*, en EE.UU., por ejemplo). 2008. La Gran Crisis. Por un lado, un proceso de ajuste necesario para garantizar el correcto funcionamiento del nuevo modelo económico basado en el “capitalismo de casino”. Por otro, un test para verificar hasta qué punto, la gente, una vez que el espejismo había revelado su verdadero ser, respondería desde la indignación, pero en el sometimiento y la obediencia.

BIENVENIDOS AL MUNDO AL OTRO LADO DEL ESPEJISMO

(...) la dictadura de las finanzas ha dado una descarga incapacitante a la democracia occidental y empujado a vastos sectores de la población a la indigencia y la desesperación. (Berardi, 2021, p. 14)

Marx y Engels afirmaron que todo lo sólido se desvanece en el aire y que todo lo que es sagrado será profanado. Se ha cumplido; pero no tal como pensaban los creadores del marxismo. Más bien al contrario, lo que dimos por sagrado —la democracia, los derechos sociales— ha sido profanado y aquello que parecía sólido —el sujeto soberano— se ha disuelto en una forma de sometimiento totalmente novedosa —el perfil— en el marco de un sistema regido por algoritmos que son la base de la sociedad del control. Desde una perspectiva racional el mundo actual es una anomalía de tal magnitud que uno sólo es capaz de, como ese personaje de una novela, decir: “Dígame, profesor, cuándo empezó esta locura. ¿Cuándo dejamos de entender el mundo?” (Labatut, 2020, p. 177). Así, por ejemplo, en España la reciente Semana Santa ha conocido, en un contexto dominado por la inflación, récords en lo relativo al turismo. Al mismo tiempo, en esa misma España, la pobreza energética subía 7 puntos respecto de 2020, cerca de 10 millones de personas están en riesgo de pobreza y el 20 % de la población más rica multiplica su riqueza por 6 en comparación con el 20% más pobre⁴. La única explicación que encuentro a esta situación es constatar el triunfo de la estrategia del capitalismo basada en la aplicación implementada de “la ingeniería del consentimiento” tal y como la desarrolló Bernays a mediados del siglo pasado.

Siguiendo el enfoque de lo que entiendo puede ser mi aportación al análisis de la sociedad modelada por el Totalcapitalismo, me centraré en el análisis de las consecuencias principales del éxito de “la ingeniería del consentimiento”. Al fin y al cabo, si hoy la democracia liberal es un naufragio, el retorno de los privilegios expulsando a los derechos expande la desigualdad de una forma desaforada, el fascismo *neo* vuelve a reencontrarse con la derecha *neo* o ultra conservadora..., es, sin duda, gracias a la cooperación por activa o por pasiva de eso que un día llamamos ciudadanía (un concepto que hemos de encarnar en un perfil dominado por la cultura patriarcal y blanca). Recordemos la esencia de la teoría de Bernays: el mejor sistema

⁴ Según www.eapn.es

de sometimiento es el que cuenta con el consentimiento de los sometidos y este consentimiento se puede fabricar manipulando aquello que es la base del decidir humano —las emociones— con el concurso de unos líderes que guiarán a la masa allí donde “el gobierno invisible” quiere situarla. Tal vez hay que matizar a Bernays: más que fabricar el consentimiento lo que procede es fabricar a quienes van a consentirlo todo, incluso aquello que va en contra de sus intereses, tanto como grupo social como en su calidad de individuos. Así pues, la estrategia pasa por servirse de los dispositivos adecuados para que las tecnologías del yo modelen, según el patrón previsto, a las personas. Esta operación se ha desarrollado en dos fases y desde el uso de distintos dispositivos.

La primera fase ya opera en los años 60: la construcción de la sociedad de consumo implica la remodelación del sujeto-ciudadano en sujeto-consumista. Engels ya lo había previsto al señalar que el día en el que el proletariado accediera a la condición de propietario de una vivienda la revolución habría sido derrotada. El consumismo, a su vez, nos convierte en clientes hipotecados que confunden el bienestar como derecho social con el confort como posesión de una serie de mercancías. Dispositivos: los medios de comunicación de masas y el marketing.

En la segunda fase, que empieza a operar activamente ya en el siglo XXI, se da el salto definitivo hacia la construcción de un yo que Berardi (2021, p. 97) denomina “autómata cognitivo”. Los dispositivos que ejecutarán esta mutación final son los ligados al entorno de las TIC, pero muy especialmente uno de ellos, el *smartphone*, que ha acabado dando el salto desde ser una herramienta para los humanos a que estos se conviertan en una prótesis de él. ¿Es una casualidad que uno de los *smartphones* más anhelados sea el *iPhone*? ¿Es casual que la primera persona del pronombre personal que en inglés siempre se escribe en mayúsculas —/— acabe reducida a simple prefijo, y en minúscula, del dispositivo correspondiente? (Sánchez, 2020). El individuo se disuelve en un perfil. Recordemos que un perfil, aplicado a un ser humano, es un conjunto de rasgos que definen a esa persona y que determinan su comportamiento en el marco de una situación precisa. La sociedad se convierte en una gran base de datos objetivamente mensurables dispuestos a ser procesados por quienes tienen el acceso a ellos y controlan los instrumentos precisos para manipularlos según un patrón acorde con unas intenciones que se escapan al control de los propios sujetos perfilados. Es el tiempo de lo que Shoshana Zuboff ha denominado “capitalismo predictivo”. Quien logra convertir a los demás en sujetos predecibles se erige en poder totalitario al ser capaz de mapear las conductas

individuales y sociales para poder anticiparse a todo cuanto se derive de ellas. Todo aquello que es predecible deja de ser soberano para convertirse en un automatismo programado que no es consciente de estar siendo controlado a distancia. Todo el poder para el algoritmo.

(...) ahora los procesos automatizados llevados a cabo por máquinas no solo conocen nuestra conducta, sino que también moldean nuestros comportamientos en igual medida. (...) ya no basta con automatizar los flujos de información referida a nosotros, el objetivo ahora es automatizarnos (a nosotros mismos). (Zuboff, 2020, p. 79)

El mundo-red digital desarrolla “el capitalismo del extractivismo cognitivo” al convertir a los sujetos en minas de datos que ellos mismos se encargan de entregar libremente a los gestores que los procesarán. Ya no hablamos de un control forzado por una instancia externa. Estamos hablando de (auto)control en la medida en la que soy yo quien facilito ser controlado. Triunfo del consentimiento como aceptación acrítica de algo que no es sometido a escrutinio alguno por parte de quienes consienten. En los tiempos de la vigilancia el sistema debía forzar a los individuos para que compartieran o confesaran información relevante. La eficacia del sistema de control es que hoy son los individuos los que voluntariamente se prestan a convertirse en sujetos transparentes. Paradoja: en la era de la privatización de los bienes sociales, la privacidad se convierte en una mercancía pública que ofrecemos gratuitamente.

Más allá del individualismo. Se recuerda siempre aquella sentencia de Thatcher: la sociedad no existe, sólo existe el individuo. Era tan sólo un paso hacia un estadio mayor: toda vez que los individuos han sido mutados en perfiles, la sociedad pasa a ser un dispositivo de interconexiones programables. La eficacia de la dominación: la soberanía de los sujetos se disuelve en los códigos algorítmicos. El *Titanic* aceleró su naufragio cuando las relaciones sociales se convirtieron en conexiones. La sociabilidad es un estado de permanentemente conexión con otros perfiles en contextos donde todo lo real se desvanece en su virtualización. Lo virtual nos sitúa en el espacio de la hipersimulación. La realidad entendida como un conjunto de efectos especiales verosímiles: las amistades virtuales en las redes, por ejemplo. Este modelo de sociabilidad se erige en contra de ese otro en el que podían urdirse redes de complicidad que nunca son una simulación. Hoy, el nosotros naufraga en sus simulacros.

Esto, a su vez, se entronca con el triunfo del ruido como mensaje socialmente producido y difundido. No es cierto que la verdad esté en crisis a causa de la llamada *infodemia* y sus *virus-fake* o *news-bulos*. Lo que está en crisis es la autoexigencia de verificación. Triunfo de una credulidad masiva y soberbia en la que los crédulos no admiten que lo son. Ya no estamos en la era de los medios de comunicación de masas tal y como la entendíamos hasta la irrupción del enjambre digital. Los nuevos dispositivos informáticos, especialmente el *smartphone*, trastocan el esquema clásico de la teoría de la información. Ahora, cada uno de nosotros somos emisores, receptores y medios todo a la vez. Pero en un contexto definido por el “instantaneísmo” y el triunfo de la expropiación de la experiencia. La irrupción de la cultura digital ha trastocado las coordenadas básicas de lo humano, el espacio y el tiempo. Todo ha de ser interpretado desde el aquí y el ahora, pero en un marco dominado por la hipervelocidad de los procesos de comunicación y de la sobreabundancia de informaciones-datos. Marina Garcés señala que “lo vivible se nos ha deshilvanado”. Traverso (2019; p. 33) cita a Koselleck para explicar este “deshilvanamiento”. El presente, que para algunos es tan sólo el territorio donde reina el instante —el aquí y ahora—, deja de ser vivido como un punto de intersección entre “un espacio de experiencia” (el pasado) y “un horizonte de expectativas” (el futuro). La experiencia, como reflexión sobre estas dos instancias, deja de ser un valor y nos sumergimos en el FOMO (*Fear Of Missing Out*), o miedo a perdernos algo valioso que discurre vertiginosamente por la pantalla de nuestro dispositivo si dedicamos demasiado tiempo a intentar profundizar en el sentido de las cosas. Y además pensamos que siempre hay algo importante que no es aquello que estamos atendiendo ahora. Capitalismo de la atención. Dos vías de acción: convierte la atención en mercancía que hay que capturar —la estrategia del *clickbait*— y favorece el desarrollo de lo que Berardi (2022, p. 20) llama “explosión de inadvertencia” entendiendo que “inadvertencia no significa ausencia de información (ignorancia), sino reducción de la asimilación consciente de conocimiento”.

Las podremos llamar *fake news*, pero esos bulos no nos convierten en engañados; entre otras cosas porque somos nosotros los que los validamos al convertirnos, desde nuestras redes sociales, en sus difusores. Crédulos inmersos en un pandemonio. Virilio (1999, p. 14) señaló que la opinión pública se despreocupa de la verdad porque está obsesionada “por el efecto del anuncio de un hallazgo”. Esto es lo que rige el funcionamiento del flujo informativo en la era en la que los medios de masas son, ahora, los medios masivos de las masas. El ruido como continuo

bombardeo de noticias, algunas falsas y otras ciertas, que hace de nosotros receptores que inmediatamente han de asumir el rol de emisores. Devaluada la experiencia, todo circula fragmentariamente, sin contexto y avalado por nuestra rendición ante el sesgo de confirmación: creemos todo lo que nos llega al provenir desde canales que son ese ecosistema de la credulidad constituido por los círculos de amistades en red. El crédulo confía en quienes le son próximos porque cree que estos no le engañarían y es cierto, no le engañan, sólo le hacen participar de ese “nosotros” que navegando por el ruido informativo no tiene tiempo para hacerse preguntas. El triunfo del ruido convertido en el mensaje unido a la metamorfosis del sujeto demediado en perfil, mina de datos, consigue imponer un mundo despojado de significado donde todo es porque ocurre, aparentemente, de manera automática y, toda vez que hemos convertido el artificio en lo natural, de forma natural. Si añadimos a esto la suma de otros aspectos, como la metamorfosis de la libertad como desregulación o la imposición de la filosofía emprendedora con sus estrategias mentales, los *coachs*, que en aras de dar relevancia a la autonomía y soberanía de los individuos convierten todo problema social en una responsabilidad individual, el sistema de dominación bajo el modelo inspirado por Bernays derrota todo aquello que un día fue la aspiración en acción por la conquista de un mundo democrático, luego justo. Todo es consentido y como prueba de ello podemos coexistir con un sistema depredador que cada vez produce, como señalara Bauman, más vidas desperdiciadas, más deshechos sociales sin que nada estalle. Es el triunfo total del qué hay de lo mío, fruto del triunfo de una cultura del miedo. Ahora el ascensor social no se ha parado del todo porque, si bien cada vez funciona menos como elevador, esto no supone que lo haga como “descendedor”. El miedo se convierte en un virus paralizante cuando o ya estás sumido en la miseria o en la pura supervivencia o cuando, instalado en tu confort, no dejas de ver, con temor, que mañana tú podrías pasar a forma parte de quienes han sido desahuciados del vivir y convertidos en supervivientes.

Y lo anterior se convierte en tsunami cuando el sistema, en su dimensión puramente económica, ha cambiado su sistema operativo. Como ha denunciado Piketty, aquel mundo en el que la economía se basaba en un binomio, capital más trabajo, que funcionando dentro de un marco de desigualdad permitía asegurar que quien poseía un empleo estaba a salvo de la pobreza, ha desaparecido y hoy el capital, para producir de forma exponencial un beneficio que se concentra de manera casi absoluta en unas *hiperelites*, ya no necesita de la fuerza de trabajo. Depreciación

del trabajo que deja de convertirse en fuente de riqueza que posibilitaba a quien cobraba un salario integrarse en la sociedad regida por la ecuación bienestar igual a consumo. 2008 nos abrió los ojos: el capital financiero es el que dirige el entramado económico en un momento en el que los medios tecnológicos ligados a la cultura digital hacen posible que actúe de manera autocrática como inversión especulativa, es decir, depredadora de todo cuanto puede constituir una fuente de incrementar el margen de beneficios. El tipo más rico del 0,1% más rico del planeta (Arnault), con una riqueza de 220.000 millones de euros, se permite el lujo de no ser el que más cobra en la empresa que él dirige. Al fin y al cabo, para él el salario es dinero de bolsillo y, además, el objeto de una fiscalidad concreta. Sin embargo, sus inversiones bursátiles le rinden año tras año una riqueza que, por lo demás, y mediante la sofisticada ingeniería financiera escapa de las obligaciones fiscales.

EL TRIUNFO DE BERNAYS

Se entenderá que el relato que presento sea tan escueto que no oculta todo aquello que aún quedaría por decir. No es fácil intentar responder a por qué hemos desembocado en el trayecto de la Modernidad en algo que parece oponerse a los principios que regían esta, principalmente el aumento en nuestra capacidad para comprender el mundo y, desde allí, para poder gobernarlo según unos parámetros democráticos.

Bernays ha triunfado: los ingenieros del consentimiento han producido esto de manera masiva y han conseguido conformarnos según este patrón. El gobierno en la sombra, la autocracia antidemocrática y con un fuerte componente ultraderechista, revive la cultura de los privilegios anegando ese mundo —espejismo— que decía pivotar sobre los derechos fundamentales e inalienables de los seres humanos. “No solo el futuro no ha llegado, sino que ni siquiera parece ya posible” (Fisher, 2019, p. 48). La izquierda, como ideología en acción, aparece naufragada en sus viejos vicios —considerar más peligroso a un grupo de izquierdas al que se tacha de “hereje” que al propio sistema capitalista— y en un confucionismo paralizante que desemboca en lo que Marina Garcés (2017, p. 57) denunciaba: “todas las formas de opresión de nuestro tiempo pasan por la aceptación de un ‘no sabemos pensar lo que está pasando ni cómo intervenir en ello’”. Y así, la izquierda se diluye hoy en un giro identitario que le aleja cada vez más de las preocupaciones reales de quienes un día fueron su base social y que hoy, desde esa orfandad, o bien se convierten en cuerpo político de la abstención o migran insensatamente o por venganza insensata, como

sostiene Berardi, hacia las fuerzas políticas de la extrema derecha que desde su populismo ramplón no tienen dificultad alguna para convencer al crédulo airado. Y si no, la izquierda se suma con entusiasmo a la falacia de la red de redes —“ágora de la democracia directa”— como vemos en su acrítico entusiasmo por las primarias masivas realizadas gracias al voto de los militantes que habitan en eso que el marketing económico e ideológico llaman *metaverso*.

Unamos a lo anterior la expansión, en paralelo a la del neoliberalismo salvaje en lo económico, de la vertiente más ultra del conservadurismo en lo relativo a la dimensión política, social y cultural. A veces tendemos a reducir lo que hemos denominado “revolución conservadora” a su dimensión esencialmente económica ignorando que esta es indisociable de la deriva ultra en lo político y en lo social. La llegada al poder de Thatcher en Reino Unido ya supuso un giro ultraconservador en lo político como lo demuestra, por ejemplo, su guerra al sindicalismo; pero será la presidencia de Reagan en los EE.UU. la que abra la vía para la expansión de doctrinas ultraconservadoras (los llamados *neoon*). En junio de 1988, Peter Schultz escribía un artículo en el que sostenía que el final de la era Reagan y el posible ascenso de un candidato demócrata no supondría en modo alguno el ocaso de la ideología ultraconservadora:

El neoconservadurismo sobrevivirá al derrumbe político y mantendrá el dominio que tiene en la actualidad. La derechización de la política norteamericana, impulsada por los novedosos Comités de Acción Política, los tanques de cerebros neoconservadores, ideólogos universitarios y periodistas ideologizados, ha logrado introducir un nuevo consenso en el discurso de republicanos y demócratas, que proyectará su influjo por años, dentro y fuera de EE.UU. (Schultz, 1988)

Una izquierda incapaz de modular un proyecto que la rescate del estupor de la desaparición del bloque soviético ha dejado abierto el campo para un rearme de la derecha que puede desprenderse del maquillaje democrático liberal para volver a su ser: la apuesta por un sistema totalitario. Para ello ha resucitado viejas alianzas, por ejemplo, la que en las décadas de los 20 y 30 del siglo pasado la llevaron a conchabarse con los fascismos o el retorno a modelos en los que se busca el apoyo del fundamentalismo cristiano. Es cierto que hemos de destacar un elemento en modo alguno baladí: la remodelación del fascismo y su reconversión en eso que,

acertadamente, algunos han dado en llamar “fascismo 2.0”. Digo que este asunto no es baladí porque demuestra, entre otras cosas, que han sido estos sectores totalitarios los que mejor han sabido aprovecharse de algo que cuando empezó a ganar espacio en la vida cotidiana fue calificado por no pocas personas provenientes de la izquierda como la gran autopista de la democracia, el nuevo espacio público abierto a toda la gente, la gran herramienta de una verdadera soberanía popular. Me refiero, por supuesto, al mundo de la *www*. Sumemos factores: la izquierda sin proyecto, la derecha ultra aliada con la ultraderecha y con el fundamentalismo cristiano, el triunfo sin paliativos de la credulidad de las masas favorecida por el impacto de lo que cabría denominar ya “electrónica digital del consentimiento”, y el resultado de esa adición no es otro que la infiltración en el imaginario colectivo de modelos de concebir el mundo controlados por los *think tanks* ultraconservadores. La corrosión de la democracia por parte de “la revolución conservadora” ha consistido, fundamentalmente, en un control del sistema desde dentro, la perversión de los valores democráticos como por ejemplo la libertad o la reducción del valor equidad a su simulación a través de la llamada igualdad de oportunidades y de la artera cultura del mérito. Pero el éxito de ese asalto y derribo de la esfera democrática ha contado con la connivencia inconsciente de las fuerzas que debían haberla defendido, empezando por la socialdemocracia que, gustosamente, aceptó la conversión del sistema democrático en una simple relación de mercado, y, continuando por el espectro a la izquierda, de este socialismo descafeinado con una serie de fuerzas que, como ya he señalado, aún no han sido capaces de rehacerse tras el final del modelo soviético. A todo esto hay que sumarle el papel desempeñado por la propaganda, según el modelo diseñado por Bernays, en la conversión de la sociedad de consumo en la sociedad del consumismo y la desvitalización de la identidad política consustancial a la democracia, la ciudadanía, en puros perfiles tanto en su dimensión clientelar como en la vertiente más actual que hace de cada individuo, puro cúmulo de datos, un ente previsible.

Lo anterior me dirige hacia una conclusión que no debe de ser evaluada según la estúpida tendencia a la simplificación absoluta: pesimismo / optimismo. Pensando desde el hoy en una sociedad incontestablemente cautiva de “un dispositivo de dispositivos”, el *smartphone*, consideramos vivir en un *smartworld* que irá a más toda vez que la *IoT* o “Internet de las cosas”, de la mano de la inteligencia artificial, siga en su proceso de colonizar todos los espacios, incluso los más recónditos, de vida. Solemos traducir *smart* por inteligente y cierto, así es; pero también se suele usar este adjetivo anglosajón con un sentido que no debiéramos obviar: “astuto”. Y así, una

forma de entender nuestro presente se resume en estas palabras de Marina Garcés (2018, p. 45): “El hecho decisivo de nuestro tiempo es que, en conjunto, sabemos mucho y que, a la vez, podemos muy poco. Somos ilustrados y analfabetos al mismo tiempo”.

Sin embargo, y esto ya sería materia para otro artículo, no podemos ignorar la irrupción de lo inesperado. Desde enero-marzo de 2020 se abre una nueva fase en la que aún nos encontramos. Es eso que solemos denominar, sirviéndonos de un galicismo, *impasse*. ¿Hacia dónde nos dirigiremos? No soy capaz de responder, pero es cierto que hay signos que no deberían pasarnos inadvertidos como, por ejemplo, ciertas voces que desde el seno de la propia ideología capitalista comienzan a exigir el final del capitalismo financiero, de la especulación y la monopolización extrema de riqueza, el final de la globalización económica tal y como se ha impuesto. Y también el que comience a haber una serie de personas que coinciden con las palabras de Berardi (2021, p. 93): “A la luz de la era Trump, a veces tengo la inquietante sensación de que la victoria de la democracia sobre Hitler fue una especie de *trompe l’oeil*”.

Sea como fuere, queda mucho por hacer para desmontar el sistema que un día pensó Bernays como realizable. La clave, a buen seguro, radica en tomar conciencia de que no se trata de cuestionarnos el futuro de la democracia sino, sobre todo, tomar conciencia de qué democracia queremos construir. No se trata de regresar sino de construir horizontes de expectativas realizables. Y por ahora, mucho me temo, no somos capaces de mirar hacia adelante cabalgando ese interrogante. Miedo y confort. Miedo a perder el confort. Miedo a no poder alcanzar el confort. La miedocracia en la era de la algoritmocracia corroe las fuerzas de una voluntad que debería volver a reencontrarse con lo humano. Y sobre todo el imperio de la credulidad que dinamita toda forma de reflexión crítica y produce situaciones que a buen seguro Cipolla no dudaría en calificar como el triunfo incuestionable de la estupidez (para el italiano, estúpida era toda esa persona capaz de apoyar incondicionalmente decisiones que van en contra de sus propios derechos e, incluso, de sus propios deseos). Sea como fuere, he de admitir que no hay un día en el que no resuenen en mí interior las palabras que escribió Schiller para su drama *Don Carlo*: “contra la estupidez humana los propios dioses luchan en vano”.

REFERENCIAS

- Berardi, F. B. (2021). *La segunda venida. Neorreaccionarios, guerra civil global y el día después del Apocalipsis*. Caja Negra.
- Bernays, E. (2008). *Propaganda*. Melusina.
- Colectivo Cul de Sac (2013). *15 M. Obedecer bajo la forma de la rebelión. Tesis sobre la indignación y su tiempo*. Colectivo Cul de Sac.
- Fisher, M. (2019). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra.
- Garcés, M. (2018) *Nueva ilustración radical*. Anagrama.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Deusto.
- Sánchez, J. A. (2020). De una manzana mordida y un pronombre minúsculo. *laU. Revista de cultura y pensamiento*. <https://la-u.org/de-una-manzana-mordida-y-un-pronombre-minusculo/>
- Sánchez, J. A. (2021). *El virus (otro) en los días del virus. De la corrosión de la democracia*. Visión Libros.
- Schultz, P. W. (1988). La revolución terminó: ¡Ganamos! Neoconservadurismo después de Reagan. *Nueva Sociedad*, 95, 45-54. <https://nuso.org/articulo/la-revolucion-termino-ganamos-neoconservadurismo-despues-de-reagan/>
- Traverso, E. (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg.
- Virilio, P. (1999). *La bomba informática*. Cátedra.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós.

Populismo y didáctica crítica de las ciencias sociales

Populism and critical social science teaching

Jesús Romero Morante

Universidad de Cantabria

romeroj@unican.es

María Louzao Suárez

Técnica de la Consejería de Educación del Principado de Asturias

marialsuar@educastur.org

Daniel Macías Fernández

Universidad de Cantabria

daniel.macias@unican.es

Recibido en enero de 2024

Aceptado en febrero de 2024

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28398

RESUMEN

El avance del populismo en todo el mundo ha llevado a preguntarse por el papel de la educación. Inevitablemente, las respuestas están condicionadas por el entendimiento de este fenómeno. Es frecuente presentarlo como una patología de la democracia. Con ese diagnóstico, la educación sería la terapia por antonomasia contra sus síntomas (demagogia maniquea, discursos de odio, desinformación, etc.). Aquí se defenderá que los regímenes democráticos existentes no son el prototipo acabado del ideal democrático, y que el populismo no es un virus que los ataca desde fuera, sino un proyecto político que brota de sus agudas contradicciones internas. De ahí se desprende que el educativo solo es un vector de un problema abrumadoramente mayor; y que una enseñanza crítica de las ciencias sociales no debería ocuparse únicamente de los síntomas inadmisibles del populismo, sino también de las políticas, ordenamientos institucionales y fracturas sociales que están en el origen causal de su actual eclosión.

Palabras clave: populismo, ciencias sociales, didáctica crítica, política de la inevitabilidad, democracia.

Referencia

Romero Morante, J., Louzao Suárez, M. y Macías Fernández, D. (2024). Populismo y didáctica crítica de las ciencias sociales. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 51-86. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28398

ABSTRACT

The advance of populism around the world has led to questions about the role of education. Inevitably, the answers are conditioned by the understanding of this phenomenon. It is often presented as a pathology of democracy. With this diagnosis, education emerges as the therapy par excellence against the symptoms of the disease (Manichean narratives, hate speeches, disinformation, etc.). It will be argued that existing democratic regimes are not the finished prototype of the democratic ideal, and that populism is not a virus attacking them from outside, but a political project that springs from their acute internal contradictions. It follows that education is only one vector of an overwhelmingly larger problem; and that a critical teaching of the social sciences should not only deal with the unacceptable symptoms of populism, but also with the policies, institutional arrangements and social fractures that are at the causal origin of its current emergence.

Keywords: populism, social sciences, critical didactics, politics of inevitability, democracy.

INTRODUCCIÓN: UNA VIEJA PREOCUPACIÓN

En plena Gran Depresión, concretamente en 1934, se creó en Inglaterra la *Association for Education in World Citizenship*, con el patrocinio y participación de reformistas y socialistas prominentes. A ella se afiliaron diecinueve organizaciones nacionales de directores de colegios, varias de docentes, de formadores universitarios del profesorado, etc. El denominador común fue la inquietud por los sombríos nubarrones que se cernían sobre la democracia en aquella atribulada década, dentro de lo que se percibía como una crisis de la civilización: herida de muerte ya por aquellas fechas, la fe en el progreso constante recibió la puntilla definitiva con la agudización de los antagonismos sociales a resultas de la recesión económica y el dramático aumento del paro, la creciente polarización política, acentuada por el ascenso del comunismo y el fascismo, y la incapacidad de los poderes públicos para hacer frente a la situación. En el libro mediante el cual esta Asociación se presentó en sociedad, su presidente —Ernest Simon— escribía:

Nunca ha habido una época en la que el mundo fuera potencialmente tan rico y, sin embargo, el desempleo y la inseguridad fueran tan generales; nunca ha habido una época en la que se hicieran tantos esfuerzos para evitar la guerra y, sin embargo, el miedo desesperado a su inevitabilidad estuviera tan extendido. (...) La reacción natural ante tales fracasos políticos es culpar al Gobierno, y, cuando los fracasos continúan, las personas empiezan a culpar a la *forma* de gobierno, a hablar de «la deprimida y cínica falta de rumbo de la democracia», a exigir acción y liderazgo autoritario. (Simon, 1935, p. 3)

Ciertamente, Gran Bretaña no fue inmune a la aparición de partidos filo-fascistas. Apenas dos años antes, en 1932, el aristócrata Sir Oswald Mosley —cautivado por el régimen de Benito Mussolini— había fundado la *British Union of Fascists*, con una activa y violenta sección juvenil. Merced a su grandilocuente oratoria populista, Mosley llegó a atraer a unos 50.000 afiliados en el punto álgido de esta formación (precisamente en 1934), así como a granjearse simpatías en distintos sectores sociales, incluidos jóvenes de clase obrera y estudiantes universitarios de clases altas.

Sin duda consciente de ello, Ernest Simon, además de apuntar expresamente a la responsabilidad del sistema político, lamentaba el hecho de que

nunca hemos reflexionado seriamente sobre la educación para la ciudadanía de un Estado democrático; no estamos dando ni de lejos la suficiente educación, ni es en general del tipo adecuado. (...) Desgraciadamente, una gran parte de nuestra educación sigue estando completamente desvinculada de los problemas actuales (...), de los problemas económicos y políticos que nos desconciertan hoy en día. (pp. 5, 6 y 10)

Junto al conocimiento imprescindible para formarse un juicio sólido sobre tales problemas, la escuela debería cultivar otras cualidades propias de un ciudadano en democracia. Uno de los directores que acudió a la llamada de esta Asociación las describía de esta guisa, insistiendo en que la formación de una ciudadanía inteligente y reflexiva es cosa radicalmente distinta de la “propaganda”:

No corresponde a la escuela enseñar a un niño lo que debe pensar y creer. Su tarea es intentar enseñarle a encontrar una solución por sí mismo e inculcarle la necesidad de definir con claridad los términos que utiliza, de examinar las pruebas antes de llegar a una conclusión, de no dejarse arrastrar por las pasiones irracionales, los embelecos demagógicos y los eslóganes simplistas. Su tarea consiste en proporcionarle, en la medida de sus posibilidades, algunos de los conocimientos que pueda precisar para un pensamiento riguroso y honesto, y animarle, mediante la lectura y la observación, a que construya por sí mismo un acervo de conocimientos. (...) Sin embargo, es esencial que, junto a la crítica y discusión libres, se inculque en la mente del muchacho el espíritu de servicio social y responsabilidad política, de aceptación de un deber hacia la comunidad a la que pertenece y de la que depende. No sólo hay que formar la inteligencia; es igualmente imprescindible, si queremos evitar producir meramente detractores destructivos, formar la conciencia y la voluntad. A esto hay que añadir un elemento más: el despertar de un orgullo razonado por la propia tradición cultural, (...) algo muy distinto de la arrogancia racial y del afán de engrandecimiento nacional que amenazan la paz mundial. No es incompatible ni con ese impulso casi impetuoso de barrer los antiguos abusos, que parece inspirar a la juventud más generosa y pensante de nuestros días, ni con ese internacionalismo que desea sustituir el caos del nacionalismo político y económico por un orden mundial. (Happold, 1935, pp. 136-137)

Ese sería el camino, a su juicio, para atenuar el peligro que supondría “dejar a un electorado potencialmente poderoso en su actual estado de ignorancia e

indiferencia” (p. 139). Pues bien, si traemos a colación este ejemplo histórico es para evidenciar que no es la primera vez, en absoluto, que se activan las alarmas dentro del campo educativo y se buscan en él iniciativas susceptibles de contrarrestar el dañino auge de estrategias retóricas que galvanizan falazmente a unos sectores de la población contra otros caricaturizados como “enemigos”. Es más, si se repasan con detenimiento las propuestas de Simon, Happold y tantos otros, se advertirá, como comprobaremos más adelante, que, salvados los 90 años de distancia temporal, apenas difieren de las esgrimidas comúnmente en nuestro presente.

No perdemos de vista que lo que amedrentaba a los autores recién citados era el fascismo. Aunque las relaciones entre fascismo y populismo han sido bien estudiadas (por ej., Finchelstein, 2019)¹, ni hoy vivimos en una situación equiparable a la del período de entreguerras, por más que sea urgente advertir algunas analogías hartamente desasosegantes (Snyder, 2017), ni los populismos de las últimas décadas —los que nos interesarán aquí— son fascismo². Al menos parece existir cierto consenso al respecto entre los especialistas académicos (cfr. Müller, 2017; Eatwell, 2017; Eatwell y Goodwin, 2019; Rosanvallon, 2020; Moffitt, 2022). No ocurre lo mismo a la hora de precisar qué son entonces, pues los disensos son notorios. Después de todo, como subrayan Vallespín y Bascuñán (2017, p. 17), es más fácil acotar el significado del adjetivo “populista” (habitualmente asociado a demagogia, discurso maniqueo y supuesta comunión con el auténtico sentir del “pueblo”, y aplicable a las declaraciones y actitudes tanto de tirios como de troyanos pasados o coetáneos) que el del sustantivo “populismo” en tanto que fenómeno político.

En efecto, aunque dicho término se ha convertido en uno de los más socorridos para entender una dimensión remarcable del ciclo político abierto a nivel internacional en los últimos decenios, hasta el punto de que el diccionario Cambridge le otorgó en 2017 el título de “Palabra del Año”, lo cierto es que se trata de un concepto muy

¹ Este historiador argentino sostiene que “el populismo moderno nació del fascismo”. O, de manera más precisa, de su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Para adaptarse a los nuevos aires de la posguerra, la “nueva modernidad populista” renunció a “ciertos aspectos dictatoriales determinantes” en aras de reformar su legado en clave democrática (Finchelstein, 2019, p. 15). Si pensamos en la experiencia latinoamericana de mediados del siglo XX y en figuras como las de Juan Domingo Perón en Argentina o Jorge Eliécer Gaitán en Colombia, la afirmación se nos antoja fundamentada. Ahora bien, puesto que Finchelstein reprueba, acertadamente a nuestro juicio, el “narcisismo geopolítico” que limita su impacto a áreas geográficas concretas, obviando que se trata de “un fenómeno global y transnacional”, semejante aseveración solo se sostiene si convertimos los brotes previos —v.g., las *Farmers’ Alliances* y el *People’s Party* en el salto del siglo XIX al XX en Estados Unidos, o el movimiento boulangista en la Francia de la Tercera República— en formas de populismo “premodernas” (haciendo uso implícito de la desacreditada teoría de la modernización) o de “protopopulismo”.

² Lo cual no quiere decir que no haya grupúsculos neofascistas entre los simpatizantes de algunas fuerzas populistas.

controvertido, con una “semántica de goma” (Rosanvallon, 2020, p. 13) tanto en su utilización mediática y partidista como en la erudita. En el primer ámbito, porque se ha empleado cual cajón de sastre peyorativo para descalificar *a priori* casi cualquier posición crítica con las democracias liberales realmente existentes, con la globalización neoliberal, con la actuación de las élites e incluso con cualquier detalle de la ortodoxia *mainstream*. Paradójicamente, porque esa denostada etiqueta ha sido reivindicada recientemente, con orgullo, por personalidades políticas tanto de la derecha radical o extrema derecha como de la izquierda. En este contexto, no es de extrañar la coexistencia de valoraciones antagónicas: para unos, el populismo representa la mayor amenaza actual a la democracia debido a su índole pre-fascista —“pos-fascista” diría Tamás (2001)— o a su “iliberalismo” presto a derivar en autoritarismo (Snyder, 2018; Applebaum, 2021); para otros, crea las condiciones de posibilidad de una revitalización del proyecto democrático, y aun de una democracia radical, gracias a la restitución de una genuina soberanía popular (Errejón y Mouffe, 2015; Mouffe, 2018; Ema e Ingala, 2020).

En cuanto al ámbito académico, las dificultades para su categorización tienen que ver, asimismo, con el hecho de que el populismo carece de un corpus doctrinal codificado de una entidad mínimamente aproximada a la de las grandes ideologías políticas. Tal vez esto explique que una porción elevada de la llamativa explosión de publicaciones sobre el tema haya preferido centrarse, desde la óptica de la sociología electoral y la politología, en la caracterización de los electorados responsables de su espectacular avance *urbi et orbi*, y de las circunstancias particulares que han prefigurado su voto. Estos trabajos han ayudado a vislumbrar con mayor nitidez el perfil poliédrico de sus simpatizantes —y esa es una mirada imprescindible—, pero no informan demasiado sobre la naturaleza del fenómeno, al considerarlo implícitamente como un mero síntoma de ciertas dinámicas y fracturas sociales. Y en la literatura que sí ha profundizado en dicha naturaleza afloran, como era previsible, perspectivas teóricas encontradas.

En esta tesitura, resulta ineludible una parada previa antes de afrontar la pregunta de qué se puede o se debe hacer desde la escuela. No en vano, lo que las respuestas presupongan sobre el alcance potencial de la acción educativa, y sobre las direcciones específicas que habría de seguir, estará condicionado por cómo se entienda nuestro objeto de atención y a qué causas se atribuya. Por esa razón, dedicaremos los tres apartados siguientes a esbozar un modesto estado de la

cuestión que nos dé pie a aclarar nuestra posición. Ahí encontraremos argumentos para pensar a continuación, con “sentido de la realidad” y sin caer en idealismos ingenuos, el radio de la acción educativa; y para perfeccionar, con “sentido de la posibilidad”, algunos principios de procedimiento que, a nuestro juicio, deberían ser integrados en una enseñanza crítica de las ciencias sociales.

A VUELTAS CON LA NATURALEZA DEL POPULISMO

No es nada sencillo conceptualizar el populismo. Aunque en el debate académico se constatan coincidencias significativas al tiempo de describir algunas de sus características centrales, también se aprecian discrepancias notables en el momento de interpretar qué tipo de fenómeno es. De acuerdo con la clasificación de Moffitt (2022), esas diferentes interpretaciones serían reducibles a tres enfoques: el ideacional, el estratégico y el discursivo-performativo.

El “enfoque ideacional” lo concibe como una ideología. Según la conocida definición de Mudde y Rovira Kaltwasser (2019, p. 33), el populismo sería “una *ideología delgada*, que considera la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el «pueblo puro» frente a la «élite corrupta», y que sostiene que la política debe ser la expresión de la voluntad general del pueblo”. Apoyándose en la distinción de Freedman (2003) entre “ideologías densas” (v.g. el liberalismo o el socialismo, esto es, doctrinas sistematizadas y compiladas que despliegan un amplio menú de medidas frente a los problemas contemporáneos) e “ideologías delgadas” (con un núcleo y una ambición mucho más limitados), Mudde y Rovira Kaltwasser ubican al populismo en esta última familia para destacar el hecho de que se manifiesta casi siempre ligado a otras ideologías, distintas y aun contradictorias (desde el socialismo al ultranacionalismo pasando por el neoliberalismo)³, a fin de atraer a un público más extenso. Esta circunstancia permitiría comprender tanto su maleabilidad y la consiguiente aparición de subtipos de populismo, de derecha y de izquierda, como su incapacidad para “ofrecer por sí mismo respuestas complejas y exhaustivas a las cuestiones políticas que generan las sociedades modernas” (p. 34). Dentro de este enfoque hay quien aplica criterios de demarcación más estrictos. Así, Müller (2017, p. 33) añade que “ser crítico de las élites

³ La mezcla específica de ingredientes (en plural) remite al campo idiosincrásico de fuerzas que actúan en cada escenario. A modo de ilustración, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Recep Tayyip Erdogan amalgama un populismo conservador e instrumentalmente islamista (otro calificativo polimórfico) y neoliberalismo. Véanse los recomendables estudios de Mourenza y Topper (2019) y de Temelkuran (2019).

es una condición necesaria, mas no suficiente, para calificar como populista; de otro modo, cualquiera que critique a los poderosos y el *statu quo* en cualquier país sería por definición populista. Además de ser antielitistas, los populistas son siempre antipluralistas: aseveran que ellos, y *sólo ellos*, representan al pueblo. Otros contendientes políticos solo son parte de la élite corrupta e inmoral”.

El “enfoque estratégico”, por su parte, lo conceptualiza como un modo de práctica política. Esto es, no como una característica inherente a unos actores políticos, sino como algo que “se hace” (Jansen, 2011, p. 75). Desde esta perspectiva, lo relevante no es lo que los populistas afirman creer o lo que dicen, sino las estrategias, formas de organización y estilos de movilización mediante los cuales intentan alcanzar el poder y mantenerlo. Los principales representantes de esta corriente investigan singularmente los casos latinoamericanos y este detalle, según Moffitt (2022, pp. 36-37), contribuiría a explicar su postura. Mientras en Europa domina claramente el populismo de derecha, durante las últimas décadas América Latina ha presenciado la irrupción de populismos ideológicamente muy dispares. El “neopopulismo” de los años 90 del siglo XX, encabezado por Alberto Fujimori y Carlos Menem, fusionó populismo y neoliberalismo, tal como asimismo ha comenzado a hacer, con un radicalismo montaraz, el nuevo presidente de Argentina, Javier Milei. Sin embargo, los albores del siglo XXI dieron paso a la “marea rosa” del populismo de izquierda, en la que Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa conjugaron populismo y acciones redistributivas. El recelo de estos estudiosos hacia el enfoque ideacional tendría mucho que ver con semejante diversidad. En su lugar, prefieren poner el foco en el rol del líder personalista, en su búsqueda de una conexión directa y no mediada con sus seguidores, etc.

Por último, el “enfoque discursivo-performativo” lo define como un “discurso” o como un tipo de “lenguaje” dirigido a edificar una identidad política binaria en el contexto de la lucha por el poder. Su origen se sitúa en los trabajos clásicos de Ernesto Laclau, realizados en solitario o con Chantal Mouffe (v.g. Laclau y Mouffe, 1987). Pertrechados con las herramientas del posestructuralismo y la teoría gramsciana de la hegemonía, ambos desarrollaron una teoría del populismo en la que éste aparece, no como el reflejo de un “pueblo” y una “élite” preexistentes, con una nítida base sociológica, sino como la *construcción discursiva* del “pueblo” contra “la élite”, en la batalla por crear un sujeto político colectivo capaz de alcanzar una posición dominante. Por descontado, no todos los defensores de este enfoque han interpretado

el “discurso” y el “lenguaje” con idénticas lentes teóricas. Algunos, incluso, han insistido en la necesidad de examinar además su dimensión no verbal, toda vez que el lenguaje corporal, el registro coloquial bronco, el acento o las maneras de vestir acostumbran a formar parte de esa “ostentación de lo bajo” frente a lo “elevado” (Ostiguy, 2017, p. 77) cultivada por muchos líderes populistas. En cualquier caso, el punto de encuentro, según Moffitt (2022), es la capacidad performativa del lenguaje, en alusión no solo a su acomodación a la *performance* teatral típica de un sinnúmero de cabecillas, sino también, sobre todo, a la coparticipación de las palabras en la constitución de las identidades políticas que designan. Bien entendido que esta focalización ha servido tanto para elaborar una caracterización sustantiva del populismo como para negarle sustantividad y relegarlo a una condición adjetiva. Sin ir más lejos, Veiga et al. (2019, p. 19) concluyen que es “un lenguaje emocional que se puede insertar en cualquier partido político de cualquier tendencia ideológica. Dicho de otra forma, afirmar que un partido es populista equivaldría a decir que es un «partido demagógico» (...). En realidad, el recurso al epíteto «populista» ha servido para difuminar o incluso camuflar la verdadera naturaleza ultraderechista de algunos partidos”.

Si consideramos que la literatura académica aplica ese epíteto a una abigarrada variedad de figuras, partidos, movimientos y gobernantes —desde Donald Trump, Jair Bolsonaro, Nigel Farage y los *leavers* favorables al Brexit, Marine Le Pen, Geert Wilders y su Partido de la Libertad que obtuvo una amplia victoria en las elecciones generales neerlandesas del pasado 22 de noviembre de 2023, Viktor Orbán, Matteo Salvini y Giorgia Meloni, Recep Tayyip Erdogan, Vladímir Putin, el partido Ley y Justicia (PiS) de Jaroslaw Kaczynski que gobernó en Polonia entre 2015 y octubre de 2023, Alternativa para Alemania, el FPÖ austriaco o Vox, hasta Podemos, Syriza, la Francia Insumisa de Jean-Luc Mélenchon, el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo, la recién fundada Alianza Sahra Wagenknecht por la Razón y la Justicia en Alemania, Hugo Chávez, Rafael Correa o Evo Morales, pasando por Narendra Modi en la India, Rodrigo Duterte en Filipinas, los Luchadores por la Libertad Económica en Sudáfrica, el partido Nueva Zelanda Primero de Winston Peters o el australiano Una Nación de Pauline Hanson, por cerrar aquí una larga lista—, se entiende perfectamente que haya quien dude de la utilidad heurística de la categoría “populismo” por su excesiva amplitud, y proponga centrar la mirada en la derecha radical o extrema derecha (Veiga et al., 2019; Forti, 2021; Kochi, 2023).

Tales recelos son comprensibles. Por varios motivos. El primero, la siniestra sombra de la ultraderecha. El segundo, la geografía. A diferencia de la nutrida historiografía existente en Estados Unidos sobre el *People's Party*, y en Latinoamérica sobre las distintas fases populistas sobrevenidas desde el período de entreguerras, la emergente explosión de trabajos en Europa se debe, sobre todo, al paulatino crecimiento de la derecha radical en el Viejo Continente a partir de la década de 1980 y a sus éxitos electorales en ascenso desde la Gran Recesión de los años 2008-2009. Ahora bien, la citada crisis económica y su gestión por parte de la Troika (la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional) también propiciaron la irrupción en estos lares de populismos de izquierda. Más aún, resulta ilustrativo que Syriza, tras ser el partido más votado en las elecciones parlamentarias griegas de septiembre de 2015, formase gobierno en coalición con el ANEL (Griegos Independientes), un partido populista de extrema derecha. Este llamativo dato quizá pueda interpretarse como un ejemplo de rojipardismo⁴. Pero, a lo sumo, esta es una categoría descriptiva, no explicativa, y no exime de analizar las presuposiciones políticas compartidas por debajo de las palmarias divergencias programáticas entre, verbigracia, Alexis Tsipras y Panos Kammenos.

De hecho, esa transversalidad es una prueba de que el “populismo importa”, al haberse vuelto “parte medular de la vida política contemporánea” (Moffitt, 2022, p. 25). La frecuente referencia recíproca con el universo de la extrema derecha tiende a subestimar su contextura. Si bien es cierto que, en el caso europeo, la mayoría de los movimientos populistas del siglo XXI derivaron en sus comienzos de ese universo, el fenómeno ha terminado adquiriendo otra dimensión (Rosanvallon, 2020). Es más, en algunos países coexisten sólidas organizaciones ultraderechistas y nuevos partidos populistas. Sirvan como botón de muestra el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik) y el Fidesz de Viktor Orbán, o el Partido de Acción Nacionalista y el AKP de Erdogan en Turquía. También subestima su complejidad la habitual reducción del populismo a una expresión puramente protestaria: “esta dimensión innegable no debe ocultar el hecho de que constituye una verdadera propuesta política, con su coherencia y fuerza positiva” (Rosanvallon 2020, p. 16). Es preciso conocerla bien para dirigir y cimentar correctamente la crítica.

⁴ El término alude hoy a la presunta convergencia de la extrema derecha y la extrema izquierda en un frente común contra el globalismo neoliberal, que aunaría a quienes defienden ciertas políticas económicas de izquierdas y, a la par, asumen los valores de la extrema derecha en lo referente a las tradiciones, las guerras culturales y el soberanismo nacionalista (Forti, 2021).

LA CULTURA POLÍTICA POPULISTA

Según el historiador y sociólogo francés recién citado, a quien seguiremos en estos párrafos, la cultura política del populismo se articula en torno a cinco elementos constitutivos, que delinearían el “tipo ideal”. Obviamente, la historia, las circunstancias concurrentes en cada territorio y las tradiciones ideológicas opuestas sobre las que arraiga lo modulan en una dirección u otra.

El primero de esos elementos es una peculiar concepción del “pueblo”. Todos los movimientos populistas elevan al pueblo a la condición de figura axial de la democracia. Lo cual no deja de ser una tautología porque, por definición, la soberanía reside en el *démos*. Pero, en realidad, ¿a qué pueblo se refieren? Este significante se ha rellenado históricamente de tres significados: a) el pueblo como el cuerpo cívico al completo; b) en un sentido social, como la “gente común” o, en el otrora usual lenguaje de clase, el proletariado, la clase obrera, las clases populares, los oprimidos, etc.; y c) como la nación en el sentido étnico-cultural. Los populismos abandonan la visión del mundo en términos de clases, redefinen el pueblo social y tienden a hacerlo coincidir con el cuerpo cívico mediante una doble operación integradora y excluyente. A tal fin, escinden la sociedad en dos y trazan una nueva frontera que opone el pueblo, la masa del 99%, a la élite, la casta, la oligarquía, el *establishment*, el 1% privilegiado. Se trata de una frontera moralizada que apela a la movilización del pueblo puro, auténtico y laborioso —esto es, a construirlo como sujeto de acción colectiva unido, con una voluntad totalizada (una ficción, en definitiva)— contra la élite corrupta, insensible, inmoral y execrable. Esa parcelación social maniquea en dos campos separados y antagónicos radicaliza la política y la polariza sobre la relación amigo/enemigo. Las élites son extrañas al pueblo, no son parte integrante, porque actúan en su contra, incluso como agentes de intereses apátridas (el capitalismo internacional, los tecnócratas de la Unión Europea...). Por tanto, la regeneración de la democracia y la mejora de las condiciones de vida no es posible sin vencer y apartar a esos enemigos. La particularidad del populismo de derecha y ultraderecha es que engrosa la nómina de quienes quedan así estigmatizados a fin de incluir a los “parásitos” que viven a costa del erario público, las minorías de toda condición, los círculos que difunden el “multiculturalismo cosmopolita” o la “ideología woke” y, esgrimiendo una noción nativista y xenófoba de pueblo como comunidad étnico-moral de destino, los inmigrantes extranjeros, cuya llegada se describe como una avalancha impuesta por

las clases dominantes para conseguir mano de obra barata, a costa de precarizar a la población autóctona tanto en lo material como en su estilo de vida cultural.

El segundo elemento constitutivo es una teoría de la democracia “mayoritarista” y directa. Los populismos critican las democracias liberales-representativas en nombre, precisamente, de la regeneración democrática. Puesto que la casta política no representa (bien) al común de la gente, es preciso devolverle la soberanía al pueblo. De entrada, restituyéndole la palabra con mecanismos de democracia directa y el recurso a los referendos. Y, seguidamente, removiendo los obstáculos institucionales que frenan el gobierno de la mayoría. En especial el Estado de derecho con sus autoridades independientes no elegidas (tribunales supremos, tribunales constitucionales...) y el sistema liberal de pesos y contrapesos que disminuyen la probabilidad de un uso abusivo del poder público. Las denuncias contra “el gobierno de los jueces” y el *lawfare* —ya procedan de Podemos, Junts per Catalunya o Marine Le Pen, valgan los ejemplos— son recurrentes. En palabras de esta última⁵, “los magistrados están para aplicar la ley, no para inventarla, no para contrariar la voluntad del pueblo, no para sustituir al legislador”. Estos planteamientos han conducido, allí donde las fuerzas populistas han alcanzado el poder, a lo que se ha dado en llamar “democracias iliberales”, en las cuales se ha restringido el área de intervención de los tribunales constitucionales en su salvaguarda de los derechos fundamentales, y se han emprendido reformas constitucionales que politizan las instituciones del Estado, debilitan la división de poderes y refuerzan al Ejecutivo. Así ha ocurrido en Hungría, Polonia, Turquía, Rusia, Bolivia o Venezuela.

El tercer ingrediente básico es la idea de representación inmediata y no mediada. El populismo presume de ser partero y revelador de la supuesta voluntad coherente y unánime de ese “pueblo uno”. El líder puede discernirla fácilmente porque emana del sentido común, de lo que significa ser un estadounidense, un austriaco o un español “verdaderos”. Como representante —no en el sentido procedimental, sino orgánico— le da rostro y forma a esa voluntad substancial: apropiándose de un lema de Jorge Eliécer Gaitán, Hugo Chávez repetía que “yo no soy un hombre, soy un pueblo”; del mismo modo que Donald Trump afirmaba que “yo soy vuestra voz”. Precisamente por ello, tienden a preferir la fórmula de movimiento antes que la de partido. Los partidos, por definición, son la expresión de “partes” y conllevan pluralidad, diversidad de

⁵ Cantón, E. (26 de febrero de 2017). Le Pen arremete contra Macron, la prensa y los jueces. *El Periódico*. <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20170226/le-pen-ataca-macron-prensa-jueces-5862257>

intereses, corrientes, divergencias y debate interno además de externo, mientras que el movimiento aspira a ser el heraldo de todo el cuerpo social. De ahí que desdibujen la división convencional entre derecha e izquierda. En su etapa fundacional, Podemos argüía que “el sistema ya no le tiene miedo a la izquierda, le tiene miedo al pueblo”. Al otro lado de los Pirineos, Jean-Luc Mélenchon sostenía de un modo similar que su desafío “no es reunir a la izquierda, etiqueta hartó confusa, sino federar al pueblo”; en tanto que Marine Le Pen se auto-ubicaba igualmente más allá de esos encasillamientos de la vieja política, inservibles para escuchar a la “Francia olvidada” y preservar los valores republicanos contra la doble amenaza del islam y las imposiciones antidemocráticas de Bruselas (las citas literales están tomadas de Rosanvallon, 2020, p. 83). Este recelo a los partidos es un epítome del rechazo general a que cuerpos intermedios, incluyendo la prensa, jueguen un papel clave en la conformación de la opinión pública. En su lugar se busca lo que Nadia Urbinati denomina la “representación directa” (cfr. Müller, 2017, p. 49). Esto es, la conexión no mediada entre ciudadanos y políticos. La cuenta de Twitter de Donald Trump, el blog de Beppe Grillo o el televisor *Aló presidente* de Hugo Chávez crean la ilusión de un acceso inmediato a un líder que “siempre tiene una respuesta y, sorprendentemente, esta siempre parece ser la que esperábamos” (p. 50). En este escenario, la participación de la ciudadanía no evoca una implicación a partir de la formulación de opiniones personales, confrontación de puntos de vista y deliberación, sino la adhesión a una oferta política dada, cuando no a simples consignas. Lo cual está en consonancia “con el nuevo mundo de las redes sociales, en el que se ha impuesto la categoría de *followers* para calificar [este] tipo de lazos” (Rosanvallon, 2020, p. 46).

El cuarto elemento es lo que este último autor llama el “nacional-proteccionismo”. Alude, por descontado, a la defensa de políticas económicas proteccionistas, distintiva de muchos movimientos populistas. Pero no se circunscribe a ese plano. De hecho, como hemos visto, algunos populistas son acérrimos abanderados del neoliberalismo. Ese atributo “tiene una dimensión mucho más vasta, y remite, a la vez, a una concepción de la soberanía y la voluntad políticas, a una filosofía de la igualdad y a una visión de la seguridad” (p. 58). Se rechaza la dictadura de los mercados globales no sólo por sus consecuencias económicas y laborales. En su discurso, esos mercados, y las organizaciones supranacionales como la UE, minan la soberanía de los países y desposeen a los pueblos de la capacidad de controlar su destino. Sin duda, tal sentimiento fue crucial en el *Brexit*. Análogos efectos se atribuyen a la

inmigración, por lo que recuperar el control sobre los flujos migratorios y blindar el “nosotros primero” se convierten en actos preferentes de afirmación y supervivencia nativas. Asociado a este asunto aparece el proteccionismo como instrumento de seguridad, tanto desde la óptica del orden público como desde el punto de vista de la salvaguarda cultural: los muros y vallas mantendrían fuera de las fronteras a los extranjeros e indeseables que, aparte de esquilmar las arcas del Estado, degradar los servicios públicos y robar empleos, aumentarían la delincuencia y atentarían contra la identidad autóctona con sus valores y prácticas disruptivos e inadmisibles. En este punto, sin embargo, sigue habiendo un abismo entre los populismos de izquierda y los de derecha⁶. La predisposición hacia la acogida humanitaria de migrantes y refugiados de los primeros cede el paso a la xenofobia y el racismo indisimulados de los segundos⁷. De cualquier manera, en el universo mental de lo que Eatwell y Goodwin (2019) prefieren nominar “nacional-populismo”, el proteccionismo se alía además con una determinada perspectiva de la justicia y la igualdad. Una perspectiva focalizada en la brecha distributiva entre el 99% y el 1%, que tiende a pasar de puntillas por las fracturas internas a ese 99%. Una perspectiva que engarza la igualdad con la inclusión en el todo homogéneo de la jaleada nación cultural. A este respecto, Rosanvallon (2020, p. 62) recuerda oportunamente que numerosos movimientos populistas europeos han estado ligados a “separatismos regionales basados en la negativa a establecer una comunidad fiscal y redistributiva con poblaciones que se consideraba ya no constituían un mundo común debido a su comportamiento de «vividores» del Estado de bienestar”. La redimensión exitosa de algunos, como la Liga en Italia (en origen, Liga Norte por la independencia de Padania), descansó en su habilidad para sustituir al antiguo enemigo (los “gorriones” de Roma y el sur de la península itálica) por la burocracia comunitaria. Este antieuropeísmo es un lugar de encuentro notorio del populismo en el Viejo Continente. Confiere una pátina “más moderna y más

⁶ Y, por supuesto, en otros, como las políticas sociales y de género, el endurecimiento o relajamiento de las restricciones morales, la extensión o negación de derechos al colectivo LGBTIQ+ y a otras minorías, o la educación. Sobre esta última, véanse las interesantes contribuciones de Sant & Brown (2021) y de Sant (2023).

⁷ Mientras escribíamos este artículo se hizo pública en el portal alemán *Correctiv* la investigación de un periodista que consiguió infiltrarse en una reunión secreta celebrada en Postdam el 25 de noviembre de 2023, a la que asistieron miembros de la ultraderechista Alternativa para Alemania (AfD) y del Partido Demócrata Cristiano (CDU), amén de empresarios, fraternidades estudiantiles nacionalistas y algunos médicos y abogados. El propósito era trazar un plan maestro de “remigración”, un burdo neologismo para referirse a la expulsión forzosa de los solicitantes de asilo, los extranjeros que tienen derecho de residencia en Alemania y los alemanes “no asimilados”, y a su extradición a un país del norte de África. Un repugnante e ignominioso plan que trae a las mentes el proyecto nazi de 1940 de deportar a cuatro millones de judíos a la isla de Madagascar. Véase el informe periodístico en <https://correctiv.org/en/top-stories/2024/01/15/secret-plan-against-germany/>

fácilmente aceptable a un nacionalismo que es, por otra parte, de los más tradicionales” (p. 63).

El quinto y último elemento constitutivo es la centralidad de las pasiones y emociones⁸. Los movimientos populistas han demostrado una singular astucia para azucar y rentabilizar políticamente tres tipos de emociones. Las de “posición”, que expresan la rabia y el resentimiento por ser despreciado, ignorado, invisibilizado, por no importar nada a ojos de los poderosos y los gobernantes. Las de “intelección”, instigadas, de un lado, por los escándalos de corrupción indebidamente aclarados y resueltos que socavan la confianza en las instituciones y alimentan las sospechas de opacidad e impunidad lanzadas contra la clase política; y, de otro lado, por la complejidad de las sociedades actuales, para muchos indescifrable e intimidadora. En semejante humus crecen a sus anchas las teorías conspirativas que rellenan esos vacíos intelectivos con racionalizaciones imaginarias, aparentemente capaces de desvelar la lógica oculta del funcionamiento de la realidad social —los contubernios entre bambalinas de las élites— a través de sus explicaciones simplistas y categóricas. La potencialidad de las redes sociales, en esta era de la posverdad, para difundir *ad infinitum* bulos, *fake news* y complots de cualquier jaez ha multiplicado su proyección hasta un nivel nunca antes visto. Y, finalmente, las emociones de “intervención”. La animadversión indiscriminada a la casta convierte en prioridad programática desalojar a los gobiernos establecidos. Esta suerte de política negativa habla con la abrupta lengua de la repulsa y el odio, animada por “una moral del asco que exime de cualquier precisión a las críticas y desecha la tarea de argumentar. (...) En este marco, no queda espacio para la deliberación” (Rosanvallon, 2020, pp. 74-75). Las redes sociales han agravado la propensión a encerrarse en tribus replegadas sobre sí mismas que niegan cualquier legitimidad a las contrarias, transformándose en un ariete de la anti-política.

Tras este repaso a los elementos constitutivos del populismo podemos retomar con mayor criterio el dilema con el que cerrábamos el apartado anterior. Subsumir este fenómeno —reducido a mero procedimiento retórico galvanizador— dentro de la categoría “extrema derecha” (o “extrema izquierda”) conlleva la tentación de verlo como un peligro desde los márgenes del sistema o, si se prefiere, como una “patología” de la democracia. Se da así a entender “que las democracias existentes constituirían una referencia acabada del proyecto democrático, una norma de

⁸ Para contextualizar con amplitud este tema, véase el ilustrativo estudio de Arias (2016).

referencia de la que los populismos serían una desviación” (Rosanvallon, 2020, p. 26). Sin embargo, el desafío que suponen es más complejo. De entrada, porque se presentan como adalides de una democracia auténtica. Su disconformidad es con el régimen democrático liberal. Por decirlo con la elocuencia de Mudde y Rovira Kaltwasser (2019, p. 186), en el mundo actual han devenido en “la (mala) conciencia de la democracia liberal”, en la respuesta democrática iliberal a las lagunas democráticas del liberalismo. Adicionalmente, porque no ha existido, ni existe, un único ideal normativo de democracia. En ese significativo subyace un largo proceso de luchas sociales, de conquistas decisivas, de esperanzas incumplidas, de sueños malogrados; pero también la historia de una indeterminación, de una tensión inestable, toda vez que sus conceptos nucleares han estado siempre abiertos a interpretaciones múltiples y aun contradictorias. Por ello coincidimos con Rosanvallon (2020) cuando sitúa su análisis “dentro” de esa historia de disputas para proponer “una crítica profunda de la teoría democrática que estructura la ideología populista” (p. 25).

Desde sus orígenes, la democracia ha explorado cómo perseguir el doble propósito de instituir algún tipo de régimen político basado en sujetos libres y co-soberanos que se gobiernan a sí mismos, y de crear una sociedad de iguales. Sin embargo, los significados que se atribuyen a esas nobles intenciones han sido, y continúan siendo, objeto de controversia y de materializaciones divergentes. Reexaminemos lo escrito arriba sobre ese telón de fondo.

La bandera populista de restituirle al pueblo el poder arrebatado por la casta y su visión monista, homogeneizadora, de la voluntad popular empujan a tratar a los adversarios políticos como el antipueblo, como enemigos. Esa simplificación maniquea radicaliza la vida política e incrementa gravemente la polarización: el axioma de la resolución de conflictos y demandas mediante negociaciones, compromisos y transacciones queda aparcado en pos de una lucha por la hegemonía que no precisa de la deliberación argumentada con el antagonista. Siguiendo esta senda, la democracia se desliza por una pendiente muy peligrosa, susceptible de degradarse en *democradura*⁹. Pero esa misma bandera mete el dedo en una llaga real: desde el inicio de la última posguerra se ha ido imponiendo la concepción *schumpeteriana* de la representación como mero instrumento de designación de élites, organizadas en partidos políticos, que adquieren el derecho a gobernar a través

⁹ De “démocradure”, neologismo francés formado por la fusión de las palabras “démocratie” y “dictature”. Lo utiliza Rosanvallon para referirse al deslizamiento progresivo hacia regímenes autoritarios en el propio seno de un marco institucional democrático preexistente.

de la competencia electoral periódica. Este esquema implica una tendencia a restringir la intervención ciudadana más allá del sufragio, y evidencia una clara desconfianza hacia una mayor participación democrática en la gestión de la cosa pública. La vía populista es tan cuestionable como legítima la reivindicación de una democratización de las democracias liberales a fin de re-politizar cuestiones cruciales apartadas de la agenda e incorporar a grupos sociales que, de facto, quedan excluidos del proceso político, huérfanos de representantes para sus intereses. Tampoco hace falta compartir la fútil dicotomía populista para considerar muy oportunos los análisis críticos de las estrategias llevadas a cabo por las élites (véanse, entre otros, los estudios de Owen, 2015 o Ariño y Romero, 2016).

El recelo de los populistas hacia los tribunales constitucionales y hacia otras autoridades independientes que no han sido elegidas en las urnas cuestiona —y menoscaba cuando acceden al Ejecutivo— el imperio de la ley y el sistema de garantías que protegen los derechos individuales y a las minorías del eventual ejercicio arbitrario del poder de la mayoría. Pero eso no significa que no quepa preguntarse si han actuado siempre en defensa del bien común y si convendría mejorar la calidad democrática de tales instituciones intermedias.

En este mundo globalizado, las interdependencias transterritoriales en el ámbito social, económico, político, medioambiental o de la seguridad sin duda han afectado a la autonomía y soberanía de los estados. Si se considera que algunas de las dinámicas y problemáticas más influyentes en la estructuración de nuestras condiciones de vida rebasan claramente las fronteras, parece claro que la noción de “comunidad política autodeterminada” ya no puede situarse dentro del perímetro de una sola nación-Estado. Para enfrentarse a esos problemas y desafíos transfronterizos se hace necesario crear, mediante transferencias de soberanía, instituciones de gobernanza supraestatales. Ese es uno de los puntales (no el único) que justifican el desarrollo de la Unión Europea, y uno de los motivos que vuelve apremiante, más allá de la UE, la creación de instrumentos de gobernanza global legítimos y democráticos. Precisamente por ello, el repliegue nacionalista que instiga el populismo como reacción ante el indudable recorte del margen de maniobra de los gobiernos en cada país se nos antoja una huida hacia atrás. Ahora bien, ese antieuropeísmo ciego mete el dedo en otra llaga real: la del “déficit democrático” palmario que aqueja a las instituciones comunitarias. La acusación de tecnocracia no está fuera de lugar, y el modo en que la Troika impuso políticas de austeridad durante

la Gran Recesión así lo demuestra. A escala planetaria la llaga es aún más profunda, pues la globalización es un proceso con falta de control y regulación, dirigido por poderes de escasa o nula legitimidad democrática.

La oposición binaria entre pueblo y élite es una caracterización muy pobre de las fracturas y divisiones sociales. Lo que hay que combatir no es un ente, sino situaciones y prácticas injustas, de dominación, explotación o exclusión, algunas de las cuales —como apunta agudamente Rosenvallon (2020, pp. 215-216)— son transversales y otras resultan de la aplicación de medidas respaldadas por una mayoría de electores. Los cimientos de una sociedad de iguales difícilmente se hallarán en un pueblo totalizado imaginario, sino en la acción de una justicia distributiva y redistributiva consciente de las tensiones internas, la diversidad y el pluralismo de la ciudadanía. No obstante, lo que no puede negarse es que esa confrontación entre el 99% y el 1% privilegiado destapa otra llaga sangrante: el aumento exponencial de la desigualdad en las últimas décadas como consecuencia de la generalización de las políticas neoliberales en unas y otras latitudes, sobradamente evidenciado por la investigación académica (v.g. Piketty, 2014 y 2019; Stiglitz, 2015). Es más, aunque los movimientos populistas se constituyen en un inicio a partir de una suma de rechazos, su mensaje crea la ilusión de que son capaces de asegurar el interés general. Piénsese que, en estos decenios de hegemonía neoliberal, política y mental, la socialdemocracia de la tercera vía y la izquierda posmoderna han pretendido refundar el proyecto emancipatorio en torno al reconocimiento de microidentidades relacionadas con la cultura, el género, la sexualidad o los estilos de vida (Rendueles, 2017). Aunque no cabe duda de que esta batalla ha reportado valiosos beneficios a la causa de la inclusión y la equidad, la recuperación en algunos casos de discursos esencialistas ha coadyuvado a la atomización de un cuerpo social... que el populismo de derecha radical y ultraderecha se dice dispuesto a restañar. Con un doble juego de integración y abyección. La integración en un todo la fían al pegamento identitario del nacionalismo, incluso en su variante bélico-imperialista, tal como ha patentizado dramáticamente Vladimir Putin. La otra cara es la estigmatización del extranjero, del diferente y, como aconteció en el Brasil de Bolsonaro, un rígido conservadurismo moral.

No es necesario seguir deshilvanando esta trama para advertir, con Mudde y Rovira Kaltwasser (2019, p. 189), que el populismo ha lanzado interrogantes pertinentes, aunque sus respuestas sean discutibles, erróneas —al proponer

soluciones simples a problemas complejos— o directamente inadmisibles. Debido a esto último, la reacción de los partidos políticos tradicionales en muchos países ha sido tender un “cordón sanitario” a su alrededor. Algo lógico si les perciben como una “patología” de la democracia. Dejando al margen la dudosa eficacia de una medida que, si se plantea en sentido general, termina reforzando la credibilidad de su imaginario (“los partidos de la casta son todos lo mismo”, “el PPSOE no nos representa”, “no les importamos”, “nos ignoran y desprecian”, etc.), lo que han puesto sobre la mesa tiene tal calado que, según recalca Rosanvallon (2020, p. 233), “no será limitándose a la defensa del orden de las cosas como se podrá aportar una respuesta satisfactoria a las preguntas y demandas que alimentan el auge del populismo contemporáneo”. Mientras esa sea la actitud, vaticinan Eatwell y Goodwin (2019), el nacionalpopulismo tendrá mucho recorrido por delante. No es de extrañar que algunas voces no atisben otra luz, en esta incierta coyuntura histórica, que la de un urgente nuevo contrato social, más justo, inclusivo y democrático (Müller, 2017).

DE LA OFERTA A LA DEMANDA POPULISTA

Los análisis del populismo acostumbran a centrarse en el lado de la oferta política. Esto es, en los actores populistas, su programa doctrinal o sus tácticas. Pero para que tengan éxito debe haber una demanda de su mensaje. ¿Qué ha creado un campo abonado para semejante apoyo electoral? No cabe una explicación tentativa sin examinar las circunstancias socioeconómicas, políticas y culturales intervinientes. No pretendemos insinuar que dichos actores sean una mera resultante de los vectores contextuales. Por el contrario, coparticipan activamente en la preparación de una atmósfera propicia mediante la fabricación de una sensación de crisis. Como señalan Mudde y Rovira Kaltwasser (2019, pp. 171-172), su suerte “está muy ligada a su habilidad para desarrollar un relato de crisis creíble”. Sin embargo, es preciso desmenuzar esas circunstancias para entender por qué lo eventualmente latente cristaliza en cierto comportamiento en las urnas.

La imagen al respecto que suelen transmitir la prensa y demás medios de comunicación en ocasiones no ayuda demasiado. En primer lugar, porque son poco frecuentes las miradas con suficiente perspectiva histórica. Abundan los comentaristas de la inmediatez que interpretan la actual ola populista como una revuelta colérica inducida por la crisis financiera de 2008, las subsiguientes políticas de austeridad o la crisis de los refugiados en Europa a partir de 2014. En realidad,

aunque la Gran Recesión le dio sin duda un fuerte empujón, su origen es anterior y entronca con tendencias a más largo plazo que han venido transformando las sociedades desde hace décadas. En segundo lugar, porque el retrato de sus simpatizantes peca de estereotipado. Se fija con ligereza un perfil que apunta a hombres mayores blancos, frustrados y resentidos, de bajo nivel formativo e intolerantes (machistas, homófobos, xenófobos, islamófobos...). O a los sectores de la clase obrera blanca que han caído en el saco de los perdedores de la globalización, a menudo descritos despectivamente: los *chavs* británicos, cuya demonización analizó Owen (2012) con brillantez; la *white trash* (escoria blanca) estadounidense, esto es, los trabajadores o desempleados pobres, “paletos” y racistas, objeto de una historia añeja de silenciamiento y desprecio reconstruida en el magnífico libro de Isenberg (2020), etc. Esta búsqueda de un “tipo” de seguidor y de un caladero de sufragios identificado con unos grupos socioeconómicos concretos es confusa y empíricamente cuestionable o matizable. Los más de 62 millones de votos que auparon a Donald Trump en las presidenciales de 2016, los más de 17 millones que optaron por el *Brexit*, los más de 13 millones que se inclinaron por Marine Le Pen en la segunda vuelta de las presidenciales de 2022, el 25% de votos que permitieron entrar al FPÖ austriaco en la coalición de gobierno en 2017, el mismo porcentaje que convirtió al Partido de la Libertad de Geert Wilders en el ganador de las elecciones generales holandesas de noviembre de 2023 o los 3 millones que eligieron la papeleta de Vox en las generales españolas de 2023 (casi 3,7 millones en las de 2019) prueban que la diversidad y la transversalidad de sus partidarios es mayor de lo que nos gustaría admitir. Los datos recopilados por Eatwell y Goodwin (2019) son reveladores. Aunque varios ejemplos recogidos en sus páginas se nos antojan mucho más expresivos, quedémonos con uno doméstico. Según las variables sociodemográficas manejadas por el CIS en la encuesta preelectoral de julio de 2023¹⁰, Vox atrae a muchos más hombres que mujeres, cierto, pero un tercio de su electorado es femenino; el tramo de edad donde se gana más asensos es el de 18 a 24 años; la mayoría de los simpatizantes cuenta con estudios secundarios, y un 7% universitarios; su distribución por clases sociales es relativamente equilibrada...

Según los dos profesores ingleses de Ciencias Políticas que acabamos de citar, es imposible comprender el fenómeno populista sin ponerlo en relación con cuatro

¹⁰ Puede encontrarse en <https://www.cis.es/-/avance-de-resultados-del-estudio-3411-preelectoral-elecciones-generales-2023?redirect=%2Fcatalogo-estudios%2Favance-resultados>

transformaciones sociales profundas, operantes desde hace decenios. La primera es la creciente desconfianza hacia los políticos y las instituciones generada por la naturaleza elitista de la democracia liberal. Esta siempre ha mantenido la participación popular en un umbral reducido, pero en los últimos años la sensación de alejamiento con los partidos mayoritarios o con la Unión Europea ha subido de manera alarmante. Paradójicamente, los avances en la representación de colectivos antes marginados, como las mujeres o las minorías étnicas, ha llevado a muchas personas de los grupos principales a concluir que ya no tienen voz. La segunda es la inmigración y el cambio étnico-cultural a una escala significativa, que han avivado en algunos sectores el temor a la destrucción de la comunidad nacional y de los modos de vida propios; un temor que la “corrección política” les impediría verbalizar. La tercera es la globalización de la economía neoliberal y el sentimiento de privación relativa que ha provocado en amplios segmentos de la población, tanto por el enorme aumento de las desigualdades en la distribución de la renta y la riqueza, como por el pesimismo hacia un futuro cada vez más incierto, inseguro y amedrentador. La cuarta es el paulatino desalineamiento o debilitamiento de los lazos entre la ciudadanía y los partidos políticos tradicionales. Las lealtades partidarias sólidas, características de antaño, se han ido diluyendo con el paso del tiempo, ocasionando que los sistemas políticos sean mucho más fragmentarios e imprevisibles. Por supuesto, a estas cuatro tendencias generales se les suman factores locales (tensiones territoriales, religiosas, etc.) que pueden incidir en idéntica dirección.

Por otra parte, deberíamos precavernos de las visiones que pintan a los seguidores como masas dominadas por sentimientos primarios e irracionales, con personalidades autoritarias proclives a la rabia, el odio o el rencor. Esa visión es análoga, en el fondo, a la que exhibía el liberalismo decimonónico en su negativa al sufragio universal, a fin, supuestamente, de no dar pábulo a las bajas pasiones de una muchedumbre inculta y demasiado emocional para ejercer con responsabilidad el voto (el mismo argumento se utilizó para excluir a las mujeres), y refleja el escepticismo democrático de unas élites incapaces de ser coherentes con los principios que afirman defender. Tal como indica Müller (2017, p. 29), “la furia y la frustración pueden no estar siempre bien articuladas, pero tampoco son meras emociones (...) disociadas del pensamiento. Hay razones para la furia y la frustración”. El descontento del cual se nutre el populismo se levanta, efectivamente, sobre ficciones, crisis inventadas y chivos expiatorios, pero también sobre causas objetivas. Si tratásemos simplemente

con una desviación patológica protagonizada por sujetos de baja afabilidad, temerosos y resentidos, tal vez sería suficiente una terapia educativo-psiquiátrica para “curar” a estos conciudadanos. Condescendiente fantasía (Sant & Brown, 2021), carente de fundamento. A poca verosimilitud que se le conceda a lo escrito en este apartado y en el anterior, parecerá obvio que la educación solo es un ingrediente de un problema abrumadoramente mayor, ante el cual solo cabe una respuesta multidimensional y de envergadura.

LA DIDÁCTICA CRÍTICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES ANTE EL DESAFÍO POPULISTA

En su afamada monografía, Levitsky y Ziblatt (2018) comentaban que resulta tentador creer que la democracia estará protegida si las personas tienen competencias y valores cívicos. A su juicio, se trata de un planteamiento parcialmente erróneo. Su interesante investigación empírica sobre cómo mueren las democracias —desde el final de la Guerra Fría, la mayoría de los colapsos y derivas autoritarias no los han provocado golpes militares, sino los propios gobiernos electos— desvela la prevalencia de otros factores, como las fracturas sociales que generan polarización o las estrategias de los actores colectivos. Lo cual no significa eximirnos de responsabilidad ni negar la importancia crucial de nuestra *citizenship literacy*. En palabras de estos autores: “Ningún dirigente político por sí solo puede poner fin a la democracia, y tampoco ningún líder político puede rescatarla sin la ciudadanía. La democracia es un asunto compartido. Su destino depende de todos nosotros” (p. 266). Dentro de esa dialéctica estructurada, precaria e inconcluyente puede desempeñar su papel la educación, a sabiendas de que su incidencia potencial se ve asimismo mediatizada por otros condicionantes poderosos (Romero, 2012; King, 2019). Pero, por limitada que sea, es imperativo exprimir al máximo la posibilidad de marcar alguna diferencia.

Ese es el llamamiento de los organismos internacionales y las instituciones europeas que, desde hace unos años, vienen tocando a rebato ante la proliferación de los discursos de odio y la desinformación. Una proliferación favorecida por la resonancia amplificadora y el anonimato de las redes sociales, y que puede exacerbar el crispamiento, los prejuicios existentes, los estereotipos venenosos, la intolerancia, la discriminación o las violaciones de los derechos humanos. Como es sabido, un grupo de trabajo creado *ad hoc* por la ONU presentó el 18 de junio de 2019 la *Estrategia y Plan de Acción de las Naciones Unidas para la lucha contra el Discurso*

de Odio (ONU, 2019)¹¹. Entre los compromisos adoptados figura el uso de la educación, en el marco de la implementación del Objetivo de Desarrollo Sostenible n.º 4, como instrumento para resistirlo y desincentivarlo, mediante la potenciación de la alfabetización mediática e informacional y la promoción de la educación para la ciudadanía mundial. En esa tarea está embarcada la UNESCO (2015; 2021; 2023), cuyas sugerencias pasan por abordar explícitamente tales narrativas tóxicas en todas las etapas escolares, a la par que se cultivan los valores y competencias de una ciudadanía global y digital, incluyendo el pensamiento crítico y las destrezas propias de la mentada *media and information literacy*. Todo ello con vistas a “reforzar la resiliencia de los alumnos y alumnas y su capacidad para reconocer y contrarrestar la desinformación, las opiniones extremistas violentas y las teorías conspirativas y otras manipulaciones destinadas a instalar el odio hacia personas y grupos específicos” (UNESCO, 2021, p. 3). La Recomendación General n.º 15 de la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI), relativa a este asunto, sigue la misma orientación (Consejo de Europa, 2016)¹².

Estas preocupaciones y líneas de acción han encontrado cierta audiencia en el seno de la didáctica de las ciencias/estudios sociales, tal como ilustran las entrevistas a colegas de varios países realizadas por Estellés y Castellví (2020) y, en España, un incipiente volumen de investigaciones y publicaciones (por ejemplo, Arroyo et al., 2018; Izquierdo, 2019 y 2020; Massip et al., 2021; Castellví et al., 2022). De una forma u otra se coincide en la necesidad de que la enseñanza de las ciencias sociales esté nuclearmente centrada en desarrollar en las/os estudiantes un pensamiento crítico sólido y autónomo que: a) les permita desafiar con evidencias contrastadas y argumentos consistentes los relatos demagógicos, los engañosos o falsos, los que empujan a las reacciones pasionales en lugar de a la deliberación reflexiva, los que cosifican a otros seres humanos, degradándolos a la condición de cabezas de turco; b) les capacite para hacerse preguntas progresivamente más complejas y no

¹¹ En este documento se define el discurso del odio como “cualquier forma de comunicación de palabra, por escrito o a través del comportamiento, que sea un ataque o utilice lenguaje peyorativo o discriminatorio en relación con una persona o un grupo sobre la base de quiénes son o, en otras palabras, en razón de su religión, origen étnico, nacionalidad, raza, color, ascendencia, género u otro factor de identidad” (ONU, 2019, p. 3).

¹² La ECRI entiende por discurso de odio el “fomento, promoción o instigación, en cualquiera de sus formas, del odio, la humillación o el menosprecio de una persona o grupo de personas, así como el acoso, descrédito, difusión de estereotipos negativos, estigmatización o amenaza con respecto a dicha persona o grupo de personas y la justificación de esas manifestaciones por razones de «raza», color, ascendencia, origen nacional o étnico, edad, discapacidad, lengua, religión o creencias, sexo, género, identidad de género, orientación sexual y otras características o condición personales” (p. 4).

maniqueas sobre cómo convivir en sociedad y cómo afrontar colectivamente los conflictos; y c) les ayude a indagar y buscar con el máximo rigor respuestas, conscientes de su carácter controvertible y revisable —que obliga a dialogar con perspectivas distintas—, aprendiendo a usar las herramientas de la razón crítica y autocrítica para intentar mantener a raya los prejuicios ajenos y propios.

Dentro de esta producción académica, ha ido ganando preeminencia una idea importada que se trae a escena como escudo educativo básico contra los discursos de odio o la propaganda: la “literacidad crítica” (v.g., Santisteban et al., 2016; Tosar, 2018; Castellví y Santisteban, 2021). Este flamante anglicismo castellanizado, seguramente innecesario por cuanto designa de forma novedosa un rico bagaje acumulado, posee sin embargo un significado relevante. Pone el foco en aprender a deconstruir artefactos textuales, pero no solo para interpretar su semántica, comprobar su mayor o menor congruencia y discernir su grado de veracidad, sino también para desentrañar las relaciones de poder, las intencionalidades, los valores, los silencios y ocultaciones que se esconden tras los discursos sobre cuestiones sociales vivas y controvertidas, a fin de desvelar su carga ideológica (explorando otros puntos de vista divergentes y reflexionando al tiempo sobre nuestras anteojeras personales), tomar conciencia de los dispositivos de inclusión/exclusión operantes y su contribución a la reproducción de desigualdades sociales, y empoderar a los sujetos como ciudadanos activos y comprometidos con la reducción de tales brechas. Dicho de otra manera, no se apela únicamente al entrenamiento de un conjunto de habilidades cognitivas, del tipo de captar el propósito de un mensaje, juzgar las fuentes y verificar su eventual credibilidad, distinguir hechos y opiniones, detectar falacias, buscar pruebas válidas o llegar a conclusiones bien fundamentadas. Esas habilidades no se separan de los conocimientos imprescindibles para analizar la realidad social, desmontar los relatos mistificadores sobre la misma, generar contrarrelatos y facultar para una acción social responsable. En este terreno se ha concedido igualmente centralidad a una variante, la “literacidad crítica digital” (Castellví, 2020), que persigue idéntico designio con el contenido vehiculado a través de Internet y las redes sociales. Considerando la conversión del ciberespacio en escenario principal de la batalla ideológico-propagandística, con su munición de noticias falsas y posverdades, su indispensabilidad está fuera de duda.

Como se podrá apreciar, existe una clara sintonía entre estas propuestas y las formuladas hace 90 años por Ernest Simon o Frederick C. Happold. Si hacemos

abstracción de los neologismos y de los énfasis emergentes provocados por las transformaciones en marcha, no parece haber gran solución de continuidad en los planteamientos. Excusa decir que dichos planteamientos siguen siendo cruciales e irremplazables en cualquier didáctica crítica. Ahora bien, para ser coherentes con nuestra radiografía del populismo, debemos dar un paso adicional. Veámos más arriba que hay causas objetivas detrás del descontento que lo alimenta, y que sus invectivas, por simplistas, mendaces o reprobables que puedan ser, destapan contradicciones sistémicas reales. Por eso concluíamos, con Rosanvallon (2020), que es imposible frenarlo con una mera defensa numantina del actual estado de cosas. La enseñanza de las ciencias sociales debe implicarse decididamente en la crítica racional de las manifestaciones y efectos inadmisibles del populismo, pero también de las políticas, ordenamientos institucionales y fracturas sociales que están en el origen causal de su actual eclosión. Esto es, no cabe idealizar —siquiera de manera implícita o por omisión— el régimen político y el orden socioeconómico “atacados”, como si no hubiese ningún otro horizonte legítimo ni deseable. Después de todo, lo que Snyder (2018) llama la “política de la inevitabilidad” —hegemónica en Occidente desde la década de 1980 y sostenida por el relato del “fin de la historia”, que sacralizó (al negar cualquier alternativa viable) el capitalismo desregulado, el fundamentalismo de mercado, la regresividad fiscal y un modelo de democracia minimalista cual mecanismo para elegir entre élites en competición— ha sido a la postre la incubadora del germen populista. El pensamiento crítico que habría de fertilizar la escuela debería capacitar al alumnado para impugnar las narrativas demagógicas, emocionales y maniqueas, pero también la “política de la inevitabilidad” entre cuyas brasas se fraguan.

Bajo este prisma, esbozaremos a continuación algunas sugerencias susceptibles de inspirar principios de procedimiento para la práctica docente. Al objeto de organizar su exposición, nos colocaremos bajo el paraguas de los cinco postulados genéricos ofrecidos por Cuesta (1999) como posibles pilares de una didáctica de la crítica. A saber: problematizar el presente, pensar históricamente, educar el deseo, aprender dialogando e impugnar los códigos pedagógicos y profesionales. No buscamos, en absoluto, revisar tales postulados, ni mucho menos cubrir todo su perímetro, notoriamente más extenso. La modesta pretensión es bosquejar a vuelapluma algunas concreciones específicas, a nuestro entender pertinentes para abordar el populismo en las aulas.

PROBLEMATIZAR EL PRESENTE

Puesto que la democracia está permanentemente amenazada por la demagogia, el ideal democrático maridó siempre el principio de la soberanía popular con el imperativo de formar ciudadanos lúcidos, conscientes de los problemas colectivos, informados acerca de las políticas alternativas que cabe seguir para afrontarlos y sus posibles consecuencias, e implicados para participar como sujetos autónomos en la toma de decisiones de la asociación. De ahí que una educación genuinamente democrática no pueda sino situar el estudio de —y el debate sobre— esos problemas en el corazón del currículum escolar (Romero, 2021). En el caso que nos incumbe, esta apuesta curricular es, si cabe, más apremiante. Por varios motivos. La premisa populista de que solo hay una voluntad auténtica del pueblo resulta ser la llamativa imagen especular de la pulsión tecnocrática latente en los regímenes liberal-democráticos actuales, según la cual solo hay una solución política correcta. Ni una ni otra precisan de nuestro crecimiento cívico alrededor de la deliberación y la discusión argumentada en un contexto pluralista (Müller, 2017, pp. 118-119). Por tanto, tenemos razones democráticas para problematizar tanto el monismo populista como la “política de la inevitabilidad” a la que aludíamos hace un instante. Tenemos razones para problematizar la simplificación populista de las contradicciones sociales y su salida estigmatizadora y excluyente, y asimismo para problematizar esas contradicciones que acarrearán penurias, desafección e indignación. Debemos hablar de los problemas, también de los que airean los populistas. Lo cual no significa aceptar el modo en que los “enmarcan” —en el sentido otorgado por Lakoff (2007) al término *framing*—. Por el contrario, significa desmontar críticamente tanto esos marcos como aquellos dominantes que naturalizan o enmascaran las fracturas que nos segmentan.

Democracia no quiere decir solo soberanía popular y elecciones. Democracia quiere decir además atención expresa a las condiciones y situaciones sociales de todas y todos. El hecho de que muchas personas se sientan invisibles, no representadas ni tenidas en cuenta obliga a dilatar el término “representación” para incluir una “representación narrativa” que torne patente en la arena pública las tribulaciones y aprietos de los ciudadanos (Rosanvallon, 2020, p. 236). El sistema educativo puede hacer mucho al respecto. Cuando los grupos ignoran sus respectivas realidades, y la creciente desigualdad aumenta la distancia entre unas y otras, las sociedades se repliegan en espacios cada vez más aislados entre sí (Sandel, 2013).

El desconocimiento de los “otros” propicia la multiplicación de los temores y el avance del prejuicio, cuando no su conversión en chivo expiatorio. Varias investigaciones citadas por Simón (2018) parecen corroborar que las apelaciones a la inseguridad y a la pérdida de estatus simbólico calan más en comunidades relativamente homogéneas, con individuos más parecidos entre sí, pues es más fácil culpabilizar a una comunidad “extraña” con la que se tiene escaso o nulo contacto. En suma, el acercamiento a los problemas ajenos es una necesidad democrática.

PENSAR HISTÓRICAMENTE

Ya comentamos que no es posible comprender adecuadamente el rebrote populista y los problemas que lo han allanado sin dotarnos de suficiente perspectiva histórica, sin seguir el rastro a los procesos de estructuración subyacentes. Pero el beneficio educativo del pensar históricamente va más allá.

Una característica cíclica de las coyunturas de intensa polarización política es la degradación del lenguaje (Thompson, 2017). Ese envilecimiento lingüístico empeora la proclividad humana a lo que los psicólogos denominan “sesgo de confirmación” (la tendencia a filtrar y soslayar lo que no se adapta a nuestras creencias), e incrementa la vulnerabilidad ante la propaganda, no importa lo grotescos que sean sus términos. Hoy en día, los filtros burbuja y los algoritmos que encaminan soterradamente nuestro deambular por Internet y por las redes sociales han enconado esa deriva, aunque el fenómeno no es nuevo en absoluto. Víctor Klemperer, un filólogo judío apartado de su cátedra por las leyes raciales de Nuremberg, diseccionó con dolorosa agudeza —en un libro originalmente publicado en 1947— la colonización de todos los ámbitos público-privados por la neolengua del Tercer Reich y los subterfugios retóricos empleados como armas de manipulación colectiva. Distinguió cuatro principales: pronunciar mentiras como si fueran hechos, el encantamiento chamánico consistente en la repetición constante de ciertas palabras y eslóganes (incluidos los motes que transforman a los individuos en estereotipos), el pensamiento mágico hostil a los frenos racionales y agitador de pasiones para la aceptación de cualquier falsedad, y, finalmente, la fe depositada en las figuras equivocadas (Klemperer, 2005).

No es difícil encontrar analogías actuales. Precisamente por ello, nos parece una prioridad educativa auspiciar la revisión crítica del lenguaje que utilizamos para nombrar y atribuir significados a la realidad, toda vez que nuestras formas de hablar y de pensar pueden verse invadidas, con frecuencia de manera inadvertida, por los

discursos de odio, los embelecos chovinistas o la demagogia maniquea. El enfoque de la “literacidad crítica” tiene mucho que aportar en este campo. No obstante, es muy complicado desnaturalizar los sobrentendidos tácitos, tanto cognitivos como emocionales, ocultos tras las palabras. Una vía halagüeña puede ser historizar esos usos del lenguaje mediante una suerte de distanciamiento sociogenético capaz de esclarecer cómo se han creado las condiciones estructurales de nuestra actividad pensante y emotiva. Esa vía admite múltiples aproximaciones. Valga este botón de muestra: apoyándonos en las pesquisas de Levitsky y Ziblatt (2018) sobre la crisis de regímenes democráticos en diferentes coordenadas espaciotemporales —una de cuyas conclusiones fue que “autócratas electos de distintas partes del mundo emplean estrategias asombrosamente similares para subvertir las instituciones” (p. 15)—, nosotros probamos a poner al alumnado en la tesitura de tener que comparar dos casos concretos, uno vigente y otro histórico, a fin de facilitar la detección de algunos artificios discursivos recurrentes del ultranacionalismo, y así tomar conciencia de su eventual presencia en nuestra mente y desmenuzarlos (Macías y Romero, en prensa). Como dice Snyder (2017, p. 11), “la historia no se repite, pero sí alecciona”.

EDUCAR EL DESEO

La popularización mediática del neologismo “posverdad” —a raíz del *Brexit*, el fenómeno Trump o el ascenso del populismo ultraderechista en otros países— ha traído a un primer plano el lamento por el menguante poder persuasivo de los hechos y de los argumentos racionales en la formación de la opinión pública frente a la movilización de las emociones. Aunque no debería pasarse por alto la discusión sobre lo que ilumina y ensombrece este exitoso concepto (Ibáñez, 2017), su difusión masiva ha tenido el mérito colateral de amplificar la audiencia de los últimos hallazgos de la psicología y la ciencia políticas estimulados por los avances de la neurociencia (Lakoff, 2007; Westen, 2008; Haidt, 2012; Arias, 2016). En síntesis, las personas somos menos racionales de lo que presumimos. Nuestra cognición está trufada de adherencias afectivas y atajos simplificadores, habitualmente articulados en marcos mentales edificados con tópicos de “sentido común”, lugares trillados, asociaciones inconscientes, metáforas, apegos e inquinas...

No es de extrañar que nuestros alumnos incorporen el mundo no sólo en forma de ideas o retazos de ideas, sino también en forma de sentimientos y disposiciones, algunos somatizados. Las opiniones, juicios y valoraciones positivas o negativas

emitidas sobre asuntos de la actualidad acostumbran a ser coriáceos y persistentes porque contienen una fuerte carga de deseo, de odio, de pasión. Se verbalizan muchas veces como algo autoevidente, como un reflejo del mundo “tal cual es” y no tal cual lo “miramos”; como algo simple, y por ello rotundo; o como algo expresado de un modo arrogante, debido a la vehemencia emocional. Se trata de un saber que cuando se ve desarmado argumentalmente suele ampararse en lo visceral y volverse inmune (Gutiérrez, 2010). Es imprescindible negociar con estas nociones si ansiamos promover un pensamiento progresivamente más complejo. Hay que dialogar con ellas, extrañarlas, impactar su coraza afectiva y “enseñar al deseo a desear de un modo diferente” (Cuesta, 1999, p. 86). Una tarea ardua y delicada donde las haya. Aquí deberíamos aprovechar mejor las virtudes formativas del “aprendizaje-servicio” y de la educación para la participación ciudadana. Aprender a participar participando en contextos reales y prestando un servicio a los demás puede permitir acercarse a los “otros”, conocerlos y reconocerlos en su alteridad. Ver “encarnados” en personas con rostro, con su historia de vida, los relatos y contrarrelatos circulantes tiene la capacidad potencial de activar sentimientos y provocar grietas en el blindaje sensible de nuestras cosmovisiones. Quizá ayude a desear un “nosotros” no esencializado ni tribalizado, un “nosotros” asentado en una comprensión cosmopolita e inclusiva de la comunidad cívica, donde la responsabilidad de impulsar la cohesión repose en el propio proceso democrático y en el disfrute efectivo de los derechos jurídico-políticos, socioeconómicos y culturales.

APRENDER DIALOGANDO

La polarización y la conversión del adversario político en enemigo irredento (y del “otro” en paria) obstaculizan la interlocución racional y dan pábulo a concepciones paranoicas, reacias a la realidad verificable, que conducen a una “corrupción cognitiva” del debate público (Rosanvallon, 2020, p. 229). Semejante amenaza a la convivencia y la vida democrática es motivo sobrado para reivindicar con brío este postulado. Con ese telón de fondo, le daremos una doble traducción: aprender dialogando con los hechos y aprender dialogando con los demás, incluidos los no similares a mí.

Vayamos con la primera proposición. En su opúsculo *Sobre la tiranía*, Snyder (2017, p. 75) asevera que: “Renunciar a los hechos es renunciar a la libertad. Si nada es verdad, nadie puede criticar el poder, porque no hay ninguna base sobre la que

hacerlo. Si nada es verdad, todo es espectáculo. La billetera más grande paga las luces más deslumbrantes.” Coincidimos con este autor, pero, pese a su rotundidad, hemos de admitir que la “verdad” es una idea desprestigiada, en progresiva erosión. Por fortuna, la entelequia de una verdad absoluta, trascendente e indisputable hace tiempo se vino abajo con estrépito. Pocos la añoran. Pero con el derrumbe nos fuimos al otro extremo: al de sostener que hay tantas verdades como tribus morales, cada una con su narrativa inconmensurable. Sobre ese borde no hay margen posible para el entendimiento, ni para la democracia. Tal vez la forma de sortear este problema sea distinguiendo entre distintos tipos de verdad (cfr. Arias, 2017). Las verdades morales (estipulaciones sobre lo socialmente deseable) son plurales porque no se “descubren”, se “proponen”, y como tal deben estar abiertas a la discusión y a la negociación entre seres humanos. Para eso sirve la democracia. Las verdades factuales, en cambio, tienen un estatuto ambiguo, pues hasta cierto punto también se “construyen”. Los datos empíricos solo cobran relevancia epistemológica al ser interrogados por el observador, y, puesto que las preguntas pueden ser diferentes en función de las “gafas” de ese observador, las respuestas también suelen serlo. Ahora bien, si esa interrogación no es tramposa, los datos no responden cualquier cosa. Desde este umbral, la verdad sería una pretensión de conocimiento, provisional, atada a la duda y revisable. No ofrece nada definitivo, pero sí una base para frenar el cinismo de la posverdad.

Sería incongruente pedir al alumnado que tire de ese freno por un acto de fe. Para intentar que se comprometan *motu proprio* con la búsqueda racional de la verdad, según la hemos acotado, tenemos que crear las condiciones para que vivan experiencias genuinas de conocimiento. En las que aprendan a dudar, a hacerse preguntas, a indagar, a buscar y contrastar fuentes, a dialogar con los hechos, a llegar a conclusiones a sabiendas de su carácter tentativo, a deliberar y debatir argumentativamente con las conclusiones de otros.

Esto nos lleva a la segunda proposición: aprender dialogando con los demás, incluidos los no similares a mí. El diálogo social, intercultural o interreligioso es crucial para la ciudadanía múltiple o global que requieren las sociedades del siglo XXI (Romero y Luis, 2008), y también la escuela habría de esforzarse por abrir algún cauce a su pequeña escala. Después de todo, sin conocimiento mutuo no hay respeto. Si no hay respeto no siento el deseo de conocer al otro. Si renuncio a ese deseo, acaso lo

mire (desde la distancia) con los ojos del estereotipo. Si eso ocurre, empiezan a asomar los fantasmas.

IMPUGNAR LOS CÓDIGOS PEDAGÓGICOS Y PROFESIONALES

Muchas de las sugerencias recién presentadas chocan de bruces contra las reglas no escritas que gobiernan la institución escolar. Sirva de ejemplo el “escapismo curricular”, bastante arraigado en la cultura profesional docente, que rehúye el estudio en las aulas de los asuntos públicos controvertidos y de los problemas sociales. En efecto, la actitud más común es la de una “neutralidad excluyente” (López Facal, 2011, p. 71), recelosa de cualquier acercamiento a “lo político”, que opta por su omisión en aras de una presunta imparcialidad. Aunque ello signifique autoengañarse sobre la naturaleza de esa tradición selectiva denominada “currículum” y sobre el papel fáctico, consciente o no, que jugamos los profesores como agentes suyos. Semejante ceguera puede sostenerse gracias a una visión muy extendida de las asignaturas o materias impartidas en las escuelas, según la cual se tratarían de una simple “iniciación” en cuerpos de saberes dados y consagrados por las ciencias que les prestan su nombre, con la sola exigencia de adaptarlos a la edad de los destinatarios. Como si la etiqueta de “historia”, “geografía”, “ciencias sociales”, “lengua”, “ciencias naturales”, etc. remitiese a algo natural, universalmente aceptado. Al encubrirse la matriz ideológica que opera bajo los criterios de selección y organización de los contenidos instructivos, y los usos sociales que imprime a ese conocimiento su recontextualización “alquímica” en una instancia específica de socialización, muchos docentes pueden aferrarse a una falsa pero reconfortante sensación de asepsia. Aunque este postulado aparezca en último lugar, no es menos importante. Queda mucho por remover en la organización escolar. Cualquier estímulo que induzca a repensarla es bienvenido. El que hemos examinado en estas páginas se nos antoja acuciante.

REFERENCIAS

- Applebaum, A. (2021). *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate.
- Arias, M. (2016). *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI*. Página Indómita.

- Arias, M. (2017). Informe sobre ciegos: genealogía de la posverdad. En J. Ibáñez Fanés (ed.), *En la era de la posverdad. 14 ensayos* (pp. 65-77). Calambur Editorial.
- Ariño, A. y Romero, J. (2016). *La secesión de los ricos*. Galaxia Gutenberg.
- Arroyo, A. et al. (2018). El discurso del odio: una investigación en la formación inicial. En E. López Torres, C. R. García Ruiz y M. Sánchez Agustí (eds.), *Buscando nuevas formas de enseñar: investigar para innovar en Didáctica de las Ciencias Sociales* (pp. 413-424). Universidad de Valladolid.
- Castellví, J. (2020). Leer, interpretar y actuar en el mundo digital: literacidad crítica digital en Educación Primaria. *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, 19, 17-28. <https://raco.cat/index.php/EnsenanzaCS/article/view/384310>
- Castellví, J., Massip, M., González-Valencia, G. A. & Santisteban, A. (2022). Future teachers confronting extremism and hate speech. *Humanities & Social Sciences Communications*, 9, 201. <https://doi.org/10.1057/s41599-022-01222-4>
- Castellví, J. y Santisteban, A. (2021). Literacitat crítica i postveritat en la formació inicial del professorat. En M. Massip, N. González-Monfort y A. Santisteban (eds.), *El futur comença ara mateix. L'ensenyament de les ciències socials per interpretar el món i actuar socialment* (pp. 137-148). Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona.
- Consejo de Europa (2016). *Recomendación General n.º 15 relativa a la lucha contra el discurso de odio y su Memorandum explicativo*. Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI). <https://rm.coe.int/ecri-general-policy-recommendation-n-15-on-combating-hate-speech-adopt/16808b7904>
- Cuesta, R. (1999). La educación histórica del deseo. La didáctica de la crítica y el futuro del viaje a Fedicaria. *Con-Ciencia Social*, 3, 70-97.
- Eatwell, R. (2017). Populism and Fascism. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 363-383). Oxford University Press.
- Eatwell, R. y Goodwin, M. (2019). *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*. Península.
- Ema, J. E. e Ingala, E. (eds.) (2020). *Populismo y hegemonía. Retos para la política emancipatoria*. Lengua de Trapo.
- Errejón, I. y Mouffe, C. (2015). *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Icaria Editorial.

- Estellés, M. & Castellví, J. (2020). The Educational Implications of Populism, Emotions and Digital Hate Speech: A Dialogue with Scholars from Canada, Chile, Spain, the UK, and the US. *Sustainability*, 12(15), 6034. <https://doi.org/10.3390/su12156034>
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.
- Freeden, M. (2003). *Ideology. A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Gutiérrez, B. (2010). "Con sabor aunque no sea moreno". *Las ideas de los alumnos en el marco de una profesionalidad crítica*. Universidad de Cantabria (manuscrito inédito).
- Haidt, J. (2012). *The righteous mind: Why good people are divided by politics and religion*. Pantheon.
- Happold, F. C. (1935). *Citizens in the Making*. Christophers.
- Ibáñez, J. (Ed.). (2017). *En la era de la posverdad. 14 ensayos*. Calambur Editorial.
- Isenberg, N. (2020). *White trash (escoria blanca). Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses*. Capitán Swing.
- Izquierdo, A. (2019). Literacidad crítica y discurso del odio: una investigación en Educación Secundaria. *REIDICS. Revista de Investigación en Didáctica de las Ciencias Sociales*, 5, 42-55. <http://doi.org/10.17398/2531-0968.05.42>
- Izquierdo, A. (2020). Contrarrelatos del odio en la enseñanza y el aprendizaje de las Ciencias Sociales en Educación Secundaria. *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, 19, 55-66. <https://raco.cat/index.php/EnsenanzaCS/article/view/384359>
- Jansen, R. S. (2011). Populist mobilization: A new theoretical approach to populism. *Sociological Theory*, 29(2), 75-96.
- King, K. (2019). Education, digital literacy and democracy: the case of Britain's proposed 'exit' from the European Union (Brexit). *Asia Pacific Education Review*, 20, 285–294. <https://doi.org/10.1007/s12564-019-09594-0>
- Klemperer, V. (2005). *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Círculo de Lectores (edición original, 1947).
- Kochi, T. (2023). Authoritarian Populism, Democracy and the Long Counter-Revolution of the Radical Right. *Contemporary Political Theory*. <https://doi.org/10.1057/s41296-022-00611-3>
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI.

- Lakoff, G. (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Editorial Complutense.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel.
- López Facal, R. (2011). Conflictos sociales candentes en el aula. En J. Pagès y A. Santisteban (Ed.), *Les qüestions socialment vives i l'ensenyament de les ciències socials* (pp. 65-76). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Macías, D. y Romero, J. (en prensa). La ciudadanía crítica como aprendizaje vitalicio, la amenaza belicista y la educación para la paz. En J. A. Hernanz (ed.), *Retos y oportunidades del aprendizaje a lo largo de la vida en la sociedad del conocimiento: educación crítica para la construcción sociopolítica de la realidad*. Octaedro.
- Massip, M., García-Ruiz, C. R. y González-Monfort, N. (2021). Contrariar el odio: los relatos del odio en los medios digitales y la construcción de discursos alternativos en alumnado de Educación Secundaria. *Bellaterra Journal of Teaching & Learning Language & Literature*, 14(2), 1-18. <https://doi.org/10.5565/rev/jtl3.909>
- Moffitt, B. (2022). *Populismo. Guía para entender la palabra clave de la política contemporánea*. Siglo XXI.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Siglo XXI.
- Mourenza, A. y Topper, I. U. (2019). *La democracia es un tranvía. El ascenso de Erdogan y la transformación de Turquía*. Península.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2019). *Populismo. Una breve introducción*. Alianza Editorial.
- Müller, J.-W. (2017). *¿Qué es el populismo?* Libros Grano de Sal.
- ONU (2019). *La estrategia y plan de acción de las Naciones Unidas para la lucha contra el discurso de odio*. <https://www.un.org/es/hate-speech/un-strategy-and-plan-of-action-on-hate-speech>
- Ostiguy, P. (2017). Populism: a socio-cultural approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 73-97). Oxford University Press.
- Owen, J. (2012). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Capitán Swing.
- Owen, J. (2015). *El Establishment. La casta al desnudo*. Seix Barral.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Ediciones Deusto.

- Rendueles, C. (2017). ¿Posverdad o retorno de la política? En J. Ibáñez (ed.), *En la era de la posverdad. 14 ensayos* (pp. 171-179). Calambur Editorial.
- Romero, J. (2012). ¿Socialización política «programada»? Una aproximación dilemática a la investigación sobre las complejas relaciones entre educación y participación ciudadana. En N. de Alba, F. F. García y A. Santisteban (eds.), *Educación para la participación ciudadana en la enseñanza de las Ciencias Sociales*, Vol. I. (pp. 257-275). Sevilla: Díada.
- Romero, J. (2021). Apuntes para una sociogénesis del currículum centrado en problemas sociales. *REIDICS. Revista de Investigación en Didáctica de las Ciencias Sociales*, 9, 14-40. <https://doi.org/10.17398/2531-0968.09.14>
- Romero, J. y Luis, A. (2008). El conocimiento socio-geográfico en la escuela: las tensiones inherentes a la transmisión institucionalizada de cultura y los dilemas de la educación para la democracia en este mundo globalizado. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XII, 270 (123), 1-19. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-270/sn-270-123.htm>
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Galaxia Gutenberg.
- Sandel, M. J. (2013). *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*. Debate.
- Sant, E. (2023). Populism and education. In R. J. Tierney, F. Rizvi & K. Ercikan (eds.), *International Encyclopedia of Education* (Fourth Edition) (pp. 648-657). Elsevier. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-818630-5.01081-2>
- Sant, E. & Brown, T. (2021). The fantasy of the populist disease and the educational cure. *British Educational Research Journal*, 47(2), 409-426. <https://doi.org/10.1002/berj.3666>
- Santisteban, A. et al. (2016). La literacidad crítica de la información sobre los refugiados y refugiadas: construyendo la ciudadanía global desde la enseñanza de las ciencias sociales. En C. R. García, A. Arroyo y B. Andreu (Eds.), *Deconstruir la alteridad desde la Didáctica de las Ciencias Sociales: educar para una ciudadanía global* (pp. 550-560). Universidad de Las Palmas y AUPDCS.
- Simon, E. (1935). The aims of education for citizenship. In Association for Education in Citizenship, *Education for Citizenship in Secondary Schools* (pp. 1-10). Oxford University Press.

- Simón, P. (2018). *El príncipe moderno. Democracia, política y poder*. Debate.
- Snyder, T. (2017). *Sobre la tiranía. Veinte lecciones que aprender del siglo XX*. Galaxia Gutenberg.
- Snyder, T. (2018). *El camino hacia la no libertad*. Galaxia Gutenberg.
- Stiglitz, J. E. (2015). *La gran brecha. Qué hacer con las sociedades desiguales*. Taurus.
- Tamás, G. M. (2001). What is Post-fascism? *OpenDemocracy*. Disponible en https://www.opendemocracy.net/en/article_306jsp/
- Temelkuran, E. (2019). *Cómo perder un país. Los siete pasos de la democracia a la dictadura*. Anagrama.
- Thompson, M. (2017). *Sin palabras. ¿Qué ha pasado con el lenguaje de la política?* Debate.
- Tosar, B. (2018). Literacidad crítica y enseñanza de las Ciencias Sociales en Primaria: “Profe, las bolsas de plástico no son medusas”. *REIDICS. Revista de Investigación en Didáctica de las Ciencias Sociales*, 2, 4-19. <https://doi.org/10.17398/2531-0968.02.4>
- UNESCO (2015). *Countering online hate speech*. United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, Communication and Information Sector. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000233231?posInSet=3&queryId=b718e7ea-a770-4834-be03-063556a8f8ec>
- UNESCO (2021). *Combatir los discursos de odio a través de la educación*. Conferencia Mundial de Ministros de Educación, 26 de octubre de 2021. Conclusiones de los Presidentes de la Conferencia. UNESCO, Sección de Educación para la Ciudadanía Mundial y para la Paz, Sector de Educación. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379729_spa
- UNESCO (2023). *Addressing hate speech through education: a guide for policy-makers*. United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization and the United Nations Office on Genocide Prevention and the Responsibility to Protect. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000384872?posInSet=5&queryId=b718e7ea-a770-4834-be03-063556a8f8ec>
- Vallespín, F. y Bascuñán, M. M. (2017). *Populismos*. Alianza Editorial.

- Veiga, F., González-Villa, C., Forti, S., Sasso, A., Prokopljevic, J. y Moles, R. (2019). *Patriotas indignados. Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría. Neofascismo, posfascismo y nazbols*. Alianza Editorial.
- Westen, D. (2008). *Political brain: The role of emotion in deciding the fate of the nation*. Nueva York: Public Affairs.

Un pasado que no pasa. Persistencias y mutaciones del fascismo: diálogo con el historiador Francesco Filippi

The Past That Does Not Pass. Persistence and mutations of fascism: a conversation with the historian Francesco Filippi

Matteo Tomasoni

Universidad de Salamanca
Diacronie – Studi di Storia Contemporanea
matteo.tomasoni82@gmail.com

César Rina Simón

Universidad Nacional de Educación a Distancia
cesarrina@geo.uned.es

Recibido en junio de 2023

Aceptado en octubre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28399

RESUMEN

Entrevista a Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale Deina), autor de obras referenciales para comprender las pervivencias y mutaciones del fascismo ahora que cumple cien años de existencia: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) y *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), editada en castellano por la Editorial Prometeo en 2023.

Palabras clave: fascismo, memoria, populismo, discurso político, medios de comunicación.

ABSTRACT

Interview with Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale Deina), author of referential works that help to understand the persistence and mutations of fascism one hundred years after the Mussolini's takeover: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) and *Mussolini has fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), edited in Spanish by Editorial Prometeo in 2023.

Keywords: fascism, memory, populism, political speech, media.

Referencia

Tomasoni, M. y Rina Simón, C. (2024). Un pasado que no pasa. Persistencias y mutaciones del fascismo: diálogo con el historiador Francesco Filippi. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 87-124. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28399

La conmemoración del centenario de la marcha sobre Roma que abrió la llegada del fascismo al poder en Italia ha coincidido con la victoria electoral en ese mismo país de un partido de extrema derecha, cuya líder, Giorgia Meloni, había militado en su juventud en partidos comúnmente definidos como “nostálgicos” del fascismo: *Azione Studentesca* o el *Fronte della Gioventù*¹. En la última década se ha producido una transformación radical de las formas de hacer política a escala planetaria. Diversos acontecimientos coyunturales —crisis financiera, pandemia COVID-19, crisis migratoria o invasión de Ucrania— han generalizado las incertidumbres globales, situándonos en un nuevo período de crisis de las democracias parlamentarias y de extensión de los discursos extremistas, autoritarios y cercanos a los fascismos históricos, o al menos a algunas de sus facetas más simbólicas (Albanese y Del Hierro, 2018). A estos rasgos contextuales podríamos sumarle la generalización de una revolución antropológica propiciada por el uso masivo y continuo de internet y redes sociales, amplificadores de todo tipo de discursos, incluidos los fascistas —revolución antropológica que intentó crear el fascismo con los medios a su alcance y que hoy continúa siendo objeto de investigación (Bernhard y Klinkhammer, 2017)—. En la red, el conocimiento se presenta sin mecanismos intelectuales para discernir la verdad de la mentira, y el sesgo de confirmación propicia que las *Fake News* y la espectacularización de los debates —sobre todo los mediáticos— estimulen los nichos ideológicos. Walter Benjamin ya advirtió en *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*, hace casi un siglo, que el fascismo había propiciado una estetización de la política, había convertido la política en una experiencia estética a través de las emociones. Hoy consideramos como un riesgo común para los sistemas democráticos la preponderancia de lo emocional sobre lo racional.

La historiografía se encuentra dividida, no tanto en lo relativo a los perfiles ideológicos de estos movimientos, sino significativamente en cómo denominarlos y en cómo abordarlos desde posiciones democráticas, donde la defensa de las libertades entra en conflicto con la proliferación de discursos antidemocráticos. En relación a la terminología, se suceden debates bizantinos sobre cómo nombrar a la “cosa”, si fascismo, posfascismo, neofascismo. De hecho, casi todas las propuestas están asentadas sobre nociones teóricas bien planteadas y encuentran sus diferencias en

¹ Véase: Clarida Salvatori e Laura Martellini, “Giorgia Meloni, dal Fronte della Gioventù al trionfo alle elezioni: le tappe della carriera”, *Corriere della Sera*, 28/09/2022, URL: https://roma.corriere.it/cronaca/cards/giorgia-meloni-fronte-gioventu-trionfo-elezioni-tappe-carriera/militanza-giovanile-fdg-azione-studentesca_principale.shtml [consultado el 20 de enero de 2023].

la dimensión poliédrica de estos movimientos. El término “fascismo” parece haber superado la conceptualización de régimen adscrito a un tiempo y a un espacio determinado, si bien otros autores como Traverso (2018), Gentile (2018) o Rodrigo y Fuentes (2022) sostienen que no conviene su utilización por las sustanciales diferencias de los procesos y porque su uso indiscriminado para desacreditar al adversario político o para alentar la movilización en una situación de excepcionalidad puede implicar la banalización del fenómeno “fascista” y la pérdida de referentes en el hipotético caso de que el fascismo “verdadero” asumiera el poder. Estos autores sostienen que el fascismo debe mantenerse en la esfera que hace alusión sustantiva a determinados regímenes políticos, es decir, no emplearse como adjetivo descalificativo. El fenómeno, al calor de su extensión planetaria, ha recibido diferentes nombres. Para Forti (2021) estaríamos ante una “extrema derecha 2.0”; para Guisado y Bordel (2021), “derecha radical”; para Finchelstein (2017), formas de “neofascismo”; o, para Traverso (2018) y Sidera (2020), “posfascismo”.

El debate está servido pues igualmente no cabe duda de que ciertos instrumentos manipuladores del fascismo no murieron en 1945 (Straehle, 2022). Del mismo modo, la banalización del término no es exclusiva, pues otros como “libertad” (Canfora, 2008), “democracia” (Canfora 2004; 2003) o “pueblo” (Gentile, 2018) están igualmente sujetos a unos intensos usos políticos. Se pueden establecer incluso analogías —a modo de ensayo y no de respuestas unívocas— entre la crisis de las democracias parlamentarias del período de entreguerras y la actual.

Brutalización de la política, revisionismos historiográficos que dulcifican o reivindicar las dictaduras, batallas culturales, rearme de la memoria de los fascismos, radicalización de los postulados nacionales —nuevamente deterministas, racistas y esencialistas—, avance electoral o incluso victorias de partidos herederos del fascismo... “La historia nunca se repite, pero en ocasiones rima”, afirmó Mark Twain. Para tratar de entender estas y otras cuestiones desde el cauce de la historiografía, hemos entrevistado a Francesco Filippi, cuyas obras han generado una especial atención en torno a las continuidades de elementos fascistas o fascistizantes en la sociedad italiana y cuyas conclusiones son aplicables con matices al caso español. Este, en un contexto en el que la democracia se construyó con los límites marcados por unos imaginarios sociales forjados por una dictadura que gobernó el país y socializó en clave nacionalcatólica a la población española durante cuarenta años (Gallego, 2014; 2006).

El caso italiano, bien estructurado en el texto *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Filippi 2020), plantea una reflexión que se basa en dos pilares fundamentales: el problema de la sucesión del régimen fascista a la Italia republicana en los años de la posguerra y la cuestión de la difícil herencia ideológica caracterizada por el debate sobre la contextualización y, en algunos casos, la nostalgia hacia el fascismo. La obra de Filippi no llega en un momento cualquiera: como ya se ha comentado, el país transalpino está envuelto en un complicado entramado político en el que el auge de la extrema derecha con tintes nostálgicos está a la orden del día². Sin embargo, el autor no dirige su interés hacia la actualidad política, y por ende al surgimiento de movimientos afines al fascismo, sino más bien propone un detallado análisis sobre el debate público surgido tras el fin del fascismo histórico (Gentile, 2007; De Felice, 2001; Salvemini, 1966; Dogliani, 2016; De Luna, 2022). El objetivo es realizar un acercamiento a las formas y los métodos con los que el Estado italiano intentó hacer cuentas con el pasado durante los primeros años de la democracia, sin todavía encontrar la forma de penalizar o erradicar el fascismo de las instituciones y, sobre todo, de la política activa. No obstante, la pervivencia de esta ideología y su capacidad para adaptarse a los nuevos tiempos ha hecho que haya permanecido en la sociedad que surgió de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Durante décadas, los estudiosos han intentado comprender y analizar este fenómeno político con objetividad, alejándose de *clichés* o tópicos que, en cierta medida, caracterizaron ese régimen (Finchelstein, 2020). Sin embargo, ha sido imposible obviar esa información ya que la cultura de masas surgida en la segunda posguerra acabó por banalizar — utilizando una conocida expresión arendtiana— el fascismo, redirigiendo la atención de los italianos hacia aquellos mitos que han perdurado hasta la actualidad: “*il buon italiano*” (el buen italiano) (Filippi, 2023) frente “*al cattivo tedesco*” (el mal alemán), o la célebre expresión “*mancò la fortuna, ma non il valore*” (faltó la suerte, pero no el valor). Todos ellos son claros ejemplos de cómo la sociedad de ese país ha sido incapaz, lo dice el autor en varias ocasiones, de hacer “cuentas con su propio pasado”, prefiriendo no hacerse cargo de la responsabilidad y de la necesidad de reflexionar sobre ello.

² Véanse las acusaciones dirigidas por la prensa italiana al senador Ignazio La Russa (del partido Fratelli d'Italia) sobre sus conocidas simpatías por la figura de Mussolini: Annalisa Girardi, “Ignazio La Russa dice che non butterà mai via i busti di Mussolini che tiene in casa”, *Fanpage*, 8/02/2023, URL: <https://www.fanpage.it/politica/ignazio-la-russa-dice-che-non-buttera-mai-via-i-busti-di-mussolini-che-tiene-in-casa/> [consultado el 25/02/2023].

Es importante constatar que la historiografía italiana ha retomado la “cuestión del fascismo” con fuerza a lo largo de las últimas décadas. Autores como Renzo de Felice (2001; 1981; 1978; 1975; 1974), Emilio Gentile (2007; 2002), Giovanni Sabatucci (2007), Giorgio Rochat (2008) y Enzo Traverso (2012), entre otros, han aportado con sus reflexiones un conocimiento más profundo y contextualizado del fascismo como fenómeno político y social. Además, las recientes generaciones también están siendo determinantes a la hora de aportar nuevas interpretaciones y hacer, cabe decirlo, un balance sobre la asimilación de una memoria histórica compartida. Es el caso de historiadores como Filippi, autor también de *Mussolini ha fatto anche cose buone* (2019), donde desmonta, uno por uno, los mitos que perduran sobre la figura del Duce o la supuesta herencia de orden y disciplina dejada por el régimen fascista. Pero no podemos olvidar las aportaciones de Carlo Greppi sobre el antifascismo, empezando por *Il buon tedesco* (2021), donde reflexiona sobre el fenómeno de la resistencia entre las filas de los soldados alemanes y austríacos en Italia durante la Segunda Guerra Mundial o su “guiño” a Francesco Filippi con el texto *L’antifascismo non serve più a niente* (2020a), en el que hace un llamamiento para que los valores del antifascismo —núcleo de la constitución italiana de 1946— no caigan en el olvido ante la peligrosa normalización con la que en la actualidad se hace referencia al fascismo. En línea con estos dos autores, cabe mencionar la fundamental obra de Eric Gobetti, *E allora le foibe?* (2023), que se adentra en una de las páginas más negras de la historia italiana que hoy en día sigue siendo el origen del debate sobre la herencia histórica dejada por el fascismo y el antifascismo. Distintos autores y diferentes obras que, a pesar de todo, miran al mismo objetivo: debatir, reflexionar, interpretar y contextualizar la historia reciente de este país: una tarea todavía pendiente en Italia, así como en el caso español. Al fin y al cabo, nos lo recuerda todavía Carlo Greppi (2020b, p. 10):

La historia es aquello que vemos si miramos hacia atrás, [...] y lo que vemos depende de lo que ha ocurrido. Pero cuando lo hacemos, es para comprender si podemos sacar lecciones del pasado cercano o lejano, si gracias a aquel pasado podemos convertirnos en mejores personas, presentes ante nosotros y ante el mundo. Todo depende de cómo queramos hacerlo: y este “cómo” hace de la historia algo por lo que vale la pena dedicar tiempo y nuestra energía.

Matteo Tomasoni (M). ¿Qué pervive del fascismo y de Mussolini en la actualidad? ¿Por qué al hablar de política suele —siempre o casi siempre— surgir la palabra “fascismo”?

Francesco Filippi (F). Cuando se habla de la relación entre la Italia actual y el fascismo debemos partir de un supuesto muy importante que a menudo se pasa por alto: Italia como nación, desde su nacimiento en 1861, es un enorme laboratorio de identidad. Durante más de siglo y medio los italianos han estado sometidos a la construcción de aquello que Benedict Anderson (2016) definió como “comunidad imaginada”. En este gigantesco experimento social, el fascismo fue la última gran tentativa coral de contar la historia de los italianos en su conjunto. Después de 1945, con el predominio de los temas occidentales y de la contraposición entre *bianchi* y *rossi* a un nivel no solo político sino social, hemos dejado de tener relatos verdaderamente unificadores para el país. Hoy, por lo tanto, si en Italia se quiere abordar la cuestión de la identidad del país, hay que lidiar con todo el vocabulario semántico forjado durante el fascismo. En el italiano actual, palabras como *Patria*, *Nazione* y *Popolo*, o vocabulario que en otras realidades se asocia a virtudes nacionales como *Onore*, *Coraggio* o *Cameratismo*, portan una historia que es la de las camisas negras de Mussolini y su trágico epílogo. Hoy, la sociedad italiana utiliza esquemas interpretativos que la obligan a confrontarse constantemente, incluso involuntariamente, con el pasado fascista. Por ello si un político italiano consigue un discreto éxito electoral y tiene cierto carisma, por ejemplo, se le compara automáticamente con Mussolini: ocurrió con Bettino Craxi, con Silvio Berlusconi y está ocurriendo, obviamente, con Giorgia Meloni. Incluso cuando utilizamos las categorías inventadas o creadas por el fascismo para describirnos como país, los italianos no podemos hacer otra cosa que encontrarnos en medio de esta memoria mal digerida.

César Rina Simón (C). Según tus investigaciones, ¿cómo es la memoria que perdura del fascismo?

F. La memoria del fascismo en Italia se divide en tres grandes vertientes públicas que tienen dimensiones e influencias diversas en la construcción del imaginario público del país. La primera es la de los nostálgicos del régimen, los que van a Predappio, a la tumba del Duce, vestidos con camisa negra y hacen el saludo romano. Este tipo de

memoria es francamente residual: son pocos, la mayoría de avanzada edad, y continúan haciendo del fascismo una especie de *cosplay* en el que, lejos de toda realidad histórica, ensalzan el fascismo como el mejor de los mundos posibles.

El segundo tipo de memoria que ha cobrado cada vez más protagonismo en las últimas décadas, pero que también ha empezado a extenderse en el resto de la sociedad, es un tipo de memoria revisionista que tiende a resaltar los aspectos positivos del régimen de Mussolini, intentando normalizar la memoria del totalitarismo fascista. Se trata de la memoria de las “cosas buenas” a la que he dedicado uno de mis libros y que tiene una función balsámica frente al pasado. Siguiendo la idea de que los italianos a lo largo de la historia han sido sobre todo buenas personas, cada vez hay más personas dispuestas a creer que el fascismo no fue un verdadero régimen como el de Hitler o Stalin, sino una especie de paréntesis necesario en un momento complejo de nuestra historia. Este tipo de memoria, además, tiene connotaciones fuertemente politizadas: en muchos casos, como el de la memoria de las *foibe*³ de la que se ocupa Eric Gobetti, amigo y colega mío, no se trata sólo de exaltar a los italianos como “buenos”, sino de denunciar al enemigo de siempre: los comunistas, como “malos”. Esta memoria es la que mayormente evoca y alaba el gobierno y parte de las nuevas instituciones. Pienso en el presidente del Senado, Ignazio Benito (*¡sic!*) Maria la Russa, que en su discurso de investidura habló de la necesidad de una “pacificación nacional” que, sin embargo, pasa por el recuerdo de los crímenes comunistas. Más que de pacificación, metiéndolo todo en el mismo saco, se podría hablar de “parificación”⁴.

Por último, existe una tercera memoria, con diferencia la mayoritaria en el país, que es la que podría definirse dramáticamente como “memoria permanente ausente”, es decir, una memoria colectiva basada en el equilibrio institucional en el marco de la memoria pública italiana. Después del final de la Primera República, es decir, a partir de los años noventa, con el auge de los partidos de la Resistencia, comienza también el ritual cívico que identifica la identidad italiana como producto de la lucha de la *Liberazione* y como su consecuencia natural. Aprovechando el clima posideológico creado tras la caída del Muro de Berlín, mientras una parte significativa de la izquierda italiana revisaba sus valores constitutivos en un intento de historizar la herencia del

³ N. del T.: Las *foibe* son simas más o menos profundas esparcidas por toda la región montañosa del Carso (en la frontera entre Italia, Eslovenia y Croacia), tristemente famosas en el país transalpino por haber sido utilizadas como fosas comunes en las matanzas de la Segunda Guerra Mundial.

⁴ <https://www.senato.it/presidente/discorsi/discorso-di-insediamento>

Partido Comunista Italiano, el mayor de Occidente, la extrema derecha salió de las sombras en las que había estado relegada durante cuarenta años y tomaba los espacios del relato público. Con la llegada al poder de la derecha se hizo cada vez más difícil festejar de forma unitaria momentos como el 25 de abril, fiesta nacional que conmemora la liberación de Italia del nazi-fascismo y el final de la Segunda Guerra Mundial. Debido a las polémicas políticas, este tipo de fechas se ha convertido en fechas “divisoras” en el panorama de la memoria pública, y a nivel institucional se prefiere cada vez más obviarlas en lugar de festejarlas dignamente.

Italia es hoy un país que no produce, salvo a ráfagas, momentos de memoria pública en los que la opinión pública pueda reconocerse parte de un todo, y esto está provocando una desafección sustancial de una gran parte de la población por las cuestiones de memoria y, en general, por el pasado del país. Como este pasado es difícil de abordar, cada vez son más personas las que prefieren simplemente no hablar de él. Por un lado, esta amnesia autoprovocada aleja de la atención pública las cuestiones relativas al pasado y, por otro, favorece a quienes, entre las diversas memorias disponibles, proponen la que les parece menos conflictiva y, por lo tanto, menos problemática. En una palabra: proponen una memoria “buena” que sea de fácil digestión. Aquella que ahora exprime la extrema derecha en el gobierno.

M. ¿Y qué decir de la figura de Mussolini? Según Gentile (2019, p. 20), “la identificación del fascismo con la figura de Mussolini fue y sigue siendo la imagen más común y difundida del ventenio fascista”. ¿Sigue siendo el Duce la personificación de un “fascismo eterno”?

F. Emilio Gentile tiene razón cuando subraya que la figura más representativa e incómoda del fascismo italiano es sin duda Mussolini. Esta imagen dificulta a menudo, en un nivel historiográfico, un análisis más amplio de lo que en realidad fue un régimen complejo con veinte años de duración. Pero también es cierto que esta personificación es el resultado directo de cómo Mussolini se entendía a sí mismo y su relación con el poder. El fascismo italiano es Mussolini porque así lo quiso Mussolini desde el principio. La personificación y encarnación de la acción política, que ahora también vemos ampliamente aplicada en el contexto democrático a través de la sobreexposición mediática de los líderes de los partidos, es un concepto inventado por Benito Mussolini. Desde el principio construye la idea de que el fascismo,

esencialmente, es él y solo él. Esto le permite hacer del fascismo un tema muy farragoso: Mussolini a lo largo de su vida es socialista, anarquista, republicano, monárquico y republicano de nuevo. Por este motivo la historiografía reciente ha definido con dificultad el fascismo como una ideología, al mismo nivel que el nazismo y el estalinismo: porque el único pegamento real de todo el movimiento es Mussolini y su ascenso al poder. Con una definición que me parece acertada, a propósito del fascismo eterno, Umberto Eco (2017, p. 22) traza una idea para mí muy convincente de fascismo: “Mussolini no tenía una filosofía: sólo tenía una retórica”. Y esta retórica, en gran medida, se basaba en sí misma en un objeto retórico, en su cuerpo como fetiche. Aún hoy, para muchos, Mussolini es el fascismo y el fascismo en su totalidad está simbolizado por objetos que encarnan al Duce. Por eso está causando tanto revuelo el pequeño busto de Mussolini que el presidente del Senado Ingazio La Russa guarda en su casa: porque el fascismo está literalmente, todavía hoy, ligado a la figura física de su fundador y sin él, al nivel del imaginario colectivo, no sería posible representarlo. Este doble vínculo entre el cuerpo del Duce y su movimiento explica también por qué la tumba de Mussolini en Predappio es objeto de peregrinación de camisas negras de toda Italia.

C. La mayor parte de los estados europeos, a excepción del caso español, construyeron sus democracias parlamentarias en la posguerra en un ambiente cultural antifascista, incluso algunas de sus constituciones hacen alusiones a ello. ¿Qué queda de todo aquello?

F. En lo que respecta al caso italiano, la presencia de un fuerte componente de la resistencia que combatió junto a los aliados por la liberación del país fue uno de los grandes pilares sobre los que se construyó el alma democrática: poder decir que miles de italianos lucharon y murieron por la persecución nazi-fascista y fueron piezas fundamentales para la construcción del relato público democrático. Por eso, tras el final de la Primera República, una de las operaciones más fuertes de revisión de la memoria pública italiana tuvo como protagonistas a los combatientes partisanos. Libros como los de Giampaolo Pansa (2003), que daba testimonio de supuestos crímenes partisanos, sirvieron sobre todo para demoler la imagen de una Italia que decidió por sí misma liberarse de Mussolini. Para establecer una nueva visión del pasado, es necesario superar la idea de que los italianos, en su conjunto, sufrieron la

Segunda Guerra mundial y que las decisiones tomadas después de la guerra, incluida la demonización del fascismo, fueron de alguna manera “impuestas” a la sociedad italiana. Cuando en Italia la llegada de la TV comercial de Berlusconi en los ochenta provocó una oleada de “antiintelectualismo” generalizado, una de las primeras señales de este cambio se produjo precisamente en esa cultura de “izquierdas” que, entre otras cosas, había contribuido a construir el imaginario colectivo de los valores democráticos, convertidos automática y forzosamente en valores de izquierdas. El desprecio al mundo intelectual identificado como “comunista”, la caída del Muro de Berlín y el final de los partidos de la Primera República con el *Tangentopoli*, acabaron con el mito del antifascismo que había construido la democracia italiana. Hoy, incluso al nivel del imaginario público, se discute más del antifascismo que del fascismo. Pongo un pequeño ejemplo de la cultura *pop*: acaba de estrenarse en Netflix una serie de dibujos animados de Zerocalcare, intelectual y viñetista famoso en Italia. La serie trata precisamente de la instrumentalización política de temas queridos por la derecha italiana, como la inmigración. En un breve monólogo, el protagonista de la serie dice que llamará “nazis” a los ultraderechistas y neofascistas para que el público italiano comprenda que son malos. Si se les llamara, como se debe, “fascistas”, buena parte de los espectadores no los identificaría como personajes totalmente negativos (Zerocalcare, 2023).

M. Las querellas historiográficas en torno al papel activo de la población durante el III Reich o la Italia fascista han tenido, como señaló Traverso (2012), perfiles ideológicos enfrentados. Si bien en Alemania supuso una revisión crítica sobre el apoyo de una parte significativa de la población al nazismo y el conocimiento generalizado del genocidio, en Italia han adoptado perfiles más revisionistas que sitúan a Mussolini como un líder popular y no como un dictador. ¿Qué lugar crees que ocupa el consenso y el apoyo popular en el fascismo?

F. En cuanto al consenso y su herencia en la Italia posterior a 1945 hay que hacer dos aclaraciones. La primera es que el fascismo italiano fue uno de los regímenes de derechas más longevos del siglo XX, solo superado en Europa por la experiencia ibérica. Esto significa que al menos dos generaciones de italianos crecieron inmersos en el caldo de cultivo de la cultura fascista. Cuando al final de la guerra hubiera sido útil para desfascistizar el Estado plantearnos qué fue “realmente” un fascista, se pensó

que esta pregunta podía ser muy peligrosa. En su acepción más severa, habría decapitado a toda la clase dirigente. El segundo aspecto a tener en cuenta es que los únicos que podrían haber impuesto esta cuestión, los aliados, no lo hicieron. Si en Alemania el proceso de Nuremberg trató de hacer algo parecido a una desnazificación, con escasos resultados, en Italia esto no sucedió. A los angloamericanos no les interesaba hacer caer al *stablishment* italiano, sobre todo cuando éstos libraban una nueva guerra contra el peligro comunista. En Washington es muy probable que se preguntaran: “¿qué mejor que un fascista para luchar contra los bolcheviques?” Es una idea que se exportó a otros lugares, como en la normalización de las relaciones con Franco propiciadas por Eisenhower.

En el plano de la memoria histórica, desde que Renzo de Felice situó la cuestión del consentimiento al régimen fascista en el primer nivel de la historiografía italiana, las diversas interpretaciones del consenso del régimen italiano han sido un tema central no solo para los historiadores, también para la opinión pública: como si decir que “Mussolini contaba con mucho consenso” significase, implícitamente, que el fascismo fuera un fenómeno positivo porque contaba con el apoyo de la población. No hay que olvidar que la Italia de Mussolini fue el primer gran experimento de ingeniería social del siglo XX, con un Estado paternalista volcado a entrar en la vida de todos sus súbditos. Con los criterios actuales es difícil medir la fuerza real de los apoyos al régimen de los italianos durante su ocupación del poder, del mismo modo que es difícil comprender hasta qué punto ese supuesto consenso era en realidad un “no-disenso” basado en el individualismo.

Desde un punto de vista historiográfico, trabajos como los de Enzo Collotti (2000) han evidenciado lo difícil que es discutir sobre lo que significa realmente el consenso en un régimen totalitario. A nivel de la memoria pública se ha extendido la idea de que Mussolini era amado por una parte no identificada de los italianos y que el Duce “no era malvado como Hitler”. Hoy el tema del consenso, paradójicamente, es más importante que hace veinte años en Italia debido a la idea de que un régimen totalitario con un supuesto amplio consenso estaba de alguna manera legitimado desde abajo para tiranizar su país. Una visión que podemos definir, siguiendo a Habermas, como posdemocrática y en cierto modo hija de la actual ola populista en Europa.

C. Una de las características definitorias del fascismo fue el culto al líder como jefe y guía de la nación. En la política actual, parece que los programas, las ideologías y las

estructuras de partido se han visto superadas por la construcción carismática y propagandística del “líder”, cuya popularidad se mide en parámetros también emocionales y carismáticos. ¿Es ésta una persistencia del fascismo?

F. No sé, no creo que se trate de una persistencia del fascismo: en el fondo el populismo actual está activo también en países en los que está ausente el recuerdo de la figura de Mussolini. En cambio, yo creo que este retorno del “hombre fuerte” y de sus esquemas interpretativos demuestra un hecho: que Mussolini era un gran comunicador y sus técnicas han hecho escuela por todo el mundo. Incluso hoy la retórica del “balcón”, en la que un solo hombre se convierte en el paladín y en padre de toda la nación, dispensando eslóganes y proponiendo soluciones sencillas a problemas complejos, es obviamente rentable. Cómplice también con la forma de hacer política: ¿qué es un perfil social con millones de seguidores sino un moderno “balcón mussoliniano”?

M. El fascismo histórico alentó una “revolución antropológica”, un proceso de transformación general de la noción de patria, ciudadanía y de la participación política. ¿Consiguieron sus objetivos? Y, una vez derrotados los fascismos, ¿qué ha quedado de aquella revolución?, ¿estamos ante una nueva forma de exaltar la patria, fomentar lo diferencial (ciudadano/migrante) e incluso de apropiación de los símbolos de la nación como la misma bandera?

F. El fascismo histórico fracasó estrepitosamente en sus propósitos de construir una identidad nacional fuerte: nadie traería hoy a colación el mito del guerrero y la virtud militar en el contexto de la Italia actual, aunque fuera contada sobre todo en la posguerra gracias a los éxitos culturales y económicos. Por el contrario, los veinte años del fascismo han provocado durante mucho tiempo una suerte de alergia hacia los temas patrióticos: hasta finales de los años sesenta, ondear públicamente la bandera italiana se consideraba un gesto “fascista” y como tal era censurado. En lugar de la identidad nacional, se afianzaron una serie de subentidades, como las políticas (*bianchi e rossi*) o aquellas que miran hacia diferentes entidades, más allá de la nación, como podría ser el caso de la Unión Europea.

El retorno de un determinado lenguaje relativo a los valores patrióticos o referirse al término “nación” en lugar de República —como hace la extrema derecha italiana en

el gobierno—, a mi modo de ver tiene dos motivaciones. La primera es interna a la derecha: este gobierno está convirtiendo en comunes palabras de moda que antes eran sólo de las derechas. Es una especie de venganza cultural que se está consumando después de decenios obligados a permanecer al margen de la vida política del país. La segunda motivación es que estos eslóganes y símbolos, en su simplicidad, siguen teniendo algo que comunicar: son residuos de un viejo modo de entender la estructura del Estado y de la sociedad, pero siguen teniendo presencia pública, principalmente porque no hay en el horizonte otra narrativa pública que sea suficientemente eficaz. La izquierda en occidente no es capaz de articular un pensamiento coherente, mientras que la crisis global climático-migratoria empuja a la gente a refugiarse en narrativas fuertes y tranquilizadoras. Vivimos tiempos conservadores y en todo el continente la parafernalia ideológica de la derecha está resultando muy útil y eficaz, pese a ser anticuada. Hablar de nación hoy en Italia significa dar identidad a millones de personas que ven cómo el mundo que les rodea cambia cada vez más deprisa. Y es una manera satisfactoria, por el momento, de afrontar el cambio desde un punto de vista electoral.

C. Desde la posguerra se produjeron entre la intelectualidad italiana diversas manifestaciones que apuntaban a la continuidad de ciertos elementos fascistas bajo el paraguas democrático, entre ellas la de Umberto Eco (2018), que en 1995 impartió la conferencia “El fascismo eterno”, que ya has sacado a colación, para alertar de los riesgos de ese retorno y recordar que, si bien el régimen fue derrotado, no lo fueron algunas de sus ideas o de sus prácticas políticas. ¿En qué punto de estos debates sitúas tu obra? Sobre los puntos esgrimidos por Eco, ¿cuáles crees que evidencian esa larga duración de elementos fascistas? ¿Podríamos hablar de un fascismo banal?

F. Como ya he comentado, estoy convencido de que leer a Eco es útil para comprender el fascismo en su complejidad. Creo que la polémica *post mortem* que se ha suscitado en torno al concepto de “fascismo eterno” de Eco se debe a una mala interpretación de ese adjetivo. Hay quien ha querido leer en la presunta eternidad del fascismo una sacralización por parte de Eco, pero no es así. El semiólogo entiende que el fenómeno fascista no está ligado a un período de tiempo concreto, es por tanto “atemporal”, desconectado de los hechos históricos individuales, precisamente porque es una actitud mental más que una ideología.

Mi trabajo en este sentido forma parte de un debate en el que la deriva alejó el tema de las huellas de la historia para acercarlas a las del mito. Mi trabajo sobre las *fake news* del fascismo pretende ser un intento de poner fin a la *mitopoeia* aún vigente en Italia del régimen de Mussolini. No es una postura política, sino metodológica: si queremos hablar de la historia del fascismo debemos, en primer lugar, deshacernos de los mitos que el propio fascismo construyó y propagó por el país. En este sentido, mis libros, más que sobre historia de la historiografía, son ensayos sobre la metodología de la investigación histórica.

Incluso cuando hablamos del peligro de banalizar el fascismo, en mi opinión, debemos tener en cuenta que no son los supuestos agitadores sociales quienes siempre ponen en juego el fascismo, sino que es el fascismo con sus ramificaciones el que todavía hoy se infiltra, como idea y como fantasma, en la vida de los italianos. Porque todavía hay gente en Italia que se define como fascista 80 años después de la fecha de su final, y esto es un hecho a tener en cuenta. Para explicar el problema de los historiadores en Italia, podemos recurrir a esa vieja leyenda del abejorro que según la física no debería volar, pero, como el abejorro no sabe de física, vuela de todos modos. Aquí nos enfrentamos a personas que, según la historiografía, no deberían ser fascistas porque el fascismo terminó en 1945. Sin embargo, por desgracia, estas personas no conocen la historia e igualmente se autodenominan fascistas.

M. A raíz de los trabajos de Griffin (2010), se ha consolidado una interpretación de los fascismos como fenómenos de vanguardia. Esto pudo funcionar entre las élites intelectuales y artísticas del fascismo, y en la plasticidad de los ritos y símbolos desplegados en el espacio de la capital o de las ciudades más relevantes. Sin embargo, tenemos bastantes testimonios de época que manifiestan a nivel local y provincial la dimensión más tradicional y folklórica del fascismo (Levi 2005; Hametz, 2012; Cavazza, 2003). Como si se repitiera la historia que cuenta Lampedusa en *Il Gattopardo*, todo había cambiado para que todo siguiera igual. Las élites locales, el terrateniente, el cura, el médico o el policía seguían hegemonizando en clave tradicional la organización social y la vida cotidiana. Es decir, el despliegue aparentemente revolucionario y vanguardista del fascismo no tuvo una traducción en los espacios sociales locales, que continuaron enmarcados en los mismos sistemas de dominación política, económica y cultural. ¿Cuál es tu posición al respecto?

F. Creo que la lectura más clara del fenómeno fascista sigue siendo la de Antonio Gramsci, que veía en el fascismo la síntesis laboriosa de los intereses de las diversas élites del poder del país y una respuesta eficaz a las demandas libertarias de las masas obreras y campesinas. El fascismo, precisamente por su naturaleza sintética de demandas unidas por el único deseo de mantener el poder, es difícil de explicar: a lo largo del tiempo dijo e hizo cosas contradictorias, con la única finalidad de mantener el poder adquirido. Fue vanguardista con los intelectuales que querían el cambio, pero fue un bastión conservador para el gran capital; fue pacifista con las masas que exigían paz y, al mismo tiempo, militarista con los que soñaban con las glorias imperiales. El fascismo muestra una retórica, una forma de decir las cosas que cambia según el interlocutor. Si fue una “verdadera vanguardia” o una “verdadera defensa de valores conservadores” es una cuestión que se debatirá extensamente, pero si hemos de juzgarlo por los resultados, podemos decir que el fascismo fue sobre todo una máquina de propaganda volcada a las exigencias diarias del mantenimiento del poder.

C. Igualmente, uno de los debates historiográficos más extendidos en torno a la naturaleza del fascismo es el relativo a si podríamos hablar, tal y como sugirió Gentile (2002) —siguiendo la estela de las interpretaciones culturales de Durkheim, Mauss, Carlo Levi, Raymond Aron, Eric Voegelin o George L. Mosse—, de religiones políticas. Gentile ha apuntado en diversos foros que se puede cuestionar el empleo del término, pero no la dimensión sacralizada que adquirió el Estado, la nación, el líder y el proyecto político. ¿Qué piensas sobre estos debates?

F. La lectura de Gentile es una de las más sólidas y estructuradas en torno a la cuestión de qué fue el fascismo histórico, y ofrece la posibilidad de entender este fenómeno en el marco más amplio de los totalitarismos del siglo XX. Falta por establecer, y es una pregunta difícil de responder, cuál es el impacto real de la religión política en los italianos y cuáles son las implicaciones del cambio en la relación entre Estado y el individuo que plantea la retórica mussoliniana. Enzo Traverso (2002) explica de forma muy precisa las dificultades que rodean al concepto de totalitarismo y cuál es su impacto también en la lectura que las democracias posteriores a 1945 han hecho del fenómeno, en una especie de contraposición antropológica en la que se basa el concepto actual de ciudadanía. Probablemente, a la luz del cambio actual

de equilibrios de poder en el debate público, sea necesaria una reflexión más profunda sobre el concepto de Estado en el contexto postnacional (Habermas, 1999) y sobre las nuevas formas de ciudadanía que, paradójicamente, a pesar de tener poco que ver con el siglo XX, son uno de los temas fuertes de la derecha, que se remonta al fascismo histórico en clave de raíz identitaria.

M. En uno de tus libros, insistes en que es necesario “educar a las masas” para superar las falacias o falsos mitos existentes sobre el fascismo, creando así una cultura que sepa ubicar esa ideología en su lugar en la historia. Como sabemos, la cinematografía ha contribuido en ese proceso de contextualización, aunque no siempre acertando en las formas o en los métodos. Recientemente, el cine se ha convertido en una herramienta sociológica para determinar el grado de conocimiento y al mismo tiempo los sentimientos generados por las figuras que identifican los fascismos históricos: me refiero a las películas *Est ist wieder da* (*Ha vuelto*, de David Wnendt, 2015) y el *remake* italiano *Sono tornato* (*He vuelto*, de Luca Miniero, 2018). ¿Crees que con este tipo de películas se puede educar (pensamos en su uso didáctico) o se trata más bien de un reflejo de la sociedad actual? ¿Qué interpretación se puede dar a todo ello?

F. Hablo de ambas películas en la introducción de mi *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*, señalando cómo las dos películas tuvieron un impacto diferente en Alemania y en Italia. Mientras que la producción alemana fue un éxito planetario, a la italiana le fue mal (puesto 72 en la lista de las cien películas más vistas en Italia en 2017, año de su estreno). Misma trama, misma mecánica humorística y, sin embargo, la idea de que Hitler pudiera regresar usando las redes sociales era a la vez aterradora y atractiva desde el punto de vista del humor. Una mezcla perfecta para el cine. En cambio, pensar que las ideas de Mussolini pueden tener continuidad en Italia o que hay gente que hace política citando al Duce o vistiéndose de fascista, cosa que no divierte, ni siquiera asusta, porque estas cosas ya están ahí. Estas dos películas cuentan en general cómo se asienta, o no, una memoria pública. En Italia, la lectura pública del fascismo como un mal absoluto ha sido sofocada y no veo la posibilidad de recuperarla. El cine italiano, cuando se ha ocupado de la historia reciente, lo ha hecho casi siempre utilizando los temas clásicos de los “buenos italianos”, representando una realidad edulcorada respecto a los hechos históricos.

Pienso también en obras maestras del cine italiano, como *Mediterráneo*, de Salvatores, en 1991, en que un pelotón de soldados italianos durante la II Guerra Mundial ocupa una isla de Grecia y entablan amistad con la población hasta el punto de construir lazos duraderos. Una visión idílica, pero falsa, de la invasión de Grecia, que obviamente fue celebrada internacionalmente: la película ganó un Oscar.

El cine podría hacer mucho por la construcción de una memoria pública basada en valores democráticos y apoyada en una base histórica realista. Desgraciadamente, en este momento las cosas parecen ir en otra dirección: la película *Red Land, Rosso Istria*, que pretende contar la historia de las víctimas de la frontera oriental italiana al final de la guerra, no sólo se aferra a la idea de que los italianos son única y exclusivamente víctimas de la historia, sino que consigue presentar a los nazis de la frontera oriental como libertadores y salvadores de la población italiana víctima del comunismo. Una operación que sólo he visto en películas de propaganda goebbelsiana como *Feldzug in Polen* (“La campaña de Polonia”) de 1940 o *Menschen im Sturm* (“El pueblo en la tormenta”) de 1941. El 10 de febrero, la RAI proyecta regularmente *Red Land*, en el día en que se recuerda a las víctimas de la frontera oriental italiana.

M. En relación con el despliegue de ritos, símbolos, conmemoraciones efectuadas por el fascismo: ¿Cuáles se han perpetuado en la sociedad italiana justificadas como prácticas tradicionales o folklóricas? Evidentemente ya no asistimos a desfiles de *balilla* o camisas negras, pero... ¿Cuánto queda de esa ritualidad?

F. Más que una memoria pública directa del fascismo, existe todavía, y muy arraigada, una memoria privada muy extendida del *Ventennio*. Aún hoy podemos encontrar nostálgicos que peregrinan a la tumba del Duce en Predappio, o gente que le recuerda dedicándole botellas de vino, bustos y otros trastos. No es extraño que los turistas extranjeros entren en restaurantes y bares italianos y encuentren fotos de Mussolini, a menudo presentadas como “recuerdos”. Después de todo, hasta el presidente del Senado justificó el busto de Mussolini que tiene en su propia casa diciendo que era un recuerdo de su padre. Además, está la cuestión lingüística que impregna la lengua italiana hasta hoy: muchas expresiones de Mussolini forman ya parte del modo de hablar italiano y mucha gente las emplea sin saber siquiera de dónde vienen. Veinte años no pasan en balde.

C. El tema de la ritualidad, el simbolismo y la escenificación en el espacio público de la legitimidad fascista ha sido referencial en los estudios culturales de estas dictaduras. Incluso se han pretendido establecer diferencias entre las religiones políticas y las religiones civiles (Gentile, 2005), ya que en no pocas ocasiones las formas y significaciones de estos elementos eran compartidos por otros regímenes nacionalistas no autoritarios. Pongamos un ejemplo. El 12 de octubre, en las calles de Madrid se celebra el día de la “Fiesta nacional” española, antigua fiesta de la “hispanidad” o “día de la raza”. Ese día, el Jefe de Estado es recibido por las más altas autoridades políticas, militares y judiciales del país. Las calles, el público y los cielos se tiñen con los colores de enseña nacional. Tanto público como autoridades y ejército se cuadran con rostro compungido mientras se entona el himno nacional. Un paracaidista hace descender de los cielos una inmensa bandera nacional que recoge con el mismo cuidado que un sacerdote puede tratar las hostias consagradas. Entonces, el Jefe de Estado la recibe y la entrega para que sea izada con igual sacralidad. A continuación, se dispone a honrar a “los que dieron su vida por España” ante un monumento a un soldado anónimo que representa a todos los muertos por la patria. Suenan salvas... Este rito no se ha celebrado en un estado fascista, aunque su despliegue podría serlo perfectamente. Al contrario, se ha llevado a cabo en una democracia cuyo presidente del gobierno es del Partido Socialista, que gobierna en coalición con partidos políticos que buena parte de la oposición conservadora tacha de “antipatriotas”, “extrema izquierda”, “comunistas”, “bolivarianos” o “filoterroristas”. ¿Cómo se puede explicar esta aparente paradoja?

F. Es la paradoja que yo definiría como “shock por el colapso del Muro”. Tras el final de la Guerra Fría asistimos en toda Europa a una revisión histórica y cultural de la relación de la izquierda con el desaparecido gigante soviético y su legado. Es un examen de conciencia al que se ha visto sometido toda la izquierda europea, incluso los socialistas franceses o los socialdemócratas alemanes, que poco tenían que ver con la memoria comunista. Toda la izquierda se pregunta por el comunismo, mientras que la derecha europea encuentra el campo libre tras el fin del conflicto entre bloques de la Guerra Fría. Así, mientras en la izquierda crece un sentimiento de incertidumbre y de crítica en la confrontación con el pasado, la extrema derecha experimenta un sentimiento de exaltación y orgullo por haber sobrevivido, con sus valores, a cincuenta

años de oscurantismo. Esta lectura, unida al intento post-ideológico de lograr una especie de pacificación nacional, hace que hoy, a nivel público europeo, la izquierda se avergüence de su pasado mientras que la derecha se enorgullece, y esto se capta incluso a nivel institucional.

M. Junto al de fascismo, uno de los términos más comunes empleados para desprestigiar al adversario político es el de “populismo”. ¿Qué concomitancias tienen fascismo y populismo? Traverso (2016) ha incidido en que el populismo es una estrategia transversal, pero no un sistema ideológico concreto.

F. Diré que, por simplificar, el fascismo es una consecuencia directa del populismo, su versión “adulta” e institucionalizada, con lemas claros y estructuras organizadas.

C. ¿Y entre fascismo y capitalismo? Se han escrito ríos de tinta sobre el tema, y quizá la historiografía ha cometido el error de tratar de encajar fenómenos sumamente complejos en marcos interpretativos de “laboratorio”. No cabe duda de la protección que ejercieron los fascismos sobre el gran capital, haciéndolo compatible con el control económico estatal. Hoy las posturas de la extrema derecha se debaten entre el proteccionismo y la desregulación. ¿Cómo se compagina el libre mercado con el nacionalismo extremista?

F. Como decía, Gramsci parece haberse dado cuenta de las peculiaridades de la interacción entre capitalismo y fascismo. Si a nivel histórico el fascismo también puede verse como la respuesta de un grupo dirigente al estallido de la política de masas y a la democratización, con el paso del tiempo es un hecho el papel que las ideologías fascistas y parafascistas han desempeñado en la consolidación del capitalismo en algunos países y en la imposición de una paz social armada. Pienso obviamente en América Latina, en Pinochet, pero también en el régimen de los coroneles en Grecia en los años setenta.

M. Creo que deberíamos también comentar la rápida y exitosa adaptación del discurso fascizante a las nuevas tecnologías propias del siglo XXI: a través de un lenguaje juvenil y cercano, captan rápidamente la atención de los más jóvenes, transmitiendo una “verdad alternativa” en la que las *fake news* o la comunicación alternativa ejercen

un papel determinante. ¿Estamos ante una nueva forma de hacer propaganda? ¿Es simple desinformación o se trata de una práctica de la posverdad, esa mentira emotiva que pretende captar nuevos adeptos?

F. Sinceramente, no creo que lo que estamos presenciando hoy sea algo nuevo: lo que hoy llamamos posverdad no es más que la intensificación del discurso público sobre algunas cuestiones fundamentales de la vida humana a través de las nuevas tecnologías. Todas las sociedades complejas han producido mentiras, falsos mitos, historias hiperbólicas. Y en toda sociedad compleja siempre ha habido alguien que, por diversas razones, ha intentado construir relatos alternativos a los dominantes. Hoy, la diferencia fundamental es que esto ocurre a escala industrial: prácticamente cualquiera puede contar su propia “verdad” y subirla a Internet. Esto, unido a la credulidad de muchos relatos públicos (el COVID ha demostrado que las instituciones públicas, los gobiernos e incluso la ciencia son incapaces de tener credibilidad universal en ciertos temas), crea el terreno perfecto para el florecimiento de bulos. Y entre estos bulos, los más resistentes son, probablemente porque están mejor concebidos y son más antiguos en su difusión, los bulos sobre el fascismo o creados por el fascismo, que se suman a la enorme producción de relatos a la que estamos sometidos.

C. Uno de los rasgos compartidos del fascismo histórico fue el antisemitismo o antijudaísmo. En cambio, los principales movimientos de derecha radical se posicionan favorables al estado de Israel. ¿Ha sustituido el africano, el musulmán, el migrante o el pobre al judío como chivo expiatorio y fermento de movilización de un nacionalismo excluyente?

F. En general, la construcción de un régimen totalitario requiere de una forma diferente de construir la propia identidad, de una “alteridad” que da sentido. Esta diferencia, que por regla general se elige entre las minorías menos representadas, se convierte en un enemigo irreductible. En un contexto como el de los regímenes totalitarios del siglo XX, este papel de enemigo se adapta perfectamente al judío, débil, aislado y marginado en todo el continente europeo.

Con el nacimiento del Estado de Israel, el antisemitismo histórico de algunos movimientos de extrema derecha no ha disminuido, pero sí su utilidad política. Hoy

día la extrema derecha se desquita con los nuevos marginados, los diferentes por excelencia, que son las figuras fácilmente expulsadas de una supuesta comunidad nacional que hay que defender: los migrantes, los pobres y los representantes de minorías sexuales o religiosas. Los temas cambian, pero el patrón es siempre el mismo.

M. Permitidme entonces añadir una cuestión más: encontrándose el cambio y transformación de la extrema derecha en una especie de proceso de *modernizzazione* (Forti, 2021), ¿dónde ha quedado *Auschwitz*?, ¿cómo transmitir el sentido del Holocausto, las leyes raciales, las persecuciones y todo lo que el fascismo supo generar, obviando Auschwitz?

F. Auschwitz es, y continuará siendo, ineludible para cualquier ciudadano europeo. Auschwitz es único porque fue la fatídica aplicación de los ideales de la modernidad avanzada en el continente. Si la modernidad expresada por el imperialismo europeo se compone de ciencia, tecnología y capacidad industrial, Auschwitz, la fábrica de la muerte que aplicó las teorías fordistas a la producción de cadáveres, es el vértice terrible de esta modernidad. Cualquier extrema derecha que exalte los valores del capitalismo (pero también las izquierdas que han hecho del capitalismo un hecho inamovible de la historia) deben tomar nota de esto. Auschwitz no es ni siquiera política electoralista, es una horrenda filosofía de la ciencia, de las más aberrantes. No basta con condenar Auschwitz para librarse de su presencia, se debe analizar Auschwitz dentro del sistema de vida moderno.

C. Trump, Bolsonaro, Meloni, Le Pen, Zemmour, Putin, Salvini, Orban... la nómina es inabarcable. ¿Se pueden integrar en un concepto o en una interpretación conjunta? ¿O bien sus diferencias impiden cualquier tentativa homogeneizadora? ¿Podemos denominarlos con un término que los abarque sin negar sus divergencias?

F. Estos modelos de *sovranoismo*, al estar dedicados a un tipo específico de “soberano”, son necesariamente únicos y tienen sus propias características. Sin embargo, en mi opinión, todos tienen algo en común: precisamente que son entidades que pretenden promover sus propios intereses particulares. Son, en una palabra, movimientos egoístas. Por esta razón, solo pueden ser un breve paréntesis en el

espacio global: son lecturas del siglo XX de problemas que afectan a todo el planeta y que no podemos gestionar desde Roma o Madrid. La propia Giorgia Meloni, desde que está en el Gobierno, ha cambiado su actitud hacia la Unión Europea. El *sovranismo* puede ser una buena estrategia para vencer en las elecciones y quizá para gestionar pequeñas empresas al pie de los Cárpatos, pero no puede ser la forma de gobierno de países proyectados a escala global.

M. Yo me atrevería incluso a preguntarte: ¿pueden agruparse estos dirigentes dentro de los que se definen “fascistas” por sus postulados afines al fascismo histórico?

F. No creo que el término fascista pueda aplicarse a todas las realidades populistas o autoritarias. Sin embargo, puedo ver cómo algunos de estos movimientos dicen estar inspirados en el fascismo histórico y otros no son más que su evolución en el período democrático.

M. ¿Y qué decir del fenómeno —bien conocido en Italia y ahora traducido al español— de Diego Fusaro? ¿Es realmente el prototipo de *rossobrunismo* (rojipardismo) o sea, el modo que tiene la derecha de disfrazarse de izquierda como ha señalado recientemente Forti (2021)? ¿Qué opinas de él y de su “pensamiento” teniendo en cuenta sus guiños a grupos como Casa Pound o Vox en España?

F. Diego Fusaro es sobre todo el síntoma de que esta nueva derecha, que sale a la luz tras décadas de catacumbas, necesita desesperadamente intelectuales. Toda una nueva clase política se está formando y necesita ideas para aportar una imagen de futuro después de haber mirado al pasado durante demasiado tiempo. En la derecha, tanto en Italia como en otros lugares, veo a muchos que luchan por el papel de guía cultural o faro intelectual, siguiendo el modelo de los intelectuales comprometidos de izquierda. Pero, francamente, por el momento no me parece encontrar figuras que tengan esa capacidad de síntesis y acción.

C. ¿Hay una dinámica internacional profascista como señalan autoras como Pisanty (2022) en relación a un regreso o normalización de los discursos xenófobos? Y ¿ha alcanzado su cénit o estamos aún en la punta del iceberg del fenómeno?

F. Estoy de acuerdo con la lectura de Valentina Pisanty, pero más que una señal del avance de la xenofobia yo hablaría de su normalización. El odio al diferente siempre ha pertenecido a la extrema derecha pero ahora estamos asistiendo, en mi opinión, a una normalización del mismo. Ha habido una ruptura en el frente de la memoria pública y ahora parece que todo vale. Es normal oír a Giorgia Meloni decir, por ejemplo, que los barcos de las ONGs que rescatan migrantes en el mar deberían hundirse⁵, cuando hace unos años esta afirmación habría sido más fuertemente censurada. Esto indica, a mi modo de ver, que no se ha producido un desplazamiento hacia formas de odio a la diversidad, sino que es el odio a la diversidad lo que se ha vuelto más aceptable.

M. De tus obras se desprende la continuidad de ciertos imaginarios, narrativas e ideas heredadas del fascismo. El apoyo de estas propuestas, ¿crees que está vinculado a determinadas lecturas revisionistas del fascismo?, ¿y qué pasa con las teorías negacionistas... cuánto pueden influir en todo ello?

F. En Italia el debate histórico sobre el fascismo siempre ha sido vivo y estimulante: siempre ha habido diversas posiciones, interpretaciones y revisiones. El problema es que estos escritos a menudo no llegan a la opinión pública, que sigue estancada en una visión estereotipada, parcial e incluso falsa del fascismo. Por eso, más que a los textos históricos sobre el fascismo revisionista, yo personalmente presto atención a las “memorias revisionistas” que circulan por el país. Están desconectadas de la historia, pero ancladas a criterios de utilidad política. Si comparamos el negacionismo con el terror fascista y la responsabilidad del régimen en las guerras de agresión y exterminio europeas, ningún historiador serio en Italia niega hasta la fecha esta responsabilidad. El problema es el reduccionismo y el negacionismo generalizados en la opinión pública que, además, no son de hoy, sino que proceden del deseo de los italianos de eludir su responsabilidad en la guerra fascista después de 1945.

C. Los movimientos de extrema derecha en Europa están poniendo en cuestión la narrativa histórica hegemónica en torno al siglo XX. Tony Judt (2008) alertaba de que las sociedades europeas estaban en una “época de olvido”, pronóstico que no encaja

⁵ <https://www.open.online/2019/06/27/giorgia-meloni-la-sea-watch-va-affondata-pioggia-di-critiche-turrischi-5-anni-di-carcere-il-video/>

con los *revival* históricos que promocionan estos grupos. ¿Qué se está olvidando y qué se está recordando?

F. Más que una era de olvido, creo que esta es una era de sobreproducción de memoria. Como señala Marcelo Flores en *Cattiva memoria* (2020), en el siglo XX la memoria, tanto individual como colectiva, superó a la historia en la evaluación del pasado. Este continuo recordar individualizado ha minado para muchos la posibilidad de un relato histórico objetivo, dando la idea de que la memoria era, en su conjunto, historia. Y una historia hecha sólo de memorias contradictorias no puede ofrecer respuestas eficientes ni interpretaciones adecuadas del pasado. Así, inmersos en un mar de continas memorias contradictorias, el pasado pierde su sentido, condenándonos a un eterno presente.

Un ejemplo de este peligro en la confusión entre memoria e historia es precisamente el que rige la división entre fascistas y antifascistas en la Resistencia: cuando Luciano Violante en 1996, en su discurso en la Cámara de los Diputados⁶, habló de los *ragazzi di Salò*⁷ “con valores” y tocó la memoria de personas que habían tenido un familiar republicano, normalizando una memoria incómoda. Violante, sin embargo, olvidó explicar que aquellos “valores” por los que combatieron los *ragazzi di Salò* eran antidemocráticos, racistas, violentos y totalitarios. Sólo quedó el recuerdo de estos jóvenes, pero no el juicio sobre sus acciones, que sólo la ciencia histórica, con su perspectiva, puede dar.

M. En más de una ocasión, el jefe de la propaganda nazi Joseph Goebbels afirmó que “una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad”. Para Goebbels, al igual que para la filosofía maquiavélica, el acto de mentir debía ser analizado y evaluado más allá del prisma de la moralidad: ¿cuánto de todo esto sigue siendo actual especialmente en el ámbito político?

F. Resulta dramático decirlo, pero Goebbels conocía los mecanismos de la comunicación, aquellos que hoy dominan nuestras vidas, mucho mejor que muchos de los que hoy están en internet. Los sistemas de comunicación no cambian: las tecnologías evolucionan, los procesos de información se aceleran, pero el impacto de

⁶ http://legislature.camera.it/chiosco.asp?content=/_dati/leg13/lavori/stenografici/sed001/s100r.htm

⁷ N. del T.: Con esta expresión se refiere a los *repubblichini*, o sea, el encuadramiento militar y miliciano de los italianos que lucharon en las filas de la Repubblica Sociale Italiana o Repubblica di Salò.

la comunicación sobre los individuos sigue siendo el mismo que en los tiempos del ministro de propaganda del Reich. En este sentido, el problema no es qué es la “verdad”, sino lo que puede parecer creíble o lo que la mayoría cree que es verdad. Utilizando una frase inquietante acuñada por el expresidente Trump, no existe sólo una verdad, sino muchas, sólo hay que saber decirlas con la suficiente fuerza.

M. Hasta fechas recientes, se hablaba de la “excepción española” para señalar la debilidad de los partidos de extrema derecha, en comparación con el peso que tenían en otros países como Francia, Italia o en la Europa del Este. Con el auge electoral de Vox, se ha terminado dicha excepcionalidad. Sin embargo, a diferencia de otros partidos similares europeos, no fue el resultado de un fortalecimiento electoral de partidos de extrema derecha sino de una escisión radical del partido conservador. Esto lo situaría, siguiendo la clasificación de Traverso (2018), dentro de los movimientos posfascistas. ¿Qué similitudes y diferencias podemos encontrar entre estos procesos aparentemente divergentes?

F. Diré que, desde un punto de vista histórico, el PP, nacido de las cenizas del franquismo como Alianza Popular, ha seguido durante años lo que en los cincuenta se llamó la “doctrina Adenauer”: el canciller alemán, cuando fundó la CDU, dejó claro que no habría nada legal a la derecha de los democristianos alemanes. Una idea que implicaba no solo que los partidos neonazis serían perseguidos por la justicia, sino también que era necesario que la CDU intentara atraer una parte de los votos de la ultraderecha. Se trata de una doctrina seguida en Italia por los democristianos que, salvo algunas excepciones, participaron activamente en el marco constitucional que excluyó a los fascistas del gobierno.

Probablemente hoy, en lo que se refiere al caso español, estamos asistiendo al crecimiento de un partido que no ha tenido especial problema en recoger el legado franquista, a diferencia del PP, atrayendo los votos de los más radicales de un partido que durante mucho tiempo intentó ser visto como un partido de derechas “normal”. Ahora se verá si continúa esta rotación efectiva con el PP negándose a pactar con Vox, o si, desafiando la doctrina Adenauer, estos dos partidos de derecha se unirán para gobernar el país⁸.

⁸ La entrevista se realizó antes de las elecciones municipales y autonómicas celebradas el 28 de mayo de 2023. Tras los resultados electorales, pactos entre el PP y Vox formaron diversos gobiernos locales y regionales.

C. Igualmente, al mismo tiempo que se confiaba en dicha “excepcionalidad”, numerosos trabajos señalaban la existencia en la España democrática de un “franquismo sociológico”, es decir, la supervivencia de determinadas actitudes, ideas políticas y formas de entender el pasado forjadas durante cuarenta años por el régimen de Franco. Sin lugar a duda esa experiencia dictatorial tan prolongada dejó su huella en los paradigmas culturales de los españoles. ¿Podríamos hablar, tanto en la Italia de posguerra como intuyó Carlo Levi (2020) o Pasolini, como en la actual, de un “fascismo sociológico”?

F. No sé si esta definición, tan fuerte desde el punto de vista científico, puede aplicarse al caso español. Para Italia, más que de sociología, hablaríamos de “fascismo emocional”, es decir, de un tipo de sentimiento que lleva a una visión del mundo alejada de lo que sería un mundo deseable, es decir, el puesto en marcha en el terreno del imaginario fascista. El eslogan “primero los italianos” significa precisamente esto, un deseo de volver a un imaginario positivo, fuerte, situado en el pasado y al que apuntar. Una emoción, un deseo, más que una forma mental. Pero tiene cierto peso si se aprovecha bien electoralmente.

C. Si aceptamos la creciente espectacularización de los debates políticos, ¿los fascismos o posfascismos tienen las de ganar, en un terreno abonado para el despliegue de sus mitos, de sus formas, de sus símbolos y sus rituales (Falasca-Zamponi, 1997)?

F. Seguramente el mensaje fascista, en su primitiva simplicidad, sigue siendo extraordinariamente eficaz. Sobre todo, porque vivimos tiempos en los que, ante los retos del mundo globalizado, muchos sienten la necesidad de respuestas rápidas e inmediatas (independientemente de que sean reales o realizables). Sin embargo, y la situación italiana lo demuestra, no estamos hablando de una victoria cultural de la derecha, sino de una rendición incondicional por parte de la izquierda. Giorgia Meloni no ganó votos para la coalición de centro-derecha en las últimas elecciones; simplemente se llevó los votos que antes eran para la *Lega* y luego para Berlusconi. La derecha en Italia ganó porque muchos votantes de izquierdas no fueron a votar y no lo hicieron, según las encuestas, porque no vieron ninguna propuesta política válida

de la izquierda. La derecha, al menos en Italia, ganó gracias al espacio que le dejó la izquierda.

M. Tengo que citar nuevamente a Forti (2021), quien ha definido el fenómeno del posfascismo surgido con el siglo XXI, como “Extrema Derecha 2.0”. En su libro, demuestra que la nueva ultraderecha está basando su relato en emociones y sentimientos que no siempre coinciden con hechos y evidencias. ¿Cómo explicar esa capacidad de la extrema derecha de convencer sin ni siquiera tener que demostrar sus postulados?

F. Porque la derecha, en todo Occidente, no pretende hacer pensar, sino soñar. Propone soluciones impracticables pero atractivas (parar la migración), descarga las responsabilidades de los individuos en instancias externas y desconocidas (Europa, China, el mercado global...), apela a los miedos más concretos (no perderás tu trabajo, no estarás peor). Poco importa que esto sea realista, porque es en el espacio de los sueños donde opera este tipo de discurso. Por ello, por ejemplo, en Italia hay hoy en el poder luchadores contra el confinamiento y gente que no cree en las vacunas, separatistas padanos y nacionalistas fascistas, empresarios que evaden impuestos y empleados gubernamentales que quieren que se defiendan sus privilegios. La derecha da respuestas, no importa si son sensatas, pero las da. Es un juego bastante simple al que la izquierda no sabe o no quiere jugar, y cuyos resultados me temo que se verán con el tiempo, porque gobernar también significa poner a los electores frente a la realidad.

C. Hitler señaló en el *Mein Kampf* que «la capacidad receptiva de las masas» era «limitada y su comprensión escasa» por lo que llamaba a realizar una “propaganda eficaz” sobre “muy pocos puntos y saberlos explotar con eslóganes”. Parecen palabras de un publicista actual. ¿Heredaron las democracias de posguerra ese *modus operandi*?

F. En una palabra, diría que sí, y con una pizca de irónico orgullo patriótico, debo señalar que estas cosas se las enseñó Benito Mussolini, que las aplicó a la política antes y mejor que él.

C. El interés por la historia cada vez es mayor, hay un auténtico *boom* editorial de libros que idealizan determinados pasados en clave nacional. Zygmunt Bauman (2017) ya apuntó, con el sugerente concepto de “retrotopía”, el viraje de la dirección temporal de las utopías, dirigidas cada vez más hacia pasados idealizados que hacia futuros posibles. También podemos hablar de la generalización de la “imperio nostalgia” (Tomasoni y Rina Simón, 2021). Parece que las sociedades modernas no son capaces de dar respuestas políticas a las incertidumbres si no es volviendo a un pasado seleccionado y cribado por intensos tamices ideológicos. En Italia y en España ese pasado se ha orientado hacia nostalgias imperiales o a revisar la historia de los fascismos. ¿Qué papel puede jugar la historiografía académica en desarticular estos discursos? Hasta el momento se ha visto limitada porque estos movimientos buscan narrativas lineales y sintéticas y respuestas contundentes, no que nadie complejice o relativice procesos...

F. Sinceramente, no sabría dar una respuesta certera; estamos ante el fin del paradigma que fundó y hasta cierto punto orientó la ciencia histórica: la idea de la humanidad como un proceso continuo de desarrollo y crecimiento hacia valores cada vez más universales y compartidos. En resumen, que los nietos estarían mejor que los abuelos. Hoy, con los datos en la mano, en lo que llamamos Occidente esto ya no es así: estadísticamente, la generación “Z” vivirá menos y peor que los *Boomers* e incluso que nosotros, los *Millenials*. El futuro, para esta parte del mundo, ya no parece obvio que sea mejor que el pasado. Los historiadores deben tomar nota de esto cambiando algunos paradigmas que los han guiado hasta ahora. No será fácil, entre otras cosas, porque la historia como disciplina está cada vez más en peligro de extinción, sustituida por un lado por la cronología del *smartphone* (se puede saber lo que pasó el 27 de julio de 1214 en Bouvines con una simple búsqueda en Google) y, por otra, por el presentismo imperante que comprime la visión del pasado, pero también la del futuro.

M. En línea con la anterior pregunta: aunque la aportación de los expertos es necesaria para explicar el fenómeno del fascismo, ¿es necesario trasladar el debate también fuera de lo académico?, ¿cuánto realmente se habla en tu país de fascismo en las escuelas, en los encuentros con especialistas, en la misma didáctica?

F. Más que necesaria, la considero vital para la vida democrática del país. Como he dicho más arriba, no existe una relación directa entre la excelente investigación histórica que este país está llevando a cabo sobre el fascismo y la visión que el público tiene del fascismo. Sin embargo, en un contexto global ya no es posible pretender que sólo nos contemos los mismos viejos cuentos de hadas sobre los buenos dictadores y las víctimas inocentes. La historia, incluso en el debate público, debe ocupar por fin su lugar como posible modelo de comprensión de los fenómenos que vivimos y que influirán en el futuro. En Italia se habla poco del fascismo en las escuelas, por razones de tiempo, y mal, porque es un tema polarizante que a menudo gira en la esfera política más baja. Este país ignora su pasado para apoyarlo, como se ve ante la situación social actual.

M. No olvidemos, además, que las escuelas deberían convertirse en el principal agente de transmisión de esa información y, sobre todo, conocimiento de la historia reciente. ¿Cuánto se está haciendo al respecto? ¿No crees que debería aproximarse más el entorno escolar a lo académico o por lo menos —ya que tú eres el fundador de una⁹— a través de asociaciones específicas?

F. Poco o nada puede tener el mismo impacto en la construcción cultural de un pueblo como una escuela pública, por eso creo que debe ser nuestro punto de partida. Las asociaciones y las realidades culturales pueden desempeñar un papel importante después de la escuela, pero la educación pública sigue siendo el corazón de la construcción de una sociedad.

Desafortunadamente en Italia y, aparentemente, en general en Occidente, una lógica performativa ligada a la lógica del mercado laboral ha cambiado las prioridades de la educación pública: cada vez más, la formación se orienta a construir trabajadores capaces de interactuar eficazmente en el mundo del trabajo; cosa muy útil, pero que resta tiempo a la formación de jóvenes que también son ciudadanos y parte activa del contexto social. En este sentido, me parece que la educación histórica, al menos en Italia, está particularmente desatendida: en mi país la Historia corre el riesgo de seguir el camino de la Geografía, una asignatura fundamental, más ahora que estamos en crisis climática para comprender los espacios y su interacción con la vida humana, pero que prácticamente ya no se enseña salvo como correlato de otras asignaturas

⁹ Associazione Deina, info: <https://www.deina.it/>

humanísticas. La historia, el estudio y la comprensión del ser humano a lo largo del tiempo, como diría Bloch, queda hoy al margen de los contextos educativos, y diría que ya se empieza a ver los efectos.

C. En el siglo V antes de nuestra era, Platón señaló las debilidades del sistema democrático. Al sustentarse en la voluntad popular, ésta era libre para poder actuar en contra de los principios democráticos. Los tiranos podían convencer al pueblo de acabar con el propio sistema. ¿Tiene mecanismos la democracia para detener estos procesos sin comprometer sus valores sustanciales?

F. Platón estaba preocupado por la democracia, pero lo que tenía ante sus ojos —un grupo de poder de hombres suficientemente ricos—, ni siquiera sería democracia para nosotros. Podemos aprender de Platón que siempre y en cualquier caso debemos preocuparnos por la democracia, porque es un objeto demasiado frágil para ser descuidado. Hoy el mayor riesgo que veo para nuestra democracia es que parezca ineficaz y, por tanto, inútil. La democracia al estilo occidental sufre la competencia de la supuesta eficiencia de regímenes como el chino, comprometidos con proporcionar prosperidad a cambio de perder libertades individuales. Es tarea de todos cultivar y ampliar los espacios de libertad de la democracia, ante todo defendiéndola del riesgo de parecer obsoleta. El primero de los mecanismos de los que debe dotarse una democracia madura es el que se deriva de la famosa paradoja de la tolerancia de Karl Popper (1945): una democracia no puede ser tolerante con los intolerantes. Un buen ejemplo es el fascismo: en Italia, la disposición transitoria y final duodécima de la Constitución establece que el fascismo es un delito, no una opinión¹⁰. Esto significa que en Italia quien expresa ideas fascistas no hace uso de la libertad de opinión garantizada en todas las democracias, sino que comete un delito, y como delincuente debe ser perseguido. Esta disposición no limita, como han argumentado algunos en la derecha, la libertad de opinión, sino que aclara cuáles son los valores, y con ellos los límites, de la libertad de todos.

C. En el capítulo VIII de *La República o el Estado*, Platón (2010) hace dialogar a Sócrates con Glaucón y Adimanto sobre los diferentes e “imperfectos” sistemas políticos. La democracia sería una respuesta a la oligarquía, que gobernaba a la

¹⁰ <https://www.senato.it/istituzione/la-costituzione/disposizioni-transitorie-e-finali/xii>

población bajo el egoísmo de los intereses particulares de las élites. La democracia abriría un período de libertades en el que cada ciudadano tendría la oportunidad de defender sus ideas. Surgen entonces los demagogos, que pretende imponer un régimen despótico obteniendo el beneplácito del pueblo. Se apoyan en los mecanismos democráticos para extender sus ideas. Una vez en el gobierno, se alían con los grupos oligárquicos y promueven guerras contra otros estados para mantener las energías de la población focalizadas en el conflicto. La democracia sería sustituida por la tiranía. Salvando los anacronismos y los matices, a grandes rasgos parece un esquema de los sistemas políticos en la edad contemporánea. “¿La historia rima?”.

F. Sí, la historia rima, aunque solo sea porque siempre es interpretada por los mismos sujetos, es decir, los seres humanos, que ante situaciones similares tienden a comportarse de forma similar.

Pero lo bonito de la historia es que no se escribe hasta que sucede, y por eso también desconfiaría de quienes ven analogías automáticas en ciertos hechos. El sistema democrático hoy día tiene la posibilidad de diferenciarse de sus derivados, siempre que quiera hacerlo. Como ya se ha dicho, el problema de la democracia occidental es que se considere inadecuada o ineficaz para afrontar los retos del mundo global. Debemos aprender la lección platónica precisamente para evitar el automatismo descrito por el filósofo. En Occidente se da por sentado que el modelo democrático es el mejor de los mundos posibles, hasta el punto de que algunos incluso hablaron del “fin de la historia” (Fukuyama, 1992) cuando el mundo comunista se derrumbó. El mayor riesgo para la democracia es el de ser obvia para aquellos que se benefician de ella. Algunos síntomas son ya evidentes: mientras en algunas partes del mundo se sigue luchando por el derecho al voto, en los países con democracias maduras un porcentaje de casi la mitad de los que tienen derecho a voto ni siquiera consideran necesario votar. El riesgo de la democracia hoy no es la tiranía, sino el olvido y la irrelevancia.

M. En 1959 Adorno (1984, pp. 97-98) planteaba que “la pervivencia del nazismo en la democracia” era más peligrosa que las “tendencias fascistas dirigidas contra la democracia”. ¿Este es el punto en el que se encuentra hoy Europa?

F. Creo que hay dos maneras de hablar del mismo problema: la agotadora actividad de mantener en equilibrio el contexto democrático. Desde la historia es necesario afrontar el tema, culturalmente espinoso, de que los dos totalitarismos de derechas más importantes del siglo XX en Europa nacieron en contextos que en la época denominaríamos democráticos. Fue la frágil democracia liberal italiana la que acogió con satisfacción el nacimiento del fascismo de Mussolini, del mismo modo que fue la República de Weimar la que permitió a Hitler tomar el poder. Sin embargo, otros países, a pesar de tener impulsos en la misma dirección, no desarrollaron este giro autoritario. Por lo tanto, desde mi punto de vista, se trata siempre de tener presente que es en el seno de la democracia donde se juega el gran partido de la construcción de una sociedad sólida y plural y que en ella podemos encontrar siempre los medios para una eventual restricción de las libertades personales e igualmente los medios para la más amplia aplicación posible de los derechos en los que se basa la propia democracia.

C. Giorgia Meloni, en los primeros compases de su mandato, parece que ha atemperado sus posicionamientos ideológicos, declarándose europeísta, participando en la cumbre del clima o apoyando a Ucrania ante la invasión rusa. ¿Las instituciones democráticas internacionales tienen la capacidad de moderar estos movimientos cuando llegan al poder?

F. Digamos de manera más prosaica que la Primera Ministra ha dado una lección de realidad: mientras se está en la oposición, es mucho más fácil aportar soluciones drásticas o poco realistas (recuerdo a una Giorgia Meloni fuertemente atraída hace unos años por la idea de un posible *Italexit*). Sin embargo, cuando llega a dirigir la tercera economía de la UE, uno de los países fundadores de la construcción europea, es probable que su perspectiva cambie, su capacidad de maniobra y también sus políticas. Giorgia Meloni dio un giro igualmente contundente respecto al posicionamiento proatlántico de Italia: ahora Meloni es uno de los socios más fiables de la Alianza Atlántica, a pesar de haber crecido políticamente en un partido que definió la presencia estadounidense en Italia posterior a 1945 como una ocupación.

Las estructuras supranacionales ciertamente tienen un peso a la hora de moderar la acción de los gobiernos nacionales, sean del color que sean, pero el contexto internacional en el que nos movemos puede hacer aún más: en este caso,

quizá el tiempo sea un aliado útil para quienes pretenden poner de manifiesto las contradicciones de una propuesta gubernamental, la *sovránista*, que de momento no parece capacitada para aportar soluciones que vayan más allá de los eslóganes.

M. En tu opinión, el *sovránismo italiano*, o sea, esa amalgama de partidos y movimientos de lo que Eric Gobetti (2023) llama «*il risorgente nazionalismo italico*», ahora asentado en el Gobierno de Italia, ¿está poniendo en práctica su voluntad de acabar con determinados preceptos democráticos?, ¿o se ha tratado de un simple *bluff* propio de la última campaña electoral?

F. No creo que la actual coalición de gobierno en Italia tenga claros impulsos antidemocráticos, salvo en algunos pequeños grupos extremistas. Sin embargo, sí creo que este ejecutivo y la mayoría que lo apoya tienen una idea precisa de la sociedad, que no es en absoluto la sociedad abierta de derechos a la que, al menos de palabra, estamos habituados. La idea de fondo que parece guiar a este gobierno, al menos en sus inicios, es la imagen de una sociedad en la que hay una parte de la población que tiene más derechos que los demás: a esta parte se la llama, casi obsesivamente, la “nación”. Las minorías —que son una realidad en el país— no parecen pertenecer a esta nación: personas LGBTQ+, migrantes, minorías religiosas, ciudadanos todos que sin embargo no están entre los intereses del actual gobierno, que efectivamente en sus primeras acciones legisló contra ellas. No creo que haya impulsos antidemocráticos en este gobierno, pero la democracia que propone en este momento se parece mucho más a un club exclusivo, donde se entra por invitación, que a un lugar desde el que construir una sociedad. Una democracia plena solo para determinados grupos, no para todos. Una democracia que, pensándolo bien, no es tal.

M. En épocas de post-pandemia, seguimos observando cómo el fascismo, o por lo menos la palabra *fascismo*, se ha colado en las tertulias televisivas o incluso en los debates políticos. Las medidas anti-covid han sido tachadas por algunos opinadores y periodistas negacionistas y por un cierto sector de la población como una imposición en nombre de la seguridad (Loff et al., 2022) digna del periodo fascista. ¿Qué opinas al respecto? ¿Es este uso de la palabra fascismo una mera banalización del término o hay algo más?

F. No lo definiría como una banalización, sino como una apropiación indebida. La palabra fascismo ha identificado y sigue identificando actos políticos precisos que condujeron históricamente a la instauración de regímenes autoritarios y luego totalitarios. El uso de esta palabra en las redes sociales y tertulias cotidianas corre ciertamente el riesgo de degradarla, pero no soy de los que pretenden limitarla a un uso histórico que se detendría, en Italia, en 1945. El abuso de este término no debe llevarnos a pensar que sea impropio utilizarlo en general. Hoy, desafortunadamente, se está asistiendo a involuciones fascistas o de tipo fascista en muchas áreas de la vida pública occidental: el culto al líder; la oposición nosotros/vosotros que convierte al adversario en enemigo; o la dictadura de la mayoría que priva de voz y cuestiona la posible disidencia. En estos casos hay que utilizar la palabra fascismo porque es la correcta en términos filológicos. La atención a las palabras es un rasgo fundamental de las sociedades actuales y el uso de determinados términos no debe banalizarse. Hay quien dice que algunas personas ven “fascistas por todas partes” e invitan a dejar de usarla; no creo que la solución sea prohibir el uso de la palabra, creo que la solución es especificar cada vez más lo que fue y puede seguir siguiendo el fascismo.

C. Contaba Lion Feuchtwanger en su novela *Los hermanos Opperman* (1933) lo tarde que la población alemana, y la judía en específico, se dio cuenta de los peligros del nazismo y su dimensión genocida: “Lo que había aprendido de la historia es que era asombroso que los amenazados en cada momento pensaran en ponerse a salvo demasiado tarde”. ¿Estamos dándonos cuenta tarde de algo?

F. Es una pregunta compleja, tanto para ti que la haces como para mí que he sido llamado a responderla, porque en este contexto, por utilizar una metáfora, ni tu ni yo somos los “judíos” de este contexto público. Soy un hombre blanco europeo que se ajusta a todos los clichés de la mayoría. Somos “la norma”. Por eso es aún más difícil tanto para mí como para quienes son como yo detectar señales de un desplazamiento del contexto democrático. Yo, nosotros, al igual que los “buenos ciudadanos alemanes” entrevistados después de la guerra por Walter Kempowski (2015), podemos ver los signos de lo que está sucediendo, pero no podremos captarlo plenamente a menos que prestemos atención a aquellos que ya están en proceso de ser excluidos del contexto público y de nuestra idea de sociedad. Llevo más de diez años acompañando a chicas y chicos de toda Europa a lugares del horror del siglo

XX, como Auschwitz. Más de 20.000 personas de las cuales una pequeña parte podrían, por las más variadas razones, identificarse con las víctimas de aquella monstruosidad: minorías étnicas, religiosas, sexuales y discapacitados son un porcentaje muy pequeño de las masas de personas que visitan Auschwitz cada año. La inmensa mayoría de las personas a las que hoy aflige este pedazo de historia no habrían sido enviadas al campo de exterminio. De hecho, algunos, tal vez, habrían estado al otro lado de la alambrada. La memoria pública que debemos construir sobre la base de la historia no sólo debe estar al servicio de las posibles víctimas, sino que debe dirigirse ante todo a los posibles verdugos y a esa multitud, a menudo silenciosa, que a lo largo de la historia ha sido muchas veces testigo sin actuar. Un compromiso colectivo que realmente podría, por una vez, cambiar la historia.

REFERENCIAS

- Adorno, T. W. (1984). *Modèles critiques*. Payot.
- Albanese, M. y Del Hierro, P. (2018). *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network*. Bloomsbury Publishing.
- Anderson, B. (2016). *Comunità immaginate. Origini e fortuna dei nazionalismi*. Laterza. (Ed. or. 1983).
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Paidós.
- Bernhard, P. y Klinkhammer, L. (ed.) (2017). *L'uomo nuovo del fascismo. La costruzione di un progetto totalitario*. Viella.
- Canfora, L. (2003). *Crítica de la retórica democrática*. Crítica.
- Canfora, L. (2004). *La democracia. Historia de una ideología*. Crítica.
- Canfora, L. (2008). *Exportar la libertad. El mito que ha fracasado*. Ariel.
- Cavazza, S. (2003). *Piccole patriae: festa popolari tra regione e nazione durante il fascismo*. Il Mulino.
- Collotti, E. (2000). Fascismo, fascismo. En E. Collotti (a cura di), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*. Laterza.
- De Felice, R. (1970). *Le interpretazioni del fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1974). *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Vol. I. Einaudi.
- De Felice, R. (1975). *Intervista sul fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1978). *Autobiografia del Fascismo : antologia di testi fascisti, 1919-1945*. Minerva.
- De Felice, R. (1981). *Mussolini il duce. Lo stato totalitario (1936-1940)*. Vol. II. Einaudi.

- De Felice, R. (2001). *Breve storia del fascismo*. Mondadori.
- De Luna, G. (2022). *Fascismo e storia d'Italia. A un secolo dalla marcia su Roma. Temi, narrazioni, fonti*. Feltrinelli.
- Dogliani, P. (2016). *Il fascismo degli Italiani. Una storia sociale*. Utet.
- Eco, U. (2017). *Il fascismo eterno*. La nave di Teseo.
- Eco, U. (2018). *Contra el fascismo*. Lumen.
- Falasca-Zamponi, S. (1997). *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2017). *From Fascisms to Populism in history*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2020). *A Brief History of Fascist Lies.*, University of California Press.
- Filippi, F. (2020). *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*. Bollati Boringhieri.
- Filippi, F. (2021). *Prima gli italiani! (sì, ma quali?)*. Laterza.
- Filippi, F. (2023). *Mussolini también hizo cosas buenas... Las idioteces que siguen circulando sobre el fascismo*. Prometeo Editorial. (Original italiano: *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo*. Bollati Boringhieri, 2019).
- Flores, M. (2020). *Cattiva memoria*. Il Mulino.
- Forti, S. (2021). *Extrema Derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of the History and the Last Man*. Free Press.
- Gallego, F. (2006). *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*. Síntesis.
- Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista: La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Crítica.
- Gentile, E. (2002). *Fascismo. Historia e interpretación*. Alianza.
- Gentile, E. (2005). *Les religions de la politique. Entre démocraties et totalitarismes*. Seuil.
- Gentile, E. (2007). *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia Fascista*. Siglo XXI.
- Gentile, E. (2018). *La mentira del Pueblo soberano en la democracia*. Alianza.
- Gentile, E. (2019). *Chi è fascista?* Laterza. (Ed. esp. *Quién es fascista*. Alianza).
- Gobetti, E. (2023). *E allora le foibe?* Laterza.
- Greppi, C. (2020a). *L'antifascismo non serve più a niente*. Laterza.

- Greppi, C. (2020b). *La storia ci salverà. Una dichiarazione d'amore*. Utet.
- Greppi, C. (2021). *Il buon tedesco*. Laterza.
- Griffin, R. (2010). *Fascismo y modernismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*. Akal.
- Guisado, D. V. y Bordel, J. (2021). *Salvini & Meloni. Cómo la derecha radical conquistó la política italiana*. Edicions i propostes Culturals.
- Habermas, J. (1999). *La constellation postnazionale*. Feltrinelli.
- Hametz, M. F. (2012). *In the Name of Italy: Nation, Family, and Patriotism in a Fascist Court*. Fordham University Press.
- Judt, T. (2008). *Sobre el olvidado siglo XX*. Taurus.
- Kempowski, W. (2015). *Lei ha mai visto Hitler?* Sellerio.
- Levi, C. (2005). *Cristo se detuvo en Éboli*. Gadir.
- Levi, C. (2020). *Miedo a la libertad*. Altamarea.
- Loff, M.; Vieira, T. y Guerra, F. (2022). O "Novo Normal". *Securitização, Precariedade e (Des)Integração Europeia em Tempos de pandemia*. Página a Páginas.
- Pansa, G. (2003). *Il sangue dei vinti*. Sperling & Kupfer.
- Pisanty, V. (2022). *Los guardianes de la memoria. El retorno de las derechas xenófobas*. PUV.
- Platón (2010). *La República o el Estado*. Espasa Calpe.
- Popper, K. (1945). *The Open Society and its Enemies*. George Routledge & Sons.
- Rochat, G. (2008). *Le guerre italiane 1935-1943. Dall'impero d'Etiopia alla disfatta*. Einaudi.
- Rodrigo, J. y Fuentes, M. (2022). *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Deusto.
- Sabatucci, G. (2007). *Storia contemporanea. Il Novecento*. Laterza.
- Salvemini, G. (1966). *Le origini del fascismo in Italia. Lezioni di Harvard*. Feltrinelli.
- Sidera, A. (2020). *Feixisme persistent. Radiografia de la Itàlia de Matteo Salvini*. Saldonar.
- Straehle, E. (2022). Fascismo. ¿La llama sigue ardiendo? *Nueva Sociedad*, 302. <https://nuso.org/articulo/302-fascismo/#footnote-7>
- Tomasoni, M. y Rina Simón, C. (2021). Ecos imperiales: diálogos sobre la *imperio nostalgia*. *Jerónimo Zurita*, 9, 11-33.
- Traverso, E. (2002). *Totalitarismo, storia di un dibattito*. Ombre Corte.

- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2016). Espectros del fascismo. Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI. *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 50, 4-20.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.

Dado que el texto original de la entrevista al historiador Francesco Filippi está en italiano, este artículo aparece publicado en italiano a continuación en este mismo número 7 de *Con-Ciencia Social*. La traducción del italiano al castellano ha sido realizada por los autores de la entrevista: César Rina Simón y Matteo Tomasoni.

Un passato che non passa. Persistenze e mutazioni del fascismo: dialogando con lo storico Francesco Filippi

The Past That Does Not Pass. Persistence and mutations of fascism: a conversation with the historian Francesco Filippi

Matteo Tomasoni

Universidad de Salamanca

Diacronie – Studi di Storia Contemporanea

matteo.tomasoni82@gmail.com

César Rina Simón

Universidad Nacional de Educación a Distancia

cesarrina@geo.uned.es

Recibido en junio de 2023

Aceptado en octubre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28400

RIASSUNTO

Intervista a Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale “Deina”), autore di importanti pubblicazioni per comprendere le persistenze e le mutazioni del fascismo, ad ormai cent’anni dalla sua fondazione: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) e *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), editato in spagnolo dalla Editorial Prometeo nel 2023.

Palabras clave: fascismo, memoria, populismo, discorso politico, mass media.

ABSTRACT

Interview with Francesco Filippi (Associazione di Promozione Sociale Deina), author of referential works that help to understand the persistence and mutations of fascism one hundred years after the Mussolini's takeover: *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Bollati Boringhieri, 2020) and *Mussolini has fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo* (Bollati Boringhieri, 2019), edited in Spanish by Editorial Prometeo in 2023.

Keywords: fascism, memory, populism, political speech, media.

Referencia

Tomasoni, M. e Rina Simón, C. (2024). Un passato che non passa. Persistenze e mutazioni del fascismo: dialogando con lo storico Francesco Filippi *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 125-162. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28400

La commemorazione del centenario della marcia su Roma, evento che segnò l'arrivo del fascismo al potere in Italia, è coinciso con la vittoria elettorale di un partito di estrema destra, la cui leader, Giorgia Meloni, aveva militato durante la sua gioventù in movimenti comunemente definiti come “nostalgici” del fascismo: Azione Studentesca e il Fronte della Gioventù¹. In questi ultimi decenni, si è verificata una trasformazione radicale delle forme di fare politica a livello planetario. Diversi eventi congiunturali —la crisi finanziaria, la pandemia COVID-19, la crisi migratoria, l'invasione dell'Ucraina ed ora, la guerra a Gaza— hanno contribuito a diffondere una profonda incertezza a livello globale, collocandoci in un nuovo periodo di crisi che si sta sviluppando all'interno delle democrazie parlamentari e che contribuisce a diffondere discorsi estremisti, autoritari o comunque vicini ai fascismi storici, o almeno ad alcune delle loro rappresentazioni più simboliche (Albanese e Del Hierro, 2018). Oltre a tutti questi elementi, potremmo anche aggiungere la diffusione di una rivoluzione antropologica favorita dall'ampio e continuo utilizzo di internet e dei social media; quest'ultimi, sono infatti diventati veri e propri amplificatori di ogni genere di retorica, compresa quella fascista, favorendo una rivoluzione (appunto quella antropologica) che il fascismo cercò di diffondere con i mezzi a sua disposizione e che oggi continua ad essere un evidente oggetto di ricerca (Bernhard e Klinkhammer, 2017). Nel web, l'informazione si presenta senza meccanismi intellettuali per discernere la verità dalla menzogna, generando un pregiudizio che favorisce la diffusione di *fake news* e la spettacolarizzazione dei dibattiti —soprattutto quelli mediatici— stimolando anche proposte di carattere ideologico. Walter Benjamin ci aveva d'altronde già avvertiti nel suo *L'opera d'arte nell'epoca della sua riproducibilità tecnica*, scritto quasi un secolo fa, dichiarando che il fascismo aveva favorito un'estetizzazione della politica, trasformandola in un'esperienza estetica attraverso le emozioni. Non è quindi un caso che al giorno d'oggi, abbiamo finito per considerare come un rischio comune per i sistemi democratici la prevalenza dell'elemento emotivo su quello razionale.

La storiografia si è da tempo divisa non tanto sulla questione dei profili ideologici di questi movimenti, ma significativamente su come denominarli e affrontarli da

¹ Si veda: Clarida Salvatori e Laura Martellini, “Giorgia Meloni, dal Fronte della Gioventù al trionfo alle elezioni: le tappe della carriera”, *Corriere della Sera*, 28/09/2022, URL: https://roma.corriere.it/cronaca/cards/giorgia-meloni-fronte-gioventu-trionfo-elezioni-tappe-carriera/militanza-giovanile-fdg-azione-studentesca_principale.shtml [consultato il 20 gennaio 2023].

posizioni democratiche, dove la difesa delle libertà entra in conflitto con la proliferazione di eventuali discorsi antidemocratici. Riguardo alla terminologia, si susseguono dibattiti intricati su come nominare la cosa: se fascismo, post-fascismo oppure neofascismo. Quasi tutte queste proposte sono infatti basate su concetti teorici ben formulati e trovano differenze nella dimensione poliedrica di questi movimenti. Il termine “fascismo” sembra aver superato la concettualizzazione di un regime assegnato a un tempo e uno spazio specifico, anche se autori come Traverso (2018), Gentile (2018) o Rodrigo e Fuentes (2022) sostengono che non convenga comunque utilizzare questo termine —cioè, appunto, “fascismo”— a causa delle sostanziali differenze dei processi che l’hanno contraddistinto, ma anche perché l’uso indiscriminato del termine per screditare l’avversario politico o per incoraggiare la mobilitazione in situazioni eccezionali, potrebbe implicare la banalizzazione del fenomeno “fascista”. Questo implicherebbe la perdita di un chiaro punto di riferimento nel caso —ipotetico— in cui il “vero” fascismo assumesse il potere. Tutti questi autori sostengono inoltre che il termine fascismo dovrebbe rimanere circoscritto a determinati regimi politici, e che quindi non deve essere utilizzato come aggettivo denigratorio. Eppure, a causa della sua diffusione su scala planetaria, il fascismo ha ricevuto molteplici nomi: secondo Forti (2021) ci troveremmo di fronte a una “estrema destra 2.0”; per Guisado e Bordel (2021) si tratta della “destra radicale”; mentre per Finchelstein (2017) ci riferiamo a forme di “neofascismo”; infine, ricordiamo che per Traverso (2018) e Sidera (2020) l’appellativo più adatto sarebbe quello di “post-fascismo”.

Il dibattito è quindi aperto, poiché non c’è dubbio che la capacità manipolatrice del fascismo non è scomparsa a partire dal 1945 (Straehle, 2022). Allo stesso modo, la banalizzazione del termine non è esclusiva, poiché altri come “libertà” (Canfora, 2008), “democrazia” (Canfora 2004; 2003) o “popolo” (Gentile, 2018) sono altrettanto sottoposti a strumentalizzazioni di tipo politico. Si possono stabilire analogie — attraverso il dibattito scientifico e comunque non con risposte univoche— tra la crisi delle democrazie parlamentari nel periodo tra le due guerre mondiali e quello attuale.

Oggi ci troviamo di fronte a una brutalizzazione della politica, revisionismi storiografici che addolciscono o rivendicano le dittature, battaglie culturali, nostalgie del fascismo, radicalizzazione delle posizioni nazionali —ancora deterministe, razziste ed esistenzialiste—, avanzamento elettorale o addirittura la vittoria politica di partiti che si definiscono eredi del fascismo... potremmo aggiungere: “La storia non si ripete

ma fa rima”, come affermò Mark Twain. Per cercare di comprendere queste e tante altre questioni che provengono proprio dal dibattito storiografico, abbiamo avuto l’opportunità di intervistare lo storico Francesco Filippi. Un autore le cui opere hanno generato una particolare attenzione sulle continuità degli elementi fascisti o fascistizzanti nella società italiana, e le cui conclusioni sono applicabili, per certi versi, anche al caso spagnolo. Tutto ciò, tenendo ben presente che, quando facciamo riferimento alla storia recente della Spagna, ci riferiamo ad un contesto in cui la democrazia è stata costruita con i limiti imposti da una dittatura che ha governato il paese durante quarant’anni, caratterizzati dalla imposizione di un’educazione e sentimento identitario di stampo nazional-cattolico (Gallego, 2014; 2006).

Il caso italiano, ben strutturato nel testo *Ma perché siamo ancora fascisti?* (Filippi 2020), propone una riflessione basata su due pilastri fondamentali: il problema della successione al regime fascista dell’Italia repubblicana durante gli anni del dopoguerra, e la questione della difficile eredità ideologica caratterizzata dal dibattito sulla contestualizzazione e, in alcuni casi, dalla nostalgia nei confronti del fascismo. Al riguardo, potremmo dire che il lavoro di Filippi non giunge in un momento qualsiasi: come abbiamo già indicato poco fa, l’Italia è caratterizzata da tempo da una complessa trama politica, in cui l’ascesa dell’estrema destra —con evidenti accenti nostalgici— è all’ordine del giorno². Tuttavia, l’autore non orienta strettamente i suoi interessi verso l’attualità politica o l’emergere di movimenti affini al fascismo, ma cerca piuttosto di proporre al lettore un’analisi dettagliata del dibattito pubblico sorto dopo la fine del cosiddetto “fascismo storico” (Gentile, 2007; De Felice, 2001; Salvemini, 1966; Dogliani, 2016; De Luna, 2022). L’obiettivo è quello di avvicinarsi alle forme e ai metodi con cui lo Stato italiano ha cercato, durante i primi anni della Repubblica, di fare i conti con il proprio passato, senza però trovare il modo di penalizzare o eradicare il fascismo dalle istituzioni o dalla politica attiva. Eppure, la persistenza di questa ideologia e la sua capacità di adattarsi ai tempi moderni ha fatto sì che essa si sia potuta preservare all’interno di una società riemmersa dalle ceneri della Seconda Guerra Mondiale. Per decenni, gli studiosi hanno cercato di comprendere e analizzare questo fenomeno politico con obiettività, allontanandosi da *cliché* o luoghi comuni che, non dimentichiamolo, caratterizzarono anche quel regime (Finchelstein, 2020). Tuttavia, è

² Si vedano le accuse mosse dalla stampa italiana al senatore Ignazio La Russa (partito Fratelli d’Italia) per le sue note simpatie verso la figura di Mussolini: Annalisa Girardi, “Ignazio La Russa dice che non butterà mai via i busti di Mussolini che tiene in casa”, *Fanpage*, 8/02/2023, URL: <https://www.fanpage.it/politica/ignazio-la-russa-dice-che-non-buttera-mai-via-i-busti-di-mussolini-che-tiene-in-casa/> [consultado el 25/02/2023].

stato impossibile ignorare queste informazioni poiché la cultura di massa emersa nel dopoguerra ha finito per banalizzarle —utilizzando una nota espressione *arendtiana*— il fascismo, dirottando l'attenzione degli italiani verso quei miti che sono perdurati fino ai nostri giorni: “il buon italiano” (Filippi, 2023) in contrapposizione “al cattivo tedesco”, o la celebre espressione “mancò la fortuna, ma non il valore”. Questi ultimi, sono chiari esempi che dimostrano come la società di questo paese sia stata incapace di fare i “conti con il proprio passato”, preferendo quindi evitare la responsabilità (e forse anche la necessità) di riflettere su tutto ciò.

Nel corso degli ultimi decenni, la storiografia italiana ha ripreso in mano la “questione del fascismo” con rinnovato interesse. Autori come Renzo de Felice (2001; 1981; 1978; 1975; 1974), Emilio Gentile (2007; 2002), Giovanni Sabatucci (2007), Giorgio Rochat (2008) ed Enzo Traverso (2012), fra gli altri, hanno contribuito con le loro riflessioni a una conoscenza più approfondita e indubbiamente contestualizzata del fascismo come fenomeno politico e sociale. Inoltre, anche le generazioni più o meno giovani stanno svolgendo un ruolo determinante nel fornire nuove interpretazioni; va comunque sottolineato che esse stanno contribuendo alla creazione di una memoria condivisa, il cui obiettivo è proprio quello di far riflettere. Ci riferiamo alle proposte di storici come Francesco Filippi, autore anche di *Mussolini ha fatto anche cose buone* (2019, ora tradotto in spagnolo dalla casa editrice Prometeo, con il titolo *Mussolini también hizo cosas buenas. Las idioteces que siguen circulando sobre el fascismo*, 2023), dove smonta, uno per uno, tutti i miti che perdurano sulla figura del Duce o sulle presunte eredità di ordine, benessere e disciplina lasciate dal regime fascista. Ma non possiamo dimenticare anche il contributo di Carlo Greppi sull'importante tematica dell'antifascismo, iniziando con *Il buon tedesco* (2021), che riflette sul fenomeno della resistenza tra le file dei soldati tedeschi e austriaci in Italia durante la Seconda Guerra Mondiale; e poi, il volume *L'antifascismo non serve più a niente* (2020a), da cui si estrae un chiaro e nitido appello affinché i valori dell'antifascismo —nodo centrale della Costituzione italiana del 1946— non decadano nell'abbandono, sempre più esposti alla pericolosissima “normalizzazione” della retorica fascista. Continuando con questa breve rassegna storiografica, crediamo sia necessario ricordare anche Eric Gobetti, autore de *E allora le foibe?* (2020), un testo che esplora una delle pagine più oscure della storia italiana, ancora oggi tema-simbolo dell'acceso dibattito tra fascismo, antifascismo ed eredità storica. Si tratta, quindi, di differenti autori e opere diverse tra di loro che, nonostante tutto, difendono uno stesso

obiettivo: discutere, riflettere, interpretare e contestualizzare la storia recente di questo paese, l'Italia, nella consapevolezza di trovarci di fronte ad un argomento centrale del nostro passato più recente. In fin dei conti, come ci ricorda proprio Carlo Greppi (2020b, p. 10):

la storia è quello che vediamo se guardiamo indietro [...] e quello che vediamo dipende innanzitutto da quello che è emerso. Ma quando lo facciamo è per capire se dal passato a noi vicino o lontano possiamo trarre degli insegnamenti, se grazie a quel passato possiamo diventare persone migliori, presenti a se stesse e al mondo. Dipende tutto da come vogliamo farlo: è questo “come” a rendere la storia un qualcosa su cui vale la pena spendere il nostro tempo, le nostre energie.

Matteo Tomasoni (M). Cosa sopravvive ancora oggi del fascismo e di Mussolini? Perché, quando si parla di politica, emerge —sempre o quasi sempre— la parola “fascismo”?

Francesco Filippi (F). Quando si parla del rapporto tra Italia attuale e fascismo dobbiamo partire da un presupposto molto importante ma che spesso viene tralasciato: l'Italia, come Nazione, fin dalla sua nascita nel 1861 è stata un enorme laboratorio di identità. Per più di un secolo e mezzo gli italiani sono stati sottoposti alla costruzione di quella che Benedict Anderson (2016) definisce «comunità immaginata». In questo enorme esperimento sociale il fascismo è stato l'ultimo grande tentativo corale di raccontare gli italiani nel proprio complesso. Dopo il 1945, col prevalere dei temi dell'occidente e la contrapposizione tra “bianchi” e “rossi” a livello non solo politico ma sociale, non abbiamo più avuto racconti realmente unificanti per il paese. Oggi quindi se in Italia si vuole affrontare il tema dell'identità del Paese si è per forza costretti a confrontarsi con tutto un vocabolario semantico forgiato durante il fascismo. In italiano oggi parole come *Patria*, *Nazione*, *Popolo*, o vocaboli che in altre realtà sono collegati alle virtù nazionali come *Onore*, *Coraggio*, *Cameratismo*, portano con sé una storia che è quella delle camicie nere mussoliniane e del loro tragico epilogo. Oggi l'Italia come società utilizza per descriversi degli schemi interpretativi che la costringono a confrontarsi costantemente col proprio passato fascista, anche involontariamente. Ecco perché oggi se un politico italiano consegue un discreto successo elettorale e ha un qualche tipo di carisma ad esempio viene paragonato automaticamente a Mussolini: è accaduto a Bettino Craxi, a Silvio Berlusconi e sta

accadendo, ovviamente, con Giorgia Meloni. Fino a quando per descriverci come Paese utilizzeremo delle categorie inventate o plasmate dal fascismo, noi italiani non potremo fare a meno di ritrovarci tra i piedi questa memoria mal digerita.

César Rina Simón (C). Stando alle tue ricerche, come si potrebbe definire ciò che consideriamo come la memoria del fascismo?

F. La memoria del fascismo in Italia si divide in tre grandi filoni pubblici, che hanno dimensioni e anche influenze diverse nella costruzione dell'immaginario pubblico del Paese. Il primo è quello dei nostalgici del regime, quelli che vanno a Predappio, sulla tomba del duce, travestiti da camicie nere e fanno il saluto romano. Questo tipo di memoria è decisamente residuale: sono pochi, e per lo più in là con l'età, quelli che ancora oggi fanno del fascismo una sorta di *cosplay* in cui, lontano da ogni realtà storica, si esalta il fascismo come il migliore dei mondi possibili.

Il secondo tipo di memoria che negli ultimi decenni ha preso sempre più piede a destra ma ha anche cominciato a diffondersi nel resto della società è un tipo di memoria revisionista che tende ad esaltare i punti positivi del regime di Mussolini, tentando di normalizzare la memoria del totalitarismo fascista. Si tratta della memoria delle "cose buone" a cui ho dedicato uno dei miei libri e che ha una funzione balsamica nei confronti del passato. Seguendo l'idea che gli italiani, comunque, nel corso della storia, siano stati soprattutto *brava gente*, sono sempre di più le persone disposte a credere che il fascismo non sia stato un vero e proprio regime come quello hitleriano o staliniano, ma una sorta di parentesi necessaria in un momento complesso della nostra storia. Questo tipo di memoria, inoltre, ha connotazioni fortemente politicizzate: in molti casi, come ad esempio quello della memoria delle foibe di cui si è occupato l'amico e collega Eric Gobetti, non si tratta solo di esaltare gli italiani come «buoni», ma di bollare il nemico di sempre, i comunisti, come «cattivi». Questa memoria è quella maggiormente evocata ed esaltata dall'attuale compagine di governo e da una parte delle nuove istituzioni. Penso al presidente del Senato Ignazio Benito (*sic!*) Maria La Russa che nel suo discorso di insediamento ha parlato di una necessità di *pacificazione nazionale*, che però passa dal ricordo dei crimini comunisti. Più che di pacificazione, mettendo tutto insieme in un grande calderone, si potrebbe parlare di *parificazione*³.

³ <https://www.senato.it/presidente/discorsi/discorso-di-insediamento> .

infine c'è una terza memoria, largamente maggioritaria nel Paese, ed è quella che drammaticamente si potrebbe definire «memoria assente», vale a dire una memoria collettiva basata sulla latitanza istituzionale nei riguardi dei momenti di memoria pubblica dell'Italia. Dopo la fine della Prima Repubblica, cioè a partire dagli anni Novanta del secolo scorso, con il tramonto dei partiti che fecero la Resistenza tramontò anche il rituale pubblico che identificava la democrazia italiana come prodotto della lotta di Liberazione e sua naturale conseguenza. Approfittando del clima postideologico dato dalla caduta del Muro di Berlino, mentre una parte consistente della sinistra italiana metteva in revisione i propri valori costitutivi per cercare di storicizzare l'eredità del Partito Comunista Italiano, il più grande dell'Occidente, l'estrema destra usciva dall'ombra in cui era stata relegata per quarant'anni e si prendeva degli spazi di racconto pubblico. Non appena gli esponenti della destra arrivavano al potere era sempre più difficile declinare in modo unitario momenti come ad esempio il 25 aprile, festa nazionale che ricorda la liberazione dell'Italia dal nazifascismo e la fine della seconda guerra mondiale. A causa delle polemiche politiche questo tipo di date divennero date «divisive» all'interno del panorama della memoria pubblica e a livello istituzionale si preferì sempre più spesso fare a meno di celebrarle degnamente. Oggi l'Italia è un Paese che non produce, se non a sprazzi, momenti di memoria pubblica in cui l'opinione pubblica possa riconoscersi nel proprio complesso, e questo sta provocando una sostanziale disaffezione, da parte della grande maggioranza della popolazione, per i temi della memoria e in generale per il passato del Paese. Essendo complesso trattare il passato, sempre più persone preferiscono semplicemente non parlarne. Questa amnesia autoprodotta da un lato allontana i temi riguardanti il passato italiano dall'attenzione pubblica, dall'altro favorisce chi, tra le varie memorie, propone quella che sembra meno conflittuale e quindi meno problematica. In una parola, e ancora una volta, chi propone una memoria «buona», quella di facile gestione. Quella che ora esprime la destra estrema al governo.

M. Cosa possiamo ancora aggiungere sulla figura di Mussolini? Facendo riferimento a Gentile (2019, p. 20), «l'identificazione del fascismo con la figura di Mussolini è stata e continua ad essere l'immagine più comune e diffusa del ventennio fascista». È quindi il Duce la personificazione di un "fascismo eterno"?

F. Ha ragione Emilio Gentile a sottolineare il fatto che del fascismo italiano la figura più rappresentativa e ingombrante sia sicuramente Mussolini. Un'immagine che spesso rende più difficile, a livello storiografico, un'analisi più ampia di ciò che in effetti fu un regime complesso, durato vent'anni. Però è altrettanto vero che questa personificazione è il diretto risultato di come Mussolini stesso intese se stesso e il proprio rapporto con il potere. Il fascismo italiano è Mussolini perché così Mussolini volle fin dal principio. La personificazione e l'incarnazione dell'azione politica, che oggi vediamo largamente applicata anche nel contesto democratico attraverso la sovraesposizione mediatica dei leader di partito, è un concetto inventato da Benito Mussolini. Egli per primo costruisce l'idea che il fascismo, in sostanza, sia lui e lui solo. Questo gli permette di fare del fascismo uno strumento molto malleabile: Mussolini nella propria vita è socialista, anarcoide, repubblicano, monarchico e nuovamente repubblicano. Per questo motivo la storiografia, anche recente, fatica a definire il fascismo una ideologia, nel senso in cui lo sono nazismo e stalinismo: perché l'unico vero collante dell'intero movimento è Mussolini e il suo attaccamento al potere. Con una definizione che trovo decisamente azzeccata, proprio a proposito di fascismo eterno, Umberto Eco (2017, p. 22) traccia una definizione per me molto convincente di fascismo: «Mussolini non aveva nessuna filosofia: aveva solo una retorica». E questa retorica, in gran parte, era basata su se stesso come oggetto retorico, il suo corpo come feticcio. Ecco perché ancora oggi per molti Mussolini è il fascismo e il fascismo nel proprio complesso viene simbolizzato da oggetti che incarnano il duce. Ecco perché fa così tanto scalpore il piccolo busto di Mussolini che il presidente del Senato tiene in casa: perché il fascismo è letteralmente, ancora oggi, legato alla figura fisica del suo fondatore e senza di lui, a livello di immaginario collettivo, non sarebbe possibile rappresentarlo. Questo doppio legame tra il corpo del duce e il suo movimento spiega anche il perché, ancora oggi, la tomba di Mussolini a Predappio sia meta di pellegrinaggi neri da tutta Italia.

C. La maggior parte degli stati europei, tranne forse il caso spagnolo, costruirono la loro democrazia parlamentare, durante il secondo dopoguerra, in un ambiente culturale antifascista. Ne sono testimonianza alcune Costituzioni che rimandano chiaramente a questo concetto. Tu credi che rimane qualcosa di tutto questo?

F. Per quanto riguarda il caso italiano la presenza di una forte componente resistenziale che ha combattuto accanto agli Alleati per la liberazione del Paese è stata uno dei grandi pilastri democratici su cui si è costruita l'anima democratica dell'Italia: poter dire che migliaia di italiani hanno combattuto, e sono morti, per la cacciata dei nazifascisti, è stato un tassello fondamentale per la costruzione del racconto pubblico democratico. Ecco perché dopo la fine della Prima Repubblica una delle operazioni di revisione più potente della memoria pubblica italiana ha coinvolto i partigiani combattenti: libri come quelli di GiamPaolo Pansa⁴, che evidenziano i presunti crimini partigiani, servono soprattutto a demolire l'immagine di un'Italia che decide da sé di liberarsi dal mussolinismo. Per instaurare una nuova visione del passato è necessario far passare l'idea che gli italiani, nel proprio complesso, abbiano subito la seconda guerra mondiale e che le scelte di campo effettuate dopo la guerra, compresa la demonizzazione del fascismo, siano state in qualche modo «imposte» alla società italiana. Quando in Italia l'arrivo delle TV commerciali di Berlusconi negli anni Otanta portò con sé un'ondata di «antintellettualismo» diffuso, una delle prime vittime di questo passaggio fu proprio quella cultura «di sinistra» che aveva tra le altre cose contribuito a costruire l'immaginario collettivo dei valori democratici, che divennero automaticamente, e forzatamente, valori di sinistra. Questo disprezzo per il mondo intellettuale identificato come «comunista», il crollo del Muro di Berlino, la fine dei partiti della Prima Repubblica con *Tangentopoli*, tutto questo mise fine al mito dell'antifascismo che costruì la democrazia italiana. Oggi, anche a livello di immaginario pubblico, si mette in discussione più l'antifascismo che il fascismo. Faccio un piccolo esempio *pop*: è appena uscita su Netflix una serie a cartoni animati a firma di Zerocalcare, intellettuale e fumettista molto famoso in Italia. La serie tratta proprio la strumentalizzazione politica di temi cari alla destra italiana, quali l'immigrazione. Il protagonista della serie in un breve monologo dice che chiamerà gli estremisti di destra e neofascisti presenti nel cartone con l'appellativo di «nazisti», per far capire al pubblico italiano che sono davvero cattivi. Se li chiamasse, come si dovrebbe, «fascisti», una buona parte di spettatori non li identificherebbe come personaggi del tutto negativi (Zerocalcare, 2023).

M. Le accuse storiografiche riguardanti il ruolo della popolazione tedesca durante il periodo del Terzo Reich o durante gli anni dell'Italia fascista hanno avuto, come ha

⁴ Il ciclo di pubblicazioni che parte con *Il sangue dei vinti* (2003).

segnalato Traverso (2012) profili ideologici contrapposti. In Germania ci fu una revisione critica sulla reale partecipazione e appoggio di una parte significativa della popolazione al nazismo, così come a una conoscenza su ciò che fu il genocidio, mentre in Italia è stato recuperato un certo revisionismo che situa a Mussolini con un leader popolare e quindi non un dittatore. Quanto e in che modo il consenso fu determinante per ottenere un appoggio popolare che rinforzò il fascismo?

F. Per quanto riguarda il consenso e la sua eredità nell'Italia post 1945 è necessario fare due precisazioni. La prima è che il fascismo italiano fu uno dei regimi di destra più longevi del '900, superato in Europa solo dalle esperienze iberiche. Questo significa che almeno due generazioni di italiani sono cresciute immerse nel brodo di coltura fascista. Quando a fine guerra sarebbe stato utile, per defascistizzare lo Stato, porsi la domanda collettiva su chi "realmente" fosse stato fascista, questa domanda, senza parametri certi, era troppo pericolosa per essere posta. Nella sua accezione più rigida essa avrebbe decapitato un'intera classe dirigente. Il secondo aspetto da tenere presente è che gli unici che dall'esterno avrebbero potuto imporre questa domanda, cioè gli Alleati, non lo fecero. Se in Germania il processo di Norimberga cercò di dare una qualche parvenza di azione denazificante, con risultati peraltro scarsi, in Italia questo non avvenne. Non era nell'interesse degli angloamericani portare alla sbarra l'establishment italiano, dimostratosi attivo nell'aiutare gli alleati contro i nazifascisti, proprio mentre ci si accingeva a combattere una nuova guerra contro il pericolo comunista. A Washington in molti probabilmente si dissero "cosa c'è di meglio di un fascista per combattere i bolscevichi?". Un'idea che verrà portata avanti anche altrove, si pensi alla normalizzazione dei rapporti con Franco voluta da Eisenhower.

A livello di memoria storica, da quando Renzo de Felice portò alla ribalta, nella storiografia italiana, il tema del consenso al regime fascista, le varie declinazioni del consenso al regime sono state un tema centrale non solo per gli storici, ma anche per l'opinione pubblica: come se dire che "Mussolini ebbe molto consenso" significasse, implicitamente, dire che il fascismo fu un fenomeno buono perché appoggiato dalla popolazione. Non si deve dimenticare che l'Italia di Mussolini è il primo grande esperimento di ingegneria sociale del '900, con uno Stato padrone impegnato ad entrare nella vita di tutti i propri sudditi. Con i criteri di oggi è difficile misurare l'effettivo potere di convinzione del regime nei confronti degli italiani nel corso della sua occupazione del potere, così come è difficile comprendere quanto di questo presunto

consenso non sia in realtà un «non dissenso» che faceva leva sull'individualismo dei singoli.

Se dal punto di vista storiografico lavori come quello di Enzo Collotti (2000) hanno chiarito quanto difficile sia discutere di che cosa significhi realmente consenso in un regime totalitario, a livello di memoria pubblica l'idea che in fondo Mussolini fosse amato da una parte non meglio identificata di italiani e che comunque il duce «non era malvagio quanto Hitler». Oggi il tema del consenso, paradossalmente, è più importante di venti anni fa in Italia per via dell'idea che un regime totalitario con un supposto ampio consenso sia in qualche modo stato legittimato dal basso a tiranneggiare il Paese. Una visione che potremmo definire, sulla scorta di Habermas, postdemocratica e in qualche modo figlia dell'attuale ventata populista in Europa.

C. Una delle principali caratteristiche del fascismo fu il culto al leader, percepito come capo e guida della nazione. Nella politica attuale, sembrerebbe che i programmi politici, le ideologie e la stessa organizzazione dei partiti siano stati ormai superati dalla necessità di mettere in evidenza un maggior carisma e quindi fare propaganda intorno al leader, la cui popolarità —ancora oggi— si misura in parametri emozionali e carismatici. Potrebbe intendersi questa come una persistenza del fascismo?

F. Non so e non credo che questo sia una persistenza del fascismo: in fondo il populismo attuale è attivo anche in Paesi in cui manca il ricordo della figura mussoliniana. Io ritengo che invece questo ritorno dell'«uomo forte» e dei suoi schemi interpretativi sia la dimostrazione di un dato di fatto: Mussolini era un grande comunicatore e le sue tecniche hanno fatto scuola in tutto il mondo. Ancora oggi la retorica «del balcone», in cui un solo uomo si erge a paladino e padre di un'intera nazione, dispensando slogan e proponendo soluzioni semplici a problemi complessi, evidentemente paga. Complice anche l'odierno modo di fare politica: che cos'è un profilo social con milioni di follower se non un moderno “balcone mussoliniano”?

M. Il fascismo storico promosse una “rivoluzione antropologica”, cioè un processo di trasformazione generale delle nozioni di patria, cittadinanza e della partecipazione politica. Credi che si ottennero effettivamente questi risultati? Ed una volta sconfitti i fascismi, cosa è rimasto di quella rivoluzione? Siamo di fronte ad una nuova forma di esaltare la patria, stimolare la dicotomia cittadino/immigrante (con tutto quello che esso

comporta), ma anche assistere all'appropriazione della simbologia nazionale come la stessa bandiera?

F. Il fascismo storico fallì miseramente i suoi obiettivi di costruzione di un'identità nazionale forte: nessuno oggi collegherebbe il mito guerriero e le virtù militari al contesto dell'Italia attuale, che invece nella sua complessità si è raccontata soprattutto nel dopoguerra grazie ai successi culturali ed economici. Anzi, vent'anni di fascismo portarono per molto tempo a una sorta di allergia nei confronti dei temi patriottici: fino a tutti gli anni Settanta sventolare pubblicamente la bandiera italiana era considerato un gesto «da fasci» e come tale censurato. Al posto dell'identità nazionale presero piede una serie di sottoidentità, come quelle politiche (“bianchi e rossi”) o guardando a realtà diversa dalla Nazione, come l'Unione Europea.

il ritorno di un determinato linguaggio relativo ai valori patriottici o l'ostentazione del termine «Nazione» al posto di Repubblica favorito dall'estrema destra italiana al governo a mio modo di vedere ha una doppia motivazione; la prima interna alla destra: questo governo sta ripulendo e rendendo comuni delle parole d'ordine che un tempo erano solo di destra. È una sorta di rivincita culturale che si sta consumando, dopo decenni costretti ai margini della vita politica del Paese. La seconda motivazione è che questi slogan e simboli, nella loro semplicità novecentesca, hanno ancora qualcosa da comunicare: sono residui di un vecchio modo di intendere la struttura dello stato e della società ma hanno comunque una presa pubblica, soprattutto perché non c'è all'orizzonte nessun altro racconto pubblico sufficientemente efficace. La sinistra occidentale non riesce ad articolare pensiero coerente, mentre la crisi globale climatico-migratoria spinge le persone a rifugiarsi in racconti forti e rassicuranti. Viviamo tempi conservatori e in tutto il continente l'armamentario ideologico di destra risulta molto utile ed efficace, benché datato. Parlare di Nazione in Italia oggi significa dare identità a milioni di persone che vedono cambiare il mondo intorno a loro in modo sempre più veloce. Ed è un modo vincente, al momento, di affrontare elettoralmente il cambiamento.

C. Dal secondo dopoguerra in poi, in diverse occasioni gli ambienti intellettuali italiani hanno indicato la presenza di certi elementi fascisti anche nello spazio democratico sorto dopo il 1945; tra le dichiarazioni più celebri, ricordiamo quella di Umberto Eco (2018), il quale nel 1995 tenne la conferenza “Il fascismo eterno”, per mettere in

guardia sui rischi di tale ritorno e ricordare che, sebbene il regime fosse stato sconfitto, alcune delle sue idee o pratiche politiche non lo erano. In che forma collochi la tua opera in questo dibattito? Riguardo agli argomenti esposti da Eco, quali dimostrano questa lunga persistenza degli elementi fascisti? Potremmo parlare di un fascismo banale?

F. Come detto, sono convinto che la lettura di Eco sia utile a comprendere i fascismi nel loro complesso. Peraltro ritengo che la polemica *post mortem* sorta attorno al concetto echiano di “fascismo eterno” siano dovute a una cattiva interpretazione di quell’aggettivo. C’è chi ha voluto leggere nell’eternità presunta del fascismo una sua sacralizzazione da parte di Eco, ma non è così: il semiologo intende che il fenomeno fascista non è legato a un determinato lasso di tempo, è quindi «atemporale», slegato dai singoli fatti storici, proprio per il suo essere più un atteggiamento mentale che un’ideologia.

Il mio lavoro in questo senso si è inserito all’interno di un dibattito la cui deriva stava portando il tema fuori dai binari della storia, avvicinandoli a quelli del mito. Il mio lavoro sulle *fake news* riguardanti il fascismo vuole essere il tentativo di porre un freno alla mitopoiesi, ancora in corso in Italia, del regime mussoliniano. Non una presa di posizione politica, bensì metodologica: se vogliamo parlare della storia del fascismo dobbiamo innanzitutto togliere di mezzo i miti che il fascismo stesso costruì e propagò nel paese. In questo senso i miei libri più che di storia della storiografia sono veloci saggi di metodologia della ricerca storica.

Anche quando si parla di pericolo di banalizzazione del fascismo, si deve a mio modo di vedere prendere atto che non sono presunti agitatori sociali a tirare sempre in campo il fascismo, ma è il fascismo con le proprie propaggini a infiltrarsi ancora oggi, come idea e come fantasma, nella vita degli italiani. Perché oggi in Italia c’è ancora gente si definisce fascista, a 80 anni dalla sua fine, e questo è un fatto con cui fare i conti. Per spiegare il problema di noi storici oggi in Italia, è come quella vecchia leggenda del calabrone che per la fisica non dovrebbe volare ma, dato che il calabrone non conosce la fisica, vola comunque. Ecco oggi noi in Italia abbiamo di fronte persone che per la storiografia non dovrebbero essere fascisti perché il fascismo è finito nel 1945; purtroppo però queste persone non sanno la storia e si dicono fascisti lo stesso.

M. A seguito degli studi proposti da Griffin (2010), si è consolidata un'interpretazione dei fascismi come fenomeni di avanguardia. Questo potrebbe aver funzionato tra le élite intellettuali e artistiche del fascismo, e nella duttilità dei riti e dei simboli dispiegati nello spazio della capitale o delle città più rilevanti. Tuttavia, abbiamo numerose testimonianze dell'epoca che manifestano a livello locale e provinciale la dimensione più tradizionale e folcloristica del fascismo (Levi 2005; Hametz, 2012; Cavazza, 2003). Come se si ripettesse la storia raccontata da Giuseppe Tomasi di Lampedusa ne *// Gattopardo*, tutto era cambiato affinché tutto rimanesse uguale. Le élite locali, il proprietario terriero, il prete, il medico, il poliziotto.. continuavano a dominare l'organizzazione sociale e la vita quotidiana. Detto con altre parole, l'apparentemente rivoluzionario e avanguardistico dispiegamento del fascismo non ha avuto una traduzione negli spazi sociali locali, che sono rimasti ancorati agli stessi sistemi di dominio politico, economico e culturale. Qual è la tua posizione al riguardo?

F. Sul tema ritengo che la lettura più chiara del fenomeno fascista sia ancor oggi quella data da Antonio Gramsci, che vedeva nel fascismo la sintesi faticosa ma alla lunga efficiente degli interessi delle varie élite di potere del Paese: una risposta composita e drammaticamente efficace alle istanze libertarie delle masse operaie e contadine.

Proprio per la sua natura di sintesi di istanze accomunate dalla sola volontà di conservare il potere il fascismo risulta essere così difficilmente sintetizzabile: il fascismo nel corso del tempo disse, e fece, tutto e il contrario di tutto, al solo scopo di mantenere il potere acquisito. Fu avanguardia con gli intellettuali che volevano il cambiamento, ma fu baluardo della conservazione per il grande capitale; riuscì ad essere pacifista con le masse che chiedevano pace e contemporaneamente guerrafondaio con chi sognava glorie imperiali. Il fascismo, ancora una volta, si dimostra una retorica, un modo cioè di dire le cose, che cambia a seconda dell'interlocutore. Che sia stato «avanguardia vera» o vera conservazione è tema che sarà ancora a lungo dibattuto, ma se lo si deve giudicare dai risultati, possiamo dire che il fascismo fu soprattutto una macchina di propaganda piegata alle esigenze giornaliere di conservazione del potere.

C. Allo stesso modo, uno dei dibattiti storiografici più diffusi riguardo la natura del fascismo è quello relativo alla possibilità di parlare, come suggerito da Gentile (2002) —seguendo le interpretazioni di Durkheim, Mauss, Carlo Levi, Raymond Aron, Eric

Voegelin o George L. Mosse—, di religioni politiche. Gentile ha indicato in vari contesti che si può mettere in discussione l'uso del termine, ma non la dimensione sacralizzata che lo Stato, la nazione, il leader e il progetto politico hanno acquisito. Qual è la tua opinione su questi dibattiti?

F. La lettura di Gentile è una delle più solide e strutturate attorno al tema di che cosa sia effettivamente stato il fascismo storico, e offre la possibilità di comprendere questo fenomeno all'interno del più ampio ventaglio dei totalitarismi novecenteschi. Rimane da stabilire, ed è una domanda di difficile risposta, quale sia l'effettivo impatto pratico della religione politica fascista sugli italiani e quali le implicazioni del rapporto, mutato, tra Stato e individuo messo insieme dalla retorica mussoliniana. Enzo Traverso (2002) espone in maniera molto puntuale le difficoltà attorno al concetto stesso di totalitarismo e quale sia il suo impatto anche sulla lettura che le democrazie post 1945 danno del fenomeno, in una sorta di contrapposizione antropologica su cui si fonda l'odierno concetto di cittadinanza. Probabilmente, alla luce degli odierni mutati rapporti di forza all'interno del dibattito pubblico, ci sarebbe bisogno di un'ulteriore, approfondita riflessione sul concetto di stato nel contesto post nazionale (Habermas, 1999) e sulle nuove forme di cittadinanza che, paradossalmente, pur avendo poco a che fare col Novecento, sembrano essere uno dei temi forti della destra che si rifà al fascismo storico come una radice identitaria.

M. In uno dei tuoi libri, insisti sul fatto che sia necessario 'educare le masse' per superare le false credenze o miti esistenti sul fascismo, creando così una cultura in grado di collocare tale ideologia nel suo contesto storico. Come sappiamo, il cinema ha contribuito a questo processo di contestualizzazione, anche se non sempre ha avuto successo nelle forme o nei metodi. Recentemente, esso si è trasformato in uno strumento sociologico per determinare il grado di conoscenza e contemporaneamente i sentimenti generati dalle figure che identificano i fascismi storici: mi riferisco ai film *Est ist wieder da* (conosciuto in Italia come *Lui è tornato*, di David Wnendt, 2015) e il *remake* italiano *Sono tornato* (Luca Miniero, 2018). Credi che con questo tipo di pellicole si possa educare (pensiamo al loro utilizzo didattico), o si tratta piuttosto di un riflesso della società attuale? Quale interpretazione si può dare a tutto ciò?

F. Parlo di entrambi i film nell'introduzione al mio *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*, notando come le due pellicole abbiano avuto un impatto diverso in Germania e Italia. Mentre la produzione tedesca fu un successo planetario quella italiana andò male (72esimo sui primi cento film più visti in Italia nel 2017, suo anno di uscita). Stesso argomento, stessi meccanismi umoristici, eppure l'idea che un Hitler potesse tornare sfruttando i social era al contempo paurosa e umoristicamente attrattiva. Un mix perfetto per il cinema. Invece pensare che le idee di Mussolini possano avere cittadinanza in Italia o che ci siano persone che fanno politica citando il duce o vestendosi da fascista non fa ridere, e neppure spaventare, in Italia, perché queste cose ci sono già. Questi due film raccontano in generale il modo in cui una memoria pubblica si sedimenta, o non si sedimenta. In Italia è mancata la lettura pubblica del fascismo come male assoluto, e non vedo all'orizzonte possibilità di recuperare. Il cinema italiano, quando si è occupato di storia recente, lo ha quasi sempre fatto utilizzando i temi classici degli *italiani brava gente*, rappresentando una realtà edulcorata rispetto ai fatti storici. Penso anche a grandi capolavori del cinema italiano, come *Mediterraneo* di Salvatores del 1991, in cui un plotone di soldati italiani durante la seconda guerra mondiale occupa un'isoletta della Grecia e fa amicizia con la popolazione tanto da costruire legami duraturi. Una visione sognante, ma falsa, dell'invasione della Grecia, che evidentemente è accettata a livello internazionale visto che il film è premiato agli Oscar.

Il cinema potrebbe fare molto per la costruzione di una memoria pubblica basata sui valori democratici e confortata da una base storica realistica. Purtroppo al momento le cose sembrano andare diversamente: il film *Red Land, Rosso Istria*, che vuole raccontare le vicende del confine orientale italiano a fine guerra e il tema della foibe, non solo è appiattito sull'idea che gli italiani siano solo ed esclusivamente vittime della storia, ma riesce addirittura a presentare i nazisti, sul fronte orientale, come liberatori e salvatori delle popolazioni italiane vittime dei comunisti. Un'operazione che personalmente ho visto solo in film di propaganda goebbelsiana come *Feldzug in Polen* ("La campagna di Polonia") del 1940 o *Menschen im Sturm* ("Gente nella tempesta") del 1941. *Red Land* viene regolarmente proiettato dalla RAI per la ricorrenza del 10 febbraio, giorno del Ricordo delle vicende del confine orientale italiano.

M. Facendo riferimenti all'esaltazione che il fascismo fece dei riti, simboli e commemorazioni, quali credi che di essi si siano mantenuti nella società italiana, spesso giustificati come pratiche tradizionali o di carattere folcloristico? Ovviamente

non assistiamo più a parate di balilla o camicie nere, ma... quanta di quella ritualità è dunque rimasta?

F. Più che una memoria pubblica diretta del fascismo nel paese è rimasta, e piuttosto radicata, una diffusa memoria privata del Ventennio. Ancora oggi si possono trovare nostalgici che vanno in pellegrinaggio sulla tomba del duce a Predappio, oppure personaggi che lo ricordano dedicandogli etichette di vino, busti e altro ciarpame. Non è raro, per dei turisti stranieri, entrare in locali e ristoranti italiani e trovare immagini di Mussolini, magari presentate come “ricordi” ereditati. E in fondo anche il presidente del Senato ha giustificato il busto di Mussolini in casa propria dicendo che era un ricordo del padre.

In più c'è tutta la questione linguistica che permea la lingua italiana di oggi: molte espressioni mussoliniane fanno ormai parte dei modi di dire italiani e in molti le riportano senza nemmeno sapere da dove derivino. Venti anni non passano invano.

C. La tematica della ritualità, del simbolismo e della scenificazione nello spazio pubblico della legittimità fascista, è stata un chiaro riferimento negli studi culturali di queste dittature. Si sono addirittura cercate di stabilire differenze tra religioni politiche e religioni civili (Gentile, 2005), poiché in molte occasioni le forme e i significati di questi elementi erano condivisi da altri regimi nazionalisti non autoritari. Facciamo un esempio: ogni 12 ottobre, per le strade di Madrid, si celebra il giorno della *Fiesta nacional* spagnola, l'antica festa della "*Hispanidad*" o "giorno della razza". In questa giornata, il Capo dello Stato è accolto dalle più alte autorità politiche, militari e giudiziarie del paese. Le strade, il pubblico e i cieli si tingono dei colori della bandiera nazionale. Tanto il pubblico quanto le autorità e l'esercito si schierano con un volto serio mentre si intona l'inno nazionale. Anno dopo anno, un paracadutista atterra con una bandiera nazionale immensa, che raccoglie con lo stesso rispetto con cui un sacerdote potrebbe trattare le ostie consacrate. Dopodiché, il Capo dello Stato riceve questa bandiera e la consegna ad un altro militare affinché sia issata con la stessa sacralità. Poi tutti si preparano ad onorare “coloro che hanno dato la loro vita per la Spagna” di fronte al monumento di un soldato anonimo che rappresenta tutti i morti per la patria. Suonano colpi di cannone... Questo rito non si svolge in uno stato fascista, anche se lo sviluppo di tutte queste fasi potrebbe sembrarlo. Al contrario, avviene in una democrazia il cui presidente del governo è del partito socialista, che

governa in coalizione con partiti politici che buona parte dell'opposizione conservatrice definisce "estrema sinistra", "comunisti", "bolivariani" o "filoterroristi". Come si può spiegare questa apparente contraddizione?

F. È il paradosso che definirei «shock da crollo del Muro»... dopo la fine della guerra fredda in tutta Europa si assiste a una revisione storica e culturale del rapporto delle sinistre con lo scomparso gigante sovietico e con la sua eredità. È un esame di coscienza a cui viene sottoposta tutta la sinistra europea, anche realtà come i socialisti francesi o la socialdemocrazia tedesca, che avevano poco da spartire con la memoria comunista. L'intera sinistra si interroga sul comunismo, mentre le destre europee hanno finalmente campo libero dopo la fine della contrapposizione tra blocchi della guerra fredda. Così, mentre a sinistra cresce un sentimento di incertezza e critica nei confronti del proprio passato, le destre estreme come quella italiana provano un sentimento di esaltazione e orgoglio per essere sopravvissute, con i propri valori, a cinquant'anni di oscurantismo. Questa lettura, unita al tentativo postideologico di mettere insieme una sorta di pacificazione nazionale fa sì che oggi, a livello pubblico europeo, la sinistra si vergogni del proprio passato, mentre la destra ne vada fiera, e questo sia quanto meno accettato a livello comune, anche a livello istituzionale.

M. Assieme al termine "fascismo", uno dei termini più utilizzati per screditare l'avversario politico è quello di "populismo". Quali sono le similitudini tra fascismo e populismo? Traverso (2016) ha sottolineato che il populismo è una strategia trasversale, ma non un sistema ideologico specifico.

F. Direi che, per semplificare, il fascismo è una conseguenza diretta del populismo, è la sua versione "adulta" e istituzionalizzata, con parole d'ordine chiare e strutture organizzate.

C. E tra fascismo e capitalismo? Sono stati scritti fiumi di inchiostro su questo tema, e forse la storiografia ha commesso l'errore di voler incanalare fenomeni estremamente complessi in quadri interpretativi da "laboratorio". Non c'è dubbio sulla protezione esercitata dai fascismi sul grande capitale, rendendolo compatibile con il controllo economico statale. Però oggi le posizioni dell'estrema destra si dibattono tra il

protezionismo e la deregolamentazione. Come si concilia il libero mercato con il nazionalismo estremista?

F. Come detto, sono del parere che Gramsci avesse notato punti peculiari dell'intreccio tra capitalismo e fascismo. Se a livello storico il fascismo può anche essere visto come la risposta di un gruppo dirigente all'esplosione della politica di massa e alla democratizzazione, con l'andar del tempo è un fatto il ruolo che ideologie fasciste o parafasciste hanno avuto nel consolidamento del capitalismo in alcuni paesi e l'imposizione di una pace sociale armata. Penso ovviamente all'America latina di Pinochet, ma anche al regime dei colonnelli in Grecia negli anni Settanta.

M. Credo che sarebbe utile discutere brevemente anche sulla rapida e riuscita adattabilità della retorica fascista alle nuove tecnologie del XXI secolo: attraverso un linguaggio giovane e vicino, catturano rapidamente l'attenzione dei più giovani, trasmettendo una "verità alternativa" in cui le *fake news* o la anche conosciuta come comunicazione alternativa svolgono un ruolo determinante. Siamo di fronte a una nuova forma di propaganda? È semplice disinformazione o si tratta di una pratica della postverità, quella menzogna emotiva che cerca di reclutare nuovi adepti?

F. Non credo, in sincerità, che quello a cui stiamo assistendo ora sia poi così nuovo: quello che oggi definiamo post verità è solo l'estremizzazione del discorso pubblico su alcuni temi fondamentali del vivere umano attraverso le nuove tecnologie. Tutte le società complesse hanno prodotto bugie, falsi miti, racconti iperbolici. E in ogni società complessa c'è sempre stato qualcuno che per i più vari motivi ha cercato di costruire racconti di realtà alternativi a quelli dominanti. Oggi la differenza sostanziale è che questo avviene su scala industriale: praticamente chiunque può raccontare la propria «verità» e metterla in circolo su internet. Questo, unito al tramonto della credibilità di molti racconti pubblici (il Covid ci ha dimostrato che le istituzioni pubbliche, i governi e perfino la scienza non riescono ad avere una credibilità universale su determinati argomenti), crea il terreno perfetto per il fiorire delle bufale. E tra queste bufale quelle più resistenti, probabilmente perché meglio congegnate e più antiche nella loro diffusione, ci sono ovviamente le bufale sul fascismo o fatte dal fascismo, che si sommano all'enorme produzione di racconto a cui oggi siamo sottoposti.

C. Una delle caratteristiche condivise del fascismo storico fu l'antisemitismo o l'antigiudaismo. Al contrario, i principali movimenti della destra radicale si posizionano favorevolmente nei confronti dello Stato di Israele. L'africano, il musulmano, il migrante o il povero hanno sostituito l'ebreo come capro espiatorio e catalizzatore di una mobilitazione nazionalista escludente?

F. In generale la costruzione di un regime totalitario ha bisogno di un diverso attraverso cui costruire la propria identità, un "Alterità" che dia significato. Questo diverso, che viene di norma scelto tra le minoranze meno rappresentate, diviene nemico irriducibile, e in un contesto come quello dei regimi totalitari del Ventesimo secolo questo ruolo di nemico si attaglia perfettamente all'ebreo, debole, isolato e reietto in tutto il continente europeo.

Con la nascita dello stato di Israele non viene meno l'antisemitismo storico di alcuni movimenti di estrema destra, ma viene meno la sua utilità politica. Oggi l'estrema destra se la prende con i nuovi reietti, i diversi per antonomasia, che sono le figure facilmente espellibili da una supposta comunità nazionale da difendere: migranti, poveri, rappresentanti di minoranze sessuali o religiose. Cambiano i soggetti, ma lo schema è sempre lo stesso.

M. Permettetemi quindi di aggiungere un'altra questione: considerando il cambiamento e la trasformazione dell'estrema destra come una sorta di processo di modernizzazione (Forti, 2021). Dove si colloca in tutto questo "Auschwitz"? Come trasmettere il significato dell'Olocausto, delle leggi razziali, delle persecuzioni e di tutto ciò che il fascismo è riuscito a generare, ignorando Auschwitz?

F. Auschwitz è, e continuerà ad essere, ineludibile, per qualsiasi cittadino europeo. Auschwitz è un *unicum* perché è stata la fattiva applicazione degli ideali della modernità avanzante nel continente. Se il Moderno espresso dall'imperialismo europeo è fatto di scienza, tecnica e capacità industriale, allora Auschwitz, la fabbrica della morte che ha applicato le teorie fordiste alla produzione di cadaveri, è il terribile apice di questa modernità. Di questo qualsiasi destra estrema che esalta i valori del capitalismo (ma anche le molte sinistre che hanno fatto del capitalismo un dato di fatto inamovibile della storia) devono prendere atto. Auschwitz non è nemmeno politica elettorale, è orrenda filosofia della scienza, della più aberrante. Non basta

condannare Auschwitz per liberarsi della sua presenza, si deve analizzare Auschwitz all'interno del moderno sistema di vita.

C. Trump, Bolsonaro, Meloni, Le Pen, Zemmour, Putin, Salvini, Orban... l'elenco è assai lungo. Si possono quest'ultimi integrare in un concetto o in un'interpretazione comune? O le loro differenze impediscono qualsiasi tentativo di omogeneizzazione? Potremmo comunque denominarli con un termine che li riunisca senza negare le loro divergenze?

F. Ogni sovranismo, essendo dedicato a un determinato tipo di «sovrano» è per forza unico e con caratteristiche proprie. Tutti i sovranismi hanno però un punto in comune, a mio parere, che è proprio il fatto di essere enti che mirano all'esaltazione del proprio interesse particolare. Sono, in una parola, movimenti egoisti. Per questo possono essere solo una breve parentesi nello spazio globale: sono letture novecentesche di problemi che investono l'intero pianeta e non possono in alcun modo essere gestite da Roma o Madrid. La stessa Giorgia Meloni, da quando governa, ha cambiato atteggiamento sull'Unione Europea. Il sovranismo può essere un buon modo per vincere delle elezioni e forse per gestire piccole realtà ai piedi dei Carpazi, ma non può essere la cifra di governo di paesi proiettati su scala globale

M. Vorrei anche chiederti se questi leader possono essere raggruppati tra coloro che si definiscono "fascisti" per difendere principi e valori che ricordano il fascismo storico?

F. Non credo che la dicitura fascista possa essere calata su ogni singola realtà populista o che tenda all'autoritarismo. Posso però notare come alcuni tra questi movimenti dicano, essi stessi, di ispirarsi al fascismo storico, e alcuni non siano altro che la sua evoluzione in periodo democratico.

M. E che dire del fenomeno —ben noto in Italia e ora tradotto anche in spagnolo— di Diego Fusaro? È davvero il prototipo di *rossobrunismo*, cioè il modo in cui la destra si traveste da sinistra, come ha recentemente indicato Forti (2021)? Cosa ne pensi di lui e del suo pensiero, tenendo conto anche delle sue apparenti simpatie per gruppi come Casa Pound o Vox in Spagna?

F. Diego Fusaro è soprattutto il sintomo che questa nuova destra, uscita dopo decenni di catacombe alla luce del sole, ha un bisogno “disperato” di intellettuali. Una intera nuova classe politica che si sta formando e che ha bisogno di idee per portare avanti un’immagine di futuro dopo essere stata per troppo tempo a guardare il passato. A destra, in Italia come altrove, vedo molti che sgomitano per avere un ruolo di guida culturale o di faro intellettuale, sul modello che una volta era quello degli intellettuali di sinistra *engagé*. Ma francamente al momento non mi pare di scorgere figure che abbiano queste capacità di sintesi e azione.

C. Esiste una dinamica internazionale protofascista, come indicato da autrici come Pisanty (2022), in relazione a un ritorno o normalizzazione dei discorsi xenofobi? Credi inoltre che questa abbia raggiunto il suo apice o stiamo ancora vedendo solo la punta dell’iceberg di questo fenomeno?

F. Concordo con la lettura di Valentina Pisanty, ma più che di un segnale di avanzata della xenofobia parlerei di una sua normalizzazione. Il tema dell’odio del diverso è sempre stato sotteso a un certa idea di destra, ora assistiamo, a mio avviso, a una sua normalizzazione. C’è stata una rottura del fronte della memoria pubblica, e ora sembra che valga tutto. È normale sentire Giorgia Meloni che dice ad esempio che le navi delle ONG che soccorrono i migranti in mare vanno affondate⁵, dove qualche anno fa questa affermazione sarebbe stata molto più fortemente censurata. Questo indica, a mio modo di vedere, che non sono i temi ad essersi spostati sulle forme di odio della diversità, ma è l’odio del diverso ad essere diventato più accettabile.

M. Dalle tue opere emerge la continuità di certi immaginari, narrazioni e idee ereditate dal fascismo. Ritieni che il sostegno a queste proposte sia legato a specifiche letture revisioniste del fascismo? E cosa dici delle teorie negazioniste... quanto possono influire su tutto ciò?

F. In Italia il dibattito storiografico sul fascismo è sempre stato vivace e stimolante: posizioni di revisione e interpretazioni differenti sono state sempre prodotte. Il problema è che queste letture spesso non arrivano all’opinione pubblica, ferma a una

⁵ <https://www.open.online/2019/06/27/giorgia-meloni-la-sea-watch-va-affondata-pioggia-di-critiche-turrischi-5-anni-di-carcere-il-video/>

visione del fascismo stereotipa, parziale o addirittura falsa. Per questo più che a letture storiche del fascismo di stampo revisionista personalmente porrei attenzione alle «memorie revisioniste» che circolano nel Paese. Scollegate dalla storia ma ancorate a criteri di utilità politica. Se prendiamo il negazionismo nei confronti degli orrori fascisti e le responsabilità del regime nelle guerre di aggressione e negli orrori dello Sterminio europeo, nessuno storico serio in Italia a oggi nega queste responsabilità. Il problema è il riduzionismo e il negazionismo diffuso a livello di opinione pubblica, che peraltro non nasce oggi, ma scaturisce dalla volontà degli italiani di evitare le responsabilità della guerra fascista subito dopo il 1945.

C. In Europa i movimenti di estrema destra stanno mettendo in discussione la narrativa storica egemone del XX secolo. Tony Judt (2008) avvertiva che le società europee stavano attraversando un “periodo di oblio”, una previsione che però non si adatta del tutto con i *revival* storici promossi da questi gruppi. Cosa si sta dimenticando e cosa si sta ricordando?

F. Più che un’epoca di oblio, credo che questa sia un’epoca di sovrapproduzione di memoria. Come sottolinea Marcello Flores nel suo *Cattiva memoria* (2020), il Novecento il secolo in cui la memoria, individuale ma anche collettiva, ha superato la storia nella valutazione del passato. Questo continuo ricordare individualizzato ha minato la possibilità di un racconto oggettivo di carattere storico per molti, dando l’idea che le memorie fossero, tutte insieme, la storia. E una storia fatta solo di memorie contrapposte non riesce a dare risposte sufficienti o interpretazioni adeguate del passato. Così, immersi in un mare di continui ricordi singoli che dicono tutto e il contrario di tutto, il passato nel proprio complesso perde significato, condannandoci a un eterno presente.

Un esempio di questo pericolo nel confondere memoria e storia è proprio quello che riguarda la parificazione tra fascisti e antifascisti nella Resistenza: quando Luciano Violante nel 1996, nel suo discorso di insediamento alla Camera dei Deputati⁶, parlò dei *ragazzi di Salò*, che avevano dei valori, toccò le memorie dei singoli che avevano avuto un parente repubblicano, normalizzando quella memoria scomoda. Violante però dimenticò di spiegare che quei “valori” per cui combatterono i ragazzi di Salò erano antidemocratici, razzisti, violenti e totalitari. Rimase solo la memoria dei singoli

⁶ http://legislature.camera.it/chiosco.asp?content=/_dati/leg13/lavori/stenografici/sed001/s100r.htm

ragazzi, ma non il giudizio sul loro operato che solo la scienza storica, con la sua prospettiva, riesce a dare.

M. In più di un'occasione, il ministro della propaganda nazista, Joseph Goebbels, affermò che “una bugia ripetuta mille volte diventa verità”. Per Goebbels, così come per la filosofia machiavellica, l'atto di mentire doveva essere analizzato e valutato al di là del prisma della moralità: quanto di tutto ciò rimane attuale, soprattutto nel contesto politico?

F. È drammatico da dire, ma Goebbels conosceva i meccanismi della comunicazione, quelli che dominano ancora oggi la vita di tutti noi, molto meglio di molti che ad esempio ora stanno su internet. I sistemi di comunicazione non cambiano: si evolvono le tecnologie, i processi di informazione si velocizzano, ma l'impatto della comunicazione sui singoli rimane quella dei tempi del ministro della propaganda del Reich. In questo senso il tema non è ciò che «è vero», ma ciò che può sembrare credibile o ciò che la maggioranza ritiene possa essere vero. Per usare un inquietante giro di parole coniato dall'ex presidente Trump, non esiste una sola verità, ma ne esistono molte, basta saperle raccontare con sufficiente forza.

M. Fino a tempi recenti, si parlava dell'“eccezione spagnola” per indicare la debolezza dei partiti di estrema destra, in confronto al peso che avevano in altri paesi come Francia, Italia o nell'Europa dell'est. Con la crescita elettorale di Vox, tale eccezionalità è stata superata. Tuttavia, a differenza di altri partiti europei ideologicamente simili, ciò non è stato il risultato di un rafforzamento elettorale dei partiti di estrema destra, bensì di una scissione radicale dal partito conservatore. Ciò collocherebbe il partito estremista spagnolo, seguendo la classificazione di Traverso (2018), all'interno dei movimenti postfascisti. Quali similitudini e differenze possiamo trovare tra questi processi apparentemente divergenti?

F. Direi che da un punto di vista storico il PP, che nasce dalle ceneri del franchismo come *Alianza Popular*, ha seguito per anni quella che negli anni Cinquanta viene detta “dottrina Adenauer”: il cancelliere tedesco, fondando la CDU, disse chiaramente che non ci sarebbe stato spazio per nulla di legale a destra dei Cristiano Democratici tedeschi. Un'idea che comportava non solo il fatto che si perseguissero i partiti di

stampo neonazista a livello legale, ma anche che fosse necessario, per la CDU, riuscire ad attirare almeno una parte dei voti dell'ultradestra. Una dottrina seguita in Italia dalla Democrazia Cristiana che, salvo qualche cedimento, partecipò attivamente all'arco costituzionale che escludeva i fascisti da governo.

Probabilmente oggi, per quanto riguarda il caso spagnolo, stiamo assistendo alla crescita di un partito che non ha particolari problemi a raccogliere l'eredità franchista nel proprio complesso, a differenza del PP, sottraendo voti più radicali a un partito che per molto tempo ha cercato di raccontarsi come un destra "normale". Ora si dovrà capire se questa effettiva rottura della destra spagnola proseguirà, col PP che si rifiuterà di stringere accordi con Vox, oppure se in barba alla dottrina Adenauer queste due destre si uniranno per governare il Paese⁷.

C. Allo stesso tempo in cui si confidava in tale 'eccezionalità', numerosi studi indicavano l'esistenza nella Spagna democratica di un "franchismo sociologico", cioè la sopravvivenza di determinate attitudini, idee politiche e modi di comprendere il passato, forgiati durante i quarant'anni che caratterizzarono il regime di Franco. Senza dubbio, quell'esperienza dittatoriale così prolungata ha lasciato il segno nei paradigmi culturali degli spagnoli. Potremmo parlare, sia nell'Italia del dopoguerra (come a suo tempo segnalano Carlo Levi (2020) o Pasolini) che in quella attuale, di un "fascismo sociologico"?

F. Non so se questa definizione così pesante dal punto di vista scientifico possa essere applicata al caso spagnolo. Per l'Italia parlerei più che di sociologia di «fascismo emotivo», vale a dire una sorta di sentimento che porta alla visione del mondo come distante da ciò che sarebbe un mondo desiderabile, cioè quello messo in campo dall'immaginario fascista. Lo slogan *Prima gli italiani* significa appunto questo, un desiderio di aderire a un immaginario positivo, forte, collocato nel passato e a cui puntare. Un'emozione, un anelito, più che una forma mentale. Che però ha un sicuro peso se ben sfruttato elettoralmente.

C. Se accettiamo la crescente spettacolarizzazione dei dibattiti politici, i fascismi o i postfascismi hanno le carte in regola per vincere, in un terreno fertile per lo svolgimento

⁷ L'intervista è stata condotta prima delle elezioni comunali e regionali del 28 maggio 2023. In seguito ai risultati elettorali, i patti tra il PP e Vox hanno formato diversi governi locali e regionali.

dei loro miti, delle loro forme, dei loro simboli e dei loro rituali (Falasca-Zamponi, 1997)?

F. Sicuramente il messaggio fascista, nella semplicità primitiva, è ancora oggi di una straordinaria efficacia. Tanto più che viviamo in tempi in cui, a fronte delle sfide del mondo globalizzato, in molti sentono il bisogno di risposte rassicuranti e immediate (indipendentemente dal fatto che siano vere o realizzabili). Il punto però, e la situazione italiana lo dimostra, che non stiamo parlando di una vittoria culturale della destra, ma di una resa incondizionata da parte della sinistra. Giorgia Meloni non ha guadagnato voti per la coalizione di centro destra nelle ultime elezioni: ha semplicemente preso i voti che prima erano della Lega e prima ancora di Berlusconi. La destra in Italia ha vinto perché molti elettori di sinistra non sono andati a votare, e non lo hanno fatto, secondo i sondaggi, perché non vedevano proposte politiche valide da parte della sinistra. La destra, almeno in Italia, ha vinto per abbandono del campo da parte di chi doveva contrastarla.

M. Mi sembra interessante citare nuovamente Forti (2021), in quanto nel suo libro viene definito il fenomeno del postfascismo emerso nel XXI secolo come una “Estrema Destra 2.0”. Nel suo libro, dimostra che le nuove destre estremiste stanno costruendo il loro racconto su emozioni e sentimenti che non sempre coincidono con fatti ed evidenze. Come spiegare, quindi, questa capacità dell’estrema destra di convincere senza nemmeno dover dimostrare i propri postulati?

F. Perché la destra, in tutto l’Occidente, non mira a far riflettere la gente, ma a farla sognare. Propone soluzioni inattuabili ma attraenti (fermare le migrazioni), scarica le responsabilità dei singoli su organismi esterni e sconosciuti (l’Europa, la Cina, il mercato globale...), rassicura in merito alle paure più concrete (non vi ruberanno il lavoro, non starete peggio di così). Che questo poi sia realistico importa poco, perché è nello spazio di sogno che agisce questo tipo di discorsi: per questo ad esempio in Italia oggi governano insieme fautori del lock down e gente che non crede nei vaccini, separatisti padani e nazionalisti fascisti, imprenditori che evadono le tasse e impiegati statali che vogliono che i loro privilegi siano difesi. La destra dà risposte, non importa se sensate, le dà. È un gioco piuttosto semplice, che la sinistra non sa o non vuol fare,

e di cui temo si vedranno i risultati nel corso del tempo, perché governare significa anche mettere i propri elettori di fronte alla realtà.

C. Nel suo *Mein Kampf*, Hitler indicò che «la capacità di ricezione delle masse» era «limitata e la loro comprensione scarsa», per cui predispose una “propaganda efficace” basata su “pochi punti e saperli sfruttare con slogan”. Sembrano parole di un pubblicitario moderno. Le democrazie del dopoguerra hanno ereditato questo *modus operandi*?

F. In una parola, direi di sì. E con una punta di ironico orgoglio patriottico devo sottolineare che queste cose il caporale di Braunau le imparò da Benito Mussolini, che prima e meglio di lui le applicò alla politica.

C. L'interesse per la storia è sempre crescente, e si potrebbe dire anche che c'è un vero e proprio boom editoriale, in cui il passato è idealizzato attraverso una chiave di lettura impregnata di nazionalismo. Zygmunt Bauman (2017) ha già indicato, con il suggestivo concetto di “retrotopia”, la svolta nella direzione temporale delle utopie, che si stanno orientando sempre di più verso passati idealizzati piuttosto che verso futuri possibili. Potremmo, inoltre, anche parlare della diffusione della “nostalgia imperiale” (Tomasoni e Rina, 2021). Sembra quindi che le società moderne non siano in grado di fornire risposte politiche alle incertezze se non ritornando a un passato selezionato e filtrato attraverso intensi tamponi ideologici. In Italia e in Spagna, questo passato si è spesso orientato verso nostalgie imperiali o verso una revisione della storia dei fascismi. Quale ruolo può svolgere la storiografia accademica nel tentativo di smontare questi discorsi? Finora è stata limitata perché questi movimenti cercano narrazioni lineari e sintetiche, oltre a risposte decise, e non vogliono che qualcuno complichino o relativizzi questi processi...

F. In tutta onestà non saprei dare una risposta certa: siamo di fronte alla fine del paradigma che fondò e in qualche modo guidò la scienza storica, l'idea ottocentesca cioè che quello dell'umanità fosse un continuo percorso di sviluppo e crescita verso valori sempre più universali e condivisi. Insomma, che i nipoti sarebbero stati meglio dei nonni. Oggi, dati alla mano, nel cosiddetto Occidente non è più così: statisticamente la generazione “Z” vivrà meno e peggio rispetto ai *Boomers* e perfino

rispetto a noi *Millennials*. Il futuro, per questa fetta di mondo, non sembra più “ovviamente” migliore del passato. Di questo gli storici devono prendere atto, banalmente cambiando alcuni paradigmi che li hanno guidati finora. Non sarà semplice, anche perché la storia come disciplina è sempre più a rischio estinzione, sostituita da un lato dal cronologismo da smartphone (puoi sapere cosa accadde il 27 luglio 1214 a Bouvines con una semplice ricerca google) e dall'altro dall'imperante presentismo che comprime la visione del passato, ma anche quella del futuro.

M. In linea con la precedente domanda: anche se il contributo degli esperti è necessario per spiegare il fenomeno del fascismo, tu credi che dobbiamo estendere il dibattito anche al di fuori dell'ambito accademico?, quanto si parla nel tuo paese — l'Italia— di fascismo: nelle scuole, con gli specialisti ed attraverso la didattica?

F. Più che necessario, personalmente lo ritengo vitale per la vita democratica del Paese. Non esiste, come ho detto più sopra, un collegamento diretto tra l'ottima ricerca storica che porta avanti questo Paese sul fascismo e la visione che del fascismo ha l'opinione pubblica. In un contesto globale però oggi non si può più far finta di potersi raccontare le solite vecchie favole su dittatori buoni e popoli sempre vittime incolpevoli. La storia, anche all'interno del dibattito pubblico, deve finalmente prendere il suo posto di possibile esempio di comprensione per i fenomeni in cui ancora oggi stiamo vivendo e che influenzerà il futuro. Oggi in Italia di fascismo a scuola si parla poco, per questioni di tempo, e male, perché è un tema polarizzante che spesso scivola nello scontro politico più basso. Questo paese ignora, nella sostanza, il proprio passato, e direi che dando un'occhiata all'attuale situazione sociale si vede.

M. Non dimentichiamoci, inoltre, che le scuole dovrebbero avere un ruolo fondamentale nello trasferimento di queste informazioni, oltre ad essere in grado di promuovere anche la conoscenza della storia recente. Cosa si sta facendo in proposito? Credi che l'ambiente scolastico dovrebbe avvicinarsi di più al mondo accademico o, almeno —dato che tu ne sei il fondatore⁸— anche attraverso associazioni specializzate?

⁸ Associazione Deina, info: <https://www.deina.it/>

F. Poco o nulla riesce ad avere lo stesso impatto di costruzione culturale di un popolo della scuola pubblica, ed è per questo che è da lì che ritengo si debba partire. Le associazioni e le realtà culturali possono giocare un ruolo importante nel post scuola, ma l'istruzione pubblica resta il centro della costruzione di una società.

Purtroppo in Italia e, a quanto pare, più in generale nell'Occidente, una logica performativa e piegata alle ragioni del mercato del lavoro ha modificato le priorità dell'istruzione pubblica: sempre più la formazione punta a costruire lavoratori che possano interagire con efficacia nel mondo del lavoro; azione molto utile, ma che sta rubando tempo alla formazione di giovani che siano anche cittadini e parte attiva del contesto sociale. In questo la formazione storica mi sembra, almeno in Italia, particolarmente trascurata: nel mio Paese la storia rischia di fare la fine della geografia, materia fondamentale, oggi che siamo in piena crisi climatica, per la comprensione degli spazi e della loro interazione con la vita umana, ma che non viene praticamente più insegnata se non come corredo di altre materie umanistiche. La storia, cioè lo studio e la comprensione degli esseri umani nel tempo, come direbbe Bloch, oggi è lasciata ai margini dei contesti formativi, e direi che gli effetti cominciano già a vedersi.

C. Nel V secolo a.C., Platone evidenziò le debolezze del sistema democratico. Poiché quest'ultimo si basava sulla volontà popolare, essa era libera di agire contro i principi democratici. Ed infatti, i tiranni potevano convincere il popolo a distruggere il proprio sistema. La democrazia dispone di meccanismi per fermare questi processi senza compromettere i suoi valori sostanziali?

F. Platone si preoccupava della democrazia, e quella che aveva sotto gli occhi, un insieme di potere di maschi sufficientemente ricchi, per noi nemmeno sarebbe democrazia. Quindi da Platone oggi possiamo imparare che della democrazia ci si deve sempre e comunque preoccupare, perché è un oggetto troppo fragile per essere trascurato. Oggi il rischio maggiore che ritengo corra la nostra democrazia sia il fatto di apparire inefficiente e quindi inutile. La democrazia di tipo occidentale soffre la concorrenza del presunto efficientismo di regimi come quello cinese, impegnati a dare prosperità in cambio delle libertà individuali. Compito di ognuno è quello di coltivare ed espandere gli spazi di libertà della democrazia innanzitutto difendendola dal rischio di sembrare obsoleta. Il primo dei meccanismi di cui una democrazia matura deve dotarsi sono quelli che derivano dal famoso paradosso della tolleranza di Karl Popper (1945):

una democrazia non può essere tollerante con gli intolleranti; in concreto, le democrazie mature hanno bisogno di meccanismi che ne difendano i valori di fondo. Un buon esempio è proprio quello del fascismo: in Italia la XII disposizione transitoria e finale della Costituzione⁹ sancisce che il fascismo è un crimine, non un'opinione. Questo significa che in Italia chi esprime idee fasciste non si avvale della libertà di opinione garantita in tutte le democrazie, ma commette un reato, e in quanto criminale va perseguito. Questa disposizione non limita, come qualcuno a destra ha sostenuto, la libertà di opinione, ma chiarisce quali siano i valori, e con essi i limiti, della libertà di ognuno.

C. Nel VIII capitolo de *La Repubblica o Lo Stato ideale*, Platone (2010) fa dialogare Socrate con Glaucone e Adimanto riguardo ai diversi e "imperfetti" sistemi politici. La democrazia sarebbe una risposta all'oligarchia, che governava la popolazione sotto l'egoismo degli interessi particolari delle élite. La democrazia apriva quindi un periodo di libertà in cui ogni cittadino avrebbe l'opportunità di difendere le proprie idee. A questo punto emergono i demagoghi, che cercano di imporre un regime dispotico ottenendo il consenso del popolo; e lo fanno appoggiandosi ai meccanismi democratici per diffondere le proprie idee. Una volta al governo, si alleano con i gruppi oligarchici e promuovono guerre contro altri stati per mantenere l'attenzione della popolazione focalizzata sul conflitto. Infine, la democrazia sarebbe sostituita dalla tirannia. Salvando gli anacronismi e le sfumature, in linea di massima sembra uno schema dei sistemi politici nell'età contemporanea. Potremmo dire che "la storia rima"?

F. Sì, la storia fa le rime, se non altro perché la agiscono sempre gli stessi soggetti, cioè gli esseri umani, che di fronte a situazioni simili tendono ad assumere comportamenti simili.

Però il bello della storia è che non è scritta fino a quando non accade e quindi diffiderei anche da chi vede in determinati fatti delle analogie automatiche. Oggi il sistema democratico ha la possibilità di difendere se stesso dalle sue stesse derive, sempre che questo voglia essere fatto. Come detto, il problema della democrazia odierna è che essa venga vista come inadeguata o inefficiente ad affrontare le sfide del mondo globale. Dobbiamo imparare la lezione platonica proprio per poter evitare l'automatismo descritto dal filosofo. In Occidente si è dato per scontato che il modello

⁹ <https://www.senato.it/istituzione/la-costituzione/disposizioni-transitorie-e-finali/xii>

democratico occidentale fosse il migliore dei mondi possibili, tanto che, un po' improvvidamente, qualcuno parlò addirittura di "fine della storia" (Fukuyama, 1992) quando il mondo comunista crollò. Oggi il maggior rischio che corre la democrazia è il suo essere "scontata" per chi ne beneficia. Alcuni sintomi si notano già: mentre in alcune parti del mondo si combatte ancora per la conquista del voto, nei paesi di democrazia matura una percentuale ormai vicina alla metà degli aventi diritto non ritiene necessario votare. Il rischio della democrazia odierna non è nemmeno la tirannia, ma l'oblio dell'irrelevanza.

M. Nel 1959, Adorno (1984, pp. 97-98) sosteneva che la "sopravvivenza del nazismo nella democrazia" fosse più pericolosa delle "tendenze fasciste dirette contro la democrazia". È questo il punto in cui si trova l'Europa oggi?

F. Credo siano due prospettive per parlare dello stesso problema: la capacità, davvero faticosa, di mantenere in equilibrio il contesto democratico. Storicamente si deve affrontare il tema, spinoso dal punto di vista culturale, che i due più famigerati totalitarismi di destra dell'Europa del Novecento nascono entrambi in contesti che per l'epoca definiremmo democratici. È la fragile democrazia liberale italiana che accoglie in sé la nascita del fascismo mussoliniano, così come è la Repubblica di Weimar a consentire a Hitler la presa del potere. Pur con pulsioni analogamente potenti però altri paesi non maturano questa svolta autoritaria. Quindi, dal mio punto di vista, si tratta di tenere sempre presente il fatto che è all'interno della democrazia che si gioca la grande partita per la costruzione di una società solida e plurale, e che se al suo interno possiamo sempre trovare i germi di un possibile restringimento delle libertà personali, allo stesso modo vi possiamo trovare gli strumenti per un'applicazione più ampia possibile dei diritti su cui la democrazia stessa si fonda.

C. Nei primi mesi del suo mandato, Giorgia Meloni sembra aver temperato le sue posizioni ideologiche, dichiarandosi europeista, partecipando al summit sul clima e sostenendo l'Ucraina di fronte all'invasione russa. Le istituzioni democratiche internazionali hanno la capacità di moderare questi movimenti quando arrivano al potere?

F. Diciamo che in maniera molto più prosaica la presidente del Consiglio ha fatto un bagno di realtà: fino a quando si è all'opposizione è piuttosto facile proporre soluzioni drastiche o irrealizzabili (ricordo una Giorgia Meloni fortemente attirata dall'idea di una possibile *Italexit* qualche anno fa). Quando però si arriva a capo della terza economia dell'UE, peraltro tra i paesi fondatori dell'intera costruzione europea, allora è probabile che cambino prospettive, capacità di manovra e anche politiche. Una inversione altrettanto forte Giorgia Meloni l'ha fatta per quanto riguarda il posizionamento filoatlantico dell'Italia: ora Meloni è una delle partner più affidabili dell'Alleanza atlantica, pur essendo cresciuta politicamente in un partito che definiva quella americana post 1945 un'occupazione.

Le strutture sovranazionali hanno sicuramente un peso nella possibilità di moderare l'azione dei governi nazionali, di qualsiasi colore essi siano, ma ancora di più può fare il contesto internazionale in cui ci si muove: in questo forse il tempo sarà un utile alleato di chi oggi cerca di mettere in luce le contraddizioni di una proposta di governo, quella sovranista, che al momento non sembra essere in grado di proporre soluzioni che vadano al di là degli slogan.

M. Il sovranismo italiano, cioè, quell'amalgama di partiti e movimenti a cui fa riferimento Eric Gobetti (2023) parlando di un "risorgente nazionalismo italico" attualmente insediato nel governo italiano, sta mettendo in pratica la volontà di porre fine a determinati principi democratici?, o è stato semplicemente un *bluff* di quest'ultima campagna elettorale?

F. Non credo che l'attuale compagine di governo in Italia abbia chiare pulsioni antidemocratiche, se non in alcune piccole frange estreme. Credo però che questo esecutivo e la maggioranza che lo sostiene abbiano una precisa idea di società, che non è affatto la società aperta dei diritti a cui siamo, almeno a parole, abituati. L'idea di fondo che sembra guidare, almeno dai primi atti, questo governo, è l'immagine di una società in cui vi sia una parte della popolazione che ha più diritti di altri: questa parte viene chiamata, in modo quasi ossessivo, *Nazione*. A questa nazione non sembrano appartenere le minoranze che pure sono realtà nel Paese: persone LGBTQ+, migranti, minoranze religiose, tutti cittadini che però non sembrano rientrare negli interessi dell'attuale governo, che anzi nei suoi primi atti ha legiferato contro queste realtà. Non credo che vi siano pulsioni dichiaratamente antidemocratiche in

questo governo, ma la democrazia che stanno esprimendo in questo momento assomiglia molto più a un club esclusivo, in cui si entra su invito, che a un luogo di costruzione di società. Una democrazia piena solo per determinati soggetti, non per tutti. Una democrazia che a ben pensarci, però, così strutturata non è tale.

M. Nella post-pandemia, continuiamo a osservare come il fascismo, o almeno la parola fascismo, si sia infiltrata nelle discussioni televisive ed anche nei dibattiti politici. Le misure anti-Covid sono state ridicolizzate da alcuni opinionisti e giornalisti negazionisti, e da un certo settore della popolazione, come un'imposizione in nome della sicurezza (Loff et al., 2022) degna del periodo fascista. Cosa ne pensi? L'uso del termine fascismo in tale contesto è solo una banalizzazione o c'è effettivamente qualcos'altro?

F. Non la definirei una banalizzazione, ma una appropriazione indebita. La parola fascismo ha identificato e continua a identificare precisi atti politici che storicamente hanno portato all'instaurazione di regimi autoritari e poi totalitari. L'utilizzo di questa parola nella rissa quotidiana di social e talk show rischia certo di svilirla, ma non sono tra quelli che intendono per questo limitarla a un uso storico che si ferma, in Italia, al 1945. L'abuso di questo termine non deve portare all'idea che sia improprio utilizzarlo in generale. Oggi, purtroppo, si sta assistendo a involuzioni fasciste o fascisteggianti in molti ambiti della vita pubblica occidentale: il culto del capo, la contrapposizione noi/voi che fa dell'avversario un nemico, la dittatura della maggioranza che priva di voce e contesta il possibile dissenso. In questi casi la parola fascismo va utilizzata perché è quella corretta filologicamente. L'attenzione alle parole è un tratto fondamentale delle odierne società, e l'uso di determinati termini non va banalizzato. Qualcuno dice che certa gente vede "fascisti dappertutto" e invita a smetterla di utilizzarla; non credo che la soluzione sia proibire l'uso della parola, credo che la soluzione sia specificare sempre di più che cosa il fascismo sia stato e possa ancora essere.

C. Lion Feuchtwanger raccontava nel suo romanzo *I fratelli Opperman* (1933), quanto la popolazione tedesca, e quella ebraica in particolare, si rese conto assai tardi dei pericoli del nazismo e della sua dimensione genocida. "Quello che aveva imparato dalla storia era il fatto che coloro che erano stati minacciati pensassero comunque di

potersi mettere al sicuro all'ultimo momento". Ci stiamo forse rendendo conto troppo tardi di qualcosa?

F. È una domanda complessa, ancora più complessa per voi che la ponete e per me che sono chiamato a rispondere, perché in questo contesto, e rimanendo in metafora, né io né voi siamo "gli ebrei" di questo contesto pubblico. Personalmente sono un maschio bianco europeo che rispetta tutti i *cliché* della maggioranza desiderata. Sono "la norma". Per questo per me e quelli come me è ancora più difficile cogliere i possibili eventuali segnali di uno scivolamento del contesto democratico. Io, noi, proprio come i «bravi cittadini tedeschi» intervistati dopo la guerra da Walter Kempowski (2015), con ogni probabilità possiamo vedere i segni di quello che accade ma non riusciremo a coglierli fino in fondo se non prestando attenzione a chi è già in procinto di essere escluso dal contesto pubblico e dalla nostra idea di società. Accompagno da più di 10 anni ragazze e ragazzi di tutta Europa nei luoghi dell'orrore del Novecento, come Auschwitz. Più di ventimila persone di cui una minima parte avrebbe potuto, per le ragioni più varie, identificarsi con le vittime di quella mostruosità: minoranze etniche, religiose, sessuali, disabili sono una percentuale molto piccola della massa delle persone che ogni anno visitano Auschwitz. La stragrande maggioranza delle persone che si affacciano oggi su quel pezzo di storia non sarebbero state spedite in Lager. Anzi, alcuni, forse, sarebbero stati dall'altra parte del filo spinato. La memoria pubblica che dobbiamo costruire oggi basandoci sulla storia non deve essere utile solo alle possibili vittime, ma deve essere innanzitutto rivolta ai possibili carnefici e a quella moltitudine spesso silenziosa che nella storia ha spesso assistito senza agire. Un impegno corale che potrebbe davvero, per una volta, cambiare la storia.

RIFERIMENTI

Adorno, T. W. (1984). *Modèles critiques*. Payot.

Albanese, M. y Del Hierro, P. (2018). *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and the Global Neo-Fascist Network*. Bloomsbury Publishing.

Anderson, B. (2016). *Comunità immaginate. Origini e fortuna dei nazionalismi*. Laterza. (Ed. or. 1983).

Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Paidós.

Bernhard, P. y Klinkhammer, L. (ed.) (2017). *L'uomo nuovo del fascismo. La costruzione di un progetto totalitario*. Viella.

- Canfora, L. (2003). *Crítica de la retórica democrática*. Crítica.
- Canfora, L. (2004). *La democracia. Historia de una ideología*. Crítica.
- Canfora, L. (2008). *Exportar la libertad. El mito que ha fracasado*. Ariel.
- Cavazza, S. (2003). *Piccole patriae: festa popolari tra regione e nazione durante il fascismo*. Il Mulino.
- Collotti, E. (2000). Fascismo, fascismo. En E. Collotti (a cura di), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*. Laterza.
- De Felice, R. (1970). *Le interpretazioni del fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1974). *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Vol. I. Einaudi.
- De Felice, R. (1975). *Intervista sul fascismo*. Laterza.
- De Felice, R. (1978). *Autobiografia del Fascismo : antologia di testi fascisti, 1919-1945*. Minerva.
- De Felice, R. (1981). *Mussolini il duce. Lo stato totalitario (1936-1940)*. Vol. II. Einaudi.
- De Felice, R. (2001). *Breve storia del fascismo*. Mondadori.
- De Luna, G. (2022). *Fascismo e storia d'Italia. A un secolo dalla marcia su Roma. Temi, narrazioni, fonti*. Feltrinelli.
- Dogliani, P. (2016). *Il fascismo degli Italiani. Una storia sociale*. Utet.
- Eco, U. (2017). *Il fascismo eterno*. La nave di Teseo.
- Eco, U. (2018). *Contra el fascismo*. Lumen.
- Falasca-Zamponi, S. (1997). *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2017). *From Fascisms to Populism in history*. University of California Press.
- Finchelstein, F. (2020). *A Brief History of Fascist Lies.*, University of California Press.
- Filippi, F. (2020). *Ma perché siamo ancora fascisti? Un conto rimasto aperto*. Bollati Boringhieri.
- Filippi, F. (2021). *Prima gli italiani! (sì, ma quali?)*. Laterza.
- Filippi, F. (2023). *Mussolini también hizo cosas buenas... Las idioteces que siguen circulando sobre el fascismo*. Prometeo Editorial. (Original italiano: *Mussolini ha fatto anche cose buone. Le idiozie che continuano a circolare sul fascismo*. Bollati Boringhieri, 2019).
- Flores, M. (2020). *Cattiva memoria*. Il Mulino.
- Forti, S. (2021). *Extrema Derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.

- Fukuyama, F. (1992). *The End of the History and the Last Man*. Free Press.
- Gallego, F. (2006). *Una patria imaginaria. La extrema derecha española (1973-2005)*. Síntesis.
- Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista: La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Crítica.
- Gentile, E. (2002). *Fascismo. Historia e interpretación*. Alianza.
- Gentile, E. (2005). *Les religions de la politique. Entre démocraties et totalitarismes*. Seuil.
- Gentile, E. (2007). *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia Fascista*. Siglo XXI.
- Gentile, E. (2018). *La mentira del Pueblo soberano en la democracia*. Alianza.
- Gentile, E. (2019). *Chi è fascista?* Laterza. (Ed. esp. *Quién es fascista*. Alianza).
- Gobetti, E. (2023). *E allora le foibe?* Laterza.
- Greppi, C. (2020a). *L'antifascismo non serve più a niente*. Laterza.
- Greppi, C. (2020b). *La storia ci salverà. Una dichiarazione d'amore*. Utet.
- Greppi, C. (2021). *Il buon tedesco*. Laterza.
- Griffin, R. (2010). *Fascismo y modernismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*. Akal.
- Guisado, D. V. y Bordel, J. (2021). *Salvini & Meloni. Cómo la derecha radical conquistó la política italiana*. Edicions i propostes Culturals.
- Habermas, J. (1999). *La constellation postnazionale*. Feltrineli.
- Hametz, M. F. (2012). *In the Name of Italy: Nation, Family, and Patriotism in a Fascist Court*. Fordham University Press.
- Judt, T. (2008). *Sobre el olvidado siglo XX*. Taurus.
- Kempowski, W. (2015). *Lei ha mai visto Hitler?* Sellerio.
- Levi, C. (2005). *Cristo se detuvo en Éboli*. Gadir.
- Levi, C. (2020). *Miedo a la libertad*. Altamarea.
- Loff, M.; Vieira, T. y Guerra, F. (2022). *O "Novo Normal". Securitização, Precariedade e (Des)Integração Europeia em Tempos de pandemia*. Página a Páginas.
- Pansa, G. (2003). *Il sangue dei vinti*. Sperling & Kupfer.
- Pisanty, V. (2022). *Los guardianes de la memoria. El retorno de las derechas xenófobas*. PUV.
- Platón (2010). *La República o el Estado*. Espasa Calpe.
- Popper, K. (1945). *The Open Society and its Enemies*. George Routledge & Sons.

- Rochat, G. (2008). *Le guerre italiane 1935-1943. Dall'impero d'Etiopia alla disfatta*. Einaudi.
- Rodrigo, J. y Fuentes, M. (2022). *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Deusto.
- Sabatucci, G. (2007). *Storia contemporanea. Il Novecento*. Laterza.
- Salvemini, G. (1966). *Le origini del fascismo in Italia. Lezioni di Harvard*. Feltrinelli.
- Sidera, A. (2020). *Feixisme persistent. Radiografia de la Itàlia de Matteo Salvini*. Saldonar.
- Straehle, E. (2022). Fascismo. ¿La llama sigue ardiendo? *Nueva Sociedad*, 302. <https://nuso.org/articulo/302-fascismo/#footnote-7>
- Tomasoni, M. y Rina Simón, C. (2021). Ecos imperiales: diálogos sobre la *imperio nostalgia*. *Jerónimo Zurita*, 9, 11-33.
- Traverso, E. (2002). *Totalitarismo, storia di un dibattito*. Ombre Corte.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2016). Espectros del fascismo. Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI. *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 50, 4-20.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.

Questo articolo è la versione italiana (lingua del testo originale dell'intervista con lo storico Francesco Filippi) del precedente articolo, pubblicato in spagnolo in questo numero 7 de *Con-Ciencia Social*. La traduzione dell'introduzione all'intervista dallo spagnolo all'italiano a cura di Matteo Tomasoni.

La amenaza interminable del fascismo. Entre realidad histórica y propaganda contemporánea

The never-ending threat of fascism. Between historical reality and contemporary propaganda

Giorgia Priorelli
Universitat de Girona
giorgia.priorelli@udg.edu

Recibido en noviembre de 2023
Aceptado en enero de 2024

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28401

RESUMEN

Este artículo reflexiona sobre la hipótesis de una vuelta al fascismo en el mundo actual a través de partidos de derecha radical que han ido adquiriendo cierta fuerza política en Europa, Estados Unidos y América Latina a lo largo de las primeras décadas del siglo XXI.

El presente análisis se inspira en dos volúmenes recientes, elaborados por la pluma de dos ilustres historiadores contemporáneos: *Quién es fascista* de Emilio Gentile y *Las nuevas caras de la derecha* de Enzo Traverso. Ambos autores debaten sobre la existencia de un nexo real entre la derecha radical en el siglo XXI y el fascismo histórico en la Europa de entreguerras. El debate, lejos de agotarse, es de absoluta centralidad en un momento en que el adjetivo "fascista" a menudo se amplía hasta el punto de desnaturalizarlo y vaciarlo de su contenido original. Mirar a la historia es indispensable para entender el auténtico significado de la palabra "fascismo" y evitar su uso impropio.

Palabras clave: fascismo, post-fascismo, período de entreguerras, siglo XXI, nacionalismo, populismo.

ABSTRACT

This article reflects on the hypothesis of a return to fascism in today's world through far-right parties that have been acquiring a certain political strength in Europe, the United States and Latin America throughout the first decades of the 21st century.

The present analysis is inspired by two recent volumes, written by two illustrious contemporary historians: *Las nuevas caras de la derecha* by Enzo Traverso and *Quién es fascista* by Emilio Gentile.

Both authors debate the existence of a real link between the far-right in the 21st century and historical fascism in interwar Europe. The debate, far from being exhausted, is crucial at a time when the concept of "fascist" is often expanded to the point of being deformed and emptied of its authentic content. Using a historical approach is essential to understand the true meaning of the word "fascism" and avoid its misuse.

Keywords: fascism, post-fascism, interwar period, XXI century, nationalism, populism.

Referencia

Priorelli, G. (2024). La amenaza interminable del fascismo. Entre realidad histórica y propaganda contemporánea. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 163-172. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28401

¿FASCISMO REVIVIDO?

El 6 de octubre de 1937, en su portada, el diario fascista *Il Popolo d'Italia* publicaba una intervención reciente de Benito Mussolini sobre la relación entre la doctrina fascista y Europa. En el periodo de máxima consolidación y popularidad del régimen, el *Duce* de las camisas negras declaró de que “cada nación [tendría] pronto su fascismo”, es decir, “un fascismo adaptado a la situación peculiar de cada pueblo”. Para él, nunca habría habido un fascismo para exportar “en formas estandarizadas” sino un “complejo de doctrinas, métodos, experiencias y logros que gradualmente penetraron en todos los Estados de la comunidad europea, y representaron el nuevo hecho en la historia de la civilización humana”¹. Parafraseando las declaraciones de otro ilustre exponente del fascismo italiano, Giuseppe Bottai, la universalidad del fascismo se había extendido más allá de las fronteras italianas. Se trataba de fundar un sistema fascista en cada Estado, según el espíritu de cada nación². Los hombres del *Partito Nazionale Fascista* (PNF) estaban persuadidos de que la historia del fascismo italiano se había convertido en un momento decisivo en la historia europea y en la historia de toda la humanidad. Como consecuencia —asumía Mussolini— la Europa del mañana habría sido inevitablemente fascista “según el desarrollo lógico de los acontecimientos”³.

Como es notorio, estos ambiciosos planes para un nuevo orden fascista a escala global fueron demolidos durante la Segunda Guerra Mundial. El intento de imponer el fascismo como tercera vía alternativa al liberalismo y al socialismo terminó en un fracaso. De hecho, la experiencia del fascismo histórico concluyó en 1945 con la derrota de las potencias del Eje y la victoria de la democracia liberal, la cual se consolidó como modelo de gobierno hegemónico en gran parte del planeta a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. A pesar de eso, en los últimos 70 años, el espectro del fascismo ha sido evocado a menudo en diferentes países en coincidencia de particulares momentos de crisis política, económica y social para llamar la atención sobre la existencia de una amenaza —más o menos real— al Estado de derecho. Con el inicio del nuevo milenio, muchos han vuelto a advertir contra la materialización de esta amenaza. A partir de los primeros años 2000, en varios Estados occidentales, movimientos y partidos de derecha radical han proliferado y aumentado

¹ Benito Mussolini: Europa e Fascismo. *Il Popolo d'Italia*, 278, 6 de octubre de 1937, p. 1.

² Giuseppe Bottai: Domani una realtà europea. *Critica fascista*, 7, 1 de abril de 1933, p. 122.

³ Il Duce e il Führer parlano alla Germania e al mondo. *Il Popolo d'Italia*, 271, 29 de septiembre de 1937, p. 1.

exponencialmente su popularidad, siendo favorecidos por el estallido de la crisis económica global de 2008 y los flujos masivos de refugiados generados por la guerra en Siria a partir de la primavera de 2011. Según la interpretación de algunos, hubo muchos signos inequívocos del contundente regreso del fascismo a la escena política internacional: de las repetidas victorias de Viktor Orbán en Hungría a partir de 2010 a la elección de Donald Trump y Jair Bolsonaro a la presidencia de sus respectivos países en 2016 y 2018; del considerable incremento del apoyo popular al *Front National* (actual *Rassemblement National*) de Marine Le Pen en las elecciones francesas de 2017 y 2022 al ascenso de la *Lega* de Matteo Salvini en Italia; de la afirmación de Vox como tercer partido de España en 2019 al considerable crecimiento electoral de *Chega* en las presidenciales portuguesas de 2021. El *exploit* de la derecha radical sueca de Jimmie Åkesson en las elecciones de 2022, la victoria de la líder de *Fratelli d'Italia*, Giorgia Meloni, y su nombramiento como jefe del ejecutivo nacional el mismo año, junto a la inclusión de los ultranacionalistas de Verdaderos Finlandeses en el nuevo gobierno de Helsinki el pasado junio, han alimentado aún más los temores de los partidos más progresistas, que, por toda respuesta, han vuelto a ondear la bandera del antifascismo.

Frente a una crisis de la democracia liberal a escala global, la derecha radical ha encontrado tierra fértil para echar raíces y crecer, siendo promotora de un proyecto político ultranacionalista y populista que ha alcanzado un éxito completamente inesperado en numerosos países en los últimos años. A la hora de interpretar esta realidad, muchos han subrayado las similitudes con la experiencia del fascismo en el periodo de entreguerras. Sin embargo, la reciente intervención de historiadores en este debate ha sido fundamental para aclarar la naturaleza de dos fenómenos —el fascismo histórico y la derecha radical contemporánea— que el lenguaje periodístico y la propaganda política actual a menudo describen con mucha superficialidad como análogos.

En este sentido, los volúmenes *Quién es fascista* de Emilio Gentile (2019) y *Las nuevas caras de la derecha* de Enzo Traverso (2021; 1ª edición en francés en 2017) son de gran utilidad ya que evidencian la importancia de proceder de una meticulosa investigación histórica cuando se habla de fascismo. Además, advierten sobre los errores interpretativos en que se puede incurrir a la hora de intentar a toda costa trazar una línea de continuidad entre fenómenos esencialmente diferentes y darles una coherencia histórica que, en realidad, no tienen. Tanto el libro de Gentile como el de

Traverso se presentan en forma de entrevista. En el primer caso, el autor responde a las preguntas de un entrevistador imaginario, detrás del cual se esconde el propio Gentile. La segunda obra, por su parte, contiene una conversación entre Traverso y el investigador y periodista francés Régis Meyran. En ambos casos se trata de volúmenes breves, escritos con un lenguaje accesible que garantiza la comprensión incluso a un público no académico. A través de estos, Gentile y Traverso reflexionan sobre la utilidad real de la categoría de “fascismo” para explicar la derecha radical en la fase histórica actual caracterizada por la crisis de la democracia liberal.

ANTILIBERALISMO: EL MÍNIMO COMÚN DENOMINADOR

Desde la fundación de los *Fasci di Combattimento* en marzo de 1919, la lucha implacable contra la democracia liberal —definida por Benito Mussolini como uno de los “enemigos antinacionales” por excelencia— se configuró como un elemento central de la ideología fascista en el periodo de entreguerras. En la interpretación de los camisas negras, el liberalismo no había creado un Estado auténticamente representativo sino un Estado monoclasa que ignoraba las demandas sociales de las clases bajas. Semejante tipo de Estado también era considerado responsable de una red articulada de corrupción, lo cual ponía en evidencia la incapacidad de la clase política liberal de establecer un gobierno auténticamente democrático a los ojos de los fascistas. Según los teóricos del *Partito Nazionale Fascista* (PNF), el símbolo más evidente de este sistema —juizado como corrupto y corruptor— era la institución del Parlamento. En este, el fascismo veía la enfermedad epidémica del organismo político nacional y el instrumento particular de la “oligarquía burguesa” que prometía con “perfidia demagógica” luchar por la grandeza del pueblo, pero en cambio gobernaba por los “favores de las clientelas”⁴. Siguiendo esta interpretación, los fascistas llegaron a afirmar que el Estado liberal se había convertido en sinónimo de división, ciertamente no de nación. Basándose en estos convencimientos, denunciaron la antítesis entre la “falsa nación” de la élite ejecutiva y la “verdadera nación” del pueblo reunido en las plazas, entre el “país legal” y el “país real”, como resultado de la incapacidad de la clase política liberal para integrar a las masas en el Estado tras el fin de la Gran Guerra. La defensa de los intereses nacionales, según los fascistas, había dado paso a la ambición de los hombres hasta el punto de que la política se había convertido en un “currículum del profesionalismo parlamentario” y una

⁴ Gherardo Casini: Problema essenziale. *Critica fascista*, 23, 1 de diciembre de 1924, p. 724.

exaltación de la superstición de la mayoría⁵. La democracia liberal, concluía Mussolini, no era otra cosa sino un “sistema bien organizado de caciques y camorras electorales” y una “confusión de una multitud de egoísmos”⁶.

Después del 1945, tras la derrota del fascismo —entendido no sólo en su original versión italiana sino como fenómeno a escala continental— el pensamiento antiliberal de derecha no desapareció de golpe, pasando a ser una corriente minoritaria que ha vuelto a presentarse inesperadamente y con renovada fuerza en la escena política internacional contemporánea. Precisamente sobre la base del antiliberalismo compartido, en el primer cuarto del nuevo siglo y con intensidad mayor en los últimos años, muchos han empezado a denunciar a la nueva derecha radical como la heredera directa del fascismo histórico. El tema ha estimulado una fructífera reflexión académica, inaugurada con la aparición de algunos estudios pioneros ya a mediados de los años 1990. Así, en 1994, Hans-Georg Betz publicó su trabajo sobre los nuevos partidos de la derecha populista radical de Europa occidental, argumentando que, al distanciarse de la política reaccionaria de la derecha extremista tradicional, éstos se habían convertido en un desafío notable para la democracia en el continente. El año siguiente, en ocasión de las celebraciones del aniversario de la Liberación de Italia del 25 de abril de 1945, en la Columbia University, Umberto Eco pronunció su famosa tesis sobre el “fascismo eterno” que se esconde “bajo ropa civil” y “aún puede regresar bajo la apariencia más inocente”. Siguiendo estos dos ejemplos, a principios de la década de 2000, se publicaron nuevas contribuciones científicas sobre extrema derecha y neofascismo en Europa occidental, como las de Piero Ignazi (2003) y Andrea Mammone (2009). Sin embargo, ha sido a partir de la segunda mitad de la década de 2010 cuando la producción académica se ha intensificado notablemente. Estudios sobre la conexión entre la crisis de la democracia liberal, el ultranacionalismo y el populismo han proliferado. Entre sus méritos más relevantes está el de haber situado el proceso de radicalización de la derecha actual en un marco global (Eatwell y Goodwin, 2018; Finchelstein, 2019; Berberoglu, 2020; Bale y Rovira Kaltwasser, 2021).

⁵ Enrico Corradini: Libertà e autorità. *Gerarchia*, 4, abril de 1928, p. 300; Romolo Murri: L'essenza della democrazia. *Critica fascista*, 22, 15 de noviembre de 1924, p. 704.

⁶ Benito Mussolini: Democrazia. *Il Popolo d'Italia*, 33, 8 de febrero de 1922, p. IX.

HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN CORRECTA

La extraordinaria atención prestada al fenómeno de la derecha radical contemporánea ha significado también que se desarrollara una reflexión sobre cómo abordar correctamente la cuestión a nivel metodológico y sobre el uso más o menos adecuado de la categoría de fascismo para tal fin. Los volúmenes de Emilio Gentile y Enzo Traverso en examen, que han dado paso a otras investigaciones críticas en el último período (Rodrigo y Fuentes Codera, 2022), se sitúan en este contexto. Ambos autores aclaran su posición a partir de las primeras páginas de sus respectivos libros. Los dos coinciden en rechazar la aplicación de la categoría de fascismo para comprender los movimientos y partidos ultranacionalistas de nuestros días, denunciando una falta sustancial de conocimiento histórico en la tendencia dominante a establecer un “*continuum* fascista” que va desde el período de entreguerras hasta hoy. Tanto para Gentile como para Traverso, el uso de esta categoría no sólo es inútil sino también contraproducente, ya que agrava la desinformación y dificulta la comprensión.

En particular, Gentile critica la propensión difundida a reemplazar la historiografía con la “ahistoriología”, que él define como la tendencia a adaptar continuamente el pasado “a los deseos, esperanzas y temores actuales” mezclando la historia “con la imaginación y con los prejuicios personales, que prevalecen sobre el análisis de los hechos reales” (Gentile, 2019, pp. 15, 70). Además, afirma rotundamente la imposibilidad de prescindir del fascismo histórico a la hora de establecer quién es fascista. Contra la banalización del fascismo, el autor reivindica la complejidad de esta experiencia histórica, de la cual recorre las principales etapas y destaca las características constitutivas. De tal manera, Gentile define el fascismo como “el primer movimiento nacionalista y revolucionario, antiliberal, antidemocrático y antimarxista, organizado por un partido milicia” que ha conquistado el monopolio del poder y ha derribado el parlamentarismo con el objetivo de “crear un nuevo Estado y regenerar la nación”. Los rasgos más relevantes de su ideología, indica el autor, se encuentran en el “pensamiento mítico, virilista y antihedonista” y en la primacía de la nación como “comunidad orgánica étnicamente homogénea, organizada jerárquicamente en un Estado totalitario”. Dotado de una evidente “vocación imperialista y belicosa”, el fascismo implementó una política de potencia y conquista que tenía como fin último la creación de “un nuevo orden y una nueva civilización” (pp. 152-153).

Partiendo de esta definición, Gentile rechaza la teoría de quienes ven en la Lega de Salvini, en Vox, en el Partido Republicano de Trump e incluso en el terrorismo islámico —por citar algunos ejemplos— un retorno del fascismo, tratándose de fenómenos que tienen poco o nada en común con el fascismo histórico. Al mismo tiempo, el historiador advierte contra la tendencia a “ver fascistas por todas partes”. Esta llevaría a subestimar amenazas reales a la democracia como la proclividad de los gobiernos contemporáneos a transformarse en “democracias recitativas”, en las que el pueblo soberano es llamado periódicamente a ejercer el derecho de voto “para volver luego de nuevo tras los bastidores, mientras que en el escenario dominan castas, oligarquías y camarillas generadoras de desigualdades y corrupción” sin ningún “ideal democrático” (pp. 197-198).

Por su parte, Traverso abre su análisis mostrando cómo la derecha radical actual carece de dos elementos fundamentales en comparación con el fascismo histórico. En primer lugar, es el resultado de “una crisis de hegemonía que no puede compararse con el derrumbe europeo de la década de 1930”. En segundo lugar, no tiene carácter revolucionario, siendo esencialmente una derecha conservadora “desprovista de la idea de futuridad que modeló de manera tan profunda las ideologías y utopías fascistas” (Traverso 2021, p. 19). El autor define esta derecha como “posfascista”, para indicar un “fenómeno transitorio, en transformación, que todavía no ha cristalizado”. Para Traverso, se trata de un fenómeno “heterogéneo”, que tienen como matriz el fascismo clásico, pero no lo reivindica y no se pone en continuidad ideológica con él (pp. 23-24). Este posfascismo, afirma el historiador, “no expresa valores ‘fuertes’ como sus ancestros”, pero quiere llenar el vacío creado por una política que ya no lucha “por ideas” sino distribuye poder (pp. 43-44). En definitiva, se trata de una derecha reaccionaria que persigue “el restablecimiento de las soberanías nacionales” frente a la globalización, fórmulas proteccionistas en economía, “la defensa de identidades nacionales amenazadas” sobre todo en sentido anti-islámico, y propone un “modelo de democracia plebiscitaria” contraria a las deliberaciones colectivas (p. 45).

En su volumen, Traverso dedica amplio espacio al análisis del *Front National* de Marine Le Pen. Además, incluye un interesante capítulo sobre el islamismo radical en el que desmonta la idea del Estado Islámico como “islamofascismo”, ya que no le atribuye la forma de una religión política —como fue el fascismo clásico— sino de una “religión tradicional” que “se politiza y se radicaliza al extremo” y que no reacciona a

la democracia, sino que surge en un contexto geográfico caracterizado por la ausencia de esta (pp. 116-119).

MIRAR A LA HISTORIA PARA UN DEBATE MÁS CONSCIENTE

En un momento en el que muchos hablan de una vuelta del “fascismo con otros ropajes” (Gentile, 2019, p. 21), la tarea del historiador es reflexionar sobre la existencia de un nexo real entre la extrema derecha contemporánea y el fascismo histórico en la Europa de entreguerras. El debate, lejos de agotarse, es de absoluta centralidad en un momento en que el término “fascista” a menudo se amplía hasta el punto de deformarlo y vaciarlo de su contenido auténtico. Utilizar un enfoque histórico es fundamental para comprender el verdadero significado de la palabra “fascismo” y evitar su uso indebido, lo cual no sólo no ayuda a explicar el fenómeno de la extrema derecha contemporánea, sino que a menudo es un obstáculo para una comprensión profunda de esta.

Las profundas diferencias entre el fascismo histórico y la nueva derecha radical impiden colocar estos dos fenómenos en una línea de continuidad que del 1919 llega a nuestros tiempos. Al contrario del fascismo en el periodo de entreguerras, la extrema derecha actual se mueve en un contexto de democracia parlamentaria que no entiende derrumbar; no presenta algún proyecto político innovador y, por lo tanto, no es revolucionaria sino fuertemente conservadora. Es decididamente anti-estatalista, en abierta antítesis con la idea fascista del Estado omnipresente en la vida pública y privada de sus ciudadanos. No tiene ni pretende tener los rasgos de una religión política y sus líderes no poseen un carácter carismático mínimamente parangonable a la fascinación que Mussolini o Hitler —para citar los casos más célebres— ejercieron sobre las masas. Se trata evidentemente de una derecha con actitud populista, intrínsecamente ultranacionalista y, consecuentemente, xenófoba. Es precisamente sobre el elemento nacionalista —que el fascismo histórico adoptó como uno de sus elementos constitutivos, aunque sin limitarse a este— donde es necesario centrar la reflexión para comprender el éxito reciente de la derecha radical. Al igual que ocurrió después de la Gran Guerra, hoy la derecha radical recurre a invocar el ideal nacional como elemento identitario cultural fuerte en un momento en que la democracia liberal se enfrenta a desafíos que le cuesta gestionar, generando así en la opinión pública una sensación de caos y falta de competencia por parte de la clase dirigente. Después de más de un siglo, en plena era de la globalización, en la Europa unida, resurge con

fuerza el mito de la nación, el cual, por mucho que se intente ignorarlo y descartarlo como obsoleto en favor de una perspectiva globalista, demuestra que tal vez nunca realmente ha desaparecido. La nación, una vez más, es utilizada como elemento unificador y tranquilizador, en particular modo frente al fortalecimiento de movimientos sociales percibidos como desestabilizadores y dañinos al cuestionar el *statu quo*. Más que el retorno del fascismo, asistimos a un retorno del ultranacionalismo que, para una parte nada desdeñable de la población de algunos Estados, ha vuelto a representar una alternativa mejor al enfoque de resolución de conflictos y de síntesis de intereses adoptado por los sectores gubernamentales más moderados.

REFERENCIAS PRINCIPALES

- Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Alianza Editorial.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo Veintiuno Editores [1° edición en francés en 2017].

REFERENCIAS

- Bale, T. & Rovira Kaltwasser, C. (eds.) (2021). *Riding the Populist Wave. Europe's Mainstream Right in Crisis*. Cambridge University Press.
- Berberoglu, B. (2020). *The Global Rise of Authoritarianism in the 21st Century. Crisis of Neoliberal Globalization and the Nationalist Response*. Routledge.
- Betz, H. G. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Palgrave Macmillan.
- Eco, U. (2017). *Il fascismo eterno*. La nave di Teseo.
- Eatwell, R. & Goodwin, M. (2018). *National Populism: The Revolt against Liberal Democracy*. Pelican Books.
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Gentile, E. (1995). *La via italiana al totalitarismo*. La Nuova Italia Scientifica.
- Gentile, E. (2002). *Fascismo. Storia e interpretazione*. Laterza.
- Ignazi, P. (2003). *Extreme Right parties in Western Europe*. Oxford University Press.
- Mammone, A. (2009). The Eternal Return? Faux Populism and contemporarization of Neo-Fascism across Britain, France and Italy. *Journal of Contemporary European Studies* 17, 171-192.
- Mosse, G. L. (1999). *The fascist revolution: Toward a general theory of fascism*. Howard Ferting.
- Paxton, R. (2004). *The anatomy of fascism*. Alfred A. Knopf.

Rodrigo, J. y Fuentes Codera, M. (2022). *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Deusto.

Este ensayo se ha escrito en el ámbito de la Ayuda “María Zambrano” para la Atracción del Talento Internacional (REQ2021) y forma parte de las actividades del proyecto de investigación “España, la primera posguerra, la dictadura de Primo de Rivera y sus articulaciones con Italia, Portugal y Argentina” (PID2020-112800GB-C22).

¿Fascismo(s) modernizado(s)? La relación oblicua del fascismo histórico con la extrema derecha

Fascism(s) modernized? The oblique relationship of historical fascism with the extreme right

Magdalini Fytili

Universitat Autònoma de Barcelona
magdalini.fytili@uab.cat

Recibido en octubre de 2023
Aceptado en noviembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28402

RESUMEN

Este artículo aborda el tema de cómo se relacionan los fascismos históricos con el espacio político que ocupan hoy en día los movimientos de la extrema derecha. El análisis toma como eje la obra *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, de los historiadores Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, para profundizar en los elementos de los fascismos históricos que podemos, hoy en día, encontrar “modernizados” en los movimientos de extrema derecha. Asimismo, indaga en el caso español, defendiendo que, incluso si no podemos denominar el régimen franquista fascista por toda su duración, se trata de un régimen que oscilaba entre la fascistización y la defascistización.

Palabras clave: fascismo, extrema derecha, Europa, España, franquismo.

ABSTRACT

This article addresses the issue of how historical fascisms relate to the political space occupied today by far-right movements. The analysis takes as its axis the book *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*, by the historians Javier Rodrigo and Maximiliano Fuentes, to delve into the elements of historical fascisms that we can, today, find “modernized” in extreme right movements. It also explores the Spanish case, arguing that even if we cannot call the Francoist regime fascist for its entire duration, it was a regime that oscillated between fascistization and defascistization.

Keywords: fascism, extreme right, Europe, Spain, Francoism.

Referencia

Fytili, M. (2024). ¿Fascismo(s) modernizado(s)? La relación oblicua del fascismo histórico con la extrema derecha. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 173-186. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28402

¿QUÉ DEFINE EL FASCISMO?

Hoy en día, cada vez más ciudadanos responden favorablemente a la pregunta de si están de acuerdo con que gobierne “un líder fuerte que no tiene que preocuparse por el Parlamento y las elecciones”¹, mientras que casi un tercio de los europeos votan a partidos de extrema derecha, lo que supone un aumento del apoyo a la política *antiestablishment* en todo el continente. El análisis realizado en 2023 por más de 100 politólogos en 31 países revela que, en las elecciones nacionales del año pasado, un 32% de los votantes europeos votaron a partidos antisistema, frente al 20% de principios de la década de 2000 y el 12% de principios de la década de 1990².

¿Fascistas, posfascistas, neofascistas, ultraderechas, derechas radicales, derechas populistas, derechas antiliberales? ¿Cómo definimos este espacio político tan dispar y amplio, y cómo pensamos en sus posibles relaciones con los fascismos históricos? ¿Cuáles son los elementos que comparte con éstos? ¿Resulta operativo calificar el amplio y diverso arco de estas derechas como fascistas? Y ¿por qué tememos un resurgimiento del fascismo en el presente? Para poder contestar a estos grandes interrogantes, antes de todo deberíamos aclarar qué se entiende historiográficamente por fascismo. Pero, ¿por qué resulta tan difícil que haya consenso en la definición del fascismo como fenómeno histórico?

Como sostienen Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, los autores de *Ellos los fascistas*, la falta de acuerdo sobre la definición y aplicabilidad del concepto de fascismo se explica por una serie de factores: la relativa brevedad de su trayectoria histórica (en la mayoría de los casos, encapsulado en el período entre las dos guerras mundiales, desde 1922 hasta 1945) en comparación con las alternativas epocales de la democracia liberal o incluso del socialismo real; las diferencias que los distintos movimientos, grupos y regímenes fascistas mostraron en los múltiples contextos de surgimiento, acceso o no al poder y pérdida del mismo; la diversidad de sus estadios y la consideración, casi generalizada, de que aquellos son etapas de obligado recorrido para alcanzar el fascismo pleno, sin sufijos ni prefijos matizadores de su extensión y complejidad; la falta de coherencia entre los proyectos y mitos fundacionales de cada uno y sus ideologías abiertamente impuras, mestizas,

¹ Véase el informe de 2022 del International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA), titulado *The Global State of Democracy 2022*, p. 6.

² <https://www.theguardian.com/world/2023/sep/21/revealed-one-in-three-europeans-now-votes-anti-establishment>

complejas, mezcladas en términos políticos, culturales e identitarios; así como su importancia como alternativa política radical en Europa y fuera de ella (2022, p. 40).

Destacar las claves explicativas del fascismo, sin embargo, no es sólo una cuestión conceptual y terminológica que nos permite evitar una banalización del fascismo histórico mediante la desnaturalización de su significado. La definición del fascismo resulta decisiva también porque afecta a nuestra capacidad para entender, analizar y responder a los movimientos contemporáneos de extrema derecha. Hoy en día somos testigos de un auge internacional de estos movimientos. Pese a esto, resulta bastante improbable e inverosímil que se produzca un resurgimiento del fascismo con las características que tuvo en las décadas de 1920 y 1930, dadas las radicales diferencias tanto de contexto como de problemas y contendientes políticos. Eso, no obstante, no significa que no podamos aprender de la(s) historia(s) del fascismo para ayudarnos a entender algunos fenómenos del presente.

Por un lado, el fascismo empleó una demagogia populista que jugaba con los miedos y prejuicios nacionalistas de la clase media en medio de una crisis profunda, proponiendo de una forma convincente un nuevo orden productivo disciplinado, jerárquico y organicista que no buscaba tanto combatir las causas sistémicas de la crisis como sus efectos. Por otro lado, la incapacidad del liberalismo, el socialismo y el conservadurismo parlamentarios para afrontar las crisis dio lugar a un descrédito que facilitó la conversión de la militancia moderada y conservadora al fascismo. El fascismo funcionó mejor allí donde una ola de desilusión popular envolvió a los dirigentes anteriores, puesto que su imaginería arraigó en el vacío de lealtades derrumbadas. Aún más, el fascismo adquirió relevancia política allí donde pudo articular legados políticos reaccionarios y autoritarios, presentándolos como modernos, condicionando de esta manera la agenda política incluso antes de llegar al poder, mediante el uso de herramientas —aunque extremadamente violentas— para solucionar una serie de problemas urgentes que la clase política entendida como *establishment* no fue capaz de solucionar. Asimismo, el fascismo ofreció una lectura muy concreta de lo que era la civilización occidental, cuya preservación y materialización pasaba por la homogeneización y la renuencia a cualquier forma de otredad.

Pese a las dificultades mencionadas a la hora de definir el fascismo, la historiografía ha consagrado miles de páginas a explicar su génesis y su comportamiento una vez en el poder, primando la atención a diferentes características

clave de este, y produciendo, a la vez, profundas discrepancias terminológicas. Uno de los más importantes investigadores del fascismo, Emilio Gentile, ha destacado su carácter revolucionario, puesto que, según él, su origen se remontaba a un partido revolucionario de ideología extremista y palingenésica que ansiaba el monopolio del poder para conquistar la sociedad y transformarla según su concepción del hombre y de la política; consagrando así una dominación política a través de una “religión política” (Gentile, 2006; Gentile y Mallett, 2000, pp. 18-55) cada vez más radical, encaminada a una “revolución antropológica” y a una expansión nacional o racial sin límites (2004, pp. 328-352; 2019, p. 95).

Mosse, a su vez, ha subrayado el hecho de que la cultura e ideología fascistas se basaban en un proyecto de reorganización y refundación global de la sociedad y la civilización, aspirando a transformar los imaginarios colectivos por medio de la transformación de los estilos de vida, la supresión de toda división entre vida privada y pública (1999, p. 42). Asimismo, demostró el efecto primordial que tuvo la nacionalización de las masas a partir de la Gran Guerra (Mosse, 2005). A su modo de ver, el fascismo fue un movimiento político nuevo, pero no un movimiento que inventara nada nuevo; se anexionó lo largamente conocido y lo convirtió en parte de su racismo y nacionalismo (Mosse, 1999, p. XVII).

Puesto que en cada uno de los países en los que arraigó el fascismo históricamente, el contexto nacional (su pasado, presente y futuro nacional, local, de clase, de género, familiar y religioso) resultó fundamental a la hora de conformar sus características (Finchelstein, 2019, p. 81; Paxton, 2013, p. 14), el historiador R. O. Paxton ha analizado el fascismo como un fenómeno móvil, adaptable y dinámico que dio siempre primacía a la violencia, desarrollada en forma de represión de masa, sistema concentracionario o práctica exterminadora:

El fascismo podría definirse como una forma de comportamiento político caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia, la humillación o el victimismo de la comunidad y por cultos compensatorios a la unidad y la pureza, en la que un partido de masas de militantes nacionalistas comprometidos, que trabaja en colaboración incómoda pero eficaz con las élites tradicionales, abandona las libertades democráticas y persigue con violencia redentora, y sin restricciones éticas o legales, objetivos de limpieza interna y expansión externa. (Paxton, 2012, p. 564)

Además, Paxton reclama una mayor atención hacia el modo en que el fascismo se hizo cargo del problema del ser en común, asociado directamente con la génesis de una violencia genocida. Siguiendo a Georges Bataille (1993, pp. 10-35), podríamos sostener que el fascismo fue la expresión política de una comunidad que se pensaba acabada, homogénea. La comunidad fascista fue de esta forma la materialización de un ideal comunitario reluctante a cualquier forma de otredad. Esa obsesiva impermeabilidad identitaria de la comunidad fascista es la que explica y motiva, directamente, sus derivas genocidas, su recurso al exterminio de las manifestaciones de la alteridad.

Paxton, sin embargo, rechaza tanto la tesis del carácter revolucionario del fascismo que han defendido autores como Emilio Gentile y Roger Griffin (1998, p. 14), y su versión más radical sostenida por A. James Gregor, para quien el fascismo, y no el comunismo, fue la verdadera revolución del siglo XX por su ideología, técnica propagandística y política de modernización (1974), así como la tesis de que la “religión política” fuese la clave explicativa del fascismo.

Según esta lectura, una de las características clave en la configuración histórica del fascismo es que ningún movimiento fascista llegó al poder sin el apoyo las elites tradicionales, aunque este fuese tardío y resignado a causa de la falta de soluciones alternativas (Paxton, 2012, p. 561)³. Aunque es verdad que los fascismos instauraron regímenes nuevos, destruyendo la democracia liberal, en todos los casos —a excepción de la España franquista— tomaron el poder por vías legales y nunca alteraron la estructura económica de la sociedad, a diferencia de las revoluciones comunistas y su transformación radical de las formas de propiedad. Los fascismos integraron en su sistema de poder a las antiguas elites económicas, administrativas y militares, de forma que siempre hubo un cierto grado de “ósmosis” entre fascismo, autoritarismo y conservadurismo. Aún más, los valores del fascismo fueron heredados de esta tradición autoritaria y conservadora que no tenía nada de revolucionaria: orden, jerarquía y obediencia (Bobbio, 1997, pp. 61-98). Y fue justo su carácter contrarrevolucionario y anticomunista —militante, agresivo, y radical— el que modeló el fascismo desde el principio hasta el final de su trayectoria, funcionando como amalgama para las distintas ideologías y trayectos de los fascismos en Europa

³ El papel de las elites conservadoras en el ascenso al poder de Hitler ha sido destacado por Kershaw (2000).

(Traverso, 2005, p. 47). Así, lo revolucionario del fascismo recayó en su carácter contrarrevolucionario (Breuer, 1996).

Un segundo elemento crucial son las razones por las que las sociedades llegaron o no al fascismo. Quizás algunos fascistas buscaban emplear una “religión política” mediante la que pudieran forjarse hombres y mujeres nuevos, pero el propósito no se logró entera y duraderamente, y este fracaso parcial precisa ser investigado e interpretado (Passmore, 2012, p. 13; Blinkhorn, 2004, p. 508). El estudio de la conversión al fascismo de una buena parte de la sociedad nos invita a pensar en el debilitamiento y disolución de la lealtad a una serie de valores que llevaron a que cada vez hubiera más gente “disponible” para este movimiento. Al mismo tiempo, el hecho de que la fascistización no fuera completa nos lleva a reflexionar sobre la fortaleza de ciertos vínculos socioculturales preexistentes que fueron elementos fundamentales en la resistencia a este movimiento (Jones, 1998). Hay que recordar también que el fascismo surgió en un contexto de crisis concatenadas —económica, social, política y moral— que condujeron a una profunda erosión del sistema democrático en su conjunto. Enormemente debilitada, la respuesta que distintas democracias europeas —no sólo Alemania e Italia, sino también Hungría, Rumania, Polonia y Gran Bretaña— dieron, por ejemplo, ante la llegada masiva de refugiados judíos, fue la adopción de leyes racistas. Frente a esta quiebra generalizada de un orden que parecía naufragar, la promesa de igualdad para los y las que compartían la misma identidad nacional fue capaz de derribar, en parte, previos vínculos socioculturales democráticos.

En el mismo sentido, sería útil reflexionar sobre cómo distintas naciones con diferentes culturas respondieron a una serie de crisis y/o traumas colectivos recurriendo o no a una violencia extrema. Aunque hay consenso historiográfico respecto a que la “verdadera matriz” del fascismo fuesen la crisis y la guerra total que habría dado lugar a la banalización de la violencia y el embrutecimiento de las sociedades, acostumbrándolas a la masacre industrial y a la muerte anónima de masa (Mosse, 1990, pp. 126-180; Eley, 2003, pp. 133-134), no todas las naciones respondieron de la misma manera a la crisis y al trauma colectivo de la Gran Guerra⁴. Una comparación entre los países europeos ha mostrado que las líneas de demarcación en la violencia política no discurrieron sólo entre naciones victoriosas y derrotadas. Los Estados-nación formados por guerras de unificación y los Estados de

⁴ Contrariamente, Jay Winter defiende “el carácter común de la vida cultural europea” en la invocación común de los muertos a través del luto (1995, p. 227).

Europa del Este formados por secesión demostraron ser particularmente propensos a la violencia en su cultura política, a diferencia de los Estados-nación de Europa Occidental creados por una revolución interna. Las diferentes reacciones a la crisis y a la guerra tuvieron tanto que ver con la cultura, incluida la creación de mitos fundacionales y visiones milenaristas del futuro, como con el recuento real de muertes, destrucción y trastornos económicos (Kramer, 2012, p. 45).

¿FASCISMOS ACTUALES?

Desde la consolidación del neoliberalismo, nuevos tipos de partidos y movimientos de extrema derecha han sustituido en gran medida a los antiguos grupos nostálgicos del fascismo histórico. Estas formaciones no se describen como fascistas o de extrema derecha, sino más bien como una nueva y al mismo tiempo auténtica derecha patriótica antisistema. Entonces, ¿este espacio representa un fenómeno nuevo, en ruptura con la tradición fascista, o está próximo a los idearios fascistas, encubiertos bajo nuevos ropajes? (Mudde, 1996 y 2007; Eatwell y Mudde, 2004; Griffin et al., 2014). En la línea de las características del fascismo mencionadas anteriormente, podríamos sostener, como lo hacen Rodrigo y Fuentes, que la extrema derecha actual es permeable a algunos componentes que aparecieron en o con el fascismo y una cierta “memoria histórica” próxima a él; que comparte con éste el ultranacionalismo, el patriotismo chovinista, el racismo y la xenofobia (2022, p. 25). Además, estas formaciones adoptan, en gran medida, el estilo fascista, un estilo radical, agresivo, “políticamente incorrecto” e incluso pretendidamente “revolucionario” que promueve la distinción amigo-enemigo frente a una supuesta amenaza existencial/identitaria.

Pero ¿son estos componentes suficientes para calificarlos de fascistas? Por un lado, no hay que olvidar que el racismo, el antisemitismo y la xenofobia eran fenómenos dominantes en estados democráticos como Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña mucho antes de la Gran Guerra y del auge del fascismo. Que haya racismo o autoritarismo no quiere decir que haya fascismo. Ambos son condición necesaria pero no suficiente, puesto que el fascismo fue más bien una forma específica en la que estos fenómenos se aunaron y tomaron forma. Por otro lado, sí que es verdad que el racismo, el nacionalismo y el extremismo conservador siguen constituyendo parte esencial de este espacio político, aunque se “han modernizado”, es decir, han sido metabolizados y adaptados a las nuevas problemáticas sociales.

Actualmente, la cruda versión del racismo biológico ha sido reemplazada por una ideología “comunitarista-diferencialista” más sofisticada, que defiende una cultura occidental estática y homogénea, entendida como una particular mezcla de valores — familia, religión, patria—, que se opone a la globalización, así como al multiculturalismo. A su vez, el nacionalismo exacerbado adquiere características nativistas de un pueblo idealizado, portador de unas supuestas virtudes innatas que se opone tanto a las elites como a la población extranjera. Como subrayan Rodrigo y Fuentes, el suelo fértil para estos partidos y movimientos han sido las múltiples crisis del siglo XXI: la crisis del terrorismo islamista y la “guerra global contra el terror”, la gran recesión de 2008 y las políticas de austeridad, la llamada “crisis de los refugiados” de 2015, la pandemia que estalló en marzo de 2020, y primordialmente la crisis de representatividad democrática y en general la crisis que atraviesa la democracia por la profunda desigualdad en el reparto de la riqueza. Dentro de este panorama de crisis generalizada, se pueden producir —y efectivamente se han producido— mayorías racistas, nacionalistas e iliberales.

Por lo tanto, podríamos afirmar que los movimientos y partidos de la extrema derecha actual asumen parte del legado ideológico de los fascismos históricos, pero modernizando su discurso y, lo que es más importante, integrándose en el parlamentarismo, es decir, ya no pretenden derrocar abiertamente regímenes democráticos usando la violencia —aunque sí es verdad que emplean distintas formas de violencia digital—, sino que, haciendo hincapié en la inmigración y la ley y el orden, desplazan el eje vertical de la desigualdad, que afecta a la estratificación social, por el eje horizontal de la diferencia, que tiene a la identidad como vector maestro. Su política es un proteccionismo defensivo “para cerrar puertas y ventanas, para salvaguardar inciertas identidades nacionales, amenazadas por la globalización y por las «invasiones de inmigrantes»” (Gentile, 2019, p. 140). Frente a las acusaciones de ser fascistas, se refugian en su misma indefinición o inocuidad, utilizando no una retórica fascista, sino más bien una anti-antifascista. Pese a este común “dogma central” (Eatwell, 2000, p. 414), estas nuevas formas de política radicalizada conservadora no dejan de albergar importantes particularidades, desemejanzas, contradicciones e incluso conflictos entre sí. Sin embargo, no hay que perder de vista que el fascismo fue siempre un gran constructor de síntesis de mitos, ideologías, valores, y grupos sociales incluso antagónicos con el fin de crear una gran mayoría social.

¿UN FASCISMO ESPAÑOL?

Efectivamente, el fascismo ha demostrado ser notoriamente escurridizo y resistente a la interpretación. Eso ha tenido como consecuencia que ni siquiera haya un consenso respecto a cuáles fueron los fascismos realmente existentes, sobre todo en relación con el caso español, puesto que la historiografía sobre el tema poco se ha movido fuera del espacio histórico ocupado por las experiencias italiana y alemana, elevadas a rango de paradigma. Desde hace décadas, ha habido numerosos intentos de categorizar el régimen de Franco tanto en la historiografía española como en la internacional, pero ninguno ha sido tan influyente como la taxonomía de Juan Linz sobre los regímenes autoritarios. Publicada por primera vez en 1964, en el capítulo denominado *An Authoritarian Regime: Spain*, Linz distinguía categóricamente el régimen franquista de los fascismos históricos.

Los autores de *Ellos los fascistas*, al igual que otros historiadores españoles como Ferran Gallego e Ismael Saz Campos insisten, no obstante, en la interpretación de la guerra civil española como marco de fascistización. Analizado desde esta perspectiva, el fascismo español fue el resultado de la llegada masiva de la extrema derecha española a la contienda, radicalizando sus proyectos y asumiendo esquemas totalitarios a través de la implementación de prácticas inéditas de control de masas, disciplina militar en el propio bando y eliminación violenta del adversario (Rodrigo y Fuentes, 2022, p. 82). En palabras de Ferran Gallego:

La radicalización es fascistización, es decir, un proceso por el que la propuesta de la revolución nacional sugerida por el fascismo pasa a considerarse representativa de un amplio espectro nacionalista. Es la capacidad de ofrecer identidad a ese nuevo conjunto social y político lo que permite la construcción del fascismo, aquello que le da el carácter de un proceso constituyente. (2014, p. 40)

De esta forma el proceso de fascistización que había de crear el primer partido de masas fascista en España, la Falange, se realizó plenamente en el escenario de una guerra civil (Saz Campos, 2004, pp. 82-86). Este proceso de fascistización quedó patente en la propia construcción del Nuevo Estado: la Falange pobló el Nuevo Estado, incrustándose literalmente en él (Vincent, 2012, p. 377). Así, hasta al menos finales de los años cuarenta, se puede defender el uso del término fascista para definir la arquitectura del régimen de Franco (Fontana, 1986, p. 9).

Después de la derrota de las fuerzas del Eje, el régimen intentó reconstruirse sobre unas bases claramente nacionalcatólicas. Algunos historiadores hacen de este viraje el punto de partida de una catolización de Falange y de una desfascistización del franquismo (Saz Campos, 2003, p. 369). Sin embargo, en la aproximación al franquismo no se puede soslayar la violencia —masiva, desproporcionada, estructural y preventiva— nacida de una guerra civil terriblemente sangrienta, seguida de una represión sistemática que duró hasta pocos meses antes de la muerte de Franco (Traverso, 2005, p. 253). Además, si la fascistización del régimen franquista nunca fue completa, tampoco lo fue su desfascistización. El Movimiento persistió durante mucho tiempo y ejerció un poder real en los ámbitos de las relaciones laborales, la prensa, las ceremonias públicas y el gobierno local. Profundamente arraigado en la sociedad española, fue capaz de generar una auténtica oposición a la tendencia moderadora del tardofranquismo (Paxton, 2013, pp. 21-22).

El ultranacionalismo español, característica clave del franquismo, fue reactivado en la primera década del siglo XXI a causa, sobre todo, de la crisis secesionista catalana (Mudde, 2021, p. 14; Rama et al., 2021, p. 141). Como argumentan los autores de *Ellos los fascistas* citando a Xabier Casals, Vox incorporó a sus planteamientos temas que ya estaban presentes en la agenda del Partido Popular y los radicalizó, como el rechazo al aborto, al matrimonio homosexual y a las leyes de memoria histórica. También adoptó temas propios de la ultraderecha española tradicional, como la reivindicación de la españolidad de Gibraltar o la oposición a las autonomías, mientras que incorporó cuestiones de la ultraderecha europea, como la demanda de control de la inmigración, la islamofobia, la denuncia de la supuesta “ideología de género” y un euroesceptismo moderado (2022, p. 189).

Sin embargo, aunque Vox muestra continuidades personales e intelectuales con el franquismo y sus herederos, está muy lejos de aproximarse a un proyecto fascista. Mucho más peligroso parece por ahora el hecho de que el Partido Popular asumiese el ideario político de Vox para gobernar en varias comunidades autónomas. De esta forma el PP utiliza también conceptos como el adoctrinamiento ideológico, la inmigración ilegal y la unidad de la nación. Y esta es la cuestión primordial de nuestros tiempos: el condicionamiento de la agenda política por la extrema derecha y la normalización del discurso de esta última mediante la radicalización de la derecha tradicional.

REFERENCIA PRINCIPAL

Rodrigo, J. y Maximiliano, F. (2022). *Ellos los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia*. Ediciones Deusto.

REFERENCIAS

Bataille, G. (1993). *El estado y el problema del fascismo*. Pre-Textos.

Blinkhorn, M. (2004). Afterthoughts, Route Maps and Landscapes: Historians, “Fascist Studies” and the Study of Fascism. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 515-517. <https://doi.org/10.1080/1469076042000312230>

Bobbio, N. (1997). *L'ideologia del fascismo. Dal fascismo alla democrazia. I regimi, le ideologie, le figure e le culture politiche*. Baldini & Castoldi.

Breuer, S. (1996). *Anatomie de la Révolution Conservatrice*. Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Eatwell, R. (2000). The Rebirth of the Extreme Right in Western Europe? *Parliamentary Affairs*, 53, 407-425. <https://doi.org/10.1093/pa/53.3.407>

Eatwell, R. y Mudde, C. (Eds.) (2004). *Western Democracies and the New Extreme Right Challenge*. Routledge.

Eley, G. (2003). Fascism as the Product of “Crisis”. In A. A. Kallis (Eds.), *The Fascism Reader* (pp. 129-136). Routledge.

Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.

Fontana, J. (Ed.) (1986). *España bajo el franquismo*. Crítica.

Gallego, F. (2014). *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*. Crítica.

Gentile, E. (2004). Fascism, Totalitarianism and Political Religion: Definitions and Critical Reflections on Criticism of an Interpretation. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 5, 326-375. <https://doi.org/10.1080/14690760008406923>

Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Alianza Editorial.

Gentile, E. y Mallett (2000). The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism. *Totalitarian Movements and Political Religions*, 1, 18-55. <https://doi.org/10.1080/14690760008406923>

Gregor, A. J. (1974). *The Fascist Persuasion in Radical Politics*. Princeton University Press.

- Griffin, R. (1998) (Eds.). *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*. Arnold.
- Griffin, R., Loh, W., y Umland A. (2014) (Eds.). *Fascism Past and Present. West and East*. Verlag.
- Jones, L. E. (1998). *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System*. University of North Carolina Press.
- Kershaw, I. (2000). *Hitler, 1936-1945*. Península.
- Kramer, A. (2012). The First World War as Cultural Trauma. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 30-54). Oxford University Press.
- Linz, J. (1964). An Authoritarian Regime: Spain. In E. Allardt and Y. Littunen (Eds.), *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology* (pp. 291-341). The Academic Bookstore.
- Mosse, G. L. (1990). *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Oxford University Press.
- Mosse, G. L. (1999). *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*. Howard Fertig.
- Mosse, G. L. (2005). *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Marcial Pons.
- Mudde, C. (1996). The War of Words Defining the Extreme Right Party Family. *West European Politics*, 19(2), 225-248. <https://doi.org/10.1080/01402389608425132>
- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Parties in Europe*. Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- Paxton, R. O. (2012). Comparisons and Definitions. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 547-569). Oxford University Press.
- Paxton, R. O. (2013). Franco's Spain in Comparative Perspective. En M. A. Ruiz Carnicer (Eds.), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)* (pp. 13-23). Instituto "Fernando El Católico".
- Passmore, K. (2012). The Ideological Origins of Fascism before 1914. In R. J. B. Bosworth (Eds.), *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 12-34). Oxford University Press.
- Rama, J., Zanotti, L., Turnbull-Dugarte, S., y Santana A. (2021). *Vox. The Rise of the Spanish Populist Radical Right*. Routledge.

- Saz Campos, I. (2003). *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Marcial Pons.
- Saz Campos, I. (2004). *Fascismo y franquismo*. Publicacions de la Universitat de València.
- Traverso, E. (2005). Interpretar el fascismo. Notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile. *Ayer*, 60(4), 227-258.
<https://www.jstor.org/stable/41324908>
- Vincent, M. (2012). Spain. In R. J. B. Bosworth (Eds.) *The Oxford Handbook of Fascism* (pp. 362-383). Oxford University Press.
- Winter, J. (1995). *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*. Cambridge University Press.

¿Escondidas en el caballo de Troya? Las nuevas extremas derechas y su amenaza para la democracia

Hidden inside the Trojan Horse? The new far-right politics and their threat for democracy

David Corchado Guillén
Universidad de Extremadura
david.cg14@gmail.com

Recibido en octubre de 2023
Aceptado en noviembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28403

RESUMEN

Este artículo pretende contribuir a la comprensión de las nuevas corrientes de extrema derecha en el mundo occidental, las cuales están poniendo en serio peligro los sistemas democráticos. El análisis utiliza como hilo conductor la obra *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, del historiador Steven Forti, para problematizar dos grandes asuntos: de un lado, la relación paradójica y cambiante de las formaciones de ultraderecha con los medios de comunicación, y, de otro, la manera en que han identificado a sus enemigos y tratan de disputarles la hegemonía cultural. Estos asuntos son decisivos para el ámbito educativo, porque la escuela debe jugar un papel determinante a la hora de defender los valores que sustentan la democracia.

Palabras clave: nacionalismo, extrema derecha, educación en valores, medios de comunicación, democracia.

ABSTRACT

This article aims to contribute to the understanding of the new extreme right currents in the Western world, which are seriously endangering democratic systems. The analysis uses the work *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, by historian Steven Forti, to problematize two major issues: on the one hand, the paradoxical and changing relationship of far-right formations with the media, and on the other, the way in which they have identified their enemies and they try to dispute their cultural hegemony. These issues are decisive for the educational field, because the school must play a decisive role in defending the values that support democracy.

Keywords: nationalism, far-right, education in values, media, democracy.

Referencia

Corchado Guillén, D. (2024). ¿Escondidas en el caballo de Troya? Las nuevas extremas derechas y su amenaza para la democracia. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 187-196. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28403

El 6 de enero de 2021, un nutrido grupo de partidarios del presidente saliente estadounidense Donald Trump, tras haberlo escuchado denunciar una vez más el fraude electoral infundado que le arrojaba a dejar la Casa Blanca en favor del candidato demócrata Joe Biden, asaltaron el Capitolio, edificio que cobija las dos cámaras legislativas de Estados Unidos. Los impulsores de este pintoresco episodio arengaban a la multitud a contener el avance del comunismo, del socialismo, de aquellos que se dejan manejar por China o de los ateos que procuran aniquilar la religión (Lupo, 2021). El acontecimiento bosquejado no es el más violento de los perpetrados por los nacional-populismos actuales, pero sí resulta paradigmático porque supone un precedente que no existía con anterioridad: el ataque interno a las instituciones democráticas en Estados Unidos. Con todo, la amenaza a la democracia no solo sobrevuela en la patria del Tío Sam, sino que se deja sentir por doquier, y la protagoniza particularmente un movimiento transnacional y radicalmente nuevo que ha recibido diversas denominaciones. Steven Forti ha acuñado una macrocategoría, “extrema derecha 2.0”, para designar e incorporar en ella una batería de formaciones políticas como Frente Nacional (FN) o Agrupación Nacional (RN), la Liga o Hermanos de Italia, Fidesz, Ley y Justicia, Vox, Chega!, Alternativa para Alemania, el Partido de la Libertad austriaco y neerlandés, el Brexit Party, el Partido Popular Danés, el Partido del Progreso noruego, la Nueva Alianza Flamenca, Solución Griega, el Partido de los Finlandeses y los Demócratas Suecos, entre otros (Forti, 2021, p. 84). Estos partidos políticos se reconocen dentro del movimiento global en el que se les enmarca y demuestran su afinidad ideológica y estratégica, evidenciándolo a través de la constitución de dos grupos parlamentarios, que, a pesar de sus indiscutibles diferencias, los engloba en el Parlamento Europeo: Identidad y Democracia (ID) y Conservadores y Reformistas Europeos (ECR). Las formaciones ultraconservadoras europeas citadas encuentran en los discursos intransigentes y análogos de Donald Trump y Jair Bolsonaro un referente internacional y un espejo en el que mirarse.

LA EXTREMA DERECHA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN: UNA RELACIÓN DE AMOR-ODIO

En el universo ultraderechista presente, la defensa de la propiedad privada es un ingrediente de consenso. También lo fue para las formaciones ultranacionalistas y de extrema derecha en el periodo de entreguerras, las cuales en un ambiente intenso de reivindicaciones obreras fueron utilizadas como armas arrojadas por parte de la burguesía productiva para azotar al socialismo mediante palizas y escenas de

humillación, con el objeto final de ensalzar la labor rectora burguesa en la sociedad (Gentile, 2004, pp. 25-26). Hoy, esta violencia física explícita del pasado presenta un nuevo semblante. Desokupa, una empresa de desalojos gestionada por Daniel Esteve que se hace cargo de desahucios extrajudiciales, se ha convertido en un referente mediático para la extrema derecha en España. Sus métodos rozan la ilegalidad, y ya no solo dispone de hombres musculados que se presentan en las puertas de las viviendas desalojables, sino que cuenta además con redes sociales seguidas por miles de usuarios, desde donde desarrolla sus acciones más efectivas de intimidación. Para atemorizar a los okupantes, Esteve “revela su nombre completo, el municipio en el que viven o incluso sus números de teléfono y pide a sus seguidores que les inunden a llamadas”, un contenido que suma miles de *likes* y centenas de comentarios, de los cuales una parte significativa son amenazas e insultos. En efecto, Esteve nunca podría hacer uso del rendimiento que le saca a las redes sociales si antes no se hubiera hecho famoso participando en programas televisivos como el de Susanna Griso en Antena 3 o el de Ana Rosa Quintana en Telecinco (Pareja, 2021).

Este botón de muestra sirve para ilustrar la relación inestable y cambiante que poseen la derecha neoconservadora y los medios de comunicación. Forti es tajante cuando se refiere a este asunto: “La extrema derecha 2.0 ha entendido que es provechoso ampliar aún más la desconfianza existente hacia todo lo que huele a *establishment*, empezando por los intelectuales, los científicos y los periodistas” (Forti, 2021, p. 155). En el espacio ultraderechista, los medios de comunicación han sido concebidos como los culpables auténticos de la permeabilidad y la difusión de las ideas foráneas y dañinas que están despedazando los cimientos de las comunidades nacionales occidentales. Así, no resulta extraño que los seguidores de Trump reclamen que se juzgue al canal de televisión CNN por traición o que se incrementaran en Brasil, durante el mandato presidencial de Bolsonaro, las amenazas y agresiones contra reporteros y periodistas en general. A pesar de esto, múltiples analistas sociales coinciden en señalar que en el ascenso de la extrema derecha han desempeñado un papel fundamental los medios de comunicación.

Es cierto que los medios de comunicación más tradicionales han censurado algunas actuaciones de las nuevas formaciones de la extrema derecha, debido a que no desean poner en peligro un prestigio ya desgastado en las últimas décadas; pero no es menos cierto que en el ascenso de la extrema derecha han desempeñado una labor importante los medios de comunicación, como ya lo hicieron en tiempos

pretéritos para la difusión y la penetración de ideas en el tejido social (Corchado Guillén, 2021). En España, la prensa de diferentes líneas editoriales ha sido acusada de dar voz a expresiones de perfil extremista, de difundir bulos fabricados por la extrema derecha y de servir de altavoz de la fuerza de ultraderecha más distinguida del país, Vox, comportamiento este de los medios que ha sido bautizado como “blanqueamiento”. Asimismo, no se han quedado rezagadas las redes sociales, las cuales, en un contexto de declive de los medios tradicionales, son en la actualidad una de las vías principales para obtener información, destacando por ser un terreno fértil en el que abundan noticias falsas, discursos de odio y mensajes sensacionalistas, que, unidos a un lenguaje ordinario y transparente, han permitido el crecimiento de los apoyos sociales de la derecha radical. Plataformas como *Instagram*, *TikTok* o *Twitch* desarrollan su actividad con éxito en este sentido, pero es *YouTube* el medio preferido por los jóvenes para acceder al contenido que desean consumir (Juste, 2021, pp. 337-358). La importancia que ha tenido *YouTube* en el giro de Brasil hacia la extrema derecha en la última década ha sido demostrada por algunas investigaciones académicas. Todo se debe al algoritmo de recomendaciones, un poderoso sistema de selección que “ha unido canales que antes eran marginales y luego creó una audiencia para ellos”. El método de recomendaciones había estimulado la progresiva aceptación de la extrema derecha brasileña en este sitio web, de modo que fueron incrementándose las referencias positivas a la figura de Bolsonaro y comenzaron a admitirse como buenas las teorías conspirativas que él había perfilado (Fisher y Taub, 2019).

Como puede apreciarse, las formaciones de ultraderecha están experimentando desde el nuevo milenio un proceso de desmarginalización, que se traduce en una aceptación sustancial de sus ideas en el seno de las sociedades y en una opción admisible para los partidos tradicionales a la hora de escoger socios con los que conformar gobiernos de coalición (Forti, 2021, p. 27). Así, de ser una “patología normal” en el sistema democrático, la derecha radical populista, como la nombra Cas Mudde, ha pasado a ser una “normalidad patológica”, en referencia a que ha contribuido a crear un clima de “radicalización de las posturas del sistema político establecido” (Mudde, 2021, p. 145). Para el caso del suavizado de imagen que estamos apreciando en los partidos de extrema derecha, resulta paradigmática por su nivel de éxito la estrategia de “desdemonización” (*dédiabolisation*) que ha puesto en marcha el Frente Nacional francés. El concepto quiere ser una respuesta a la

“demonización” que ha padecido la formación por parte de sus adversarios. Para ello, Florian Philippot y Marine Le Pen propusieron en 2011 desarrollar una línea más aperturista en lo moral y lo cultural, con la intención de conseguir el apoyo de un electorado amplio. Esto se ha conseguido ofreciendo un rostro de respetabilidad y cierta cordura, haciendo imperar la moderación retórica y templando el pensamiento de sus cuadros dirigentes, pero también retirando el carnet de militante a individuos sospechosos de coquetear con elementos fascistas, o huyendo, a través de su expulsión, del cariz bronco y provocador del fundador del partido, Jean-Marie Le Pen (Rubio Caballero, 2023, pp. 150-153).

LA EXTREMA DERECHA Y SUS ENEMIGOS: CÓMO Y DÓNDE SE DISPUTA LA HEGEMONÍA CULTURAL

La extrema derecha actual ha logrado, en gran medida, escapar de su autoexclusión impuesta por los rasgos neofascistas de sus antepasados y permitir que su discurso sea aceptado gracias a su talento para utilizar las nuevas tecnologías. Ha sido igualmente capaz de desplegar una serie de maniobras fijadas con precisión para hacerse con la hegemonía cultural: las guerras culturales pasan a ocupar toda la centralidad en los esfuerzos de la nueva ultraderecha. Para definir su estrategia, se ha apoyado en las aportaciones que Alain de Benoist y la *Nouvelle Droite* pusieron sobre el tapete en la década de los setenta del siglo pasado y, en nuestros días, las contribuciones de quien fue ideólogo y jefe de campaña de Donald Trump, Steve Bannon, quien se ha convencido de que las batallas deben ser culturales antes que políticas (Forti, 2021, pp. 19-20 y 165).

Si de ganar la batalla cultural se trata, la nueva extrema derecha no ha dejado de destinar su empeño en conocer y aplicar la ventana de Overton, una teoría política que plantea la necesidad de crear nuevas jergas y eufemismos para cambiar la manera de pensar de la mayoría de personas, haciendo que algunas ideas pasen de ser inaceptables a admisibles. Numerosas palabras han ido haciéndose un hueco en el debate político presente, y de su uso o abuso dependen sus posibilidades de propagación y su validez final. El propio germen de algunas de estas nuevas palabras se halla en internet y en el mundo digital, y han resultado útiles para dar espacio a la ideología ultraconservadora, antifeminista y racista. En nuestro tiempo se ha normalizado el vocablo “feminazi”, siendo un magnífico ejemplo de que el lenguaje juega un papel esencial a la hora de aceptar ciertas ideas en el subconsciente de la

sociedad, como esta extraña y delirante vinculación entre el feminismo y una ideología desigualitaria. De la misma manera, las derechas populistas en España han extendido el término “Charo” para tratar de ridiculizar a mujeres de mediana o avanzada edad, de ideología izquierdista y generalmente comprometidas con el movimiento feminista. En cuanto al odio racial de estas corrientes políticas, es posible observar la aparición y el uso que han hecho de la expresión “menas”, con la intención de denigrar y criminalizar la presencia en la Europa meridional de menores extranjeros no acompañados. “Dictadura progre” o “marxismo cultural” son otras palabras gestadas para referirse a una hipotética amenaza que quiere “socavar los cimientos de los valores europeos” (Proyecto UNA, 2021, pp. 359-363).

El amplio abanico de términos creados para caricaturizar a sus enemigos habla con claridad de la diversidad de los mismos. El comunismo ya no supone una amenaza real para revertir la posición privilegiada del capitalismo en el mundo occidental, de modo que las nuevas derechas han necesitado buscar nuevos oponentes para reconstruir su identidad política. En su búsqueda, han encontrado en el feminismo un archienemigo digno con el que batirse en duelo. A este respecto, no han dejado de producir manifestaciones de repudio a la militancia feminista, al aborto, al lenguaje inclusivo o a la “ideología de género”, entendida esta última como un sistema de pensamiento maligno y especialmente nocivo, que intenta “desestabilizar la familia heteroparental, con la finalidad de instaurar un ‘nuevo orden mundial’ que promueva la homosexualidad, el aborto, el cambio de sexo, el matrimonio homosexual y el control de la población” (Expósito y Saidel, 2021, pp. 259-265): una interpretación a todas luces exagerada y malintencionada. Y es cierto que el feminismo, en su aspiración de convertirse en un movimiento transversal, ha cuestionado las jerarquías y las dinámicas patriarcales que las derechas aspiran a recuperar y defender. Para seguir, la ultraderecha tiene además una contienda abierta con el colectivo LGTBI, ya que lo considera un serio peligro para salvaguardar la concepción y la vigencia de la familia tradicional. En Hungría, sin ir más lejos, el gobierno de Orbán aprobó una ley en 2021 que impide a los menores de edad hablar de diversidad sexual y género en los colegios y medios de comunicación, dado que asocia y vincula indirectamente la homosexualidad con la pornografía y la pederastia. Lo mismo que Andrzej Duda, presidente de Polonia, quien afirmó sin ambages, en su campaña para ser reelegido en 2020, que las identidades LGTBI son un modo de “neobolchevismo introducido en

las escuelas para adoctrinar a los niños y para dirigir su mirada a través de la sexualización” (Forti, 2021, pp. 96-97).

De todos modos, hoy el sujeto más amenazante no se cobija en las fábricas ni en las manifestaciones del Orgullo: lo hace en los suburbios de las grandes ciudades. La xenofobia es un atributo común que comparten las formaciones posfascistas, como ha dado en llamarlas Enzo Traverso. El odio intenso al extranjero se concreta por su antagonismo con el natural de cada país. En la actualidad, la xenofobia se ciñe básicamente a las minorías étnicas y religiosas de magrebíes y negros que profesan la religión musulmana, pero el discurso racista sustituye al judío como merecedor de la mayor repulsa y entronca ahora directamente con un prejuicio culturalista que anuncia la vigencia de una línea divisoria infranqueable entre la Europa “judeocristiana” y su opuesto musulmán. Ahora bien, aunque el lenguaje se ha modificado, el formato con el que se presenta al enemigo imita la fórmula racial antigua de acentuar exageradamente sus rasgos físicos: “la barba abundante hace las veces de la nariz ganchuda” (Traverso, 2016, pp. 8-11).

El carácter ultranacionalista de las nuevas extremas derechas identifica en el islam una definición negativa de lo que supone ser occidental. Así, para FN/RN, un francés es de entrada un no-musulmán, que está viendo perder su auténtica identidad como consecuencia de la funesta acción de la globalización. En este sentido, Emilio Gentile sostiene que en el germen de los neonacionalismos populistas se halla un “temor a la modernidad, la adopción de una política de proteccionismo defensivo, para cerrar puertas y ventanas, para salvaguardar inciertas identidades nacionales, amenazadas por la globalización y por las ‘invasiones de inmigrantes’” (Gentile, 2019, pp. 139-140). Dosis de miedo y frustración sustentan el relato combativo con la dinámica que plantea la globalización, “fundamentada en la desmaterialización del poder, la financiarización de la economía, la evanescencia de las fronteras naturales o la digitalización de los procesos productivos”. Estos componentes han avivado en una parte de la población una tristeza melancólica que añora la materialidad de las aduanas, del control fronterizo, de las certezas y la seguridad, elementos todavía localizables en las injuriadas naciones y que corren el riesgo de ser devastados por la fuerza arrasadora de la mundialización (Rubio Caballero, 2020, p. 193). Este conjunto de partidos soberanistas analizados ponen en duda también los beneficios de pertenecer a la Unión Europea, una comunidad política compuesta por 27 países europeos que basa su capacidad en la transferencia de soberanía de los Estados

miembros hacia unas instituciones supranacionales. Esa pérdida de soberanía progresiva que han experimentado los estados favorece el hecho de que las nuevas extremas derechas sean como mínimo euroescépticas, y, en alguno de los casos, directamente eurofóbicas. Y resulta sorprendente que se pueda rechazar el proyecto de la Europa política, si se tiene en cuenta que se fundó en la posguerra europea a partir de tres renunciaciones básicas: no a la guerra, a la tiranía y a la pobreza generalizada (Moradiellos, 2020, p. 67).

COMBATIR EN LAS AULAS A LA EXTREMA DERECHA

La agresividad y el discurso de odio se están instalando e intensificándose en las sociedades democráticas con pasmosa serenidad, como si nadie estuviera haciendo nada para evitarlo. Políticos, dirigentes civiles y religiosos y organizaciones de diversa índole han promovido una agenda contra derechos que se pensaban asegurados y perfectamente protegidos. En el entorno educativo, siendo reflejo de lo que ocurre en el ámbito social, se repiten actitudes racistas y xenófobas como repulsión al fenómeno de la inmigración, se suceden manifestaciones de sentir antifeminista y negacionista de la violencia de género, se producen reacciones de las familias ante las charlas que abordan la educación sexual y la tolerancia hacia el movimiento LGTBI en la escuela, y no faltan en España quienes vitorean dentro del aula a figuras expresamente antidemocráticas como Francisco Franco y entonan lemas y cantan canciones tales como “Arriba España” o el “Cara al sol”. Las últimas manifestaciones son la secuela más evidente de no llevar convenientemente a las aulas la memoria democrática, una herramienta provechosa para que la sociedad, en última instancia, adquiera “valores democráticos e igualitarios que sean reflejo de la victoria de las democracias pluralistas, como modelos que permiten el desarrollo integral de las personas, frente a las dictaduras totalitarias, racistas y genocidas, que limitan la voluntad individual” (Corchado Guillén, 2022, p. 424).

Sin duda, la derecha más radical está exteriorizando el carácter contestatario y desobediente que tanto cautiva a los jóvenes, y el progresismo, por su parte, se comienza a percibir en ciertos sectores como una doctrina continuista, conservadora y, a veces, repulsiva. Es en este punto donde la escuela tiene la enorme responsabilidad de hacer comprender al alumnado que los valores que esconde la extrema derecha actual son, en realidad, los principios dominantes que han marcado nuestras sociedades de antiguo. A saber, la institución educativa debe enseñar que

educar en igualdad no discrimina, aflige o menosprecia al hombre, ni habla de una supuesta superioridad de las mujeres, tal y como difunde erróneamente la ultraderecha para asegurar la situación de sometimiento e invisibilización de las mujeres con respecto a los varones. También debe mostrar que la educación intercultural no supone una amenaza para las comunidades nacionales, como manifiesta el discurso identitario reduccionista y esencialista, sino que la diversidad cultural es inherente al ser humano y el conocimiento del otro refuerza la tolerancia y la armonía entre comunidades. No debe olvidar que enseñar tolerancia hacia la diversidad sexual no pretende destruir lo que se ha dado en llamar “familia natural”, sino que ayuda a combatir el acoso escolar y evita la construcción y el uso de prejuicios y estereotipos indeseables. Y por supuesto, no puede eludir que tratar educación ambiental no es una forma de conspirar contra el sistema capitalista y privar del consumo a la ciudadanía, sino una buena oportunidad para concienciarse de la gravedad que posee la crisis climática contemporánea y para comenzar a utilizar los recursos naturales de manera más racional. Todos estos valores que debe promover la educación pública son deseables en sí mismos y se encuentran estrechamente relacionados con los derechos humanos, por este motivo es conveniente su defensa. Y para salvaguardarlos, es urgente que los miembros de la comunidad educativa hagan frente y combatan las posturas defensoras del pin parental, una propuesta política global que bajo la máscara de proteger el derecho que tienen los progenitores a regir la educación de sus hijos, esconden el deseo de molestar, acusar y denunciar judicialmente al profesorado y a los centros educativos que forman en igualdad, en derechos humanos y difunden las bases en que se sustentan las democracias.

REFERENCIA PRINCIPAL

Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.

REFERENCIAS

Corchado Guillén, D. (2021). *Tinta sobre papel como arma política. La prensa falangista en la provincia de Cáceres (1933-1937)*. Universidad de Extremadura.

Corchado Guillén, D. (2022). Prevenir Auschwitz: La enseñanza del Holocausto a partir de una exposición de fotografías. *Clio. History and History Teaching*, 48, 414-443. https://doi.org/10.26754/ojs_clio/clio.2022486974

- Expósito, J. E. y Saidel, M. L. (2021). ¿Anticomunismo sin comunismo? La construcción del feminismo como enemigo estratégico de las nuevas derechas y el dilema de la reproducción social. *Razón Crítica*, 11, 255-288. <https://doi.org/10.21789/25007807.1746>
- Gentile, E. (2004). *Fascismo. Historia e interpretación*. Alianza.
- Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Alianza.
- Juste, A. (2021). Medios de comunicación y extrema derecha. En M. Ramos (coord.), *De los neocón a los neonazis: La derecha radical en el Estado español* (pp. 337-358). Fundación Rosa Luxemburgo.
- Lupo, N. (7 enero 2021). El asalto al Capitolio, desde dentro: tiros, disfraces y amenazas contra la prensa. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/internacional/asalto-capitolio-salvado-estados-unidos_129_6733380.html
- Moradiellos, E. (2020). La Unión Europea en el mundo global: acotaciones sobre sus logros patentes y retos pendientes. *Pliegos de Yuste: revista de cultura y pensamiento europeos*, 20, 65-86.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.
- Pareja, P. (4 julio 2021). Amenazas, insultos y publicación de datos personales: la nueva estrategia intimidatoria de Desokupa. *elDiario.es*. https://www.eldiario.es/catalunya/sociedad/amenazas-insultos-publicacion-datos-personales-nueva-estrategia-intimidatoria-desokupa_1_8098755.html
- Proyecto UNA (2021). La extrema derecha en internet y la batalla cultural. En M. Ramos (coord.), *De los neocón a los neonazis: La derecha radical en el Estado español* (pp. 358-375). Fundación Rosa Luxemburgo.
- Rubio Caballero, J. A. (2020). La realidad y el deseo. Nacional-populistas y euroescépticos en el siglo XXI. En A. Pinilla García (coord.), *Europa, una historia con futuro. Evolución, instituciones y políticas de la Unión Europea* (pp. 185-231). Comares.
- Rubio Caballero, J. A. (2023). *El mal francés. Medio siglo de nacional-populismo. De Le Pen a Zemmour (1972-2022)*. Comares.
- Traverso, E. y Muñoz, G. (trad.). Espectros del fascismo. Metamorfosis de las derechas radicales en el siglo XXI. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 50, 4-20.

Combates por España: a vueltas con el nuevo nacionalismo español

Fights for Spain: back and again with the new Spanish nationalism

Vicente Pérez-Guerrero
Fedicaria-Sevilla
vperez9@us.es

Recibido en enero de 2024

Aceptado en febrero de 2024

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28404

RESUMEN

Este apunte crítico reflexiona sobre lo que se ha dado en llamar el nuevo fenómeno nacionalista español. Se inicia con una admonición al cauto silencio que suscita en los medios. A esto sigue una breve síntesis del estado de la cuestión a nivel historiográfico. Muy modestamente, dado lo ambicioso del objetivo, el artículo trata también de comprender cómo y por qué la “vividura” nacional disfruta en estos tiempos de una legitimidad emocional tan profunda. Para ello, desde la virtualidad del paradigma del “nacionalismo banal” como método de análisis para la exploración de la nación “desde abajo”, se citan algunos de los artefactos culturales que están coadyuvando a la “interiorización” y naturalización por parte de los españoles de una determinada identidad nacional. Incluye, por último, una reflexión muy personal sobre las dificultades, el fracaso de identificación que uno tiene con dicho diseño nacionalista, o cualquier otro. Algo que, por lo demás, se nos antoja como condición *sine qua non* para ser dueño de nosotros mismos.

Palabras clave: historiografía, nación, nacionalización, nacionalismo banal, nacionalismo de Estado, patriotismo constitucional.

ABSTRACT

This critical note reflects on what has been called the new Spanish nationalist phenomenon. It begins with an admonition to the cautious silence it provokes in the media. This is followed by a brief summary of the state of the art at a historiographical level. Very modestly, given the ambitious objective, the article also tries to understand how and why national “living” enjoys such deep emotional legitimacy in these times. To this end, from the virtuality of the paradigm of “banal nationalism” as a method of analysis for the exploration of the nation “from below”, some of the cultural artifacts that are contributing to the “interiorization” and naturalization by the Spaniards of a certain national identity are cited. Finally, it includes a very personal reflection on the difficulties, the failure of identification that one has with this nationalist design, or any other. Something that, moreover, seems to us to be a *sine qua non* condition for being master of ourselves.

Keywords: historiography, nation, nationalization, banal nationalism, state nationalism, constitutional patriotism.

Referencia

Pérez-Guerrero, V. (2024). Combates por España: a vueltas con el nuevo nacionalismo español. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 197-210. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28404.

UN PENOSO REMEDO TÉCNICO

El nacionalismo español es un asunto complejo y múltiple, extrañamente ninguneado por los medios. A tal punto esto último es cierto que podría afirmarse, sin exagerar, que en lo tocante a su enunciación en los medios estatales el nacionalismo español no existe, y solo ha existido desde las culturas políticas nacionalistas alternativas. Invisible, empero, es diferente a indetectable y, por supuesto, tampoco significa inexistente. Ciertamente, como cualquier otro nacionalismo de Estado — apunta Núñez Seixas (2017)—, el nacionalismo español no necesita manifestarse continuamente para existir. Aunque este mismo autor ha señalado también “como una característica excepcional del nacionalismo español su relativa invisibilidad” (Archilés, 2018, p. 230). Es más, su imperceptibilidad se amplifica a nivel político cuando, verbigracia, se compara el escasísimo número de menciones del nacionalismo centralista con la sobreabundancia informativa sobre los nacionalismos periféricos. Inevitablemente, el efecto del contraste de uno y otro es como si el nacionalismo español fuera inexistente, pues se elude la identificación de nacionalista para los partidos de ámbito estatal. Y, sobre todo, por gracia de una detalladísima descripción de los nacionalismos sin Estado, que, ineludiblemente, pasa por la alusión a su carácter identitario, etnicista, supremacista incluso, cuando sabemos que hay proyectos nacionalistas diversos. Como fuere, es una constante entre los cronistas políticos reducirlos a uno solo, lo cual manifiesta una clara intención maledicente y conlleva una didáctica de los sentimientos.

Por qué, cautelosa y premeditada decisión, el etiquetado “nacionalista” se limita a unos y niega de forma recurrente a otros es una cuestión que habría que dilucidar. Lo cierto es que la asociación de nacionalistas exclusivamente a las formaciones políticas de la periferia (vascas, catalanas, gallegas...) es de esas ocurrencias mediáticas que de tanto repetirse pertenecen a lo que, con toda razón, se han dado en llamar *ideas fijas*.

Tampoco está de más preguntarse por qué razón el “patriotismo” se usa como alternativa terminológica a “españolismo”. Porque, sin duda, se puede decir “patriotismo constitucional”, “patriotismo cívico virtuoso”..., o dígase algo aún más novísimo o sofisticado, cuando, en efecto, se alude tanto a una idea de nación liberal, como a la adhesión de personas con referentes culturales distintos a unos valores comunes de carácter democrático plasmado en la Constitución. Esto es, el tipo de nacionalismo que con tanta fortuna definió Jürgen Habermas para dar cuenta de lo

contrario de un nacionalismo étnico y esencialista. El problema es que usado como ariete, como patrimonio exclusivo de unos frente a otros, trasluce al fondo un sentimiento de enemistad propio del más rancio discurso nacionalcatólico. Por lo demás, el lenguaje nunca es inocente, inocuo. Bien al contrario, produce efectos tanto emocionales como ideológicos. Por consiguiente, cuando llamamos a la misma cosa de otro modo, damos un giro o hacemos una paráfrasis, manifestamos una cierta intención comunicativa que se presta a interpretación. En tal sentido, es plausible pensar que se le adjudica un nombre neutro, “bienintencionado”, a las cosas potencialmente conflictivas como lo es el nacionalismo. O sencillamente no se las nombra para hacerlas invisibles, ocultarlas y desposeerlas así de la posibilidad de enmendar sus vicios. Los seculares vicios hispánicos, diríase, para referirnos a una filiación política vinculada con una concepción de España unilateral que viene a actualizar el inmovilismo posfranquista.

Y luego, a mayor abundamiento, se podría inferir que se sigue una estrategia discursiva, lo más probable sin premeditación y más bien habría que interpretar como un automatismo retórico, pero cargada de matices ideológicos, que coadyuvan — aunque fuese inconscientemente— a una finalidad moral que podríamos definir con el nombre de *moral farisaica*. Una moral cuya esencia, según la definición de Sánchez Ferlosio (1979), reside en la comparación y la autoedificación por contraste. Esto es, que actúa a través de una operación retórica, al objeto de construir la propia bondad por confrontación con la maldad ajena. De esta forma advertía Sánchez Ferlosio, en su magnífico ensayo *La hija de la guerra y la madre de la patria* (2002), sobre las trampas sutiles del lenguaje al servicio de la identidad nacional, y más ampliamente sobre el “nefasto fetiche de la identidad”. En concreto, a partir de un análisis crítico de los conceptos de patria y de patriotismo, pone al descubierto cómo “ese novísimo embeleco del ‘patriotismo constitucional’” (p. 199) ha consumado acreditar una condición de españolismo demócrata y liberal. Etiqueta que en los últimos tiempos, por cierto, se ha reformulado con el autodenominado *constitucionalismo*. Fórmulas eufemísticas, que, en última instancia, revelan que lo que hay por debajo es el orgullo patriótico, o bien el deseo de no ser identificado con un nacionalismo españolista cuya sola mención convoca sus propios espectros del pasado, o bien la apropiación de la Constitución por parte, precisamente, de quienes en su contumaz resistencia más trataron de frustrar el desarrollo de la Transición y ahora sin ocultación pretenden

imponer una lectura fundamentalista y sagrada en clave nacional-católica del texto constitucional.

Como fuere, más allá de la operación cosmética, todos estos nombres expresan una opción, e “irónicamente”, tal y como dice Archilés (2018), en última instancia, “el nacionalismo español se caracteriza por invisibilizarse a sí mismo al negar su existencia, pero cuanto más se niega a sí mismo más demuestra su fortaleza (aunque a la vez traduzca sus ansiedades)” (p. 231).

Concluimos así este apartado destacando la importancia de la atención a lo obvio, aquello que damos por natural y no lo es, como estrategia contrahegemónica que visibiliza y desenmascara el uso interesado de conceptos y términos, o cualquier otro procedimiento discursivo específico que, como mecanismo nacionalista, tiende a una imposición.

GIROS HISTORIOGRÁFICOS: A VUELTAS ARRIBA Y ABAJO CON EL NACIONALISMO ESPAÑOL

Ciertamente, el nacionalismo español dejó hace tiempo de ser una criatura extraña al campo de la historiografía académica. Tal y como Molina Aparicio (2017) desarrolla en un texto clarividente para el conocimiento sobre la historiografía del nacionalismo en España, el “Congreso internacional sobre nacionalismo en Europa”, celebrado en septiembre de 1993 en Santiago de Compostela, supuso un punto de inflexión en los estudios sobre el nacionalismo en España. Primeramente, porque significó la “normalización” de la historia del nacionalismo español y el fin de su ostracismo académico. Pero luego, también, porque hubo una renovación de los enfoques interpretativos a favor de la perspectiva “constructivista”, en sus diferentes variaciones, que acabó por imponerse como interpretación paradigmática frente a aquellas otras que, ya fuera en su versión liberal-conservadora o marxista, estaban unidas por una interpretación de la nación en clave primordialista. Esto es, lo propio de quienes sostienen que el nacionalismo se basa en la existencia de rasgos objetivos esenciales y étnicos.

Sin duda, esta inflexión se explica como parte de un cambio de época cuyo hito y símbolo fue la caída del muro de Berlín en 1989. No es casual, sino un indicativo de ese cambio, que un par de meses antes de aquel simposio, tuviera lugar, también en Santiago de Compostela, el “I Congreso Internacional A Historia a Debate”, cuya importancia radica en el cuestionamiento y crisis del paradigma positivista en España por parte de la nueva historia social y cultural, el giro lingüístico y las revelaciones

posmodernas. Desde entonces para acá el interés por el sujeto se coloca en el centro de la historia y es asumida como una verdad incontrovertible la imposibilidad de una historia completa y cabal sin una historia de la subjetividad. Una propuesta que se traduce en nueva concepción de la acción humana, que rechaza las explicaciones subyacentes fuertes y revaloriza lo subjetivo como fundamento de lo social y el desarrollo histórico.

Con relación al estudio del nacionalismo, esto conllevó un cambio de perspectiva en el sentido de diferenciar en el orden de los conceptos que delimitan el problema. Por una parte, se constata que históricamente el nacionalismo precede a la nación y, por consiguiente, no es la nación la que construye el nacionalismo, sino que el nacionalismo construye la nación. Mientras que, por su parte, el Estado precedió y preparó al nacionalismo. Luego la nación sería hija del Estado y no al revés. A partir de aquí, la razón de ser de los estudiosos que, aun con matices diferenciales, comparten esta interpretación del nacionalismo (Anderson, Gellner, Hobsbawm, Greenfeld..., Borja de Riquer, Álvarez Junco, Núñez Seixas, Moreno Luzón...) pasa por el esclarecimiento del carácter construido, inventado, imaginado, fabricado... de la nación. Así, por ejemplo, el examen del nacionalismo de Estado, que, identificado con una sola de sus "naciones" étnico-lingüísticas y dotado de los *aparatos* necesarios (administración y funcionariado, policía y ejército, planes de enseñanza y toda la parafernalia de elementos identificadores, etc.), se entregaba a un *proceso de nacionalización* tendente a la imposición de la homogeneización cultural, a la identidad uniformadora de sus ciudadanos, con el objetivo de crear el cuerpo político de la nación, la forma Estado nación.

Pasado el tiempo se constatan, sin embargo, ciertos sesgos que lastran las conclusiones de este enfoque. Básicamente, dos serían los vicios de origen fundamentales de las teorías clásicas constructivistas. El sobredimensionamiento que se atribuye a los intelectuales como productores y "manipuladores" de la nación sería el primero. Un apriorismo propio de una trasnochada "historia de las ideas", según la cual los individuos actúan primeramente en función de la fuerza que mana de los textos, o de los discursos, sin dar con los motivos por los que dicho discurso o ideología consigue imponerse a determinadas personas o grupos. Mientras que el segundo vicio estibaría en la asunción de la interiorización pasiva y acrítica de los imaginarios nacionales por los sujetos "sujetados a" dichos discursos. Asimismo, el

elitismo y la tendencia intelectualista de esta interpretación corre también el riesgo de sustituir la “experiencia” y explicaciones de los actores por las del científico social.

Llegados a este punto, el estudio del nacionalismo se debate en las últimas décadas entre quienes aún se mantienen unidos en la premisa de que la “construcción nacional” obedece a un modelo de nacionalismo estructural y vertical definido, administrado y comunicado de “arriba hacia abajo”. Más en concreto, señala Molina Aparicio (2017), “como el producto de unas agencias estatales que trasladaban la nación a una ciudadanía” (p. 72). Y aquellos otros más interesados en la exploración de la nación “‘desde abajo’, o incluso [desde otras dimensiones más] ‘horizontales’” (Archilés, 2018, p. 226), más vinculadas a las “experiencias de nación” concretas y cotidianas de la gente. Por ejemplo, el deporte —especialmente, el fútbol—, los partidos políticos, la Iglesia, las redes asociativas, el espacio local, la industria cultural, las redes sociales, la propia familia... Desde una perspectiva que, por lo demás, lleva incluso a preferir hablar de “procesos de nacionalización” antes que de “construcción nacional” o incluso “nacionalismo”. Correlativamente, con este desplazamiento de intereses se hace evidente un dilema teórico subyacente no baladí entre quienes enfatizan los factores supuestamente objetivos externos que participan de los procesos de nacionalización y quienes tienden a minimizar el peso de esos factores externos a favor de la conciencia humana.

Precisamente, por esto último habría que poner en valor las visiones de síntesis teórica que tratan de abordar la complejidad de la identidad nacional, una identidad que es esencialmente ecléctica e integradora como resultado de la “mutua implicación”, como un cruce de influencias entre nación e individuo (Molina Aparicio, 2017). De hecho, por más que un individuo posea la capacidad de elegir nunca es completamente racional y libre, pues siempre parte de elementos preexistentes, de un rescaldo étnico disponible. Por consiguiente, el esclarecimiento de cómo lo “objetivo” se refleja *en* —y proyecta *desde*— lo “subjetivo” conlleva la comprensión de *cómo* la nación es vivida, sentida y construida cotidianamente por la gente. Y, por ende, el esclarecimiento del grado de aceptación/resistencia/rechazo de la ideología nacionalista (Archilés, 2018).

LOS NUEVOS ODRES DE LA NACIONALIZACIÓN DE MASAS

Entre los paradigmas de la nacionalización y la construcción de la nación de “abajo hacia arriba”, seguramente el enfoque con mayor fortuna y predicamento sea

aquel que, a partir de los conocidos conceptos de “nacionalismo banal” de Michael Billig y de “nacionalismo cotidiano” de Tim Edensor, considera que el nacionalismo fundamentalmente se desempeña en la esfera de lo implícito y lo obvio. A este respecto, Quiroga y Archilés (2018) apuntan que “la versatilidad del concepto explica el éxito del nacionalismo banal en diversos campos académicos” (p. XI). Pero, siendo esto verdad, también lo es que se trata de un concepto sujeto a controversias y paradojas. Precisamente, lo que hace versátil su aplicación es su ambigüedad, pues lo banal se difumina en unos contornos poco claros y definidos. En consecuencia, en ocasiones se emplea arbitrariamente dando lugar a interpretaciones excesivas, extendiendo indiscriminadamente el término *nacionalismo* (Núñez Florencio, 2018). Lo sorprendente es el tono descalificativo con el que algunos combaten la tesis desarrollada por Michael Billig. Sobre todo, de los osados que aplicándolas a nuestro país demuestran la existencia de un discurso nacional español consistente. Así, por ejemplo, la virulencia y la explícita descalificación (“banal teoría”, “nido de confusiones”, “inane ocurrencia”...) de Félix Ovejero (2018) me malicio que solo se explica porque, al “universalizar el nacionalismo”, los estudiosos del nacionalismo banal han terminado por dar la razón a la “acusación” de los nacionalismos periféricos de la existencia de una nacionalismo de Estado. Algo que resulta imposible de encajar, cuando se está convencido de que “España es uno de los países con más bajos índices de nacionalismo... y que el españolismo identitario es residual” (Ovejero, 2018).

Sea como fuere, el concepto de nacionalismo banal no tiene una vocación *tout court* (Archilés, 2018). Evidentemente, como cualquier otro paradigma teórico tiene sus límites. Pero manifiesta una gran torpeza quien pretenda con ello explicar todo el universo nacionalista hispánico. Mientras que la crítica de más arriba solo se sostiene desde posiciones políticas muy concretas cuyo objetivo no parece ser otro más que eliminar el nacionalismo catalán. Asimismo, tampoco debiera ser leído como el producto de una conspiración, el plan de una élite malévolas contra el pueblo. En suma,

el nacionalismo banal no lo explica todo ni puede sustituir otras formas de aproximarse al estudio de la identidad nacional. Al igual que sería un error criticar el inventariado del nacionalismo banal como si esto fuera sinónimo de intención premeditada o recepción pasiva. (Archilés, 2018, p. 227)

Atendiendo a estas cautelas, prevenido de restricciones y malentendidos, los conceptos de nacionalismo banal y cotidiano se nos aparecen como una poderosa y eficaz herramienta para explicar cómo y porqué en los últimos años se extiende una forma “desacomplejada” de ser español y adopta la etiqueta de nacionalista español sin complejos. Así, por ejemplo, Pablo Batalla Cueto en *Los nuevos odres del nacionalismo español* (2021) no solo consigue inventariar, con solvencia y rigor, el catálogo de artefactos del nacionalismo banal español durante la última década sino que, con evidente afán explicativo, igualmente se abre a pensar el espacio de la percepción y no sólo la producción. Por ello, aun cuando este punto pudiera ser el más débil del ensayo, sería un error criticar el inventariado resultante como si fuera sinónimo de intención premeditada o recepción pasiva. En este sentido, cabe destacar el esfuerzo del autor por comprender cómo el nacionalismo se inserta en la vida de la gente, sin dejar de explicar los factores estructurales que rebasan las intenciones humanas conscientes. Algo que, por lo demás, se persigue sin el tono apocalíptico ni integrado de ciertas interpretaciones.

La construcción nacional tiene más que ver con el *nacionalismo banal* sobre el que advirtiera Michael Billig y el *nacionalismo cotidiano* de Tim Edensor: un conjunto de recordatorios cotidianos y sutiles (pero, y esto es lo que puntualizaba Edensor, de poderosas consecuencias políticas e ideológicas, que el adjetivo *banal* pareciera menospreciar) de la existencia de naciones, de la de la nuestra en particular, de su antigüedad, de su naturalidad, de su identificación con una *lengua nacional*, etcétera, que operan como una “rutina semiótica cotidiana plagada de referentes nacionales subliminales”. (Batalla, 2021, pp. 22-23)

El resultado abarca referencias del nacionalismo banal español que van desde la alta cultura a la cultura popular. Yendo del análisis de contenido de programas televisivos en horario de máximo audiencia, ya fuere de carácter gastronómico tipo *Masterchef* o series de entretenimiento como *Cuéntame* o *El Ministerio del Tiempo*, a cómo la gente canaliza las pasiones colectivas a través del fútbol de forma que los éxitos de la selección española de fútbol se convirtieron en un canal ideal para reforzar el españolismo. Con idéntica maestría se analiza una parte significativa de lo que pasa por la élite intelectual española, que, verbigracia, como Gustavo Bueno, con desacomplejada fanfarronería y sin pudor académico, afirma que la nación española existiría desde al menos la Hispania romana. Aunque también a través de la novela

histórica nacionalista de Pérez-Reverte y la pintura de historia de Ferrer-Dalmau, maestros por igual de la agitación y la propaganda militar. Demostrando, en suma, el papel decisivo que la industria cultural y la cultura *mainstream*, y no solo los discursos procedentes de la “intelligentzia”, tienen en la formación nacional del mismo modo que en nuestra constitución como sujetos. Asimismo, se demuestra la caduca y elitista diferenciación, artificial y académica entre la alta cultura y la cultura de lo popular-masivo.

El hilo conductor del libro es que el nacionalismo es una religión. La metáfora resulta particularmente atinada cuando se argumenta que, del mismo modo que la religión, el nacionalismo español tiene teólogos, misioneros y catequistas. Y cómo, al igual que aquella, para su propagación la fe nacionalista necesita ser eficaz en tres niveles de producción intelectual y propagandística de distinta complejidad. De forma que necesita la terminología y el estilo de la vieja escolástica medieval propia de Gustavo Bueno, la simpleza de Manolo el del Bombo y el término medio que pudiera representar la obra de Augusto Ferrer-Dalmau o los Pérez-Reverte. Pues todo contribuye en su justa medida a la formación del espíritu nacional.

Asimismo, se apunta que el punto de inflexión para el rearme del nacionalismo —conservador— español tuvo lugar durante los gobiernos del PP (1996-2004). Con más decisión, desde el inicio del segundo, cuando contando con mayoría absoluta y “de acuerdo con las manifestaciones del nuevo presidente, José María Aznar, el pueblo español debería ser renacionalizado y convertirse en ‘normal’ dentro del contexto europeo” (Núñez Xeisas, 2004, p. 60). Desde entonces para acá, empero, se producen otros momentos coyunturales que llevan a que en los últimos 15 años se produzca lo que Batalla (2021) denomina como la “década prodigiosa del nacionalismo español”. Sobre todo, a partir de los éxitos de la selección española y específicamente tras el gol de Iniesta en el mundial de Sudáfrica 2010, gracias al cual se produce una eclosión y efervescencia nacionalista sin precedentes. A tal extremo que Alba Rico (2021) considera que es “el segundo ‘momento auténticamente nacional’ [tras la guerra de la independencia] de la historia de España” (p. 227). Lo cierto es que el fútbol generó un éxtasis colectivo, que los periodistas deportivos, en su calidad de catequistas, como diría Batalla (2021), interpretaron como una epifanía nacionalista y en clave política como la solución a la cuestión nacional. Esto último, mediando el mito compartido de una sola nación gracias a sus campeones, a la “épica

de los *once aldeanos* venidos de todos los rincones de la *piel de toro* para hermanarse en un proyecto común de grandeza universal” (p. 59).

A las primeras de cambio, sin embargo, el proceso soberanista catalán deshizo el feliz hechizo y el ingenuo “a por ellos” que sirvió para animar unidos a la selección transmutó en un grito de guerra para arengar a los antidisturbios contra los independistas. Sin duda, a la reacción nacionalista alentada por los éxitos deportivos habría que sumar la reacción política de todas las derechas, desde el PP a Vox pasando por UPyD y Cs, al movimiento del 15M, la aparición de Podemos y el cuestionamiento del régimen del 78.

Con todo, si bien el rearme nacionalista español es la respuesta a un momento coyuntural particular de la realidad política española, solo encuentra explicación satisfactoria en el marco más general y estructural de la explosión nacionalista (populista) que estamos viviendo a nivel global. Luego el ascenso del nacionalismo español se ha de explicar considerando diferentes parámetros al mismo tiempo (dimensión banal o cotidiana, estatal o institucional) y momentos coyunturales (soberanismo, confrontación y retroalimentación con el nacionalismo de Estado). Pero en cuanto que epifenómeno, considerándolo dentro del marco del examen de esa insurrección global de la que habla Batalla (2021), vendría a ser la expresión supraestructural, cultural, de la reacción neoliberal contra el Estado del bienestar y el decálogo de derechos y conquistas sociales abanderadas por la izquierda.

Dicho esto, tan complejo es establecer cómo lo global se expresa en lo local como difícil hacernos cargo de nuestras constricciones nacionales. Esto último, no solo por la “invisibilidad” del nacionalismo banal, lo es, sobre todo, porque “sólo un estudio detallado de cada caso y momento permitiría ofrecer una respuesta sobre el grado de por ejemplo aceptación/resistencia/rechazo” (Archilés, 2018, p. 228).

De aquí el interés por el relato de las experiencias de nacionalización que proporciona la escritura autobiográfica. En tal sentido, *España* de Alba Rico (2021) resulta ser un ejercicio esclarecedor de cómo se autopercibe la nación, cómo la identidad nacional se construye y es asimilada como narrativa personal. Pero sirve también para estudiar cómo aprehenderla y captar cómo se llega a pensar contra una determinada idea de España y a favor de otra.

En cuanto a “español”, tengo un pasaporte español y vivo en la lengua castellana, que es la oficial de España, y toda mi memoria, la histórica y la sensible, se ha construido en, alrededor de y contra España. Hay dos opciones: una, odiarla; la

otra, cambiarla. Odié mucho a España, que es la peor manera de ser español. Hoy me interesa más cambiarla. Mi libro *España* es la expresión de esta transformación vital y de esta batalla. (Alba Rico, 2023)

La cita es relevante porque alude tanto a este proceso de “desidentificación” como a la “resignificación” a que da lugar. Esto es, a su propio proceso de conversión y reconciliación, cuyo punto de inflexión, según reconoce, tuvo lugar en el 2011, cuando coinciden la revolución tunecina y el 15 M. Empieza entonces a observar el mundo y España desde un punto de vista libre de prejuicios ilustrados y categorías conceptuales totalizadoras. Y se abre a pensar contra las raíces de lo establecido con arreglo al cambiante horizonte de experiencias y expectativas de una persona que va a tomar partido. Para que se le entienda, el autor se ayuda de la distinción “filiación versus afiliación”.

Por filiación entiendo aquellos lazos emocionales o afectivos que nos vinculan a una comunidad no elegida... es el caso de la familia o la nación. La afiliación, en cambio, tiene que ver con las afinidades electivas, con los vínculos que uno elige y desarrolla por propia decisión. (Alba Rico, 2021, p. 31)

Ello implica que la filiación se conjugue con “soy de”, mientras que de la afiliación se diga “voy con”. Como lo uno no excluye lo otro, según advierte, ser español “solo quiere decir que estoy obligado a decidir qué español quiero ser, a qué tipo de español quiero ‘afiliarme’” (p. 37). De modo que sin andarse por las ramas, sin remilgos sobre sí mismo, confiesa de qué lado está:

Reivindico igualmente una españolidad, sin sexo o con poco sexo, constitucional, republicana, federal, que dé satisfacción a todas las demandas de filiación nacional a partir de un refrendo afiliativo democrático; y que proteja —de los identitarismos y del capitalismo— eso que he llamado en otro sitio “prevaricaciones antropológicas”... (Alba Rico, 2021, p. 37)

UNA ÚLTIMA APOSTILLA DE ANDAR POR CASA

Por añadidura, confieso que, a veces, tal vez porque jamás he sentido necesidad alguna de hacer demostración de españolidad, me sorprende a mí mismo clavando la mirada en la banderita roja y gualda que algún conocido luce en la muñeca del brazo.

Porque bandera viene de bando o banda y no hay ninguna que deje indiferente; pero, en tanto que expresión de una identidad nacional construida desde la exclusión, la española expone abiertamente a su portador, quedando a merced de lo que la gente pueda pensar de él. Bien considerado, sin duda, por aquellos que conciben su ostentación como prueba de orgullo nacional; pero en una posición de vulnerabilidad frente a quienes pudieran tacharlo de facha.

De cualquier modo, su exhibición me admira y, al mismo tiempo, me provoca una extraña sensación de vergüenza, que, en ningún caso, es vergüenza ajena y bien al contrario lo es frente a uno mismo. No es la mirada del otro que nos descubre escrutando, la falta descubierta es nuestro nulo patriotismo así entendido. Pues, en el fondo, mi celo constata una verdad incómoda, mi fracaso personal y afectivo ante la enseña, el 12 de octubre o el himno. En suma, mi más absoluta falta de emoción ante los llamados símbolos nacionales, sin por ello dejar de sentirme español.

En cualquier caso, siendo los símbolos importantes, la historia de nuestro país es mucho más que el himno o la bandera. Es así que no terminaré estas cavilaciones mías sin señalar lo mucho que me entusiasma recordar lo que en cierta ocasión Manuel Tuñón de Lara le dijo a un amigo: “Jamás te avergüences de España: es el único país, con Vietnam, que resistió tres años un golpe de Estado” (Reig Tapia, 2006, p. 390). Porque me obliga a sentirme solidario con el destino de aquellos que perdieron y se llamaron españoles en el pasado. Compatriotas que sufrieron persecución y exilio por su defensa de la libertad y la igualdad, cuyo ejemplo, sin idealismos ni mistificaciones, lo mismo pudiera servirnos en el presente para construir, a partir de “un refrendo afiliativo democrático”, un proyecto compartido orientado al bien común.

REFERENCIAS

Alba Rico, S. (2021). *España*. Madrid: Lengua de Trapo.

Alba Rico, S. (14 octubre 2023). Odié mucho a España, que es la peor manera de ser español. Hoy me interesa más cambiarla. *El País*. <https://elpais.com/eps/2023-10-14/santiago-alba-rico-odie-mucho-a-espana-que-es-la-peor-manera-de-ser-espanol.html>

Archilés, F. (2018). España con y sin problema. La reinención del nacionalismo español (c. 1977-2017). En I. Sepúlveda (Ed.), *Nación y nacionalismo en la España de las autonomías* (pp. 211-236). Boletín Oficial de Estado. Centro de

Estudios Jurídicos y Constitucionales.

https://www.boe.es/biblioteca_juridica/abrir_pdf.php?id=PUB-PB-2018-91

- Batalla Cueto, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea.
- Molina Aparicio, F. (2017). Rescatar la historia de la nación. Una historia de la historiografía del nacionalismo en España. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 35, 43-79. <https://revistas.usal.es/uno/index.php/0213-2087/article/view/17973>
- Núñez Florencio, R. (29 septiembre 2018). La trampa del nacionalismo banal: no todos somos nacionalistas. *Disidentia. Pensar está de moda*. <https://disidentia.com/la-trampa-del-nacionalismo-banal-no-todos-somos-nacionalistas/>
- Núñez Seixas, X. M. (2004). Patriotas y demócratas: sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-1979). *Gerónimo de Uztaiz*, 20, 45-98.
- Núñez Seixas, X. M. (22 julio 2017). El constitucionalismo es un nacionalismo español. *Elnacional.Cat*. https://www.elnacional.cat/es/cultura/nunez-seixas-nacionalismo-espanol_175620_102.html
- Ovejero, F. (29 junio 2018). España. *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/06/18/opinion/1529339443_180174.html
- Quiroga, A. y Archilés, F. (eds.) (2018). Introducción. Ondear la nación como problema. *Ondear la nación la nación. Nacionalismo banal en España* (pp. IX-XIII). Comares.
- Reig Tapia, A. (2006). *La cruzada de 1936. Mito y memoria*. Alianza.
- Sánchez Ferlosio, R. (25 noviembre 1979). Restitución del fariseo. *El País*. https://elpais.com/diario/1979/11/25/opinion/312332408_850215.html
- Sánchez Ferlosio, R. (2002). *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Destino.

Los nuevos odres del revisionismo historiográfico en la temprana Edad Moderna: advertencia sobre el documental “España: la primera globalización”

New wineskins of historiographic revisionism in the Early Modern Age: warning about “Spain: the first globalization” documentary

Gustavo Hernández Sánchez

Fedecaria-Salamanca

gustavohernandezhistoria@gmail.com

Recibido en junio de 2023

Aceptado en septiembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28405

RESUMEN

El texto presenta una crítica del documental de José Luis López Linares (2021), *España: la primera globalización del mundo*. A partir del comentario de varios aspectos presentes en el mismo se analizan las características del revisionismo historiográfico de tinte conservador de la Edad Moderna. Se trata de una advertencia sobre esta forma de entender uno de los periodos más ricos e interesantes de la historia de España, desde el punto de vista del pensamiento crítico.

Palabras clave: revisionismo historiográfico, Edad Moderna, globalización, España.

ABSTRACT

The text presents a critique of José Luis López Linares (2021) documentary, *Spain: the world's first globalization*. Based on the commentary on various aspects present in it, the characteristics of conservative historiographic revisionism of the Modern Age are analyzed. This is a warning about this way of understanding one of the richest and most interesting periods in the history of Spain, from the point of view of critical thinking.

Keywords: historiographic revisionism, Modern Age, globalization, Spain.

Referencia

Hernández Sánchez, G. (2024). Los nuevos odres del revisionismo historiográfico en la temprana Edad Moderna: advertencia sobre el documental “España: la primera globalización”. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 211-220. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28405.

Asistí invitado a la presentación del documental de José Luis López Linares, *España, la primera globalización* (2021), en la Facultad de Historia de la Universidad de Salamanca sin poseer demasiados datos de contexto y con buena disposición a tomar notas para una investigación que realizo en torno a la idea de Barroco asociada a la génesis de la modernidad. Los primeros minutos hacían presagiar un documental interesante en la línea de la historia global (*global history*) anglosajona en el que se conecta a la Monarquía Hispánica (a la que se alude continuamente como Imperio) de Felipe II con la dinastía china de los Ming y los intercambios que se producían en Filipinas a través de la conexión del galeón de Manila desde el virreinato de Nueva España. La plata “española” (*sic*, puesto que, en realidad, era americana) o, en todo caso, transportada por barcos con bandera de la Monarquía Hispánica, como fundamento de la primera globalización, mostraban un argumento sugerente a pesar de los matices. Hasta la aparición, también en los primeros minutos de la cinta, de Elvira Roca Barea instando a los allí presentes a no avergonzarse de ser español.

Por supuesto, conocía el debate suscitado por su libro y éxito editorial (Roca Barea, 2018)¹. Lo que no sabía es que iba a asistir a la versión filmada. Y es que, por mucho que el director se haya cansado de afirmar que no es así, lo cierto es que sí lo es. De manera que, puesto que ya no había escapatoria, me dispuse a visualizar los cien minutos de documental y, como disponía de lápiz y papel, anoté alguna de las imprecisiones que iba escuchando tales como la afirmación de que “España” fue el último país en expulsar a los judíos sefardíes². Nada se decía, por ejemplo, del decreto de conversión forzosa de Manuel I de Portugal en 1497 (posterior al de los Reyes Católicos de 1492), entre otras muchas circunstancias que se detallan de manera más amplia en el clásico de Joseph Pérez (1992) *Historia de una tragedia: la expulsión de los judíos de España*, reeditado en numerosas ocasiones y traducido a varios idiomas.

Considero que restar hierro al asunto de un acontecimiento tan trascendental para la historia de España muestra una concepción débil de la historia que puede llegar a resultar ciertamente peligrosa. Está claro que esta es un campo de fuerzas, y dentro de estas fuerzas (relaciones de poder-saber) se encuentra el relato histórico o historiográfico. Entiendo que de eso va este documental en el que se muestra una visión muy particular de la identidad española. De esta forma se va desarrollando un

¹ El título de este apunte crítico está tomado prestado de la obra publicada por el historiador y ensayista Pablo Batalla, *Los nuevos odres del nacionalismo español* (2021), donde se trata de forma más amplia, entre otros asuntos, el debate suscitado por la recepción de la obra de esta autora; especialmente en el capítulo “El imperio contraataca” (Batalla, 2021, pp. 131 y ss.).

² Error que un mapa que se muestra posteriormente corrige.

relato cinematográfico en el que se realiza una selección muy cuidadosa de la información que se da, e incluso de los historiadores e historiadoras que participan en las entrevistas. No se entiende si no la presencia de investigadores neofranquistas como Stanley G. Payne, especialista en historia contemporánea.

Resulta asimismo difícil de comprender la presencia de muchos otros buenos colegas modernistas que se han prestado a la construcción de este relato histórico que bien podemos situar en la línea de un revisionismo historiográfico de derechas que últimamente viene a enfangarlo todo, pero, sobre todo, que se atreve a dar un paso más allá: de la denominada *posverdad* a la abierta falacia historiográfica (algo así como una *fake new* histórica en toda regla). Se puede decir que quien sale perdiendo de toda esta operación no son ya solo los ciudadanos y las ciudadanas a quienes se dirige el documental, y a quienes se les niega la ocasión de aprender y quizá disfrutar un poco de la Historia, sino el propio gremio de historiadores.

No es porque sea incluso cuestionable el uso que se hace del concepto “España”, presentada como *unidad de destino en lo universal*, al que se alude constantemente en el documental. El término más correcto para este periodo sería el de Monarquía Hispánica, o incluso Unión Ibérica³ (si tenemos en cuenta que suma alegremente los éxitos de Portugal a los de nuestra propia historia). Además de este anacronismo se añade al relato una vieja disputa entre los ámbitos culturales protestante y católico que resulta extraña en pleno siglo XXI. En el presente la sociedad española está plenamente secularizada y el catolicismo representa un rasgo cultural vago y no determinante que deja un poso de tradición marcado por la costumbre, sí, pero no por los dogmas de la Iglesia, que no todo el mundo conoce; también por una historia repleta de avatares y mucha conflictividad política. Al respecto, es muy interesante la obra coordinada por Hernández Burgos y Rina Simón (2022) en torno a la consideración de las fiestas populares durante la dictadura franquista en la que se parte de la “consideración de que los ritos, las ceremonias y los símbolos que las caracterizaron permiten comprender, desde horizontes transversales, variables muy diversas”, a saber:

³ Al respecto, me parece pertinente citar la obra de Yun Casalilla, *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII)*, que aborda de manera más crítica el tema y en la que se precisa que “el metal que llegaba de América nunca constituyó más del 25% de los ingresos totales de la corona” (Yun Casalilla, 2019, p. 136), entre otras cuestiones que después destacaré.

su configuración ideológica, las narrativas sobre la tradición, el control social del ocio y el tiempo libre, las tentativas purificadoras de la Iglesia, los modelos culturales hegemónicos, la construcción de una memoria específica o la articulación de mecanismos simbólicos para legitimar el Estado, entre otros fenómenos. (Hernández Burgos y Rina Simón, 2022, p. 17)

Lo que lleva a una consideración más compleja de la festividad en la que lo principal es “celebrar la comunidad en su conjunto” (*ibidem*) y que la dictadura trató de moldear, no siempre con éxito, en su reinterpretación y apropiación de la historia y de la cultura nacional. Algo muy similar a lo que pretende llevar a cabo este documental. Es más, diría que en muchas de las ocasiones los intentos de instrumentalización de este pasado se basan en clichés que desconocen en buena medida la tradición a la que aluden, como sucede por ejemplo en el tratamiento que se hace de los autores que conformaron la denominada Escuela de Salamanca, de cuyas plumas nacieron las críticas más duras a la legitimidad de la conquista de la América hispánica. También de los propios dogmas y controversias que sostuvo en su seno la propia Iglesia católica, aunque eso es otra historia. Vayamos por partes.

En primer lugar, el término nación, tal y como he aludido en alguno de mis trabajos, hace referencia en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias (1611, p. 1.305) al “reino o provincia extendida, como la nación española”, siendo definida posteriormente, en el *Diccionario de autoridades* de 1734, como “el acto de nacer” de lo que se usaba en el modo de hablar, nación, como “lugar de nacimiento” (T. IV, p. 1734). El uso de este término se empleaba en la temprana Edad Moderna, por tanto, para hacer referencia preferentemente al lugar de nacimiento y no al Estado-nación contemporáneo, dos conceptos heurísticos e historiográficos profundamente diversos. Existían, por ejemplo, en ciudades como Salamanca, asociadas a su centenaria universidad, hasta ocho naciones universitarias (a saber, Galicia, Portugal, tierra de Campos, Vizcaya, Extremadura, La Mancha, Andalucía y Aragón) que agrupaban a los estudiantes en lazos de solidaridad y paisanaje. Estas naciones no eran uniformes ni se agrupaban siempre de la misma forma, dependiendo en buena medida de la matrícula en cada curso académico, así como de las relaciones de poder dentro del Estudio por el control de las cátedras y oficios dentro de este. En efecto, la realidad social de la época era muchísimo más rica de lo que deja entrever el documental, (presentado como una especie de disputa entre españoles y el resto del mundo), tal y

como se detalla en la obra sobre corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica coordinada por García y Recio (2014):

herederos en cierta medida de la tradición monástica medieval, las instituciones de nación —especialmente en su versión colegial—, funcionaron como lugares de creación de ideología y de proyección exterior de ideas y de valores (...) se enmarcaban en el contexto de *representación de las naciones* en la corte y en otras ciudades de la Monarquía. (García y Recio, 2014, pp. 16-17)

Lugares en los que actuaban como grupos de presión y de poder que fueron la base de relaciones de patronazgo y clientelismo, así como de solidaridad y paisanaje. En este otro segundo aspecto funcionaban también redes informales que hacen difícil su identificación pero que han sido estudiadas en numerosos trabajos de carácter especializado, como es el caso de las “corporaciones de nación” o “naciones universitarias” antes mencionadas⁴. Fueron estas redes, constituidas como élites “transnacionales” y a las que es “imposible” calificar “de redes *nacionales*” (Yun Casalilla, 2019, p. 205) sobre las que se erigió el imperio de la familia Habsburgo y, por tanto, quienes representaron verdaderamente el signo de la globalización en ciernes.

En segundo lugar, no son tampoco escasos los estudios que abandonan la vieja diferenciación cultural entre el mundo católico y protestante, a menudo basado en tópicos diferenciales en torno a la génesis del capitalismo planteada en el estudio clásico de Weber (1905), *Ética protestante y espíritu del capitalismo*, para empezar a hablar de procesos más amplios, compartidos y comunes, de *confesionalización* y *disciplinamiento*. Estos interesantísimos conceptos heurísticos y analíticos pretenden analizar en qué medida y con qué medios coercitivos los distintos credos fueron capaces de modular la conducta de los fieles en los incipientes Estados modernos⁵. No se trata, por tanto, de discernir qué religión fue mejor, o menos mala, tal y como se muestra en la cinta. Hasta tal punto esto es así como que no solo hay quien sostiene que hablar de Estado-nación antes del siglo XIX es un anacronismo, sino que sería incorrecto incluso el concepto de Estado moderno, tal y como se destaca en las notas

⁴ Una de las más conocidas por su influencia en la Corte ha sido la de las élites vasco-navarras (*nación de Vizcaya*), tal y como detalla de manera más amplia el estudio de Imízcoz (2008).

⁵ Véase una introducción al asunto en Arcuri (2019), en la que se presentan estos conceptos como dos paradigmas para el estudio de la Edad Moderna.

del eminente sociólogo Bourdieu (2014, p. 272), *Sobre el Estado*, editadas a partir de los cursos impartidos en el Colegio de Francia entre 1989 y 1991, entre otros autores.

En lo que respecta a la Monarquía Ibérica, el argumento de mayor peso es sin duda el de Antonio M. Hespanha, quien ya a finales de los noventa del pasado siglo hablaba de la existencia de un “paradigma estatista” creado por los historiadores del siglo XIX y que todavía predomina entre la historiografía menos exigente, para quienes “la centralización del poder político, concebida como reunión de éste en un polo único —el Estado—, es algo que, en el área europea, se consuma sustancialmente en el inicio de la época moderna” (Hespanha, 1989, p. 23). Para dicho autor este proceso solamente habría existido en teoría, no habiendo empezado a ser efectivo hasta época del absolutismo ilustrado. Desarrollado posteriormente, para el caso de la Monarquía Hispánica, en los trabajos de autores como Fernández Albaladejo (1992, pp. 168 y ss.).

Se trata esto otro de una reflexión crítica que el documental pierde la oportunidad de realizar a la hora de hablar de los libros de texto en las etapas no superiores de la educación en nuestro país, en las que, después de todo y a pesar de la opinión de Roca Barea, el *espíritu nacional* de la monarquía se encuentra a salvo en base a algunos de los mitos más difundidos sobre la historia de nuestro país (Reconquista, Monarquía de los Reyes Católicos, imperio carolino y filipino, etc.). No lo están, en cambio, algunas novedades historiográficas como las mencionadas, asunto que sería necesario abordar en los currículos relativos a la didáctica de la Edad Moderna.

En tercer lugar, se presentan procesos tales como la conquista y colonización (término este que incluso se llega a negar, afirmando que no fue tal) de América de forma unidireccional, guiado seguramente por el *espíritu de la providencia* y no como un asunto harto complejo. Se ocultan, por ejemplo, los enfrentamientos entre los propios conquistadores por la depredación de los recursos, el pleito entre la familia Colón y los Reyes Católicos, quienes no quisieron respetar las Capitulaciones de Santa Fe. E incluso se presenta a Magallanes como “español” porque, según testimonia uno de los entrevistados, así se había naturalizado (formalidad que, por otro lado, era necesaria para poder realizar el viaje en nombre de la Corona, y no de la “nación”). No es asunto baladí y entiéndase que no es mi intención ridiculizarlo, puesto que el documental está plagado de cuestiones de este tipo, tales como la afirmación, por activa y por pasiva, de que el pobre Carlos II, fruto del mal hacer genético de las casas reales europeas, incluida la de los Habsburgo, “no era tonto” (cito literalmente). Pues vale.

Pero el asunto no se detiene en este punto, puesto que en la descripción que se hace de la sociedad de Indias se insiste en el respeto por los indios (que no poblaciones originarias), citando las Leyes de Burgos, pero olvidando cuestiones tan importantes como las denuncias del clérigo Montesinos, a quien ni se menciona, o fray Bartolomé de Las Casas, a quien se cita solo de pasada. ¿Es que de estos otros españoles no podemos estar orgullosos? Tampoco se citan las Ordenanzas de Felipe II de julio 1573 (publicadas íntegramente en mayo de 1576 en El Escorial) para la conquista de América, en la que se regula, entre otras cosas, la esclavitud: “Puedan llevar los esclavos conforme al asiento libres de todos derechos para lo cual se le dé cédula” (Ordenanza 78, sobre nuevas poblaciones). Tema este del que, por otro lado, nada se dice. En estas ordenanzas, en cambio, respecto a las poblaciones originarias, se justifica el “descubrimiento, nueva población y población de las Indias” bajo el signo de la evangelización: “pues este es el principal fin para el que mandamos hacer los nuevos descubrimientos y poblaciones” (Ordenanza 36).

En esta insistencia por blanquear los sucesos de la conquista de la América Ibérica se siguen sumando algunos otros errores como afirmar que las fundaciones universitarias americanas poseían los mismos privilegios que las de la Península (“España”), en concreto Salamanca. He tenido la oportunidad de realizar un estudio comparativo entre esta y la Real Universidad de México donde expongo algunas de sus diferencias. Por enunciarlo brevemente, el fuero de la Universidad de Salamanca era más amplio y representaba una tradición de corte medievalizante que aún conservó esta institución en la Edad Moderna. El de México era, por el contrario, más limitado, centralizado en manos del rector, lo que responde a una lógica autoritaria de corte moderno presente en otros Estudios mayores tales como Valladolid y Alcalá, de fundación más reciente. A pesar de que la *universitas salmanticensis* sirviese como modelo de todos ellos, esto en realidad se trataba más bien de un recurso de carácter evocativo. En definitiva, mi trabajo concluye que es mejor estudiar cada caso en su contexto específico, por lo que respecta a México el de la sociedad novohispana de la época, la cual no era, evidentemente, una mera traslación de la sociedad castellana (como tampoco lo era su Universidad).

Sin embargo, lo que más duele, en relación con lo que se le supone a una visión crítica del pasado, es el olvido de la esclavitud en un documental que habla sobre la primera globalización y la conexión comercial del mundo que realizaron los Imperios Ibéricos en los albores de la temprana Edad Moderna. Preguntado al respecto en el debate posterior, el director solo atisbó a mencionar el recurrido tópico de que otras

“naciones” se lucraron más que la nuestra con ese hecho, y no están tan avergonzados. Olvidan, de nuevo, en esa obsesión por la construcción de la identidad española que no se trata del “y tú más...” sino de revisar y conocer el pasado sin complejos, de confrontar aquellos aspectos más espinosos, las zonas grises de la historia, y también disfrutar con los hechos positivos, está claro. Una cosa no excluye a la otra. Por supuesto, otros países también se lucraron con el colonialismo y el tráfico de esclavos, del mismo modo que algunas de las desigualdades globales del presente son fruto de este, algo que el documental, de nuevo, olvida por completo.

Redunda finalmente en el sentido de recuperar una nación basada en un catolicismo fundamentado en el anti-protestantismo que recuerda a la interpretación que sobre la Edad Moderna realizó el franquismo y que anima a pensar que el asunto no sea otra cosa que una revisión neofranquista de la visión del Imperio español propia de nostálgicos y de las nuevas derechas posfascistas. En efecto, la visión de la dictadura franquista del Siglo de Oro español estuvo plagada de tópicos y medias verdades que los investigadores e investigadoras de este periodo deberían revisar, siendo necesaria para ello un estudio transversal a caballo entre la temprana Edad Moderna y la Edad Contemporánea.

El documental incluso llega a incluir una visión genetista de la nación y, de nuevo, a forzar los argumentos hasta el extremo de hablar de la legitimidad de Felipe V como heredero del desdichado Carlos II. Este, fuese menos tonto de lo que hasta el momento se ha pensado o no, representó el descrédito de un modelo de monarquía compuesta que había tocado fondo y por la que una dinastía, la de los Borbones, con un proyecto de gobierno absolutista y centralizador de corte francés, y no una “nación”, ganaba la hegemonía frente a los Habsburgo. De esto nada se dice puesto que el documental insiste repetidamente en la unidad de España, dejando sin explicar las características de una monarquía multiterritorial tan rica como lo fue la Monarquía Hispánica. En ella, a decir de autores como Yun Casalilla, fue el “equilibrio entre centralización y autonomía” (Yun Casalilla, 2019, p. 109) lo que le hizo erigirse en uno de los centros de la globalización, al mismo tiempo que se sentaron las bases de su posterior disgregación, un gigante que resultó tener los pies de barro.

Los últimos minutos, por su parte, son vertiginosos. De fondo, música del pasodoble “Suspiros de España” (que, por supuesto, también me emociona hasta a mí, un castellano y español de izquierdas) y una montaña rusa cronológica que llega hasta la Guerra de Independencia tras la invasión napoleónica en 1808, ¡saltándose todo el siglo XVIII! Así como el atraso cultural que, en este siglo, propició el catolicismo

más intransigente, merced al tribunal de la Inquisición, frente a otras, ahora sí, incipientes “naciones” y Estados-nación europeos. Todo ello para negar la ruptura del Imperio, afirmando su continuidad, y, creo entender, echarles la culpa a los franceses (los Otros, siempre los Otros). El tratamiento que se hace de las Independencias americanas tampoco es adecuado, pero no quiero que el texto se me vaya de las manos, por lo que no entraré a valorar esto. Dejaré, en cambio, a juicio de los espectadores y de las espectadoras la opinión sobre un asunto en el que, después de todo, no se esconde nada nuevo bajo el Sol. Y es que en esta España parece que hay temas donde, al igual que en la Monarquía Ibérica de Felipe II, este astro parece nunca ponerse.

En definitiva, hacer pasar por cosa seria relatos de este tipo me parece cuanto menos cuestionable. No obstante, lo que más me preocupa es la influencia creciente de este denominado *gramscismo* de derechas que, siguiendo las estrategias de los nuevos populismos, se cuela fingiendo ofrecernos algo nuevo cuando en realidad se trata de un relato añejo y conservador. Lo tengo muy en cuenta porque ya Adorno en una conferencia en la Universidad de Viena en 1967 titulada *Rasgos del nuevo radicalismo de derechas* advertía sobre la mentira, lanzada en forma de propaganda, como una de las principales características de la propalación del fascismo.

REFERENCIAS

- Arcuri, A. (2019). Confesionalización y disciplinamiento social: dos paradigmas para la historia moderna. *Hispania Sacra*, LXXI(143), 113-129. <https://doi.org/10.3989/hs.2019.008>
- Batalla, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea.
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France* (1989-1992). Anagrama.
- Covarrubias, S. de (2006 [1611]). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Iberoamericana.
- Diccionario de autoridades, 1726-1739*, editado por la Real Academia Española de la Lengua (RAE). <https://apps2.rae.es/DA.html>
- Fernández Albaladejo, P. (1992). *Fragmentos de Monarquía*. Alianza.
- García, B. y Recio, O. (2014). *Las corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad*. Fundación Carlos de Amberes.

- Hernández Burgos, C. y Rina Simón, C. (2022). *El franquismo se fue de fiesta: Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura*. Universitat de València.
- Hespanha, A. M. (1989). *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII)*. Taurus.
- Imízcoz, J. M. (2008). Las élites vasco-navarras y la Monarquía Hispánica: construcciones sociales, políticas y culturales en la edad moderna. *Cuadernos de Historia Moderna*, 33, 89-119.
- Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias, dadas por Felipe II el 13 de julio de 1573 en el bosque de Segovia. En *Historia del Nuevo Mundo*. Disponible en <https://www.historiadelnuevomundo.com/ordenanzas-de-felipe-ii-sobre-descubrimiento-nueva-poblacion-y-pacificacion-de-las-indias/>
- Pérez, J. (1993). *Historia de una tragedia: la expulsión de los judíos de España*. Austral.
- Roca Barea, M. E. (2018). *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*. Siruela.
- Weber, M. (2013 [1905]). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Akal.
- Yun Casalilla, B. (2019). *Los imperios ibéricos y la globalización de Europa (siglos XV a XVII)*. Galaxia Gutenberg,

Educación frente al neofascismo 2.0: repensar la Pedagogía en una era de nuevos fascismos

Education against neo-fascism 2.0: Rethinking Pedagogy in an Age of new fascisms

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez
Universidad de León (España)
enrique.diez@unileon.es

Recibido en julio de 2023

Aceptado en septiembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.27262

RESUMEN

Un fantasma recorre las aulas escolares del estado español: el neofascismo. Jóvenes estudiantes se declaran, sin ningún tipo de complejo, afines a la ideología neofascista. En este artículo se analiza la penetración en el sistema educativo del nuevo neofascismo, distinto al fascismo tradicional y ligado al neoliberalismo capitalista. A través de dos mecanismos fundamentales: la imposición en las políticas educativas de su agenda profundamente reaccionaria y la defensa de un neoliberalismo radical autoritario, centrado en el impulso del egoísmo meritocrático. La segunda parte del texto se destina a desarrollar las estrategias para combatir desde la educación (tanto en la escuela, como en la sociedad y los medios de comunicación) la ideología y el auge del neofascismo, así como prevenir su progresiva "normalización" por una parte de la sociedad. Esta labor desde la educación es hoy día más urgente que nunca antes de que se expanda aún más esta peste, como diría Camus (2004), esta enfermedad que cuenta con la capacidad de destruir la democracia en nombre de la propia democracia.

Palabras clave: educación antifascista, pedagogía antifascista, neofascismo, política educativa, educación democrática.

ABSTRACT

A spectre is haunting Spanish classrooms: neo-fascism. Young students declare themselves, without any complex, to be akin to neo-fascist ideology. This article analyses the penetration of the new neo-fascism, different from traditional fascism and linked to capitalist neoliberalism, into the educational system. Through two fundamental mechanisms: the imposition of its profoundly reactionary agenda on educational policies and the defence of a radical authoritarian neoliberalism, centred on the impulse of meritocratic egoism. The second part of the text is devoted to developing strategies to combat the ideology and rise of neo-fascism through education (both at school and in society and the media), as well as to prevent its progressive "normalisation" by part of society. This work through education is more urgent than ever before this plague spreads even further, as Camus (2004) would say, this disease that has the capacity to destroy democracy in the name of democracy itself.

Keywords: anti-fascist education, anti-fascist pedagogy, neo-fascism, education policy, democratic education.

Referencia

Díez-Gutiérrez, E. J. (2024). Educación frente al neofascismo 2.0: repensar la Pedagogía en una era de nuevos fascismos. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 221-244. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.27262

INTRODUCCIÓN: ¿QUÉ HEMOS HECHO EN EL SISTEMA EDUCATIVO EN LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS PARA QUE TANTA GENTE JOVEN VOTE AL FASCISMO DE NUEVO CUÑO Y VIEJA TRADICIÓN?

Un fantasma recorre Europa en el siglo XXI: el auge del neofascismo. Desde la crisis de 2008 el neofascismo ha ido ganando terreno en la UE y a nivel mundial. En 16 de los 27 países de la UE, los grupos políticos de extrema derecha aumentaron los votos recibidos en las anteriores elecciones, alcanzando cuotas de poder impensables en instituciones, gobiernos y parlamentos¹. Los medios de comunicación han contribuido a blanquearlos generando un cambio de opinión pública que los ha ido “normalizando”, como una opción posible. Y los partidos de derecha e incluso algunos socialdemócratas han ido asumiendo sus argumentos, comprando sus marcos discursivos, sobre todo en el terreno securitario y de migración.

Este fantasma también está recorriendo las aulas escolares: la traslación a los centros educativos de los discursos y narrativas neofascistas que impregnan redes sociales y medios de comunicación. No olvidemos que *TikTok*, una de las redes sociales que suma más seguidores de las nuevas generaciones, está lleno de fans adolescentes del neofascismo y que Vox es el grupo político con más seguidores jóvenes en esta red en España, así como en *Youtube* e *Instagram* (Machuca, 2023; Remacha y Llanera, 2023). Cada vez hay más grupos de estudiantes que hacen alarde de esta ideología en los centros educativos, acompañándolo de la ostentación de símbolos asociados a la dictadura franquista y a la imaginería ligada a los grupos más reaccionarios del espectro político e ideológico (Galaup y del Toro, 2023).

Se extiende un aura de exaltación sin complejos de una barbarie que se consideraba superada y el cuestionamiento de consensos sociales y culturales que se daban por sentados. El auge de este imaginario juvenil se asienta en las prácticas de la sociedad adulta. En el blanqueamiento del neofascismo por parte de los medios de

¹ En Europa, la ultraderecha gobierna en Italia, Hungría, Polonia y la República Checa; ha participado en el gobierno en Austria, Países Bajos y Suiza. En Estonia, Letonia y Eslovaquia gobiernan en coalición. En Alemania están en el Bundestag. En Francia, la neofascista Marine Le Pen estuvo cerca de alcanzar la presidencia y es la tercera fuerza del país. En España también es la tercera fuerza política. En Suecia se convirtió en la segunda fuerza política. En Finlandia y Eslovenia lideran la oposición. En Dinamarca y Austria son tercera fuerza del país, pero las dos primeras han mimetizado su discurso. En Croacia, Portugal y Rumanía son la alternativa a las formaciones tradicionales. En Chipre, Bulgaria y Luxemburgo han conseguido que la derecha y la socialdemocracia asumieran sus posiciones en sus programas. En Grecia la ultraderecha obtuvo casi un 13% de votos para el Parlamento. En Latinoamérica, el ultraderechista Javier Milei en Argentina obtuvo el 30%, José Antonio Kast, de extrema derecha en Chile, arrasó en las elecciones para redactar la nueva Carta Fundamental. El ultraderechista Jair Bolsonaro perdió las últimas elecciones presidenciales brasileñas por la mínima. El *Tea Party* y Donald Trump, encarnan la extrema derecha neofascista en Estados Unidos. A lo que podemos sumar Duterte, presidente de Filipinas, el presidente de El Salvador, Nayib Bukele. Así como en Israel, donde gobierna la extrema derecha, con líderes que se enorgullecen públicamente de ser supremacistas y homófobos (Dieckhoff, 2023; Navarro, 2023).

comunicación, del poder político y los grupos empresariales y una parte de la población adulta, que lo ha justificado como “una opción más”.

Pero también es responsabilidad del silencio cómplice de la sociedad adulta. Del silencio cómplice del sistema educativo, que ha mirado para otra parte o no ha querido enterarse de lo que estaba pasando alrededor y cuyas consecuencias están viéndose cuando ya no tienen vuelta atrás². Decía Martin Luther King en uno de sus discursos: “nuestra generación no se arrepentirá tanto de las obras y de las palabras de las malas personas, sino del pasmoso silencio de las buenas personas que miraron hacia otra parte y consintieron la barbarie”.

En el contexto actual, parece que hoy sería impensable que se emitiera la escena de uno de los capítulos de la tercera temporada de la exitosa serie de Antena 3 “Compañeros”. La escena, en el capítulo siete de la séptima temporada de la serie de Antena 3, comienza con la directora del colegio, Tere Roncesvalles, interpretada por Tina Sáinz, en la que advierte a todo el alumnado que *“en este colegio no entra nadie más con símbolos fascistas, banderitas preconstitucionales, esvásticas o cruces célticas”*. Ante lo cual, uno de los alumnos le reprocha: *“Pero estás yendo en contra de la libertad de expresión de la gente”*. “¡Silencio!”, interrumpió el profesor Félix, al que daba vida el actor Miguel Rellán. *“Está usted listo si piensa que es equiparable, no sé, pintarse el pelo o gritar ‘¡Hala Madrid!’ que hacer apología del genocidio”*, continuó explicando. *“Oye, cada uno puede tener la ideología que le dé la gana”*, rebatió otro de los alumnos. *“Naturalmente, lo que no se puede es incumplir la ley”*, volvió a replicar el profesor ante los estudiantes. *“Pero cómo vamos a ser respetuosos con una ideología que no respeta a los demás”*, añadió la profesora de Literatura Marisa (la actriz Beatriz Carvajal), y añadió: *“No podemos ser tolerantes con grupos que lo único que persiguen es aterrorizar a todo aquel que se cruza en su camino”*. *“No sé si os suena un señor que se llama Adolf Hitler y las cosas que hizo”*, continúa diciendo la profesora, a lo que el alumno con ideología claramente neofascista le

² En España los gobiernos en coalición entre derecha y ultraderecha eliminan las consejerías de Medio Ambiente e Igualdad y crean la de Familias, derogan la ley de Memoria Democrática e impulsan una sanidad y enseñanza privadas (Ramiro, 2023). En Argentina, el candidato más votado para presidente en las primarias de agosto de 2023, Javier Milei, sostiene que la justicia social solo produce déficit fiscal, que los impuestos son una forma de esclavitud, que se debe legalizar la venta de órganos o que el cambio climático es una mentira del socialismo (Milei, 2022). En Brasil, el expresidente brasileño, en el terreno educativo, entre muchas otras medidas, ordenó prohibir la “ideología de género” en la educación y puso en marcha una campaña denominada “Escuela sin partido” para convertir al alumnado en delator de su profesorado. Les pedía que grabasen con sus teléfonos móviles a sus profesores y profesoras y denunciasen su “adoctrinamiento con ideologías de izquierda”. Este “adoctrinamiento de izquierdas” se refiere en concreto a lo que denomina “la ideología de Paulo Freire” (Pires, 2018).

replica cuestionándole que “*eso es mentira. Esa es la historia que se montaron los aliados*”. “*Ya es hora de que nos olvidemos de esas historias. Ya está bien de hablar de historias del pasado*”, aprovecha para decir otro alumno afín. “*Si nos olvidamos nos puede pasar lo mismo*”, cuestiona una alumna bosnia. “*¡Cállate, bosnia de mierda!*”, le insulta el alumno neofascista. “*¿Veis cómo no son cosas del pasado?*”, zanja la profesora.

Ante este relato, que podría ser tremendamente actual, nos tenemos que preguntar qué hemos hecho durante los últimos veinte, treinta, cuarenta años en el sistema educativo español para que tantos jóvenes actualmente defiendan los postulados y la narrativa del neofascismo. Cómo es posible que una ideología que devastó Europa hace poco más de setenta años haya podido ser admitida y penetrar en el discurso de una sociedad y una escuela democrática. Quizás es que hemos estado demasiado preocupados con la última “moda pedagógica” con terminología inglesa que nos llegaba y nos vendían como la innovación definitiva, fuera la gamificación, el *mindfulness* o las competencias digitales. Quizás fuera la presión de nuestras administraciones educativas con la última novedad neoliberal que se quería introducir, fuera el emprendimiento o el bilingüismo. O quizás nos han tenido demasiado entretenidos con currículos hipertrofiados de contenidos y temarios inabarcables, con exámenes continuos, que parecen haber transformado el deseo de aprender en afán de aprobar materias cuyos contenidos poco tenían que ver con su contexto vital, social, político e ideológico. Dejando a las redes sociales esa labor.

Este es el propósito de este artículo. Analizar la penetración en el sistema educativo del nuevo neofascismo y plantear: ¿qué hacer ante ello?, ¿qué estrategias debemos plantear para combatir desde la educación (tanto en la escuela, como en la sociedad y los medios de comunicación) la ideología y el auge del neofascismo, así como prevenir su progresiva “normalización” por una parte de la sociedad?

NEOFASCISMO EDUCATIVO 2.0

Cuando hablamos de fascismo (Paxton, 2019) tendemos a pensar en los movimientos fascistas clásicos ligados a personajes como Hitler, Mussolini, Pinochet, Videla, etc., responsables de genocidios y crímenes contra la humanidad. Pero el actual neofascismo no es una réplica mimética del fascismo clásico de antaño.

Aunque hay autores (Brunet y Böcker, 2023; Traverso, 2018) que utilizan el término “posfascismo” para denominar a las fuerzas que ocupan actualmente el

espacio de ultraderecha, elegimos el término “neofascismo”, siguiendo a Guamán et al. (2019) y otros autores (Paxton, 2019; Pavón, 2020; Ramos, 2021), por dos razones. La primera, tiene que ver con que el prefijo post sugiere algo que ya está superado o que se pretende superar, lo cual no es el caso, como se constata ante el actual auge del neofascismo (Gallego, 2023; Katz, 2023). La segunda, porque el prefijo “neo” vincula el término con un elemento que caracteriza y distingue al nuevo fascismo del tradicional: la integración del neoliberalismo en su ADN y lo caracteriza, consideramos, de forma más aquilatada en su actual definición.

Es un neofascismo 2.0, que utiliza un lenguaje y un estilo populista y que se extiende a través de las redes sociales, como *TikTok* (García-Barnés, 2022). Con un discurso sustentado en el odio de clase, de etnia y de sexo, mediante mantras y eslóganes simples, directos y fáciles de entender y conectar por su alto contenido emocional. Pretende así dar la “batalla cultural y educativa” por la hegemonía ideológica, marcando la agenda mediática y política, y adoptando para ello estrategias de provocación constante a través de una propaganda de ataque y *fake news* virales en las redes sociales, exhibiendo simbologías y consignas llamativas. Su estrategia es la confrontación, pero revestida bajo el eufemismo de “polarización”. Aplica así la teoría de la equidistancia que tanto rédito dio, por ejemplo, en el relato conservador sobre el franquismo. Atribuyendo su estrategia de confrontación al resto de agentes, y equiparando la responsabilidad de la crispación política y social a los dos lados del tablero político, como si hubiera dos bandos enfrentados en igualdad de barbarie.

Esta ola de discursos neofascistas se presenta como solución autoritaria ante el abandono o la incapacidad de los poderes públicos democráticos y el desencanto ante los partidos políticos tradicionales, salpicados de casos de corrupción y promesas incumplidas. Son la respuesta a las consecuencias de las políticas neoliberales, no solo abanderadas por los gobiernos conservadores sino también impulsadas por los gobiernos socialdemócratas con sus privatizaciones masivas y el desmantelamiento progresivo del Estado Social, el ataque a los derechos sociales y a lo público, a la misma idea del bien común, así como la promoción del individualismo y el egoísmo, del “sálvese quien pueda” (Brown, 2021).

Pero, junto a la defensa de los ejes clásicos del fascismo (patria, bandera, imperio, orden...), el neofascismo integra la batalla contra lo que denomina la «ideología de género» y el feminismo «supremacista» (denunciando las leyes contra la violencia de género); asume y difunde las teorías de la conspiración y las *fake news*;

recurre al victimismo homoidentitario (alegando que los taurinos y cazadores son oprimidos por el «totalitarismo animalista», que los hombres están atemorizados por las leyes de igualdad o los católicos marginados por el laicismo); defiende la homofobia y el ecofascismo. Pero especialmente integra el modelo neoliberal del emprendimiento y la “libertad económica” que es lo que le hace radicalmente diferente al fascismo clásico (Guamán et al., 2019; Pavón, 2020).

Conjugan así un programa radicalmente neoliberal con el más rancio neoconservadurismo social. El neoliberalismo y el neofascismo constituyen, así, dos expresiones indisociables entre sí de una misma configuración actual del sistema capitalista. De hecho, ninguno de los grandes movimientos neofascistas de la actualidad mantiene posiciones que cuestionen el capitalismo. El discurso neoliberal ha acabado siendo visto por el neofascismo como condición natural y normal de la futura sociedad (Ramos, 2021).

Por eso, como ya planteaban Benjamin (1989) o Brecht (2001) no se puede abordar el fascismo sin cuestionar el capitalismo. La superación definitiva del fascismo pasa por la superación del sistema capitalista. Mientras exista el capitalismo, el fascismo nunca se irá definitivamente.

De hecho, el neofascismo no tiene nada de antisistema, sino que constituye el plan B autoritario del sistema. Cuando los poderes económicos ven la posibilidad real de que se implementen políticas de impuestos progresivos, que se regule el mercado, que se renacionalicen empresas estratégicas, se apliquen reformas agrarias o se puedan establecer medidas efectivas para una distribución real de la renta, amenazando sus tradicionales posiciones de poder y privilegio, bajan el telón de la ficción democrática asumida formalmente y resurge el fascismo, olvidando incluso los consensos democráticos mínimos (Brunet y Böcker, 2023).

En el tablero de la geopolítica el neofascismo cumple una función clave: la de ocultar las raíces reales de la injusticia social y las crisis para, de esta forma, neutralizar la posibilidad de que se cuestione la responsabilidad de las élites económicas y financieras. Lo que hace el neofascismo es sembrar la discordia entre los perdedores del modelo neoliberal, fomentando, por una parte, el orgullo de sentirse superior y, por otra, canalizando la ira popular hacia los colectivos más vulnerables. Así, mientras se alimenta la guerra entre pobres, quienes controlan el poder siguen repartiéndose el pastel y la fractura social se acrecienta (Gallego, 2023).

Con dos efectos colaterales. El primero es la amplificación de la «teoría de la equiparación o equidistancia». Están consiguiendo reconstruir el imaginario colectivo situando a todo movimiento progresista que cuestione el capitalismo como si fuera el otro extremo de la ecuación del denominado populismo, acusándole de «extrema izquierda radical». Los discursos y narrativas mediáticas, cada vez de forma más frecuente, asumen este marco explicativo, y tildan con el epíteto vacío de *populistas* (sin saber muy bien qué significa) tanto a las opciones fascistas (totalitarias y antidemocráticas) como a las opciones comunitarias anticapitalistas y antifascistas (de defensa del bien común). De tal forma que el centro del tablero político queda redefinido por el conservadurismo y el neoliberalismo, que se convierten automáticamente en opciones de centro, «moderadas», «responsables» y «de gobierno» (Rendueles, 2020).

El segundo efecto es la denominada «lepenización de los espíritus». El neofascismo ha conseguido radicalizar y polarizar el marco del debate público, de la agenda política y mediática, hasta el punto de que buena parte de sus postulados están siendo asumidos no solo por los grupos políticos conservadores de la derecha y los liberales, sino también incluso por algunos grupos progresistas y socialdemócratas, especialmente las políticas migratorias, claramente discriminatorias y punitivas, y las políticas represivas en materia de derechos y libertades: “los partidos que se dicen democráticos han hecho propia la agenda ultra en temas como inmigración, nacionalismo, seguridad, derechos sociales o valores, y se muestran dispuestos a pactar gobiernos y hasta a ofrecer ministerios” (Guamán et al., 2019, p. 12).

Es más, la aparente entrada en el juego democrático del neofascismo, mientras les sirva, ha presionado a otros partidos políticos a radicalizarse para evitar la migración de los votos y para justificar y blanquear su cogobernanza con esa extrema derecha (Fundación de los Comunes, 2020). En España, el Partido Popular está gobernando con Vox, lo cual demuestra la carencia de una cultura antifascista y la falta de una ruptura con la dictadura franquista en la derecha española.

A lo anterior hay que añadir el hecho de que el partido ultraderechista en España esté dirigido por varios antiguos miembros del conservador Partido Popular, el trato más que benévolo recibido en los medios de comunicación y la relativización de sus postulados y propuestas xenófobas, antifeministas y antidemocráticas por parte de los líderes de los partidos y los medios, también ha servido para blanquear a Vox como

una formación legítima, integrándolo incluso en el denominado «bloque constitucionalista». Por eso, hemos de ser conscientes de que este neofascismo que viene cuenta con la capacidad de destruir la democracia en nombre de la propia democracia (Katz, 2023).

NEOFASCISMO EDUCATIVO

Esta agenda ultra está penetrando en el sistema educativo. Lenta, soterrada y sostenidamente. Por eso una educación frente al neofascismo 2.0 debe, como primer paso, detectar, analizar y deconstruir el discurso del neofascismo neoliberal que se infiltra en la escuela y en la sociedad. No solo aquel discurso obvio y claramente provocador ligado a los modelos más conservadores y arcaicos, sino también aquel más sutil y naturalizado, más ligado a los relatos de la «libertad», la competencia, el éxito, el esfuerzo, la autoridad, el control o la vigilancia, vinculado a la ideología neoliberal, base del actual neofascismo.

NEOFASCISMO EDUCATIVO TRADICIONALISTA

Para el neofascismo actual todo lo que no es su ideología es adoctrinamiento; todo lo que no sea adoctrinar en su “credo”, lo tacha de tal: acusar a los demás de lo que ellos practican. No admiten una sociedad democrática plural y tolerante. Su estrategia es utilizar la educación para imponer una mentalidad única, para volver al blanco y negro del No-Do franquista. Es su discurso del odio trasladado a la educación (Díez-Gutiérrez, 2022).

Por eso, actualmente el neofascismo ha declarado una guerra judicial (*lawfare*) contra el sistema educativo público y plural, con el denominado “pin parental” para perseguir y denunciar al profesorado y los centros que educan en derechos humanos, en valores democráticos o en igualdad, que combaten la homofobia, el racismo o la desigualdad social, dado que exigen que la escuela pública transmita solo los “valores” y la ideología que ellos defienden: doctrina católica y “las gestas y hazañas de nuestros héroes nacionales, así como a los símbolos de la nación, especialmente la bandera, el himno y la corona” (Vox, 2019).

Simultáneamente exigen reinstaurar en el sistema educativo el patriotismo militar, en el que educar a las futuras generaciones. Vinculado a la exaltación de los símbolos de la “nación” (que se apropian en exclusividad) y a una imagen profundamente patriarcal e hipermasculinizada. Vemos cómo proliferan campamentos

de verano para formar “niños soldados” (desde siete años) donde veteranos del ejército, de la guardia civil y militares profesionales les dan instrucción militar y les enseñan a disparar con armas simuladas (en países como Estados Unidos utilizan armas reales). Imponen instrucción militar como forma de ocio y aprendizaje. Visten uniforme del ejército, se llaman cadetes, se organizan en compañías a las órdenes de un oficial y se saludan militarmente. Menores de edad adiestrados en tiro y combate con monitores que han sido candidatos por el grupo ultraderechista Vox (González, 2020).

Otra de las obsesiones recurrentes del neofascismo es utilizar el sistema educativo para educar en la insensibilidad ante el maltrato animal impulsando valores ligados a la caza y la tauromaquia, vinculadas a la representación mítica de un pasado tradicional donde se “formaba” a los “hombres de verdad” mediante prácticas ligadas a la violencia con los animales o con otros seres humanos (mili, guerra). Justamente cuando la sociedad está mostrando una oposición mayoritaria al maltrato animal, es cuando proponen escuelas taurinas y FPs de Tauromaquia para ser torero, donde los criterios de evaluación incluirían la “eficacia y pureza en la suerte de matar”, con “encierros didácticos” para menores y campus taurinos (Avilés, 2023).

Una cuarta obsesión del neofascismo es enterrar y ocultar el pasado tratando de borrar la memoria colectiva de la devastación humana y los genocidios que sufrió el mundo con la aparición del fascismo. Vox ha denunciado, junto al grupo de los Conservadores del Parlamento Europeo, que la memoria histórica es una amenaza para la paz en Europa y “un atropello a las libertades” y que se tiene que eliminar de las aulas. De hecho, afirman que “no tiene sentido condenar el franquismo porque somos herederos”. Mientras que otras democracias, como la italiana o la francesa, se fundaron sobre el paradigma del antifascismo tras el genocidio nazi, la española lo ha hecho sobre el de la «superación» y el “olvido” del pasado franquista, lo cual ha permitido blanquear el fascismo y que ahora resurja con toda su fuerza. De hecho, lo primero que han acordado PP y Vox para gobernar en Aragón o Extremadura ha sido derogar la ley de memoria histórica democrática (Gasparyan, 2023; Novoa, 2023).

Una quinta obsesión del neofascismo es la “ideología de género”. La Vicesecretaria de Vox pedía que la costura fuera una asignatura alegando que “empodera mucho coser un botón”, mientras que denunciaba que “el feminismo es cáncer”, y aseguraba estar preocupada por lo que denomina el «lesboterrorismo» feminista. Era su respuesta ante la propuesta de medidas para combatir los

estereotipos sexistas en la escuela, que calificó de «tontadas» y «majaderías ideológicas» (Arranz, 2022).

Sin olvidar el discurso de odio y la exacerbación del racismo que impulsa el neofascismo buscando enfrentar a la población entre un "nosotros" y un "otro" diferente, y al que convierten en "enemigo", sean menores no acompañados (MENAS), jóvenes okupas o pobres. Es la aporofobia revestida de xenofobia y odio (Cortina, 2017). De tal forma que lo que buscan y pretenden es que se polaricen emocionalmente las tensiones y los conflictos, incluso provocándolos —a través de organizaciones cuasi paramilitares y neonazis que crean como Desokupa (Todó, 2016)—, en las que ellos se suben a la cresta de la ola porque saben que entonces ya no hay debate ni argumentos, sino la confrontación primitiva y elemental en la que tienen abonado el terreno.

Y el ecofascismo que une medio ambiente y xenofobia, argumentando que la sociedad funciona con leyes como la naturaleza y enferma cuando se ve atacada por la entrada de agentes externos. Por lo que hay que defenderla de los inmigrantes, que ella considera microorganismos patógenos que atacan la salud de las sociedades occidentales, mediante las fronteras que serían las vacunas contra esa "enfermedad". Abanderando una especie de "patriotismo verde", que exige enérgicamente la conservación ambiental mediante la "solución" del control de la población, para garantizar a los más ricos el ritmo de vida y privilegios que han llevado hasta ahora (Taibo, 2022).

NEOFASCISMO EDUCATIVO NEOLIBERAL

Esta segunda raíz de la hidra del neofascismo se basa en lo que plantea el filósofo coreano Byung-Chul Han, aludiendo al análisis del teórico marxista Antonio Gramsci (1981): la eficiencia del actual sistema reposa fundamentalmente en el proceso de interiorización colectiva que asume ampliamente la lógica de este, que se adhiere "libremente" a lo que se le induce a creer. De lo que el capitalismo se dio cuenta en la era neoliberal, argumenta Han (2014), es de que no necesitaba ser duro, sino seductor. La explotación ya no se tiene que imponer, nos la autoimponemos y la defendemos sintiéndonos libres.

Este modelo corroe el carácter, nos educa en la pedagogía del egoísmo y la insolidaridad radical. Responsabiliza a cada persona de su destino y la culpabiliza si no lo alcanza. Es la ideología de la meritocracia que anima en escapar y escalar,

manteniendo el sistema injusto, pero buscando estar colocados en la parte de arriba, y que ha convertido a buena parte de la sociedad en esa “clase aspiracional” siempre insatisfecha y anhelante, en constante competición y búsqueda de mayores rendimientos. El «truco» está en que la meritocracia ofrece posibilidades de ascenso, en teoría, a cualquiera que tenga el talento de aprovecharlas, aunque se constate que la movilidad social no ha socavado nunca la influencia y el poder de las élites. En realidad, contribuye a intensificar su influencia justificando la situación de las clases altas como un premio justo a su supuesto talento (Rendueles, 2020).

Pero la meritocracia se basa en una mentira: la presunción de que todos y todas partimos de una línea de salida igualada hacia la culminación de un destino marcado por nuestros «dones» naturales, como en los cuentos populares, los mitos clásicos y las películas de Disney. Niegan las brechas sociales, económicas o de sexo afirmando que la desigualdad no es una cuestión de poder y organización política y social. Insisten en que el talento se abre paso por sí solo. Que da lo mismo el sexo, el color de piel o la clase social. A pesar de que quienes nacen en familias pobres tienden a seguir siendo pobres al llegar a adultos y que la mayor parte de los estudiantes de las universidades de élite estadounidense proceden de hogares de élite, fruto en gran medida de la llamada «puerta de atrás»: donaciones, tradición familiar, relaciones... (Sandel, 2020). A pesar de que los estudios demuestran reiteradamente que el nivel de estudios de los progenitores determina notablemente el que acaban logrando sus hijos e hijas: el 45% de quienes tienen familias en el peldaño más bajo del sistema educativo se quedan en el mismo nivel y no progresan en el ámbito académico, según el Informe de 2021 del Alto Comisionado contra la Pobreza Infantil en España. El 49% del alumnado que pertenece al primer cuartil más pobre del Estado español ha repetido algún curso al acabar la ESO, indica este informe (Cabrera et al., 2020).

En el terreno educativo se está produciendo el mismo fenómeno de atribución. Se está reafirmando la idea de que ya existe igualdad de oportunidades, por lo que las diferencias de logro educativo deben atribuirse tan sólo al esfuerzo y a las capacidades individuales. Las reformas educativas adoptan la narrativa meritocrática, la cual justifica que las disparidades sociales no suponen ningún escollo, siempre que la persona tenga oportunidades de progresar socialmente en función del mérito y el talento suficiente. Resurgen así el talento y el esfuerzo como «credos» al servicio de esta reconversión ideológica (Besalú, 2018).

El problema añadido es que esta ideología meritocrática del éxito individual, de la persona “que no le debe nada a nadie”, genera la desconfianza, incluso el resentimiento o el odio hacia los pobres que son perezosos, hacia los viejos que son improductivos y una carga, hacia los inmigrantes que quitan el trabajo o hacia quienes fracasan en la escuela que centran el tiempo y atención del profesorado. Cuanto más nos concebimos como seres hechos a sí mismos y autosuficientes más difícil nos resulta aprender solidaridad y generosidad. Y, sin estos dos sentimientos, cuesta mucho preocuparse por el bien común. Pero esto también tiene un efecto *boomerang*, dado que cada cual siente la amenaza de volverse algún día ineficaz e inútil como “ellos” (Díez-Gutiérrez, 2018).

Por eso, como bálsamo frente a este darwinismo competitivo de la ideología meritocrática se promociona la «psicología positiva», el *coaching* y los libros de autoayuda. Nos animan a “salir de nuestra zona de confort” (expresión tópica donde las haya) e interpretar nuestras dificultades como una oportunidad de realización personal, porque “si lo crees, lo creas”. Como si el paro, la enfermedad o la exclusión pudieran esfumarse haciendo un pequeño esfuerzo de reelaboración emocional y gestión personal. Porque “el problema de fondo es de actitud personal ante los problemas”.

En un panorama laboral y social fragmentado y competitivo, con una precariedad que mantiene al borde del precipicio, la industria de la automotivación junto con el consumo de psicofármacos hace hoy la función de lo que ayer era el capataz que vigilaba el destajo en la fábrica. Estamos ante la revolución de una nueva moral que asegura “el problema está en ti y no en el sistema”.

ESTRATEGIAS EDUCATIVAS PARA COMBATIR EL NEOFASCISMO

Para educar a uno solo de sus miembros, se necesita a toda la tribu. Por eso es necesario articular propuestas y estrategias para combatir este neofascismo en las aulas, en el centro, en la comunidad, pero también en las políticas educativas y sociales, en el entorno y en los medios.

Nos tenemos que preguntar cómo es posible que, tras haber pasado por nuestras aulas durante al menos diez años la mayor parte de la población española, tantas personas hayan votado por un partido que representa los principios del neofascismo y todas las consecuencias que hemos analizado. Algo que podríamos aplicar de la misma forma en todos los países y regiones donde las opciones

neofascistas son votadas por una parte tan significativa de la población. Pero sobre todo qué podríamos hacer para prevenir y combatir este neofascismo desde el espacio educativo (Guadagnucci, 2022).

Propongo algunas estrategias básicas a continuación que recogen la experiencia y las estrategias que están desarrollando actualmente comunidades educativas, profesorado, movimientos de renovación pedagógica o mareas verdes, la experiencia práctica que se está aplicando en muchos sitios y en muchos centros, que proviene, a su vez, de grandes pedagogos y pedagogas que a lo largo de nuestra historia han propuesto las auténticas revoluciones en educación: Freire, Rosa Sensat, Freinet, Dewey, Montessori y tantos otros y otras que nos permite decir en educación, como dijo Newton, “caminamos a hombros de gigantes”.

Una **Pedagogía Crítica** frente al adoctrinamiento, que potencie una escuela pública y una educación crítica que faciliten la autonomía progresiva del pensamiento de nuestro alumnado, para que sea capaz de afrontar con éxito cualquier adoctrinamiento y, sobre todo, el proveniente de quien controla el poder y que se afana por mantener un sistema educativo “monoideológico”, es decir, con una sola ideología. La pedagogía crítica entiende que la educación es una forma de intervención política en el mundo y es capaz de crear las posibilidades para la transformación social con el fin de ampliar y profundizar los imperativos de la democracia económica, social y política que vaya más allá de la lógica economicista de la competitividad de la OCDE y avance hacia la lógica del bien común y la liberación de Paulo Freire. La escuela pública es la única que garantiza esta pluralidad ideológica crítica, dado que la privada obedece a un ideario ideológico determinado establecido por los dueños de esta.

Una **Pedagogía de los derechos humanos** que los convierta en parte esencial del currículum de todo centro educativo: los derechos de primera generación, que abarcan los derechos civiles y políticos y que consagran las así llamadas libertades fundamentales —el derecho a la vida, la libertad de movimiento, de expresión o de reunión—, como los de las siguientes generaciones; los derechos de segunda generación, es decir, los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, que tienen como objetivo fundamental garantizar el bienestar económico, el acceso al trabajo, la educación, la sanidad, los servicios sociales y públicos y a la cultura, de tal forma que aseguren el desarrollo de los seres humanos y de los pueblos a vivir con dignidad una

buena vida. Los de tercera generación: los derechos de los pueblos y de la solidaridad para garantizar la convivencia de la humanidad considerada globalmente, como el derecho a la paz, a la justicia internacional, al entorno medioambiental, al patrimonio común de la humanidad y el derecho un desarrollo económico y social sustentable y progresivamente decreciente, superando el capitalismo depredador. Los derechos de cuarta generación de los que depende la concreción de una sociedad plural y democrática como el derecho a la democracia, el derecho a la información veraz, el derecho a la soberanía digital y a la seguridad digital y el derecho al pluralismo. Y los derechos humanos de quinta generación, que implican la superación del paradigma antropocéntrico avanzando hacia el biocentrismo o el ecocentrismo, superando el marco del ser humano como centro de todas las especies y del planeta, para aprender a convivir de forma respetuosa con otros seres vivos.

Una **Pedagogía Laica** que respete la libertad de conciencia de los menores en la escuela y garantice la convivencia educativa y social entre quienes pueden no tener las mismas convicciones. Todas las religiones, incluida la católica, deben ocupar el lugar que les corresponde en democracia: la sociedad civil, no la escuela; que debe quedar libre de cualquier proselitismo religioso. El espacio adecuado para cultivar la fe en una sociedad en la que hay libertad religiosa son los lugares de culto: parroquias, mezquitas, sinagogas u otros. Y una condición básica para ello es la ruptura del acuerdo con un estado extranjero (Vaticano) que sigue imponiendo en pleno siglo XXI al estado español cómo educar a las jóvenes generaciones de nuestro país. La Escuela ha de ser laica para ser de todos y todas, para que en ella todas las personas nos reconozcamos, al margen de cuáles sean nuestras creencias, que son un asunto privado.

Una **Pedagogía de la memoria** que evite la amnesia histórica, el memoricidio, que se ha impuesto en España sobre la represión de la dictadura franquista y la lucha contra la misma (Finchelstein, 2019). Conocer la verdad es, según la ONU, un derecho inalienable de los pueblos y la única forma de avanzar en el derecho a la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. No olvidemos que las dictaduras utilizan el olvido para imponer su visión de la historia. Es la democracia la garante y responsable del recuerdo y la memoria que se lega a las futuras generaciones. Si un solo alumno o una alumna acaba el período de educación obligatoria sin conocer esto,

es una tragedia en pleno siglo XXI. No se puede construir un futuro con un pasado basado en la impunidad.

Una **Pedagogía feminista** que aborde de forma integral la perspectiva de la igualdad entre hombres y mujeres, que combata el discurso antifeminista del neofascismo y el relato victimista del neomachismo que se refugia en una «masculinidad tradicional agraviada» ante los cambios y la pérdida de privilegios que conlleva el avance en igualdad. Siempre poniendo la mirada en la cultura patriarcal como sustrato esencial de esta violencia y en la educación como uno de los puntales esenciales para el cambio. Es necesario igualmente educar en otras masculinidades igualitarias con el propio ejemplo del profesorado y la comunidad educativa. Debemos enseñar a los chicos a construir identidades no articuladas en torno a la violencia, la dominación, la arrogancia, la imposición, la fuerza o la pedagogía de la crueldad características de la masculinidad tradicional tóxica. Y simultáneamente aprender a reconstruirnos en relación con aquellos aspectos que precisamente se nos han negado en la educación tradicional masculina y son positivos para el crecimiento y desarrollo vital y social: la corresponsabilidad, los cuidados, la expresión de las emociones, el cuestionamiento de los roles y estereotipos sexistas, etc.

Una **Pedagogía del Apoyo Mutuo** que permita repensar la vida desde la cooperación y la solidaridad, pues como han demostrado filósofos como Kropotkin (2016) o biólogas tan prestigiosas como Lynn Margulis Sagan (1967) el apoyo mutuo, la cooperación, los mecanismos de solidaridad, el cuidado del otro y el compartir recursos son el fundamento de la evolución como especie del ser humano, echando por tierra el paradigma de que la evolución es producto de una selección natural a través de la competencia feroz entre individuos en la que “sobrevive el más apto”, que fue promovido por Spencer y el darwinismo social, a partir de *El origen de las especies* de Charles Darwin.

Una **Pedagogía de la inclusión** que vaya más allá de la integración y que exige reformar las escuelas de modo que puedan responder positivamente a toda la diversidad del alumnado; para lo cual es necesario también voluntad política y normativa para establecer los medios para ello: ratios de alumnado en las aulas mucho menores que las actuales en todos los niveles educativos (15 en segundo ciclo de

infantil, como establece la UE y 20 en educación obligatoria), integración de otros profesionales de la educación y de la acción social que colaboren con la escuela: mediadores interculturales, profesionales de la educación social, animadores sociocomunitarios, etc.

Una **Pedagogía de lo esencial** que priorice un currículum de saberes fundamentales y vinculados con la vida. La escuela no puede ser solamente un espacio en el que se transmiten contenidos académicos vitalmente indiferentes, que se aprenden para aprobar los exámenes y se olvidan después, y que orienta esos contenidos en función de la preparación para el futuro mercado laboral. ¿Y si convertimos las asignaturas en los problemas esenciales y desafiantes actuales para, en torno a ellos, articular los aprendizajes instrumentales? Si, en vez de Lengua, Matemáticas, Conocimiento del Medio, Música, Educación Física, etc., transformamos en asignaturas la Ecología, la Convivencia, la Igualdad, la Justicia, la Interculturalidad, la Salud y Calidad de vida, los Afectos y la Sexualidad Integral, el Cuidado del otro, la Ciudadanía, la Cooperación, la Solidaridad, el Consumo Responsable, etc., como proponían ya en los años 90 algunos movimientos de renovación pedagógica, mediante una metodología de proyectos y trabajo cooperativo desde un planteamiento globalizador e interdisciplinar, que conecte las escuelas con la realidad cotidiana y los problemas sociales de su alumnado. ¿Y en torno a estas “asignaturas” o materias desarrollamos los aprendizajes instrumentales de la lengua, las matemáticas, la música, etc.? Aprendizajes instrumentales que tendrían sentido, que serían funcionales y servirían realmente, no tanto para pasar un examen y olvidarse luego, sino para “saber enfrentarse al mundo, comprenderlo y actuar en él construyendo ciudadanía”, que es la finalidad esencial de la educación.

Una **Pedagogía de la evaluación democrática**, donde el error se convierte en una oportunidad de aprendizaje y no únicamente en una ocasión para ser sancionado o calificado negativamente. Una oportunidad para explicar cuál ha sido el fallo y enseñar alternativas que ayuden a comprender esas dificultades y abrir nuevas formas de abordar los problemas, superando los problemas detectados. Y enfoque la evaluación como forma de mejora de todo el sistema educativo. Debemos salir del “régimen PISA”, que se ha convertido en un inmenso dispositivo de control que está imponiendo un “gobierno en la distancia” sobre las escuelas presionándolas para que

se ajusten a una carrera competitiva al servicio de los resultados exigidos externamente por los organismos económicos que patrocinan estas evaluaciones estandarizadas. Cambiando también las prioridades del profesorado, que se ve obligado a centrarse en buscar la forma de obtener resultados en esas pruebas estandarizadas, dedicando el tiempo a preparar lo que le piden en las pruebas. El buen centro y el buen docente comienza a ser el que genera buenos resultados conforme PISA. Reduciendo la imaginación colectiva en torno a lo que es o debería ser la educación. Transformando el deseo de aprender en afán por aprobar.

Una **Pedagogía digital crítica** que recupere nuestra soberanía digital actualmente en manos de las GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft) que han conquistado, colonizado, controlado y “monetizado” los canales de comunicación pública horizontales que usa la ciudadanía dejando en manos de estos nuevos terratenientes neofeudales nuestra soberanía digital, un bien común y esencial. Han convertido los centros en fuente de extracción y recopilación de información y datos, de tendencias y deseos, registrando la actividad de cada alumno y alumna, para educar y fidelizar a la futura generación de consumidores y sobre los que aseguradoras y financieras tendrán fuentes fiables para especular y apostar sobre sus perspectivas futuras. Este es el nuevo “oro blanco” del siglo XXI, una “mercancía” prácticamente inagotable en un sistema basado en la escolarización obligatoria.

Una **Pedagogía Lenta** que permita una enseñanza pausada que desacelere los ritmos escolares y vitales estresados en que vivimos para trabajar más reposadamente, más profundamente, destinando tiempo a la reflexión, a la contemplación, al disfrute, a la relación pudiendo llevar a cabo una auténtica “educación lenta y serena” que cuestione la cultura de la cantidad y de la acumulación, que permita encontrar sentido en lo que se hace en las clases y que involucre realmente al alumnado en el aprendizaje. Pasar de hacerlo porque toca, a aprendizajes que transformen por dentro porque impactan, de esos que servirán para toda la vida.

Una **Pedagogía Intercultural y Antirracista** que eduque para una ciudadanía mundial sin exclusiones y que considere la diferencia cultural como un valor. Así como en una **pedagogía decolonial insumisa**, que tiene sus antecedentes en las ideas de

Frantz Fanon y Paulo Freire, una educación otra que descolonice el saber y redimensione las distintas expresiones culturales, sociales y filosóficas no noroccidentales que analiza y plantea cómo desarrollar condiciones justas para todos los pueblos con profunda igualdad y equidad, garantizando un espacio propicio para el respeto y, sobre todo, la valoración de lo diferente desde el reconocimiento, la inclusión y la afirmación del “otro” en cuanto sujeto social que, como tal, exige sea reconocido, incluido, escuchado y valorado. Que no solo pretendan desenmascarar los planteamientos hegemónicos del discurso occidental, sino que también auspicia la praxis transformadora e insurgente por parte de quienes anhelan una sociedad “otra” del ancestral “buen vivir”, como propone Catherine Walsh (2013).

Una **Pedagogía de la justicia social**, que permita pasar de enseñar el modelo de objetivos del desarrollo basado en “pobreza 0” a enseñar la necesidad y el objetivo de “riqueza 0”. Que enseñe que la desigualdad no es natural. Sino una consecuencia de un modelo económico y social, el capitalismo. Y que debemos erradicar la desigualdad no solo por principios éticos y derechos humanos, sino porque en las sociedades más desiguales hay peor salud, menor esperanza de vida y mayores índices de mortalidad infantil, de enfermedad mental, de obesidad y consumo de drogas ilegales, más gente en la cárcel, menos asociacionismo, más fracaso escolar, más embarazos adolescentes, mucha menos movilidad social, es mucho más frecuente el acoso escolar, los niños tienen menor disposición a estudiar con otros, debilita la vida comunitaria, reduce la confianza e incrementa la violencia. Se trata de educar para un mundo donde no sea posible concebir la desigualdad como admisible y donde todos los esfuerzos del conocimiento y del avance de la ciencia humana se centren en avanzar hacia un modelo social donde se conciba el buen vivir asentado sobre la premisa de la igualdad de los seres humanos como meta básica. No es igual aprender y enseñar para repetir un mundo, que aprender y enseñar cuando se tiene la motivación de cambiarlo.

Una **Pedagogía ecosocial del decrecimiento** para aprender a descolonizar y reeducar el imaginario dominante anclado en el desarrollo sin límites. Para aprender a cubrir las necesidades propias y comunitarias de la sociedad sin comprometer la expansión de la vida. No nos podemos permitir consumir 2,5 planetas para cubrir nuestros deseos. Sabemos que únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con

su consumismo y su productivismo, puede evitar la catástrofe. Es imprescindible, por tanto, educar en un modelo social económico acorde con un estilo de vida de «sobriedad voluntaria». Un estilo que sea universalizable a todo el planeta. No se trata de vivir todos en la miseria, ni renunciar a las conquistas de la ciencia y la técnica, sino de aprender a vivir mejor con menos: menos comida basura, menos estrés, menos pleitesía al consumo. Implementar la filosofía de la simplicidad, de una vida sobria, para aprender a reducir y limitar deseos, pero también muchas necesidades. Y aprender a basar la economía y la vida en principios radicalmente diferentes: relocalización, reutilización, recuperación, cooperación, autoproducción e intercambio, durabilidad, sobriedad, etc.

Una **Pedagogía radicalmente democrática** que convierta nuestros centros en auténticas escuelas de democracia. La democracia y la participación se aprenden practicándolas, ejercitándolas y poniendo a prueba sus límites y dificultades. Implica participar no solo en la búsqueda de soluciones, sino en tener derecho a discutir cuál es el problema y tomar parte en la decisión sobre qué solución puede ser la más adecuada.

Una **Pedagogía de la desobediencia** para desarrollar este modelo de democracia escolar. Formar en la desobediencia crítica y cívica frente al sistema injusto que promueve el neofascismo, el neoliberalismo y el capitalismo. No podemos seguir siendo “indiferentes” ni “obedientes” ante un modelo social, económico, ideológico, político y educativo que justifica y conduce a la desigualdad, la insolidaridad y el egoísmo brutal, el saqueo del bien común, el ecocidio del planeta, el machismo, el odio, la intolerancia y el fascismo.

CONCLUSIONES

La comunidad educativa no puede permanecer ajena a la barbarie. Ni a la barbarie planetaria del cambio climático, ni a la barbarie económica de la explotación social, la injusticia estructural y el saqueo internacional, pero tampoco a la barbarie social e ideológica que supone el neofascismo. La verdadera munición de este modelo no son solo las balas de goma o el gas lacrimógeno; es nuestro silencio y nuestra indiferencia cómplice. Por eso planteo también la necesidad de una **Pedagogía del Compromiso**: “el maestro, la maestra luchando, también está enseñando”.

Frase que nos recuerda al profesorado que, por una parte, como integrantes de la clase trabajadora somos también parte de la ciudadanía que se implica social y políticamente por conseguir un mundo más justo y mejor y que por ello debemos defender en la calle y en los espacios públicos, con el resto de la sociedad, los valores y principios que proclamamos en nuestras aulas; y, por otra parte, que nuestro ejemplo es un referente también, como educadores y educadoras, para los más jóvenes y para el resto de la sociedad. Ofreciendo con nuestro compromiso a los estudiantes oportunidades para comprender y experimentar cómo la política, el poder y la responsabilidad funcionan en y través de ellos, tanto dentro como fuera de las escuelas.

La reconstrucción de otro tipo de sociedad requiere no sólo necesarias e imprescindibles propuestas, reivindicaciones y acciones concretas, directas y a corto plazo. Son luchas cruciales. Pero hemos de pensar también en la «batalla ideológica global» en la que estamos inmersos (Urbán, 2020), la cual exige un planteamiento estratégico fundamental a más largo plazo: la necesidad de deconstruir la genealogía de los «valores» neofascistas y neoliberales dominantes que se infiltra en la educación y la imprescindible tarea de entusiasmar y comprometer con «valores» y concepciones solidarias a toda la ciudadanía y a las nuevas generaciones en aras del bien común. Es aquí, en el campo de batalla de la educación, donde se libra la lucha estratégica y esencial, y es aquí donde también se han de concentrar fuerzas.

Se trata no solo de aprobar en antifascismo, sino de sacar la máxima nota en el rechazo y la eliminación del fascismo, la homofobia, el machismo y el racismo, que están unidos por el mismo hilo de odio y discriminación, sacando matrícula en derechos humanos y sociales en todo el sistema educativo, desde infantil a la universidad. Para ello necesitamos a toda la tribu, efectivamente. Porque, como dijo Martin Luther King (1963): “Tendremos que arrepentirnos en esta generación no tanto de las malas acciones de la gente perversa, sino del pasmoso silencio de la gente buena”, que mira para otro lado ante el auge del fascismo. Incluso lo afirma con rotundidad el padre del liberalismo conservador británico, Edmund Burke, quien recuerda que para que el mal triunfe solo es necesario que las personas buenas no hagan nada.

En definitiva, necesitamos una **Pedagogía antifascista** (Díez-Gutiérrez, 2022) que nos aliente a repensar el orden social actual en términos de alternativas socialistas democráticas a la escuela y a la sociedad capitalista, pues la educación que queremos

debe ser coherente con el modelo de sociedad que pretendemos construir, es decir, que esta sea más justa, equitativa, solidaria, ecológica, feminista, inclusiva y feliz. Aunando esfuerzos y compartiendo propuestas e iniciativas que sean una alternativa radical a las políticas del neofascismo, que suponen el ataque más grave a la educación pública desde la transición, retrotrayéndonos al modelo de escuela y sociedad franquista y decimonónica. Es crucial seguir dando pasos decididos hacia un modelo educativo que contribuya a la construcción de una ciudadanía sabia, crítica y consciente, que ayude a hacer un mundo más justo y mejor, sin dejar a nadie atrás, así como a la educación de personas más iguales, más libres, más críticas, más ecofeministas y creativas.

Lucio Anneo Séneca, en el siglo IV antes de nuestra era, afirmaba: no nos atrevemos a hacer muchas cosas porque aseguramos que son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas. Para ser demócratas hay que ser antifascistas. Para educar en valores democráticos y en derechos humanos debemos promover una educación radicalmente alternativa al neofascismo. Una pedagogía claramente antifascista. Tenemos que atrevernos a soñar. Nos jugamos el futuro de nuestros hijos e hijas, y el de la sociedad en su conjunto.

¿Cómo no vamos a educar en cada clase, en cada materia, en cada tiempo y espacio escolar, en la democracia, en la política del compromiso con el bien común y con la mejora colectiva y la justicia social? Ignorarlo, minimizarlo, posponerlo, tener miedo a que la ultraderecha nos denuncie, procurar no tener problemas con quienes siempre mandan, es lo que nos ha llevado a este resultado: que, de nuevo, el neofascismo esté en las instituciones y que este cáncer no se haya erradicado, y sigamos con una democracia débil y no consolidada.

No podemos en el sistema educativo seguir siendo “indiferentes” ni “obedientes” ante la pobreza y la injusticia, ante la guerra y la crueldad, ante la insolidaridad y el egoísmo, ante el saqueo del bien común, ante la intolerancia, la impunidad y el auge del neofascismo. La verdadera munición del neofascismo no es solo el odio y la violencia; es nuestro silencio y nuestra indiferencia cómplice, como planteaba al inicio.

Por eso, como comunidad educativa debemos tomar medidas políticas, sociales, educativas, profesionales y personales para educar en la igualdad, en la inclusión, en la justicia social, en el bien común y en los derechos humanos desde una pedagogía claramente antifascista. Sin concesiones ni medias tintas. Nos jugamos el futuro de nuestros hijos e hijas, y el de la sociedad en su conjunto. Como sociedad, como

comunidad educativa y como profesorado y “personas de bien” debemos implicarnos de una forma clara y sin ambages para combatir el neofascismo en las aulas. No se puede ser demócrata sin ser antifascista.

REFERENCIAS

- Arranz, L. (2022). El marco de la «ideología de género» en el discurso de Vox. *Más Poder Local*, 49, 10-25. <https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.107>
- Avilés, (15 agosto 2023). PP y Vox aprovechan su llegada a las instituciones para promocionar y “resucitar” escuelas taurinas con niños. *El Diario.es* <https://acortar.link/4MWO8E>
- Benjamin, W. (1989). *Discursos interrumpidos Vol. I*. Taurus.
- Besalú, X. (2 marzo 2018). A vueltas con el talento. *Eldiariodelaeducacion.com* <https://goo.gl/SqxGPi>
- Brecht, B. (2001). Las cinco dificultades para decir la verdad. *Filosofía, política y economía en el Laberinto*, 6, 114-120.
- Brown, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en occidente*. Traficantes de sueños.
- Brunet, I. y Böcker, R. (2023). *A contracorriente del neoliberalismo global: Posfascismos y populismos políticos*. Tirant Humanidades.
- Cabrera, L., Marrero, G. A., Rodríguez, J. G., y Salas-Rojo, P. (2020). Inequality of opportunity in Spain: new insights from new data. *Hacienda Pública Española / Review of Public Economics*, 237, 153-185. <https://dx.doi.org/10.7866/HPE-RPE.21.2.6>
- Camus, A. (2004). *La Peste*. Gallimard.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la sociedad democrática*. Paidós.
- Dieckhoff, A. (2023). Israel: la extrema derecha y los ultraortodoxos en posición dominante. *Afkar ideas: Revista trimestral para el diálogo entre el Magreb, España y Europa*, 68, 36-39.
- Díez-Gutiérrez, E. J. (2018). *Neoliberalismo educativo*. Octaedro.
- Díez-Gutiérrez, E. J. (2022). *Pedagogía Antifascista*. Octaedro.
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Fundación de los Comunes (ed.) (2020). *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo*. Traficantes de Sueños.

- Galaup, L. y del Toro, P. (15 mayo 2023). Ola reaccionaria en las aulas: “Cada día oigo más ‘Viva Franco’ y ‘Arriba España’”. *El Diario.es* <https://acortar.link/3Yaeqb>
- Gallego, F. (2023). ¿Un cadáver en la biblioteca?: El fascismo en nuestra época. *El Viejo topo*, 420, 54-59.
- García-Barnés, H. (2 octubre 2022). El auge de los niños y adolescentes de extrema derecha: “Lo enrollado es ser facha”. *El Confidencial*. <https://acortar.link/11dGKR>
- Gasparian, S. (30 junio 2023). Derogar la ley de memoria histórica y reducir el “despilfarro ideológico”: las claves del acuerdo de PP y Vox en Extremadura. *El Plural*. <https://acortar.link/KUxcVC>
- González, M. (10 agosto 2020). Campamentos de verano para niños soldados. *El País*. <https://cutt.ly/5F0nUET>
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel. Vol. 2. Era*.
- Guamán, A., Martín, S. y Aragonese, A. (2019). *Neofascismo: La bestia neoliberal. Siglo XXI*.
- Guadagnucci, L. (2022). El neofascismo ya ha ganado: ¿qué hacer? *Alternativas económicas*, 106, 26-27.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Herder.
- Katz, C. (2023). ¿Fascismo, populismo o ultraderecha? y el renovado formato de la vieja derecha latinoamericana. *Argumentum*, 15(1), 227-244.
- King, M. L. (1963). *Carta desde la cárcel de Birmingham*. Harper Collins.
- Kropotkin, P. (2016). *El Apoyo Mutuo*. Madre Tierra.
- Machuca, P. (19 junio 2023). Por qué Vox se está ganando a los jóvenes a través de TikTok (y el resto de partidos no). *Huffpost*. <https://acortar.link/41PIbd>
- Margulis, L. (2003). *Una revolución en la evolución*. Universitat de València.
- Milei, J. (2022). *El camino del libertario*. Planeta.
- Navarro, E. (22-23 junio 2023). Panorámica de la ola reaccionaria que atraviesa Europa. *Mundo Obrero*.
- Novoa, R. (4 agosto 2023). Vox y el PP pactan en Aragón acabar con la ley de memoria, el veto parental e ignoran la crisis climática. *El Salto*. <https://acortar.link/yLwsf4>
- Pavón, D. (2020). El giro del neoliberalismo al neofascismo: universalización y segregación en el sistema capitalista. *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis*, 20, 19-38.
- Paxton, R. O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Capitán Swing.

- Pires, B. (10 noviembre 2018). Bolsonaro lanza la batalla contra las “ideologías nocivas” en la educación. *El País*. <https://acortar.link/rui1eC>
- Ramiro, S. (16 julio 2023). Todos los pactos de la “vergüenza” entre PP y Vox que retratan a Feijóo. *Infolibre*. <https://acortar.link/qqwcAZ>
- Ramos, M. (Coord.) (2021). *De los Neocon a los Neonazis: la extrema derecha en el Estado español*. Fundación Rosa Luxemburgo.
- Rendueles, C. (2020). *Contra la igualdad de oportunidades*. Seix-Barral.
- Remacha, B. y Llanera, K. (19 junio 2023). ¿De verdad los jóvenes se están volviendo de derechas? *El País*. <https://acortar.link/YsSrl2>
- Sandel, M. J. (2020). *La tiranía del mérito: ¿Qué ha sido del bien común?* Debate.
- Taibo, C. (2022). *Ecofascismo*. Catarata.
- Todó, B. (28 junio 2016). Paramilitares y extrema derecha integran una empresa que ejecuta desalojos extrajudiciales. *El Salto*. <https://acortar.link/GXIVpO>
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo veintiuno.
- Urbán, M. (2020). *El viejo fascismo y la nueva derecha radical*. Sylone.
- Vox (2019). *100 medidas para la España Viva*. <https://acortar.link/AhuWWv>
- Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir. Tomo I*. Abya-Yala.

Este artículo es fruto del Proyecto de investigación y está vinculado al Proyecto Europeo Erasmus +, Jean Monnet Module, *Building up an Inclusive and Democratic Europe through a Dialogical Co-Creation of Intercultural Solutions to the Rise of Neo-Fascism and Xenophobia*. Call for Proposals 2020 - EAC-A02-2019-JMO. Application No 620320-EPP-1-2020-1-ES-EPPJMO-MODULE. Duración 3 años (2020-2023).

No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo

Is Not a What, But a How: Rojipardismo`s Hasty Anatomy

Pablo Batalla

Historiador

batallacueto@gmail.com

Recibido en octubre de 2023

Aceptado en noviembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28406

RESUMEN

El apunte crítico reflexiona en torno a los orígenes del fenómeno conocido como rojipardismo, para llegar a la conclusión de que no es un qué sino un cómo. Asimismo, destaca cómo en otros contextos, especialmente los años del auge del fascismo, se han reproducido fenómenos similares.

Palabras clave: rojipardismo, fascismo, historia del pensamiento, historia de las ideas.

ABSTRACT

The critical note reflects on the origins of the phenomenon known as rojipardismo to reach the conclusion that it is not a what but a how. Likewise, it highlights how in other contexts, especially the years of the rise of fascism, similar phenomena have been reproduced.

Keywords: rojipardismo, fascism, history of thought, history of ideas.

Referencia

Batalla, P. (2024). No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 245-254. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28406

Años más tarde, cuando diga “no es por lo que luchamos, sino cómo luchamos” (Robin, 2011, p. 104), y aunque él no había formado parte del fenómeno, Ernst Jünger resumirá más compendiosamente que nadie lo que va a tratar de exponerse seguidamente: que hubo un momento, en la historia intelectual europea, en el que una juventud nerviosa, ahíta de la paz y la estabilidad de la Europa de Entresiglos, se adhirió al socialismo, no por encontrar en él la expresión política de un puñado de intereses y convicciones racionales, sino una promesa de emociones sublimes; un ideal homérico contra la escasamente excitante —decía Tocqueville— “pequeña cacerola de sopa democrática y burguesa” (*Ibidem*, p. 105). Eran los años del Marinetti que afirmaba que era más hermoso un coche de carreras que la Victoria de Samotracia y dedicaba lúbricos poemas a las metralletas; de vanguardias artísticas que se recreaban en el retrato de leones devorando antílopes; del André Breton que afirmaba que “la belleza será convulsiva o no será”; del darwinismo social y cierta literatura de la necesidad apremiante de revigorizar y revirilizar a la *afeminada* mocedad europea. Joaquín Costa pedía en España un *cirujano de hierro* que conjugara los verbos “sajar, quemar, reseca, amputar, extraer pus, transfundir sangre, injertar músculo” contra los vicios y morbideces de la democracia parlamentaria (Costa, 1901). Se leía diagonal y selectivamente al Nietzsche que ensalzaba a los matadores de dragones y “la orgullosa temeridad» de volver la espalda «a todas las doctrinas de debilidad” (Nietzsche, 1998, pp. 180-181). Sedientos de una épica de combate digna de tal nombre, anhelantes de una política estetizada, aquellos jóvenes —y algunos que no lo eran— no la encontraban, no podían encontrarla, en medio del sopor eclesial del parlamentarismo burgués, con sus melindres, meandros, mentiras y componendas, pero sí en un movimiento obrero que hablaba todavía el lenguaje del asalto de cielos, y estaba más que dispuesto a llevarlo a la práctica. No era el *qué*. Era el *cómo*.

El politólogo estadounidense Corey Robin alude a ello en un ensayo espléndido: *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Lo hace al ocuparse de una de las figuras en cuyo pensamiento se detiene su análisis, especialmente atento a los pasadizos inopinados que han existido siempre entre los dominios de la reacción y los de la izquierda. Nos referimos a Georges Sorel, equívoco filósofo que, proveniente de las filas tradicionalistas, transitó más tarde hacia un peculiar marxismo heterodoxo asociado a valores conservadores. Para él, el marxismo era una cuestión menos social y económica que moral. La burguesía había

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo
sido en el pasado una raza de guerreros; de “osados capitanes”, “creadores de nuevas industrias” y “descubridores de tierras desconocidas” en los que había ardido un “espíritu de conquista insaciable y despiadado” (Robin, 2011, p. 99); pero aquel arrojo, lejos de pervivir entre los burgueses del día —timoratos, cobardes, mezquinos, decadentes—, había transmigrado a un proletariado desdeñoso —resume Daniel Kersffeld— del “evolucionismo optimista del reformismo socialdemócrata”. Se anunciaba el momento apocalíptico de “una nueva estirpe de hombres”, no volcada ya a obtener conquistas mezquinas de un “capitalismo compasivo” sino “únicamente deseosa de cumplir con la más sublime de todas las tareas: la definitiva e irreversible dominación de la Historia” (Kersffeld, 2004, p. 83). El proletariado idealizado por Sorel y los sorelianos hacía de su lugar de trabajo el campo de batalla, de la huelga general su arma y de la destrucción del Estado su propósito. Nos explica Robin que:

Es esto último lo que más impresionaba a Sorel, porque el deseo de derribar el Estado señala lo poco que les importan a los trabajadores «los beneficios materiales de la conquista». No solo no buscaban salarios más altos y otras mejoras de su bienestar; en vez de eso ponen la vista en el más improbable de los objetivos: derribar al Estado por medio de una huelga general. Era ese elemento de improbabilidad, la distancia entre fines y medios, lo que hacía tan gloriosa la violencia del proletariado. Los proletarios son como guerreros homéricos, absortos en la grandeza de la batalla e indiferentes a los objetivos de la guerra: ¿quién ha derribado nunca al Estado por medio de una huelga general? La suya era una violencia por la violencia, sin consideración por los costes, los beneficios y los cálculos que implicaba. (Robin, 2011, p. 103)

No era el *qué*, era el *cómo*. Y cuando apareció un *cómo* nuevo que sublimaba aún más acabadamente el ardor guerrero y la mística de la violencia por los que se suspiraba, a muchos de aquellos socialistas *sui generis* no les costó trabajo mudarse de trinchera. Lo explica Zeev Sternhell: se suele interpretar el fascismo como una respuesta al éxito de la revolución obrera, reacción desesperada de la burguesía a la fundación de la Unión Soviética, pero su origen es anterior a 1917 y se ubica en el clima turbulento del *fin de siècle*, cuando una generación de socialistas decidió que había que repensarlo todo a la vista de que las profecías marxistas sobre el final del capitalismo en las que habían creído no se estaban cumpliendo y, por el contrario, sus perseguidores se topaban con un fracaso *tras otro*; con el muro de un capitalismo que

no se derrumbaba, que sufría crisis pero las superaba, saliendo más fuerte de cada una de ellas. Ese repensamiento consistiría en un marxismo antimaterialista, antirracionalista, antiteleológico, que mantuviera del original la idea de la pugna entre grandiosas fuerzas combatientes como motor de la historia y llamara a un “despertar de la Fuerza y de la sangre contra el Oro”, pero trasladara a la nación la misión que antes se había asignado a la fracasada clase. Lucha de naciones e imperios, no ya lucha de clases, y la convicción de Maurras de que “un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita puede venirle igual de bien al nacionalismo como un guante bien hecho a una mano hermosa” (Berth en Sternhell et al., 1994, p. 187). Tal como Manolito, aquel amigo de Mafalda, amaba a la humanidad, pero le reventaba la gente, aquellos hombres amaban al proletariado, pero les reventaban los proletarios reales, indispuestos a la revolución, dispuestos a aceptar la oferta bismarckiana y la aceptación bernsteiniana de que la mejora de su nivel de vida proviniera de las reformas pacíficas del sistema. Pasaron a enaltecer como nuevo sujeto histórico al *productor*, categoría en la cual caía lo mismo el proletario abnegado y maximalista que el empresario voraz y creador y a la cual se oponía la del *parásito*, donde caía lo mismo el proletario pedigüeño que el gran financiero cuya riqueza no provenía de la creación, sino de la especulación.

En el fascismo que así nacía pasó aquella juventud a hallar reunidas las versiones superlativas de todos los adjetivos que Rüdiger Safranski (2018) asocia al romanticismo: fantástico, inventivo, metafísico, imaginario, tentador, exaltado, abismal, no obligado al consenso y ni tan siquiera a ser útil a la vida. Era en palabras de Sternhell la “voluntad de ver una civilización heroica levantarse encima de las ruinas de una civilización despreciablemente materialista, gracias a una humanidad nueva, activa, dinámica” (Forti, 2023, p. 154); pero para muchos, exactamente eso había sido antes el socialismo. El mismo Mussolini —ávido lector de Sorel— fue ejemplo de este tránsito: socialista en principio —pero un socialista herético, que rechazaba el igualitarismo—, se proclamaba antimaterialista. Deslumbrado por la idea nietzscheana del *Übermensch*, defendía su adopción por el marxismo y se dejó arrastrar más tarde por la apoteosis nacionalista desatada por la primera guerra mundial. Sorel murió en 1922 diciendo de él que era “un hombre no menos extraordinario que Lenin” (Talmon, 1981, p. 451).

Acompañando al futuro *Duce*, por aquella senda caminaron muchos. El historiador italiano Steven Forti ha estudiado el fenómeno manejando un concepto que

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo en los ochenta acuñara el suizo Philippe Burrin: el de las *pasarelas* que en el siglo pasado posibilitaron aquel paso del socialismo al fascismo. Burrin hablaba de tres y Forti compendia seis. Las cinco primeras son las siguientes:

1. El valor otorgado a la acción, el dinamismo y la praxis, que se presenta como forma de incesante activismo político desde el punto de vista personal, como concepción de la política misma y también de la idea del fascismo concebido como dinamismo, como un *continuum* en transformación.
2. El valor otorgado a las minorías, las élites y las vanguardias revolucionarias, muchas veces acompañado de una idea fuertemente negativa del pueblo y las masas y que, en general, se une con un cierto gusto por el autoritarismo y la autorreferencialidad, cuestiones que derivan directamente de la Gran Guerra y su violencia.
3. Una fe inquebrantable en la revolución, característica que se yuxtapone a la política concebida como acción.
4. La presencia constante de enemigos comunes, como la democracia liberal, el parlamentarismo, la burguesía y el capitalismo.
5. La importancia de una concepción del mundo antimaterialista, fuertemente idealista y en determinados momentos claramente religiosa. (Forti, 2015, p. 10)

La sexta y principal *pasarela* de las que Forti señala que conducían hace un siglo de la izquierda al fascismo es la nación; y el historiador cita de uno de los que la recorrieron, el italiano Nicola Bombacci —que había sido fundador del Partido Comunista Italiano en 1921—, esto escrito a finales de 1935 que lo resume perfectamente:

Ayer, en el amor por la humanidad doliente, fundía el de mi país, seguro de llegar más rápidamente por esta vía a las conquistas necesarias para el progreso civil; hoy, iluminado por la experiencia sublime del régimen fascista y el magnífico ejemplo de Mussolini, reconozco que el proceso debe ser volteado: no la clase, sino la nación, y entre estas Italia, que es guía y maestra. (*Ibidem*, p. 12)

El proceso se dio en todas partes. En la Alemania de Weimar hubo grupos *nacional-bolcheviques* partidarios de una *prusianización* del modelo soviético —su principal figura era Ernst Niekisch—, el Grupo de Nacionalistas Socialmente Revolucionarios de Karl Otto Paetel o el sector *strasserista* del partido nazi. España

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo también tuvo viajeros de la hoz y el martillo al yugo y las flechas: así Óscar Pérez Solís (comunista de primera hora durante la dictadura de Primo, afiliado después a Falange) o Santiago Montero Díaz, otro militante del PCE —donde impartía conferencias sobre la significación revolucionaria de la batalla de Covadonga—, que abandonará para fundar las JONS fascinado por la figura de Ledesma («César hispánico»), de cuya memoria será más tarde el gran albacea (Núñez Seixas, 2012).

Ha corrido el agua bajo el puente desde entonces; es muy otro el mundo de hoy; y, sin embargo, la historia no se repite, pero rima, y al tiempo que por todas partes surgen movimientos triunfantes en los que, como mínimo, resuenan claramente algunos ecos del fascismo histórico, aquellas pasarelas parecen reabrirse. Se vuelve a viajar de la izquierda al neofascismo y existe —el término es de nuevo de Forti (2020)— toda una “galaxia rojiparda” de contornos difusos y escurridiza sistematización, conjunto de discursos cocinados con idénticos ingredientes en proporción variable: la pretensión rediviva de trascender la división derecha/izquierda desliendo elementos de ambas tradiciones en una suerte de *izquierda nacional* o de *derecha social* o de ambas cosas, la declaración de guerra sin cuartel contra el así llamado *globalismo*, una crítica más o menos feroz del feminismo y los nuevos movimientos sociales, la nostalgia fordista y el meneo de todo ello al pilpil de una conspiranoia obsesionada con figuras como el magnate judío George Soros.

Una vez más, no es el *qué*, sino el *cómo*. En 2023 como en 1923, un fantasma recorre el mundo, pero no acaba en *-ismo*, porque no es una ideología, sino una sensibilidad, una pulsión, un nebuloso anhelo que agarra y viste el primer uniforme que encuentra a la mano y, de tal modo, consigue parecer muchos idearios distintos, siendo, en realidad, uno solo. Literalmente un fantasma: una sustancia ectoplasmática invisible que se hiciera visible al arrojarle algo así como un bote de pintura; de cualquier pintura; roja, azul, amarilla, negra. No será su esencia el color circunstancial que adopte por esta vía, sino su forma. Lo que este anhelo anhela es una apoteosis brutalista, de acción expeditiva, de simplificación violenta de una realidad ante cuya diversidad y sus alambiques se siente hartazgo. Es también una determinada mirada: torva, socialdarwinista. En esa pradería pacen especies aparentemente inmiscibles: el *libertariano* con icono de serpiente o de estatua de la Libertad flanqueando el *nickname* de las redes sociales, el fascista, la chavalada ultrabolchevique que desfila con retratos de Stalin y Enver Hoxha por la Castellana de Madrid —esto ha sucedido— y fantasea con salir de razia, a cazar *revis* y *posmos*. Las fronteras entre estas

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo criaturas, incluso las hondas zanjas que parecen separarlas, son tajos superficiales en una corteza bajo la cual rebulle un mismo turbión freático; una misma fuerza magnética que imanta las conciencias. Alzar el estandarte de utopías irrealizables (la nación hermética, la revolución proletaria universal, el libremercado sin bridas) desvía la atención (la de los demás y la propia) de un *mientras tanto* idéntico; una cólera hermana contra las mismas porciones de lo realmente existente. Hay, de hecho, pasadizos entre estas torres. Y son los pasadizos de la mirada común; de un embeleso por las mismas virtudes cardinales. Elliot Gulliver-Needham (2019) nos ofrece un ejemplo en un artículo imprescindible sobre “Por qué los libertarios viran hacia la extrema derecha”:

Lo mismo en la derecha libertaria que en la autoritaria, se aprecian fuertemente las ideas de fortaleza. Las personas desempleadas se caracterizan por ser estúpidas, perezosas o débiles. Si alguien es explotado por su empleador, debe lidiar con ello y continuar trabajando sesenta horas a la semana. Si uno sufre el racismo institucional, debe simplemente ignorarlo. Uno puede ver cuán fácil resulta la transición de esto hacia la extrema derecha.

“Todos sus pensamientos son de naturaleza voluptuosa, porque están colocados bajo la protección de la muerte”, dice Ludovico Settembrini de Leo Naphta en *La montaña mágica*. Recordará quizás el lector a estos dos célebres personajes de la gran novela de Thomas Mann; sendos maestros que pugnan por ejercer su ascendiente sobre el joven Hans Castorp en un balneario suizo, previamente al estallido de la primera guerra mundial. Settembrini es humanista, librepensador, racionalista, ateo. De Naphta traza Ricardo Forster (2015) esta semblanza en *Huellas que regresan*:

[M]ezcla de místico, revolucionario, creyente y lector apasionado de Dostoyevski [...] Naphta se alza contra el orden burgués y todo lo que éste significa: dominio del mercado, pragmatismo, igualitarismo, democracia, destrucción de los lazos tradicionales, egoísmo, desespiritualización, racionalización, cálculo. Su ideal es una confluencia oscura y explosiva de cristianismo primitivo, jerarquía feudal, suntuosidad católica, comunismo bolchevique, surrealismo y apocalipticismo violento, todo conjugado en un furibundo rechazo al capitalismo y a los valores de la democracia burguesa. Naphta habla de un nuevo tiempo que llegará anticipado

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo por violencias inauditas que arrasarán la quietud decadente de una sociedad aprisionada en el más ruin de los mercantilismos.

De *naphtas* caracterizables de este modo van llenándose, en estos días, nuestras sociedades, en las cuales va declinando el número de los *settembrinis*. Entre los primeros están los *libertarianos*, también ellos insurrectos de “un furibundo rechazo al capitalismo y a los valores de la democracia burguesa”, erguidos contra “el más ruin de los mercantilismos”: les asquea el timorato capitalismo auténtico, su Estado, porque Estado necesita; sus leyes, sus regulaciones, sus repartos civilizados del botín (como nos enseñó Polanyi, el *laissez faire* debe ser planificado) (Polanyi, 2016). Fantasean los *libertarians* con un capitalismo ideal, violentamente purificado, descarnado, bestial; uno que procure la excitación del salteador de caminos y recobre la épica saqueadora que envuelve los orígenes del libremercado, sobre cuya pista nos pusiera David Graeber (2021, p. 510):

[Un] embarazoso hecho [...] planea sobre todos los intentos de representar los mercados como la más elevada forma de libertad humana [... H]istóricamente, los mercados impersonales, comerciales, tienen su origen en el robo. [...] U]na breve reflexión lo hace evidente. ¿Quién es más probable que fuera el primer hombre en mirar una casa llena de objetos y tasarlos inmediatamente en términos de por cuánto los podría vender en un mercado? Tan solo pudo ser un ladrón. Los ladrones, los soldados errantes, y posiblemente después los cobradores de deudas, fueron los primeros en ver el mundo de esta manera. Tan solo en las manos de los soldados, recién expoliados como botín de guerra de ciudades conquistadas, pudieron el oro y la plata (fundidos, en la mayoría de los casos, a partir de reliquias familiares que, como los dioses de Cachemira, las pecheras aztecas o los brazaletes femeninos de Babilonia, eran a la vez obra de arte y compendio de historia) convertirse en simples unidades uniformes de moneda, sin historia, valiosos justamente por carecer de ella, porque se podían aceptar en cualquier lugar sin preguntas.

Son sorelianos, empiezan a serlo, los tiempos que corren, sembrados aquí y allá de un optimismo del pesimismo y el hechizo de la ruina, el incendio, el gran terremoto, la vorágine, la catástrofe. Desear la vorágine, ambicionar la catástrofe persuadidos de que del ojo del huracán, de las grietas del destrozo, brotará la redención, el triunfo palingenésico de la Idea como un Juicio Final que entronice a los leales y chamusque

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo a los impíos. Y despreciar y condenar la esperanza, la compasión, el pacto, cualquier relación amable con el mundo y los otros, como una intolerable debilidad. Existe, incluso, un radicalismo demoliberal —del que el 15-M fue acá expresión— cuyos reclamos de *transparencia*, nobles, bienintencionados, no dejan de adscribirse a esta adherencia a lo brutal, a lo expeditivo. Como comenta, en Twitter, Jon U. Salcedo (2021):

[Q]uizás, en los orígenes de la cultura y los mitos, pero también de ciencia y leyes, hay algo de desenfoque de una lente originariamente «demasiado nítida» [...] Desenfoque como velado de lo terrible, como un limado de contornos demasiado afilados. [...] Hay en cierto elogio de la nitidez, lo inmediato y el desvelamiento de la verdad algo de esta pulsión brutal [...] En escenarios terribles, en los que un mundo desenfocado es ya un mundo más amable, en los que el desenfoque es ya una forma de mediación con una realidad terrible, el ansia de nitidez, de rasgado de todos los velos, solo puede ser una barbarie.

El ansia de transparencia es un ansia de ruina: de rasgar cortinas, derrumbar paredes, desnudar a la fuerza. *Civilización* es que haya ágoras, pero también reservados y espacios discretos, pudores, desenfoques; una *tangente ática* —decía Toni Domènech— entre lo público y lo privado, lo transparente y lo opaco; un negociado del erotismo, no de la pornografía. Pero ningún grupo se salva hoy de la seducción del sorelianismo. Hasta a cierto ecologismo vemos cojear de este pie, deseo de ganar la partida de ajedrez volteando el tablero, desparramando sus piezas: colapso, mátanos; cuece en tus marmitas infernales a todos los pecadores de la huella de carbono. Y que sobrevivan los *preppers*.

No es el qué, es el cómo. Alceste de Ambris, uno de aquellos ideólogos fascistas que habían velado sus primeras armas en el socialismo antimaterialista, lo decía así: de Mazzini, Marx y Bakunin, “de todos estos «maestros», cabía tomar «lo que es verdadero», lo que está bien y lo que es posible, y sobre todo ello edificaremos nuestro revolucionarismo” (Sternhell et al., 1994, p. 271). Y hoy vuelve a haber Ambris deseosos de refundir todas aquellas ideas, tomadas de aquí y de allá, en las cuales retumbe la resonancia soreliana de la destrucción y la palingenesia.

REFERENCIAS

Costa, J. (1901). *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. <https://www.cervantesvirtual.com/obra->

visor/oligarquia-y-caciquismo-como-la-forma-actual-de-gobierno-en-espana-
memoria-y-resumen-de-la-informacion--0/html/dca5c396-2dc6-11e2-b417-
000475f5bda5_21.html

- Forti, S. (2015). *Tránsfugas. De la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras. Algunas propuestas de interpretación*. Seminario de Historia, Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED; Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM; Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, curso 2014-2015, documento de trabajo. <https://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2015-02-17-2-15.pdf>
- Forti, S. (2020). Los rojipardos: ¿mito o realidad?, *Nueva Sociedad*, 288. <https://nuso.org/articulo/los-rojipardos-mito-o-realidad/>
- Forti, S. (2023). Traidores, conformistas y apasionados de la política. Una nueva lectura de la Europa de entreguerras entre biografía, análisis del lenguaje e historia política. *Segle XX: revista catalana d'història*, 6, 133-157.
- Forster, R. (2015). *Huellas que regresan: sobre la naturaleza, la infancia, los viajes y los libros*. Akal.
- Graeber, D. (2021) *En deuda: una historia alternativa de la economía*. Ariel.
- Gulliver-Needham, E. (23 marzo 2019). ¿Por qué los libertarios viran hacia la extrema derecha? *El Cuaderno*. <https://elcuadernodigital.com/2019/03/23/por-que-los-libertarios-viran-hacia-la-extrema-derecha/>
- Kerssfield, D. (2004) *Georges Sorel: apóstol de la violencia*. Signo.
- Nietzsche, F. (1998). *El nacimiento de la tragedia*, Edaf.
- Núñez Seixas, X. M. (2012). *La sombra del César: Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*. Comares.
- Polanyi, K. (2016). *La gran transformación*. Virus.
- Robin, C. (2011). *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Capitán Swing.
- Safranski, R. (2018) *Romanticismo: una odisea del espíritu alemán*. Tusquets.
- Sternhell, Z., Sznajder, M. y Asheri, M. (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. Siglo XXI.
- Talmon, J. L. (1981). *El mito de la nación y la visión de la revolución: los orígenes de la polarización ideológica en el siglo XX*. University of California Press.

Gustavo Bueno y la posnostalgia franquista en los estudios del auge de la extrema derecha

Gustavo Bueno and Francoist post-nostalgia in studies on the growth of the far right

Álvaro Castro Sánchez
Universidad de Córdoba
z52casaa@uco.es

Recibido en junio de 2023
Aceptado en julio de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28407

RESUMEN

El presente apunte crítico trata de llamar la atención sobre la ausencia de estudios específicos sobre la influencia del filósofo Gustavo Bueno en los discursos de la extrema derecha actual, especialmente en el auge del populismo historiográfico que están protagonizando algunos de sus discípulos o escritoras cercanas a sus tesis (como es el caso de Elvira Roca Barea y sus obras). También se apunta la utilidad de la sociología intelectual para un análisis que articule las trayectorias profesionales y/o intelectuales que protagonizan tal fenómeno editorial con sus posiciones (en calidad de herederos y también de aspirantes) tanto en el campo cultural como en el campo político, comenzando por la figura del propio Bueno.

Palabras clave: Gustavo Bueno, Sociología de la Filosofía, posfranquismo, populismo historiográfico.

ABSTRACT

The present critical note aims to draw the attention about the absence of specific studies dealing with the influence of the Gustavo Bueno on the current discourses of far right, especially on the growth of the historiographic populisms that some of his disciples or writers authors close to his thesis (as it is the case of Elvira Roca Barea and her works). Besides, the study also points to the utility of intellectual sociology regarding the analysis that can articulate the professional/intellectual careers that are responsible for such editorial phenomenon with their positions (as inheriting or as candidate) both at the cultural and political aspects, starting by the figure of Bueno himself.

Keywords: Gustavo Bueno, Sociology of Philosophy, post-francoism, historiographical populism.

Referencia

Castro Sánchez, A. (2024). Gustavo Bueno y la posnostalgia franquista en los estudios del auge de la extrema derecha. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 255-264. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28407

UNA SONORA AUSENCIA

El auge del posfascismo y de las diferentes modalidades de extrema derecha o democracia iliberal del último lustro, cuyo denominador común es el nacional-populismo, ha motivado una inmensa producción intelectual y/o académica global. Entre los objetivos se encuentran el de señalar sus causas, identificar sus rasgos diferenciadores, establecer las continuidades y discontinuidades con los fascismos y el nacionalismo reaccionario clásico, comprender sus apoyos sociales, analizar sus discursos y estrategias de propaganda electoral o ponderar su significación geopolítica. Sin lugar aquí para poder realizar una referencia exhaustiva de tales trabajos (tesis doctorales, artículos, monografías, números especiales de revistas académicas o divulgativas etc., etc.), se podrían destacar algunos monográficos en revistas científicas, como los dos números especiales de *Política y Sociedad* (2 de 2021 y 3 de 2020), el vol. 21 de *Encrucijadas* (2021), el monográfico del número 16 de *Pensamiento al Margen* (2022) o el especial del número 49 de la revista *Estudios* (2023), así como un buen número de monografías (entre ellas, Castro Martínez, 2020; Forti, 2021; Guamán et al., 2019; Gulías et al., 2020). En todos ellos se ha señalado una ausencia generalizada respecto a los estudios dedicados al auge de Vox o de las nuevas nostalgias franquistas, que bien podríamos denominar con el término pos-nostalgia, pues ahora la presentan quienes no vivieron directamente en el franquismo, sin descuidar que a veces transita hacia una pos-melancolía que, lejos de ser postrante, moviliza emociones primarias y polariza enormemente el espacio de debate público. Dicha ausencia consiste en que en ninguno de ellos se entra en profundidad en la relación de la filosofía y escuela del filósofo Gustavo Bueno con ese avance¹, como generalmente tampoco ocurre en la enormidad de artículos dedicados al fenómeno que se dispersan por todas las revistas del ámbito de la historia contemporánea y las ciencias sociales y políticas.

En estos breves apuntes nos interesa destacar dos puntos. El primero es la importancia que, sobre todo a partir del éxito de la obra *Imperiofobia* de Elvira Roca Barea (2016) y las continuas alusiones de los líderes de Vox a las glorias de la España premoderna, se le está otorgando a los usos populistas del pasado, los cuales evocan

¹ Sí hay algunas referencias puntuales, como en el artículo de Franzé y Fernández-Vázquez (2022, p. 70) incluido en *Pensamiento al Margen* en el que se señala en nota a pie la influencia de Bueno en la conexión entre identidad nacional y catolicismo que realizan los de Abascal, siendo su *españolismo materialista* una pieza importante del posfascismo de Vox.

inevitablemente la visión falangista y nacionalcatólica del primer franquismo. El segundo de ellos es la ausencia de análisis desarrollado de la posiblemente principal referencia intelectual de tales usos en la guerra cultural actual, que no es otra que la obra de Bueno, sobre todo la elaborada a partir de finales de la década de los noventa. El momento lo podemos situar con su conocida conferencia “España”, pronunciada el 14 de abril de 1998 en la reunión por el décimo aniversario de la Asociación de Hispanismo Filosófico (Bueno, 2012). Llama por tanto la atención la ausencia de estudios más específicos que no hayan atendido a un legado, desarrollado por un alto número de discípulos y simpatizantes, que desde nuestro punto de vista supone una importante nueva actualización del nacionalismo reaccionario español (Castro, 2019, pp. 139-142) que se gestó en el siglo XIX y vivió diferentes modulaciones a lo largo del XX y que además es totalmente operativo en el combate parlamentario, mediático, etc. por parte de sus también renovados líderes políticos.

No obstante, se llama la atención frecuentemente sobre la conexión entre la visión *buenista* de la historia de España, especialmente la teoría del Imperio que el filósofo desarrolló en su libro de 1999 *España frente a Europa* (Bueno, 2019), y los usos ideológicos del pasado a cargo de representantes políticos o por parte de la industria editorial en torno a los mitemas del heroísmo militar español o a la Leyenda Negra. Por ejemplo, dentro del interesante volumen colectivo *Vox frente a la historia* editado por Jesús Casquete en 2023, José María Portillo pone el ejemplo del uso de Macarena Olona, por entonces diputada nacional de Vox, cuando ante una iniciativa para solicitar al gobierno mexicano un adecentamiento de la tumba de Hernán Cortés, se sirvió de la diferencia entre imperios generadores e imperios depredadores del filósofo (Portillo, 2023, p. 50). Por su parte, X. M. Núñez Seixas, en el mismo volumen, señala cómo la influencia directa de Bueno, sin ir más lejos en Santiago Abascal — quien en diferentes ocasiones ha lucido sus libros en las sesiones del Congreso de los Diputados—, permite a Vox establecer los fundamentos de la nación española sin necesidad de repetir explícitamente el relato franquista porque posibilita la construcción de una narrativa nacionalcatólica no clerical y acomodada al respeto a la monarquía y la Constitución de 1978 (Núñez Seixas, 2023, p. 99). Con anterioridad a estos trabajos, el éxito editorial y mediático del libro *Imperiofobia* de Roca Barea movilizó plumas que, como la de José Luis Villacañas, desmontó pormenorizadamente el burdo andamiaje historiográfico de la obra en su libro *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, de 2019. En este consideró la obra “un producto de la factoría de Steve Bannon mezclada con el corazón castizo de la

melancolía imperial de Gustavo Bueno, utilizado por los padres fundadores de la Asociación en Defensa de la Nación Española en su proclama inaugural y hoy inspiradores del partido político Vox”; es decir, lo que se vislumbra es “una posición geopolítica nueva” que tiene de fondo el antieuropeísmo (Villacañas, 2019, p. 228), de modo que uno de los nudos centrales del libro es la tesis de Bueno de la modernidad contra España y de como esta se forja frente al Humanismo, la Reforma y la Ilustración (Villacañas, 2019, p. 195). Por su parte, Edgar Straehle ha analizado cómo el renacimiento contemporáneo de la melancolía imperial por la vía de lo que ha llamado populismo historiográfico (Straehle, 2021a) se ha debido fundamentalmente a esos dos referentes intelectuales, escribiendo, esta vez sí, un amplio y documentado análisis de la influencia de Bueno (Straehle, 2021b). En otro completo artículo, ya había mostrado cómo Roca Barea ha supuesto un fuerte —y furibundo, historiográficamente hablando— impulso para la recuperación de la cuestión de la Leyenda Negra, a lo que el mismo autor le ha dedicado unos trabajos más específicos (Straehle, 2022; 2019). Señala, respecto a ese *revival*, que el ataque al supuesto *leyendanegrismo* tiene diferentes dimensiones. Pues no se trata solo de reivindicar una reacción sobreactuada contra el maltrato recibido desde Europa, sino también contra un enemigo interno que los seguidores *buenistas* no paran de señalar, bien dentro de los diferentes *separatismos* del estado español, bien dentro del espectro de la izquierda y el progresismo, situando el problema dentro de esa dialéctica schmittiana del amigo/enemigo que es tan del gusto discursivo de los populismos y que rememora los tiempos de la anti-España.

BUENO Y EL IMPERIO

Las ideas acerca del Imperio español y de la conquista de América en Bueno hay que entenderlas, cuanto menos, desde sus intervenciones acerca del papel de la Filosofía en los años setenta, ya que parten de sus críticas a la Antropología —y de ahí, al relativismo cultural— así como desde su propio sistema filosófico, porque se basan en una defensa del Imperio no como idea histórico-social o historiográfica, sino filosófica. A propósito de lo primero, la idea de barbarie que manejaba en *Etnología y utopía*, obra publicada en 1971 y escrita en confrontación con Lévi-Strauss y su postulación del “pensamiento salvaje”, parece estar en la base de su tesis sobre la asimetría cultural entre la civilización española y los pueblos indios, la cual le conducirá a su defensa de la conquista y la teoría de los imperios que ya apuntamos (Moreno Pestaña, 2021). Marcado por el hegelianismo, en los años setenta Bueno

mantuvo una visión continuista y evolucionista de la historia (también de los sistemas filosóficos) en la que los vencedores del presente integran a los del pasado. Décadas después, en la referida *España contra Europa* partió de la tesis de que la pregunta por la identidad de España es una pregunta filosófica ya que su respuesta desborda las categorías científico-positivas de la historiografía, la sociología o la antropología, porque acude —en clara aplicación de las orientaciones metodológicas que se derivan de su *materialismo filosófico*— a ideas como la Historia Universal o Imperio, que no son conceptos reducibles a ninguna de ellas.

Dicha reflexión sobre el Imperio iba ligada a la que realizaba sobre la unidad e identidad española. Esta no se agotaría en su constitución como nación, porque tal identidad la precede y su historia sería la de una sociedad cuya unidad política se constituye a través de la Idea de Imperio (Bueno, 2019, p. 78). Su tesis es que la relación entre la unidad histórica de España y su identidad como Imperio no es contingente, sino necesaria y, más bien, esencial, porque España se constituyó como entidad específica al asumir la Idea del mismo. Los “pasos embrionarios” habría que situarlos en los siglos VIII y IX, después en el siglo XIII, cuando aparece la primera historia de España (*De rebus Hispaniae*, de Don Rodrigo Ximénez de Rada). Eso sí, la plenitud imperial se alcanza en los siglos XVI, XVII y XVIII para entrar en una época de disociación histórica a partir del siglo XIX (Bueno, 2019, pp. 246-247). Tal esquema, asumido por buena parte de los escritores de libros de historia que se presentan como sus herederos, bebía de odres viejos que Bueno conocía bien y que no duda en reconocer. En muchos momentos, el filósofo se acercaba a las posiciones del nacionalcatolicismo de los años veinte y treinta y muy especialmente al texto de Ramiro de Maeztu (intelectual de referencia en todas las actualizaciones del nacionalismo reaccionario posteriores a su obra, incluida la actual: basta con mirar la primera página de *La Gaceta de la Iberosfera* de la Fundación Disenso, inspirada en estas ideas *buenistas*), al cual defiende explícitamente en la página 388. Asimismo, reconoce la influencia de Menéndez Pidal, quien, recordemos, tematizó la idea de la *Universitas Christiana* que operó en la legitimación del régimen franquista a nivel internacional desde finales de los años cuarenta. Defendiendo el carácter moderado del filólogo medievalista, su mérito estribó en haber reconocido el papel de la Idea del Imperio en la historia medieval de España (Bueno, 2019, p. 264). No en vano, “el refinamiento moral fue muy superior en la sociedad hispana que en el resto de sociedades europeas” (Bueno, 2019, p. 434).

Como ya se ha dicho, en la obra establece una tipología de imperios en la que distingue entre Imperio depredador o colonial e Imperio generador cuyo principal inspirador sería Ginés de Sepúlveda (quien se enfrentó a Bartolomé de las Casas y su *defensa* de los indios). Respecto al primer tipo, se trata de una situación en la que, pese a mantenerse relaciones de subordinación, desaparece la condición de Estado subordinado y las sociedades no alcanzan la condición de sociedades políticas (Bueno, 2019, p. 216). Ese sería el caso del “Imperio de los vikingos” o los estados recaudadores de tributos del mundo antiguo, que en el fondo no eran un Imperio en sentido político, puesto que su razón de ser de la dominación residía en el pillaje, fundada en una “razón de Estado de sí mismo” (Bueno, 2019, p. 191) y mantenida gracias a un gobierno indirecto de las colonias. Ese sería también el caso del “Imperialismo capitalista” de finales del siglo XIX, como conceptualizaría el propio Lenin. Respecto a la relación con América, la obra de Bueno puede prevenir respecto a ciertas visiones excesivamente pánfilas que desde posturas progresistas se tiene de dicha historia o contra el recurrente esencialismo indigenista en el que caen algunos discursos decoloniales y poscoloniales. En ese sentido, desarrolla una crítica interesante al relativismo cultural a través de la cual podrá justificar el imperialismo español y la conquista de América. Pues, frente a la barbarie indígena, aparece el racionalismo en el Imperio generador (que Ginés de Sepúlveda llamó “Civil”) orientado al bien común frente al Imperio depredador (o “heril”, en palabras de Sepúlveda) que busca el dominio de siervos y esclavos. Para Bueno, los españoles fueron los primeros en tener escrúpulos de conciencia al respecto. Pues hay que diferenciar entre la brutalidad privada que algunos ejercían y el proyecto imperialista en sí mismo, como sería el reconocimiento oficial de los indios como “hombres libres” (Junta de Burgos, 1512 y 1513). En cualquier caso, tanto la esclavitud como la explotación de los peruanos en las minas quedaría justificada por el avance civilizatorio que animaba la empresa, es más, “sin trabajo cuasi esclavo en el campo y en las minas, la esclavitud no habría podido ser eliminada” (Bueno, 2019, p. 335). Sin negar su “génesis depredadora” (Bueno, 2019, p. 370), los españoles trasplantaban su cultura hacia occidente e incorporaron a la población aborigen que pudieron, aunque a ojos del filósofo riojano quienes estén situados en la perspectiva del relativismo cultural verán ahí un proceso miserable de destrucción de cultura y genocidio de pueblos. ¿Cómo es posible condenar a Hernán Cortés desde el presente, como podría hacer un antropólogo cultural, cuando en la historia es fundamental el conflicto entre culturas olvidando además las acciones que los aztecas llevaron a cabo contra los españoles?

El delirio es importante: “¿Acaso las pinturas de Alfaro Siqueiros, de Diego Ribera, o de Orozco, no son obras culturales del rango más elevado, pero obras culturales que no hubieran sido creadas si Hernán Cortés y los españoles, que en esas pinturas se representan como asesinos y depredadores, no hubieran invadido México?” (Bueno, 2019, pp. 371-372).

UNA MIRADA DESDE LA SOCIOLOGÍA DE LA FILOSOFÍA

El legado de Bueno para la reacción posfranquista actual no se agota desde luego en su teoría del imperio, su visión del pasado colonial español o las implicaciones geopolíticas de su visión de la relación entre España y Europa. Sus arremetidas con las políticas progresistas del gobierno de Zapatero, su defensa del catolicismo y sus posiciones respecto a diversos derechos sociales no se pueden perder de vista en un análisis como el que se solicita en estos apuntes. Por ejemplo, es conocida su defensa del catolicismo desde una posición atea, al entender aquel como un acervo de valores culturales que definen una identidad, en este caso la española, y que está muy acorde con los usos del mismo que hacen líderes como Abascal (Abascal y Bueno, 2011). En su libro *La fe del ateo*, de 2007, tematizaba esa idea del “católico ateo”, que para los católicos creyentes podía ser un ateo bautizado o quien mantiene relaciones con el catolicismo creyente y parte de sus creencias en términos de un catolicismo cultural o social dominante en España, lo que para Bueno hacía imposible la existencia de un ateo en sentido “puro”. Escrito en el contexto de la polémica respecto a la asignatura de Educación para la Ciudadanía, en la obra consideraba que “los componentes éticos y morales” involucrados en su currículum debían de ser considerados por la Iglesia, pues la subordinación en España de la ciudadanía laica a la ciudadanía católica debe de otorgar competencias a la Conferencia Episcopal en tales materias, defendiéndola como una garante de la amenaza de la “libertad de conciencia” frente al “control totalitario” del Estado (Bueno, 2007, p. 143). Aquí hemos subrayado la cuestión del tratamiento de la historia porque pensamos que es donde sus discípulos están encontrando una mayor presencia en el debate público gracias a la industria editorial o el interés mediático que suscitan sus posiciones en un contexto en el que la polarización política alimenta las audiencias en televisiones y redes sociales. Discípulos directos de Bueno o investigadores asociados a su fundación, como los escritores Iván Vélez o Pedro Insua han desarrollado las implicaciones de la obra del maestro estudiando los orígenes medievales de la nación española, la Reconquista o la colonización americana,

mientras que una *youtuber* como Paloma Hernández (“Fortunata y Jacinta”) cuenta con 76.7K suscripciones a su canal a fecha de hoy. Es tarea de los especialistas analizar tales obras o intervenciones y contrarrestar, en la medida de lo posible, los fraudes historiográficos y/o científicos que esconden, los cuales comienzan por un marcado presentismo. Vinculadas al éxito editorial de *Imperiofobia* (y no en vano Roca Barea ha prologado algunos de sus libros) están escritas desde posiciones políticas muy explícitas, como por ejemplo sería el caso de Vélez, director de la Fundación Denaes y que fue uno de los gérmenes intelectuales de Vox y candidato por el partido en diferentes ocasiones. Todos estos elementos (herencias de una escuela filosófica y de una obra de gran calidad y envergadura, como es la de Gustavo Bueno, las propiedades sociales de las diferentes generaciones de discípulos, vías de consagración intelectual al margen del campo historiográfico, relaciones directas con el campo político y la participación de la industria editorial y el conglomerado mediático de las derechas, etc. etc.) convierten el objeto de estudio que aquí se defiende en un tema que sin duda requiere un análisis desde la sociología intelectual, entendiendo esta como la necesidad de articular las obras con las trayectorias personales y profesionales de sus autores así como con el lugar que ocupan respecto al campo académico, cultural y político en el que se posicionan, comenzando por el propio maestro. Este, nacido en Santo Domingo de la Calzada el 1 de septiembre de 1924, se formó como filósofo en la posguerra, comenzando sus estudios en la Universidad de Zaragoza bajo la importante influencia, reconocida en diferentes ocasiones (Bueno, 1973; 1996), de Eugenio Frutos, catedrático de filosofía que escribía por entonces en las publicaciones falangistas *Escorial* o *Revista de Estudios Políticos*. Recientemente, se ha podido reconstruir con detalle las relaciones de Gustavo Bueno con los filósofos del campo académico de la primera etapa de la dictadura (Bolado Ochoa, 2017), entre las que se puede destacar la del falangista Montero Díaz (Straehle, 2021), que dirigió su tesis, así como las que mantuvo, ocupando cargos en su etapa de Salamanca, con el partido fascista español figurando como director del Seminario de formación del Frente de Juventudes (Teira, 2023), por lo que quizás no deberían de extrañar demasiado los puntos de coincidencia que su visión del imperio guarda con las del falangismo franquista.

Para dicho análisis, desde el grupo de investigación de Cádiz dedicado a la Sociología de la Filosofía en España (Vázquez, 2022), Francisco Vázquez ya contribuyó con unas páginas de su monografía *La filosofía española: herederos y pretendientes* (2009) a localizar la trayectoria de Bueno en las redes del campo

filosófico a partir de los años sesenta (Vázquez, 2009, pp. 121-134), destacando su influjo entre distintas generaciones de seguidores mayormente ubicados entre el profesorado de secundaria o en los extrarradios académicos (Bourdieu ya recordó que estos, normalmente, necesitan de mayor ruido para singularizarse en el espacio intelectual). Por su parte, Moreno Pestaña también dedicó un capítulo de *La norma de la filosofía* (2013) a la confrontación entre Manuel Sacristán y Bueno sobre el lugar de la filosofía en el sistema educativo, cuestión que también hemos señalado como clave para comprender tanto las posiciones del filósofo riojano como la energía emocional que mueve a parte de sus discípulos. Quedamos emplazados al desarrollo que el objeto merece.

REFERENCIAS

- Abascal, S., y Bueno, G. (2011). *En defensa de España: Razones para el patriotismo español*. Encuentro.
- Bueno, G. (1971). *Etnología y utopía: Respuesta a la pregunta ¿qué es la etnología?* Papeles de Son Armadans.
- Bueno, G. (1973). Teorema entrevista a Gustavo Bueno. *Teorema: Revista internacional de filosofía*, 1, 123-140.
- Bueno, G. (1996). *La filosofía en España en un tiempo de silencio*. <https://www.filosofia.org/rev/bas/bas22003.htm>
- Bueno, G. (14 de abril de 1998). España. <https://www.youtube.com/watch?v=tuT4yJe02yU>
- Bueno, G. (2007). *La fe del ateo: Las verdaderas razones del enfrentamiento de la iglesia con el gobierno socialista*. Temas de Hoy.
- Bueno, G. (2019). *España frente a Europa*. Pentalfa Ediciones.
- Castro, A. (2018). *La utopía reaccionaria de José Pemartín y Sanjuán (1888-1954): Una historia genética de la derecha española*. Editorial UCA.
- Castro, A. (2019). *El fascismo y sus fantasmas: Cambios y permanencias de la derecha radical (siglos XX-XXI)*. La Linterna Sorda.
- Castro Martínez, P. (2020). *La construcción emocional de VOX*. <https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/24106>
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0: Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI.
- Franzé, J. y Fernández-Vázquez, G. (2022). El postfascismo de Vox: Un populismo atenuado e invertido. *Pensamiento al margen. Revista Digital de Ideas Políticas*, 16, 57-92

- Guamán, A., Martín, S. y Aragonese, A. (2019). *Neofascismo: La bestia neoliberal*. Siglo XXI.
- Gulías, E. J., Martín, Á. C. y López, M. P. (2020). *El auge de la extrema derecha en España*. Tirant lo Blanch.
- Moreno Pestaña, J. L. (2013). *La norma de la filosofía: La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Biblioteca Nueva.
- Moreno Pestaña, J. L. (2021). Gustavo Bueno en el espacio del marxismo. *Revista de Hispanismo Filosófico*, 26, 103-118.
- Núñez Seixas, X. M. (2023). La nación de Vox: vino viejo en odres nuevos. En J. Casquete (ed.), *Vox frente a la historia* (pp. 93-101). Akal.
- Portillo, J. M^a. (2023). En J. Casquete (ed.), *Vox frente a la historia* (pp. 45-53). Akal.
- Straehle, E. (2019). Historia y leyenda de la Leyenda Negra: Reflexiones sobre Imperiofobia de María Elvira Roca Barea. *Nuestra Historia. Revista de Historia de la FIM*, 8, 113-137.
- Straehle, E. (2021a). El populismo historiográfico como problema y síntoma del presente. CTXT. Recuperado el 29 de mayo de 2023 de <http://ctxt.es/es/20211001/Firmas/37438/populismo-historiografico-leyenda-negra-nacionalismo-historia.htm>
- Straehle, E. (2021b). Melancolía imperial y leyenda negra. *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 99, 35-78.
- Straehle, E. (2022). La leyenda negra es la culpable de la mala imagen de España. En F. Archilés, J. Sanz y X. Andreu, *Contra los lugares comunes: historia, memoria y nación en la España democrática* (pp. 17-22). La Catarata.
- Teira, D. (2023). Camarada Gustavo Bueno Martínez. CTXT. Recuperado el 29 de mayo de 2023. <http://ctxt.es/es/20230101/Firmas/41892/David-Teira-Gustavo-Bueno-Martinez-filosofo-ultraderecha-comunismo-personajes.htm>
- Vázquez García, F. (2009). *La filosofía española: Herederos y pretendientes: una lectura sociológica (1963-1990)*. Abada.
- Vázquez García, F. (2022). La sociología de la filosofía española Supuestos teórico-metodológicos y aportaciones del grupo investigador de Cádiz (2006-2022). *Hitos. Anuario de Historia de La Filosofía Española*, 1, 12-39.

Historia con memoria de las revoluciones. Una verdad incómoda

History with Memory of the Revolutions: an uncomfortable truth

Raimundo Cuesta
Fedicaria-Salamanca
raicuesta2@gmail.com

Recibido en junio de 2023

Aceptado en julio de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28408

RESUMEN

Este apunte crítico aborda una reseña del libro del historiador Enzo Traverso sobre el pasado y el presente de las revoluciones contemporáneas, y de las fuerzas políticas, las utopías, las teorías y los intelectuales que las inspiraron. Pero no se trata solo de un resumen del contenido de una obra de historia de las ideas políticas, sino que también se incluye una reflexión personal sobre las tesis de su autor y muy especialmente acerca del desafío que supone acomodar el oficio de historiador a una metodología de interpretación de la realidad basada en la idea de “imágenes dialécticas”, procedente del pensador alemán Walter Benjamin y, más en general, de la tradición marxiana. Se comenta, pues, el legado y el futuro de los procesos revolucionarios.

Palabras clave: intelectuales revolucionarios, marxismo, Walter Benjamin, melancolía de izquierda, historia con memoria.

ABSTRACT

This critical note deals with a review of book by historian Enzo Traverso on past and present of contemporary revolutions, and the political forces, utopias, theories and intellectuals that inspired them. But it is not only a summary of the content of this work on the history of political ideas, but also includes a personal reflection on the thesis of its author and especially about the challenge of adapting the profession of historian to methodology of interpretation of reality based on the idea of “dialectical images”, coming from the German thinker Walter Benjamin and, more generally, from the Marxian tradition. The legacy and future of the revolutionary processes are thus discussed.

Keywords: revolutionary intellectuals, marxism, Walter Benjamin, left melancholia, history with memory.

Referencia

Cuesta, R. (2024). Historia con memoria de las revoluciones: una verdad incómoda. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 265-282. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28408

Volver la mirada crítica hacia el pasado de los grandes y polimorfos fenómenos revolucionarios de la era Contemporánea no deja de ser un asunto engorroso que comporta un compromiso intelectual lleno de zozobras y perplejidades, porque, como sostiene Arno J. Mayer, “entre luces y sombras, las revoluciones continúan siendo una de las cuestiones históricas y políticas más incómodas” (2014, p. 42). En efecto, su colosal trabajo de prospección sobre las tempestades de sangre y fuego desatadas a consecuencia de ellas esculpe un friso de contradicciones imposible de explicar y valorar fríamente acudiendo en exclusiva a las armas metodológicas de los cultivadores de Clío. En realidad, y sea cual fuere nuestra profesión, esos jalones de la modernidad han empapado las vidas y pensamientos de hombres y mujeres durante el siglo XX, bien sea para atisbar un fanal de promesas y de esperanzas o bien sea para abominar de su misma existencia y posterior legado.

El reciente libro *Revolución. Una historia intelectual*, criatura de la pluma de Enzo Traverso (2022), sirve de fuente principal a mi reflexión y glosa acerca del tema abordado. Su autor es uno de los escasos historiadores lúcidos de nuestro tiempo capaces de proyectar una luz omnicomprensiva y universal sobre el mundo contemporáneo. De origen italiano, en él se cumple la materialización de un pertinaz nomadismo, de una vida académica y política que va de una orilla a otra del Atlántico, representando de esta guisa el paradigma, tan olvidado en nuestro tiempo, del intelectual que combina una vocación global y un indesmayable espíritu crítico, vertido en textos que se han pergeñado en muy distintos países y lenguas. Si fuera menester ofrecer una brevísima síntesis, a modo de ráfaga iluminadora inicial, se podría afirmar que este libro contiene una memoria recapituladora y un análisis valorativo principalmente acerca del ciclo de revoluciones que se remonta a 1789, esas convulsiones y grandes hitos de la modernidad que constituyen “la respiración de la historia” (Traverso, 2022, p. 23) o “arrebataores momentos de inspiración” (Trotsky, 1978, p. 349). La disección y crítica del pensamiento que las inspiró y la evaluación de los sujetos históricos, individuales y colectivos, que las protagonizaron se alzan como la diana de este ambicioso, y en algunos aspectos, discutible empeño de interpretación histórica.

Revolución. Una historia intelectual es un texto frondoso y profundo que se fraguó y benefició del involuntario, pero “útil” enclaustramiento de su autor en Ithaca (Estado de Nueva York), causado por los estragos de la pandemia de la COVID-19. No quiero desvincular del todo esta glosa mía de otro libro suyo (*Melancolía de*

izquierda. Después de las utopías), que data de 2019 y anuncia la problemática, los contenidos y el método de aproximación a la vertiginosa e intermitente historia de las revoluciones. Fíjese quien esto lea que en el subtítulo de la edición española reza “después de las utopías”, donde en la versión inglesa pone *marxism, history and memory*. Ambos libros se escribieron tras el naufragio y los consecuentes pecios flotantes a la deriva de la experiencia comunista, aunque nuestro historiador no da por consumado el entierro definitivo de las utopías porque su quehacer se inspira, en parte, en la filosofía de la esperanza de Ernst Bloch a la hora de sostener que: el impulso liberador y los sueños humanos de emancipación persisten por más que sus concreciones y experiencias históricas, sobre todo las del comunismo en el siglo XX, representen la evidencia de una lacerante frustración. No obstante, considera obligada la crítica histórica de las revoluciones y sus frutos contradictorios, si bien simultáneamente propugna la pertinencia de mantener viva la memoria de las pulsiones, experiencias y luchas de las clases trabajadoras en pos de un mundo mejor que, en su opinión, deben hoy pasar a formar parte del bagaje de la futura construcción de una nueva “imaginación revolucionaria”.

Ya en su ensayo titulado *Melancolía de izquierda* apostaba por *le pari mélancolique* (la apuesta melancólica) promovida por Daniel Bensaïd (2010). *Melancolía de izquierda*, *Linke Melancholie*, fue la designación que Walter Benjamin utilizó, en la época de la República de Weimar, para desacreditar las posiciones de escritores izquierdistas y vanguardistas de la nueva objetividad, tales como Kurt Tucholsky o Eric Kätsner. De los poemas de este último afirma que se parecen más a los cólicos intestinales que a la revolución, porque desde siempre el estreñimiento y la melancolía estuvieron asociados (Benjamin, 1931). ¡Quién lo diría! Pero al final el propio Benjamin y, tras su estela, Traverso caerían del lado de los estreñidos. En efecto, la “melancolía”, ese particular estado del alma tuvo inicialmente unas connotaciones peyorativas (pasividad, sumisión, sentimiento de impotencia), que, no obstante, el pensador alemán luego busca modificar radicalmente otorgando al término una renacida potencialidad heurística cuando, en una pirueta de cambio brusco de rumbo, vincula la “melancolía de izquierda” a una lectura renovada del pasado en clave de recuerdo y redención de las luchas revolucionarias, viraje semántico que nuestro historiador incorpora a su propia obra como él mismo reconoce (Traverso, 2019, pp. 100-101).

Así pues, en ese texto pionero y embrión del que ahora comentaré con más extensión, la solidaridad con las ilusiones de los que participaron en las esperanzas revolucionarias se verifica en forma de memoria y melancolía: “melancolía significa memoria y conciencia de las potencialidades del pasado: una fidelidad a las emancipatorias promesas de la revolución, no a sus consecuencias” (Traverso, 2019, p. 107). Afirmación, como luego se verá, que no deja de ser una salida por la tangente porque eso de hacerse cargo solo de las promesas y no de las consecuencias suena a querer escapar de las responsabilidades de cada cual por haber depositado ilusiones desmedidas e infundadas en ideas y personas que malograron los deseos revolucionarios.

Nuestro autor pretende hacer una historia atenta a las nociones y conceptos inspiradores de la acción de los protagonistas del fenómeno estudiado, aunque sin excluir una memoria crítica que busca explorar los sentimientos y experiencias de los sujetos individuales y colectivos del pasado revolucionario. En todo caso, por encima de cualquier reproche o reserva, afortunadamente en el nuevo libro la “melancolía”, concepto de un campo emocional ambiguo y polisémico donde los haya, deja de ser foco de atención prioritario en favor de la memoria crítica, de eso que me gusta llamar *historia con memoria*.

No he escrito este libro como un *testigo* y tampoco para reconciliarme con el pasado; no adopto una actitud de arrepentimiento ni procuro ajustar cuentas con adversarios o críticos. Simplemente, me siento parte de la historia que cuento, cargada como está de utopías, generosidad, fraternidad y grandeza, pero también de errores, ilusiones, engaños y, a veces, monstruosidades. (Traverso, 2022, p. 5).

La quintaesencia de ese pasado que no pasa, que no puede quedar inadvertido y olvidado es la encarnación del ideal revolucionario en los diversos ensayos del comunismo tras la Revolución soviética. Si bien Traverso se refiere a la revolución como persistente aspiración humana e interrupción del curso de la historia, su marco temporal y reflexivo queda directamente adherido al hito insurreccional bolchevique que impregna de luces y sombras la totalidad del “corto siglo XX” (1914-1991). Ello no obsta para que una y otra vez, regrese a 1789, 1848, 1871, los grandes jalones revolucionarios europeos que abren una nueva generación de estremecimientos sísmicos de la pasada centuria alentados y cobijados bajo la bandera del comunismo

y cuyas sacudidas alteran el orden establecido a escala mundial (Rusia, China, Cuba, Vietnam, etc.). Se diría que su deuda, nada ajena a su primera militancia política en el marxismo “operario” italiano y en su cercanía a Trotski, se reviste de una historia crítica del movimiento comunista, de sus ideas y prácticas, de los intelectuales marxistas que participaron en las soberbias mutaciones del siglo pasado. Al respecto, la coexistencia de juicios encontrados atraviesa su obra a modo de llave maestra que trata de abrir e iluminar la explicación de lo a veces inexplicable. Justificando su punto de vista, logra evitar tanto la visión idílica como la catastrofista y, en consecuencia, persigue comprender que la historia del comunismo ofrece múltiples y paradójicas dimensiones dentro de un amplio espectro de luces y sombras (Traverso, 2022, pp. 443-444). Por una rara asociación, la lectura de su visión aporética y en claroscuro de lo sucedido me recuerda el genial comienzo de Charles Dickens en su novela *Historia de dos ciudades*: “Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos (...), la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación”.

La primavera y el invierno del comunismo, la reunión de contrarios en un mismo movimiento histórico se resuelve aludiendo a la complejidad histórica de esa magmática y trascendental empresa encaminada a cambiar de raíz el mundo, que finalmente desemboca en criaturas tan dispares que hoy llevan a un sutil historiador como Traverso a sustentar la tesis de que el comunismo del siglo XX ha resultado ser un mosaico formado por teselas distintas y a menudo opuestas. Según él, cabría entender la experiencia comunista del siglo XX con arreglo a cuatro aspectos: 1) el comunismo como revolución; 2) el comunismo como “régimen”; 3) el comunismo como anticolonialismo; y 4) el comunismo como una variante de la socialdemocracia. O sea, se trataría de un fenómeno polimorfo que abarca desde el momento de ruptura revolucionaria en nombre de la lucha de clases, la dictadura del proletariado y la extinción del capitalismo hasta la coyuntura de petrificación burocrática (por ejemplo, en la era de Stalin), pasando por la independencia de las colonias tras la Segunda Guerra Mundial o la “capitulación” reformista de signo socialdemócrata (*verbi gratia*, el eurocomunismo del Partido Comunista de Italia). Esa pluralidad de encarnaciones y morfologías corre paralela a los virajes doctrinales y a las distintas ubicaciones geográficas e ideológicas del intelectual revolucionario (dentro de los que subraya la importancia de los “judíos no judíos”), tipo humano al que Traverso dedica una parte sustancial de su libro, mostrando una y otra vez cómo navegan entre la ortodoxia de

un canon doctrinal marxista prefijado y la heterodoxia de un modo de vida nómada y rebelde.

En su monumental trabajo de información y esclarecimiento de las revoluciones, el autor enseña sus cartas desde el principio de la partida, sus deudas teóricas más influyentes, Karl Marx y Walter Benjamin, y sus intenciones:

El objetivo de este libro no es en modo alguno la definición o transmisión de un modelo revolucionario sino, antes que nada, una elaboración crítica del pasado. No apunta, en síntesis, a construir un tribunal póstumo ni un museo, y menos aún una serie anacrónica de *instrucciones* para el levantamiento armado (...). Si las revoluciones de nuestro tiempo deben inventar sus propios modelos, no pueden hacerlo en una *tabula rasa* o sin dar cuerpo a una de memoria de luchas de tiempos idos (...). Trabajar con el pasado es inevitable (...). Al provocar el estallido del continuo de la historia, las revoluciones rescatan el pasado. Contendrán en sí mismas —sean o no conscientes de ello— las experiencias de sus ancestros. Esa es otra razón por la que necesitamos meditar sobre su historia. (Traverso, 2022, pp. 41-42).

Ciertamente, la labor de Traverso consiste en hacerse cargo del pasado de las revoluciones, a la manera de lo que he llamado hacer *historia con memoria*, esto es, evocar el pasado conforme al caudal de conocimiento científico disponible pero simultáneamente atendiendo a la experiencia del sufrimiento, los recuerdos y las aspiraciones emancipadoras de los seres humanos. Este modo de proceder elimina de raíz la rememoración del tiempo pretérito como algo muerto y acabado y, en cambio, propugna traer el pasado al presente actualizando los deseos de liberación de nuestros antepasados. Tal operación siempre conlleva la conciencia de cierta orfandad y un punto de vacío, una suerte de vislumbre de lo incompleto de la vida humana.

Tan descomunal propósito lo afronta con pensamiento libre, pluma ligera y desparpajo argumentativo, aunque naturalmente parte de su fértil cosecha de especulaciones acarree a veces motivo de disentimiento. En todo caso, en su obra se huye del tono apologético porque no se busca levantar vacuos monumentos a los éxitos revolucionarios, sino escrutar con mirada crítica, aunque a menudo cómplice con las vertiginosas y radicales interrupciones que conmovieron en el devenir del mundo contemporáneo. Marx calificó tales mutaciones del orden social, empleando

una potente metáfora ferroviaria muy del siglo XIX, como “locomotoras de la historia”, imagen de la que se vale nuestro autor para dar título a su magnífico primer capítulo. Ese recurso expresivo metafórico sería una plasmación del culto al progreso científico en el siglo XIX y la quintaesencia de una de las dos almas del marxismo, la positivista (la otra fue el voluntarismo), que, una y otra vez, comparece en la historia. El historiador italiano, en cambio, acudiendo a la tesis *Sobre el concepto de historia* (1940) de Walter Benjamin, se apoya en una cita muy conocida: “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia. Pero quizá las cosas sean bastante distintas. Quizá las revoluciones sean un intento de los pasajeros de ese tren, a saber, de la raza humana, de activar el freno de emergencias” (citado por Traverso, 2022, pp. 92-93).

No es este libro que comento adecuado para quien desee buscar una respuesta rápida, sencilla y rectilínea a las encrucijadas ocasionadas históricamente por los conatos de alteración drástica de la sociedad. El mejor ejemplo lo constituye el capítulo 2 titulado *Cuerpos revolucionarios*, dedicado, entre otros asuntos, a dilucidar la teoría política del Estado, sus manifestaciones y consecuencias en el modelo de mudanza social ensayado en 1917 y en otros eventos de este tipo. Además de emplear la idea de cultura popular de Mijaíl Bajtín (2006) para subrayar la violencia revolucionaria como espectáculo, como dimensión carnavalesca de la fiesta popular, acude a un rico abanico de alegorías y simbolismos que traspasan los capítulos segundo (*Cuerpos revolucionarios*) y tercero (*Conceptos, símbolos y reinos de la memoria*), en los que disecciona la vida revolucionaria tomando como referencias, entre otras, la célebre obra de Ernst Kantorowicz (1957) acerca de los dos cuerpos del Rey (el natural, o sea, el que muere con el fin de la vida, y el político que se trasmite hereditariamente y cuyo espíritu se hospeda en sus sucesores). Esa bajomedieval caracterización corporal de la soberanía es herencia teológica (las dos naturalezas de Cristo), pero la representación de la soberanía como un cuerpo humano luego se convierte en lugar común pautado visible ya en la célebre portada del *Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes. En ella el pensador inglés recurre a la metáfora del “hombre artificial” a fin de representar y condensar iconográficamente la naturaleza del Estado soberano encargado de velar por la conservación del orden. Con tal propósito recurre a la tradición emblemática del Barroco y del nuevo espíritu mecanicista del siglo XVII al presentar la comunidad política como un gigantesco cuerpo humano cual maquinaria

que en su interior contiene la multitud de los minúsculos cuerpos de sus súbditos (Hernández Arias, 2022).

Posteriormente Traverso combina y completa su escolio e interpretación acerca de la producción intelectual de dichos autores abordando las teorías decisionistas del derecho (la ley nace de la determinación plena y amoral del soberano) y del concepto de lo político y de la dictadura acuñados por el pensador alemán Carl Schmitt, coetáneo de Walter Benjamin, y uno de los padres jurídicos del nacionalsocialismo¹. Ahí efectúa un intento arriesgado, a saber: relacionar el *decisionismo* schmittiano, una suerte de “realismo político” ajeno a la ética, con las concepciones y prácticas leninistas sobre la revolución, poco o a nada sensibles al concepto liberal de “soberanía”.

En verdad, como dice, ni Lenin ni Trotski inscribieron la dictadura del proletariado en una teoría general de la dictadura (que, en cambio, sí formuló Schmitt en 1922). Los bolcheviques improvisaron sobre la marcha y convirtieron la dictadura del proletariado en una inflexible “dictadura de partido” (muy ajena, por cierto, a la tradición marxiana) que fue más bien producto de las circunstancias de la guerra civil y no brotó de ninguna disquisición teórica preconcebida. En realidad, los grandes dirigentes revolucionarios como Lenin o Trotski, sabían que “la lucha gira toda ella en torno al poder, y es una lucha implacable a vida o muerte. No en otra cosa consiste la revolución” (Trotski, 1978, p. 465).

Por lo demás, frente a las fantasmagóricas y paranoicas concepciones de la violencia revolucionaria como una oscura maquinación de exterminio premeditado e inexorable, cabe subrayar que tanto esa clase de violencia como la contrarrevolucionaria se encuentran profundamente ancladas en la tradición político-cultural de cada caso y, por ejemplo, junto a “la violencia y el terror de las Revoluciones francesa y rusa, tanto en aspectos internos como en su vertiente internacional, es importante recordar que la contrarrevolución no fue inocente, que sin ella no pudieron existir las Furias...” (Mayer, 2014, p. 23). En efecto, durante el transcurso de la historia el peso de las circunstancias a menudo es tan importante o más que el efecto de las ideas sobre los seres humanos. Las fuentes nutricias de las dos grandes revoluciones fueron la Ilustración y el pensamiento de Marx; ni una ni el otro tenían en su programa la aniquilación física de sus virtuales enemigos, como se empeñan en sostener

¹ Ya Thomas Hobbes dejó dicho en su *Leviatán* (1651), fuente inagotable de inspiración de Carl Schmitt, aquello de que *sed auctoritas, non veritas, fecit legem* o sea, la autoridad, no la verdad, hace la ley. Temprano e involuntario adelanto del *Führerprinzip* o “principio de autoridad” reinante en el III Reich.

algunos “revisionismos historiográficos” de nuestra época y las luciérnagas (las que brillan en la noche) del pensamiento reaccionario de ayer y hoy.

Pero la sombra de Carl Schmitt, su *Teología política* (1922) y sus obras posteriores, ha sido y aún es muy persistente y alargada. Traverso, empero, contextualiza insuficientemente la obra del ínclito jurista alemán en la historia cultural de su tiempo, lo que no le impide adivinar algunos paralelismos o incómodas similitudes con las teorías revolucionarias de izquierda. Por aquel entonces, se vivió la impetuosa y polifacética ola intelectual de la llamada *Konservative Revolution* (Phelman, 1990; Sebastian, 2022) sobre la que cabalgarán junto a Schmitt algunos ilustres hombres de letras (Oswald Spengler, Werner Sombart, Martin Heidegger, Ernst Jünger, e incluso Thomas Mann y otros), y cuya resaca acabaría arrastrando a la ruina de la República de Weimar y al triunfo del nazismo. Se ha dicho que esta difusa y poliédrica constelación ideológica de conservadores de nuevo cuño (idealistas, románticos, idealistas y vitalistas) coincide en la total falta de respeto por las formas democráticas de acceso al poder, la negación absoluta de la razón ilustrada y la apelación a los valores intangibles y lazos profundos y no racionales, que dan carta de naturaleza a su concepción de Estado y nación, fundamentada en algo parecido a un mitologema originario: el *Volkgeist* (espíritu del pueblo).

De su parte, nuestro historiador prefiere incidir en la otra cara de esta “revolución conservadora”, a saber, la de los intelectuales revolucionarios como Georg Lukács, Ernst Bloch, etc., pensadores activos en el mismo magma de Weimar pero partidarios de una visión del mundo radicalmente contraria, aunque cabe señalar que algunos planteamientos políticos lanzados con vistas a subvertir el orden parlamentario weimariano tendían a presentar cierta convergencia con los ilustres colegas ultraderechistas, perspectivas probablemente hijas de la profunda crisis de la democracia liberal de entreguerras. Incluso la proclividad, tras la revolución soviética, hacia la exaltación del culto al trabajo guarda algún paralelismo inocultable con la épica discursiva acerca de las figuras del trabajador y el guerrero, alegorías consustanciales a los mitos y simbolismos fascistas al estilo de los macerados en la obra de Ernst Jünger (1932).

Una cuestión ética y estratégica en la historia de la revolución rusa consiste en el afán de “remodelación biopolítica del ser humano como cuerpo productivo y disciplinado, fetichizando tanto el *homo faber* como las fuerzas productivas” (Traverso, 2022, p. 170). En efecto, ya desde los años veinte, como demuestra en su libro, hay

una metamorfosis del halo romántico, hedonista y liberador de la revolución (muy visible en el arte de vanguardia y en el feminismo comunista) convertida en cacotopía tecnológica del socialismo como un paraíso de máquinas autorreguladas, aspecto que denota, como ya se dijo, más de un paralelismo con el fascismo. Incluso Lenin, como menciona, sucumbió al ideal taylorista y eficientista proveniente de los Estados Unidos, y no deja de ser una paradoja bien conocida que en la *civilización soviética* el tipo humano más admirable fuera el ingeniero y las estandarizadas maneras fordistas de organización productiva (Lewin, 2006; Schögel, 2021). El máximo exponente de esta visión mesiánica de las masas-máquinas fue Aleskei G. Gastev, llamado “el Taylor ruso”. Por su parte en 1924, en *Literatura y revolución*, León Trotski (1969) daba muestra de un optimismo regenerativo ingenuo y terrible, rayano en una especie de asimilación entre superhombre y “hombre nuevo”. Traverso recuerda un párrafo del implacable jefe del ejército Rojo: “en el futuro socialista el hombre se acostumbrará a mirar el mundo como una arcilla obediente (...), la especie humana entrará en un estado de transformación radical y, en sus propias manos, se convertirá en objeto de los más complejos métodos de selección artificial y adiestramiento psicofísico” (Traverso 2022, pp. 146-147). No en vano, nuestro autor acierta a percibir, ya desde la obra de Marx, una tensión irresuelta entre positivismo y constructivismo, entre una evolución social teledirigida por unas leyes deterministas y otra entendida como proceso abierto a la acción humana. Como bien dice, el tren blindado de Trotski durante la guerra civil, símbolo por antonomasia de la causa y resistencia bolchevique frente a la acción contrarrevolucionaria que siguió a la Revolución de 1917, representa el canto de cisne de una imaginación revolucionaria invadida por la valetudinaria metáfora marxiana de las revoluciones como locomotoras de la historia.

Como es sabido, en épocas de grandes cambios se conciben a menudo peregrinas ensoñaciones hasta el punto de que haya que recordar, como Traverso cita, parafraseando al revolucionario disidente Victor Serge, “que jamás hay que olvidar que el ser humano es un ser humano” (Traverso, 2022, p. 359). Y no pocos quisieron olvidar, como hoy ocurre con las corrientes *posthumanistas* y *transhumanistas*, que tal recomendación es apropiada para comprender que la tecnología no puede acabar adaptando el comportamiento y los límites de las vidas personales y contingentes a la lógica algorítmica. Por ejemplo, Traverso alude a algunos notables científicos y políticos bolcheviques, como Bogdánov, Krasin o Lunacharski, fundadores del movimiento *construcción de Dios* a escala humana, el

primero de los cuales defendía pintorescas tesis a propósito de la posibilidad de una eterna juventud gracias a transfusiones de sangre y que incluso profesaba un no menos grotesco credo resurreccionista (Traverso, 2022, p. 144), que emergió con motivo de la “necesidad” de guardar, conservar y adorar el cadáver de Lenin contra su propio deseo y el de su familia. Historietas de esta clase, como las que hoy doran la píldora a la diosa Tecnología, siempre conducen a formas regresivas de necesidad ilustrada, cacotopías científicistas y tenebrosas intervenciones biopolíticas.

Pasando mi glosa a tocar tema muy distinto, el extenso capítulo 4 (*Intelectuales revolucionarios*) brilla con entidad propia y se encuentra muy emparentado con el pertinaz laboreo de la historia de las ideas a lo largo de toda su carrera historiográfica, que ahora rebrota con renovado caudal de erudición. En efecto, Traverso dibuja un retrato certero, vibrante y pleno de sugerencias acerca del campo intelectual revolucionario y de sus miembros como tipo ideal, esto es, como modelo hipotético de las reglas implícitas y explícitas de su desenvolvimiento durante el lapso comprendido entre la primavera de los pueblos de 1848 y el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. A tal fin, pone en movimiento un torrente de información y un manejo de fuentes muy variopintas, que le permiten examinar la genealogía, la anatomía y los entresijos de la mentalidad y las pautas de comportamiento, originales respecto a la *intelligentsia* burguesa, de este desclasado e inevitable protagonista en la historia de la revolución mundial. Subraya, de partida, que esa especie de pensador, ajeno al mundo académico y vinculado a las luchas revolucionarias, se suele dar en el centro y el este de Europa, sobresaliendo en ese universo los judíos no creyentes, los “judíos no judíos” (por ejemplo, Marx, Trotski, Rosa Luxemburgo, Lukács, Bloch, Benjamin, Rádek, etc.). Este subconjunto adquiere relieve propio en tanto que sus componentes, empapados o a veces debeladores de su cultura originaria, constituyen un muy peculiar reducto de gentes abiertas al mundo, creativas y siempre desarraigadas (Traverso, 2013).

En este capítulo el bastidor sobre el que el autor teje y desarrolla su valiosa explicación es una taxonomía del intelectual revolucionario, tipo humano que comparte seis rasgos, a saber: compromiso ideológico, utopismo, responsabilidad moral, marginalidad, movilidad y cosmopolitismo (Traverso, 2022, p. 360). Así pues, su trabajo histórico dibuja una exhaustiva y valiosa descripción de la galería de pensadores que volcaron sus energías a favor de la causa del cambio radical de la sociedad. Al final de este capítulo, entre las páginas 363-370, se presentan cuadros

de doble entrada en los que los nombres se cruzan con distintas variables. Son seis listados generacionales, divididos en desgloses espaciales (Europa, Imperio zarista, Europa central, Europa occidental, las Américas y mundo colonial) y cada uno de ellos ordenados alfabéticamente con intelectuales “revolucionarios” (marxistas, anarquistas, etc.) nacidos entre 1800 y 1990. Allí se indican, según mis cálculos, hasta un total de 124 personas, de las cuales 74 se tuvieron que exiliar y 70 sufrieron cárcel, 27 fueron asesinadas y solo 27 alcanzaron las mieles del poder. Del total del universo examinado, la cuota femenina sería claramente inferior al 10%.

Sostiene Traverso, a modo de elogio y con mucha razón, que los inconmensurables volúmenes del libro de Ernst Bloch (*Principio esperanza*, 1954-1959), contienen una auténtica enciclopedia de utopías que han movido el impulso desiderativo de los seres humanos hacia un mundo mejor. También el suyo aloja, desde luego, otra enciclopedia universal: la de los pensadores revolucionarios más célebres de la era contemporánea. Especie menguante y en extinción porque incluso los existentes hoy, como es el caso de Traverso, se han tenido que resguardar de las inclemencias en el mundo occidental bajo la cobertura de instituciones académicas.

Por mi parte, sería inacabable y tedioso dar aquí cumplida noticia de las numerosísimas informaciones sugerentes que se alojan en este libro sobre el itinerario de esta subclase de intelectuales públicos. En cambio, prefiero abreviar la parte final de este escrito mío y ceñirme, por su pertinencia y relevancia, a un asunto capital. Me refiero al armazón teórico-metodológico que inspira esta obra y su posible congruencia con el oficio del historiador que practica Enzo Traverso.

No dudo ubicar al autor de este colosal fresco revolucionario (como los murales del pintor mexicano Rivera, que comenta con detallada fruición) dentro de la prosa entregada a la necesidad de transformar de raíz las sociedades capitalistas, compromiso que, empero, se combina con un manejo admirable y original de las armas metódicas de Clío. En efecto, como ya ha atestiguado en muchas de sus obras anteriores, al cultivar el campo de la historia de las ideas se dota de una espectacular erudición e inagotable conocimiento en profundidad, fruto de sus innumerables lecturas y glosas sobre el impresionante muestrario de intelectuales que menciona. Ahora bien, el discurso crítico de nuestro historiador no se alimenta solo de esa exuberante selva de lecturas densas, sino también de una fértil panoplia de otros documentos entre los que destacan, además de los literarios, los visuales recogidos en la pintura, la fotografía, los carteles y el cine, documentos iconográficos que utiliza

con profusión y mucho tino interpretativo. Él mismo da cuenta en su libro del método de aproximación a la realidad de la historia de las revoluciones, basado en el ensamblaje de *imágenes dialécticas* al servicio de una narrativa no lineal y salpicada de un entrelazamiento de fuentes teóricas, historiográficas e iconográficas no habituales dentro del oficio de historiador.

Este libro no describe las revoluciones según una línea cronológica, aun cuando su periodización y su interpretación se mencionen de manera reiterada y son objeto de una discusión crítica. Su metodología radica en el concepto de *imagen dialéctica*, que aprehende al mismo tiempo una fuente histórica y su interpretación. (...) Comprender la historia, sostenía Benjamin, implica contemplar el pasado a través de su *visualidad* y fijarlo perceptivamente. Como las revoluciones son *saltos dialécticos* en el *continuo de la historia*, escribir su historia supone captar su significación mediante imágenes que las condensen: *el pasado cristalizado como una mónada*. Las imágenes dialécticas surgen de la combinación de dos procedimientos esenciales en la investigación histórica: la recopilación y el montaje. (Traverso, 2022, pp. 36 y 37).

A nadie se le oculta que es tarea ímproba casar el método de lectura de la realidad propia de W. Benjamin con los equipajes mentales de la profesión de historiador. No obstante, como constantemente reconoce, Traverso busca, con diversa fortuna, seguir la estela del excelente, inclasificable y abstruso pensador (para mí inimitable) que fuera Walter Benjamin, quien ya a la altura de 1923 (cuando aún estaba a las puertas de su conversión a una suerte de marxismo), en sus textos breves en prosa se va empapando de la noción de *imagen que piensa* (*Denkbild*), tomada de su admirado poeta Stefan George, cuyo círculo artístico era a la sazón un exponente de la *revolución conservadora* de la era de Weimar (Eilan y Hennings, 2020). Pero es a partir de 1927, fecha en la que ya se confesaba marxista (“materialista histórico”), cuando inicia su trabajo en su inacabado *Libro de los pasajes* en el que queda más perfilado y acotado, aunque no del todo, su percepción y concepción de las imágenes como *dialéctica en reposo*, “pues mientras la relación del presente con el pasado es meramente temporal, la de lo que ha sido con el ahora [*Jetztzeit*] es dialéctica: de naturaleza figurativa, no temporal. Solo las imágenes dialécticas son imágenes auténticamente históricas, esto es, no arcaicas” (Benjamin, 2005, p. 465).

En fin, Benjamin concibe la *imagen dialéctica* como un choque entre pasado y “tiempo-ahora” (*Jetztzeit*), una unión relampagueante, una constelación capaz de encender la chispa de la esperanza de la liberación. Tanto en su maestro como en el discípulo el concepto de *imagen dialéctica* es una herramienta heurística para descubrir e interpretar el mundo social, pero en el caso de Traverso, su texto de factura historiográfica, y por tanto, de inevitable dimensión temporal más que dialéctica, se aviene con dificultad a la hora de poder encofrarse en el molde originario benjaminiano, aunque ello no es óbice para que aproveche felizmente alguna de las maneras del estilo propio de su inspirador para mirar y arrancar de la realidad significados ocultos o implícitos. No obstante, tengo para mí que el resultado es de distinta naturaleza, valor y no comparable en demasía con la fuente originaria, lo que no significa que su esfuerzo haya sido baldío ni mucho menos estéril, porque, en parte gracias a la compañía de su maestro alemán, su labor de historiador, muy encomiable, transita por unas veredas nada comunes y por lo general más seductoras que las de la inmensa mayoría de sus colegas de profesión.

Su labor hermenéutica se ejerce mediante el despliegue de imágenes preñadas de alegorías y dotadas de significado merced al contexto histórico en el que se insertan. Desde *La balsa de la Medusa* de Delacroix hasta la figura fotografiada y momificada de Lenin en sus exequias fúnebres pasando por las películas de Serguéi Eisenstein, por citar solamente algunas muestras, componen una sugerente polifonía interpretativa sobre la dimensión simbólica, la carga conceptual y las múltiples formas de rememoración de los fenómenos revolucionarios. Aquí nos llegan algunos ecos del Traverso de *Melancolía de izquierda*, que, como de costumbre, ya recurría al genio escrutador de W. Benjamin. Sigue esa huella y la de algunos otros ilustres frankfurtianos, principalmente de Siegfried Kracauer, quien “hace del cine un verdadero *modelo cognitivo* que estructura su propia visión de la historia” (Traverso, 2015, p. 4), y tampoco desdeña las deudas iconológicas de Irwin Panofsky (1939) o las del paradigma indiciario del historiador italiano Carlo Ginzburg (1976).

Se comprende perfectamente que nuestro historiador, teniendo maestros de tal porte, recurra a documentos visuales como un método de pensar mediante imágenes, lo que llama “imágenes de pensamiento”, que se trasladan a la explicación de, por ejemplo, fotografías de una barricada o retratos de obreros, entre otras muchas, a modo de fragmentos que ocultan en su interior, a la espera de la escrutadora mirada que los descubra como si fueran fogonazos esclarecedores de una totalidad expresiva

y convergente en una coyuntura histórica determinada. Ya en el *Libro de los pasajes* Walter Benjamin destacaba cómo a través del hecho o el objeto sin importancia aparente resplandecía, a modo de iluminación fulgurante, el significado profundo de toda una época. Nuestro autor se muestra partidario, pues, de interpretar las revoluciones de los siglos XIX y XX mediante el ensamblaje de imágenes dialécticas, que evocan la técnica del montaje cinematográfico tan querida por el singular pensador alemán.

Tomando como base esta búsqueda de pistas muy variadas y a veces insignificantes, Traverso acomete su narración haciendo visibles y enfatizando en los ritos, ceremonias, símbolos, tradiciones, esquemas propagandísticos, etc. de una rica gama de hechos y prácticas revolucionarios de la era contemporánea, desde la Revolución francesa hasta la liberación colonial tras la Segunda guerra Mundial y las últimas revoluciones comunistas de América y Asia.

El resultado de este arrollador y original relato apoyado en un colosal acervo de fuentes, testimonios y memorias, ejecutado con la maestría de un estilo propio, sobrio y claro, contribuye sin duda a una mejor comprensión de los grandes acontecimientos del siglo XX. En fin, si tuviera que resaltar el mayor mérito, además de su rebosante y riguroso caudal de trabajo intelectual, diría que Traverso pertenece por derecho a ese tipo de cultivadores de Clío que practica una *historia con memoria*, una historia en la que se unen rigor científico y atención a las aspiraciones, sufrimientos y testimonios de los que buscaron, intuyeron o lucharon por un mundo mejor. En suma, su aportación se inscribe en esas obras que pretenden mantener la voz y la memoria de aquellos protagonistas a veces involuntarios de la historia a través de restos hoy congelados en textos, imágenes y tradiciones que todavía nos interpelan.

REFERENCIA PRINCIPAL

Traverso, E. (2022). *Revolución. Una historia intelectual*. Akal (original en inglés, 2021).

REFERENCIAS

Bajtín, M. (2006 [1941]). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Alianza.

- Benjamin, W. (1931). Melancolía de izquierdas. www.academia.edu/7642464/Walter_Benjamin_1931_Melancol%C3%ADa_de_izquierdas
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Akal.
- Benjamin, W. (2006). El concepto de historia (1940). En M. Reyes Mate. *Medianoche de la historia. Comentario de las tesis de Walter Benjamin sobre El concepto de Historia*. Trotta.
- Bensaïd, D. (2010). *Walter Benjamin. Sentinelle messianique à la gauche de possible*. Les Prairies Ordinaires.
- Bloch, E. (1977 y 1979). *Principio Esperanza*. Aguilar, I (1954) y II (1959).
- Eilan, H. y Hennings, M. (2020). *Walter Benjamin. Una vida crítica*. Tres Puntos.
- Ginzburg, C. (1976). *El queso y los gusanos*. Alianza Editorial.
- Hernández Arias, J. R. (2022). *Thomas Hobbes. Biografía del monstruo de la política*. Arpa.
- Hobbes, Th. (1983). *Leviatán (1651)*. 2 vols. SARPE.
- Jünger, E. (1993). *El trabajador. Trabajo y figura (1932)*. Tusquets.
- Kantorowicz, E. (1985). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval (1957)*. Alianza.
- Lewin, M. (2006). *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* Crítica.
- Mayer, A. J. (2014) *Las furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*. Publicaciones de la Universidad de Zaragoza.
- Panofski, I. (2001). *Estudios sobre iconología (1939)*. Alianza.
- Phelman, A. (1990). Melancolía de izquierdas. El humanista Kurt Tucholsky. En A. Phelman (ed.), *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*. Edicions Alfons el Magnànim.
- Schögel, K. (2021). *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*. Galaxia Gutenberg.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política (1922)*. Trotta.
- Sebastián, J. J. (7 diciembre 2022). La fascinante aventura de la revolución conservadora. *El Manifiesto.com: periódico política y socialmente incorrecto*. <https://elmanifiesto.com/tribuna/4039/la-fascinante-experiencia-de-la-revolucion-conservadora-alemana-1112.html>
- Traverso, E. (2013). *El final de la modernidad judía*. Publicaciones de la Universidad de Valencia.

- Traverso, E. (2015). El Gabinete del doctor Kracauer. En S. Díez Pérez (coord.), *Historia y teoría crítica: lectura de Siegfried Kracauer* (pp. 39-50). Biblioteca Nueva.
- Traverso, E. (2019). *Melancolía de la izquierda. Después de las utopías*. Galaxia Gutenberg.
- Trotsky, L. (1969). *Literatura y revolución. Otros escritos sobre literatura y arte* (1924). Ruedo Ibérico.
- Trotsky, L. (1978). *Mi vida*. Tébar.

Poslexia y hedonia depresiva en el alumnado. Algunas ideas de Mark Fisher para pensar la educación

Poslexia and depressive hedonia among the students. Some ideas from Mark Fisher to think about education

Sergio García Pujades
IES Valle de Piélagos
sergiogp9389@gmail.com

Recibido en octubre de 2023

Aceptado en enero de 2024

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28409

RESUMEN

Este artículo explora el rendimiento de dos nociones del teórico y crítico cultural Mark Fisher en torno a la educación. Concretamente la poslexia y la hedonia depresiva; dos conceptos que relacionan la educación con la tecnología y los problemas de aprendizaje. En las siguientes páginas se realiza una introducción al contexto y al autor para, a continuación, explicar el concepto de poslexia. Después se realiza lo mismo con la hedonia depresiva, para, finalmente, terminar con unas conclusiones en donde se piensa el contexto educativo actual a través de lo que, para Fisher, es otra condición definidora de nuestro tiempo histórico: la nostalgia.

Palabras clave: poslexia, hedonia depresiva, nostalgia, educación, Mark Fisher, TIC.

ABSTRACT

This paper explores two notions of the theorist Mark Fisher. In particular poslexia and depressive hedonia; two concepts that connect education with technology and learning disorders. In the following pages there is an introduction to the context and the author to then explain the concept of poslexia. The same is then done with the depressive hedonia, and finally ends with some conclusions in which the current educational context is considered through what, for Fisher, is another defining condition of our historical time: nostalgia.

Keywords: poslexia, depressive hedonia, nostalgia, Mark Fisher, education, ICT.

Referencia

García Pujades, S. (2024). Poslexia y hedonia depresiva en el alumnado. Algunas ideas de Mark Fisher para pensar la educación. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 283-294. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28409

INTRODUCCIÓN

El propósito de estos apuntes es presentar algunas de las reflexiones del teórico Mark Fisher en torno a la educación y los estudiantes, contextualizarlas y tejerlas junto a otras ideas y debates que se producen tanto en el ámbito interno de los centros educativos como en la prensa cuando se alude a la enseñanza. Concretamente se tomarán dos breves ideas del autor, que son de extremada actualidad para enfocar algunas de las situaciones que se pueden ver en las aulas: la poslexia y la hedonia depresiva.

Las dos nociones tratan la relación del sistema educativo y su alumnado con la tecnología y la salud mental, asuntos no ajenos a los claustros de profesores y que cada vez ocupan más espacio en el debate público. El tema del uso de las TICs en el aula es de actualidad en la formación del profesorado y en la práctica didáctica, y cuando se ha planteado en el ágora pública se ha enfocado, principalmente, a través de los peligros que puede entrañar el ciberbullying, los problemas de privacidad, seguridad o adicción. Sin embargo, no se ha explicado desde los cambios estructurales que entraña nuestra sociedad y que de forma directa afectan al alumnado.

Mientras, la salud mental ha ido ganando relevancia en el debate público y, en cuanto a su relación con la educación, la prensa se ha hecho eco de su deterioro entre los adolescentes, siendo muchas veces los centros educativos la primera línea de fuego a la hora de enfrentarse a estos problemas. Un ejemplo de esta creciente preocupación fue la huelga estudiantil de otoño de 2022 que reclamaba una mayor inversión pública en atención psicológica. Como en el caso de la tecnología, los apuntes del escritor británico tratan de enmarcar estos problemas en su época histórica para comprender no solo sus efectos sino también su etiología, directamente relacionada con la sociedad y cultura del capitalismo tardío.

Mark Fisher (1968-2017) fue un profesor, escritor y crítico cultural británico. Realizó su doctorado en Filosofía en la Universidad de Warwick en donde fue miembro fundador de la heterodoxa Cybernetic Culture Research Unit. Luego trabajó como docente en el departamento de culturas visuales del Goldsmiths College de la Universidad de Londres. En 2003 comenzó a escribir su blog K-Punk y sus entradas pronto tomaron relevancia, hasta el punto de que fueron la base del exitoso libro *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* (2018), en donde introduce los conceptos aquí estudiados: la poslexia, es decir, la condición cultural por la que el procesamiento

de imágenes es mayor que la necesidad de leer, y la hedonia depresiva, la incapacidad para hacer algo que no implique placer inmediato y recompensa directa (Hammond, 2019; Aguirre, 2018, p. 13).

POSLEXIA

A raíz de su experiencia en las aulas, Mark Fisher, que fue docente tanto en educación superior como en etapas preuniversitarias¹, analizó la situación cotidiana del alumnado británico al que consideraba dominado por la pasividad, aunque no por el cinismo. Concretamente lo acusaba de “impasividad reflexiva”. Estas anotaciones las hacía al comparar a sus alumnos con el estudiantado francés, capaz de manifestarse en las calles por sus derechos mientras que los británicos tan solamente eran conscientes de que la situación no les era óptima, sin hacer nada para remediarlo.

Fisher se quejaba de esa impassividad porque entendía que la condición de los adolescentes era mala observando, simplemente, la alta incidencia de problemas de salud mental y dificultades de aprendizaje con los que tenían que lidiar. Para el autor, el principal escollo era que el abordaje que se hacía de esa situación, de los problemas de salud y aprendizaje entre estos jóvenes, solo se realizaba considerando las características de la neurología del individuo y/o de su contexto familiar, sin hacer un esbozo de la fundamentación social que existía detrás. Para comprender mejor toda esta problemática, la explicó contextualizándola en su época histórica: la del capitalismo tardío, la lógica del hiperconsumismo y el tránsito de una sociedad disciplinaria a una sociedad de control; rasgos que permanecen vigentes.

Con tal situación descrita en las aulas, y que posiblemente sea reconocible por parte del profesorado actual, Fisher se quejaba de que los discentes eran incapaces de concentrarse en una única acción que implicase leer un par de oraciones debido a que les resultaba “aburrido”². El autor recalcaba que no es que existiese una imposibilidad en el hecho de leer, sino que el propio acto lector resultaba fastidioso,

¹ Antes de trabajar en la Academia, Fisher fue profesor de filosofía, estudios religiosos y pensamiento crítico para adolescentes de entre 16 y 19 años en el Orpington College. Este centro pertenece a una etapa posobligatoria aunque no universitaria que en Inglaterra se denomina *Further Education*. Para Fisher era un trabajo difícil y con muchos retos, pero con alumnos muy dados al debate, lo que hacía que fuese gratificante (Fisher, 2005).

² Al contrario que en este trabajo, Fisher describe primero la hedonia depresiva, a la que le dedica más líneas que a la poslexia. Esta segunda noción deriva de la primera estando enlazadas por su misma génesis en el consumismo y la tecnología digital. La poslexia para el autor vendría a aunar los diagnósticos de dislexia, lo cual es una exageración.

por lo que focalizar la atención en una tarea que conlleve, por ejemplo, un análisis de texto, resultaría complicado. En este contexto es en el que sale a relucir la idea de poslexia: no se pone esmero en la lectura atenta y concentrada de un texto porque “los adolescentes tienen la capacidad de procesar los datos cargados de imágenes del capital sin ninguna necesidad de leer: el simple reconocimiento de eslóganes es suficiente para navegar el plano informativo de la red, el celular y la TV” (Fisher, 2018, p. 54).

La escena anterior seguramente sea una experiencia recurrente en nuestras aulas: leer un párrafo resulta tedioso para el alumnado, no así el visionado de un video. La idea de poslexia resulta aún más clarividente a la luz de su actualidad acelerada: piénsese que el crítico cultural realizó estas observaciones a comienzos de los años dos mil y, sin embargo, su idea es ahora más evidente si atendemos a las redes sociales que el alumnado maneja (como TikTok, Instagram o BeReal): cualquier persona con acceso a redes sociales no requiere un alto grado de competencia lectora para interpretar los contenidos que el algoritmo le presenta y moldea de forma constante y eterna, especialmente en aplicaciones como TikTok e Instagram en donde los *reels* se pueden suceder en un *scrolling* incesante.

Esta poslexia debería relacionarse con otro amplio debate en torno al carácter que ha tomado la imagen en nuestra época histórica. Para el historiador del arte W. J. T. Mitchell, la imagen ha superado a lo escrito en nuestra sociedad a la hora de informarnos, lo cual tiene hondas implicaciones en las formas de socialización y subjetivación (Venegas Ramos, 2021, pp. 54-55). De hecho, no somos conscientes de la amplitud de imágenes digitales que usamos a diario, como emojis y memes en la mensajería instantánea, o isotipos e iconos para desplazarnos entre videos, fotografía e hipertextos en redes sociales (Machado, 2019, p. 3).

Vivimos rodeados de pantallas que emiten imágenes cada vez más enrevesadas (piénsese si no en los *deepfakes*), pero esto no significa que la palabra escrita haya muerto, sino que ambas conviven, se integran mutuamente. Sin embargo, es posible que la escritura ya no ostente en exclusiva la prioridad cognoscitiva, algo que el profesorado debería tener en cuenta en su práctica diaria (Vicente, 2008). Puede que este sea uno de los efectos de la poslexia en la educación: si tradicionalmente el texto ha sido la principal apuesta para acercar contenidos en buena parte de las materias, ahora la imagen también puede cumplir esa función y el análisis de la misma tiene más importancia que un texto en el mundo de un adolescente.

Mientras tanto, las pruebas internacionales siguen mensurando la competencia lectora, generando de vez en cuando debates en la prensa sobre la situación del sistema educativo. Ejemplo de ello es el Informe PIRLS de comprensión lectora que señaló que España se situaba por debajo de la media de la OCDE y de la Unión Europea, con un deterioro en esa competencia con respecto al informe realizado en 2016 (aunque mejores resultados que en 2011), mediando la crisis pandémica de COVID-19 entre ambas pruebas (PIRLS, 2021, pp. 51 y 68-69). Los malos datos del informe sirvieron para que los medios se hicieran eco de la decisión de Suecia de revisar el uso de pantallas en el aula y darle mayor utilización al libro de texto en papel, después de también retroceder en dicho documento. La noticia del país nórdico generó en algunos medios un breve debate entre la conveniencia de eliminar o mantener las pantallas de las aulas con el fin de mejorar el indicador. Por su parte, las pruebas PISA también sugieren que en diferentes países el grado de comprensión lectora está disminuyendo y que una mayor inversión en TIC no implica una mejora del rendimiento del alumnado en lectura (Alonso-Sainz, 2021, pp. 4-5 y 16; Desmurget, 2023, pp. 235-239).

No obstante, y más allá del uso educacional de las TICS, el consumo diario de imágenes a través de pantallas es omnipresente. Los estudios indican que una exposición excesiva a la televisión durante la infancia temprana perturba, entre otras cosas, el desarrollo del lenguaje (Chassiakos et al., 2016). Pero en nuestro mundo inundado de imágenes la televisión no es la única generadora de las mismas, ni mucho menos, lo cual lleva a suponer que el abuso de la pantalla tiende a ser lo común, tal y como ha explicado el neurocientífico Michel Desmurget. Este autor impugna con firmeza el uso de las pantallas tanto en el plano doméstico como en el escolar y, desde su perspectiva basada en una revisión sistemática de estudios, esas fallas en la comprensión lectora se explican, en parte, porque las pantallas interfieren en el desarrollo del lenguaje de los niños, excesiva y constantemente expuestos a sus estímulos (2023, pp. 269-276).

HEDONIA DEPRESIVA

De todos modos, Fisher no explicaba la poslexia desde el auge de la imagen como carácter de verdad a la par que lo escrito, o como consecuencia directa del impacto de esas imágenes en el desarrollo infantil, sino que, para él, el crecimiento de las subjetividades posliterarias se situaba dentro de la lógica consumista, de la

inmediatez y, de nuevo, del aburrimiento: “A algunos alumnos les gustaría que Nietzsche fuera como una hamburguesa; no logran darse cuenta (y el sistema de consumo en la actualidad alienta este malentendido) de que la indigestibilidad, la dificultad, eso es precisamente Nietzsche” (Fisher, ob. cit., pp. 52-53). Como se lee, el autor pensaba que enfrentarse a un texto, más allá de la poslexia, resultaba tedioso al alumno porque está habituado a vivir en una sociedad consumista caracterizada por la rapidez y la satisfacción inmediata (simbolizada en la hamburguesa, en la *fast food*). Justo lo contrario de lo que exige una lectura detenida para comprender a un autor denso. La acción que no cumpla con el estándar de consumo vertiginoso y constante está condenada al fracaso por ser aburrida, por requerir una concentración que, irremediabilmente, resulta complicada en nuestro entorno digital preparado para la distracción continua.

La sociedad de consumo de hoy se caracteriza por una hiper conexión mediática que ofrece ocio inminente. De hecho, aburrirse es una acción que un teléfono inteligente ya no nos permite y se convierte en algo parecido a un lujo: “incluso cuando uno está esperando un bus o un tren, hay un flujo constante de estímulos de baja intensidad” (Berkson et al., 2021). Buen ejemplo de esta situación es el experimento que realizaron investigadoras de la Universidad de Málaga con estudiantes de periodismo de entre 19 y 21 años, a los que se les dejó una semana sin teléfono móvil. Entre las sensaciones que más experimentaron durante esos días de desconexión, el aburrimiento figuró como una de las principales junto con otra serie de emociones negativas como la incomodidad, la ansiedad y el aislamiento (González Cortés et al., 2020, p. 116). Esta imposibilidad para interrumpir el flujo constante de imágenes, de ocio y de gratificación inmediata sin que lleve al hastío, es lo que suscita en el adolescente una subjetividad pasiva que le impediría realizar algo que no sea buscar el placer o la gratificación inmediata, que es para Fisher la definición de la hedonia depresiva (Aguirre, 2018, p. 13): “Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer” (Fisher, ob. cit., p. 50)³.

En resumidas cuentas, también hoy nuestra sociedad de consumo nos impide estar alejados del esparcimiento fácil de las pantallas de videojuegos, de redes

³ La depresión ocupa un lugar importante en la biografía y pensamiento de Fisher. Para su contexto, herencia y diálogos con otros autores véase Millán (2022).

sociales, de plataformas de *streaming*, etc., y ello no solo genera una condición de poslexia en donde el texto se desvaloriza frente a la imagen, sino también una búsqueda triste de satisfacción inmediata y constante. En el momento en el que quedamos separados del flujo de entretenimiento fácil se advienen emociones negativas, como las experimentadas por los estudiantes de la investigación. Además, el funcionamiento de las redes sociales más recientes caracterizadas por la inmediatez, la acción continuada, la participación y la primacía de la imagen, constituye un claro ejemplo del esparcimiento basado en la recompensa sencilla a través de las interacciones. Así, el torrente continuado de imágenes, “me gusta”, *retuits*, etc., resulta en una economía del *like* que afecta a nuestro cerebro de la misma forma que otras drogas, pudiendo generar adicciones y otros problemas de salud mental (Martín Critikián y Medina Núñez, 2021).

Esta señal de identidad de las redes sociales, y del ocio digital general que engendra una dependencia absoluta del entretenimiento basado en gratificaciones inmediatas, es lo que impide al individuo mirar más allá de su propio placer, caracterizando la hedonia depresiva. En este sentido, es ejemplificante que los ya referidos estudiantes malagueños, antes de comenzar el experimento de desconexión, se asumiesen dependientes y no imaginasen vivir sin *smartphone*, explicando luego esa dependencia como un aburrimiento al no poder escuchar música, leer noticias o chatear de forma inmediata mientras duró la prueba. Para ese grupo estudiantil estar aburrido es carecer de la dependencia al ocio rápido que ofrece la pantalla del teléfono, unido ello a sensaciones negativas (González Cortés et al., 2020, pp. 114-115). “Estar aburrido significa simplemente quedar privado por un rato de la matrix comunicacional de sensaciones y estímulos que forman los mensajes instantáneos, YouTube y la comida rápida. Aburrirse es carecer, por un momento, de la gratificación azucarada a pedido” (Fisher, ob. cit., p. 52).

Como se comprueba, Fisher explica tanto la hedonia depresiva como la poslexia a través de nuestra sociedad basada en el consumismo tecnológico, pero también busca su origen en el contexto posdisciplinario actual, en donde el estudiante se sitúa en un terreno ambiguo. El autor parte de la reflexión del filósofo Gilles Deleuze (2006) sobre la transición, en la que vivimos inmersos, desde las sociedades disciplinarias estudiadas por Michel Foucault hacia la sociedad de control. Esto es: cada vez más el estudiante es visto como un cliente y la escuela como un servicio de consumo, lo cual entra en conflicto con el tradicional modelo de disciplina escolar. Por eso los

alumnos en las aulas de Fisher se dormían sobre los pupitres, hablaban sin parar y comían aperitivos, porque eran conscientes de que, aunque no hiciesen nada en clase, no iban a recibir un castigo debido al funcionamiento del propio centro, cuyos fondos dependían de que se llegara a objetivos y evitase el absentismo. El problema de esta libertad para el estudiantado es que ese relajamiento no es aprovechado para comprometerse con un proyecto personal, sino para sumirse en la “lasitud hedónica” de la “Playstation, TV y marihuana” (Fisher, ob. cit., 52). Esta adicción a la red de entretenimiento supone para el usuario una incapacidad para la concentración, lo cual dificulta más el compromiso con tareas propias. Por eso hoy los sujetos estudiados por la Universidad de Málaga, después de haber explicado las sensaciones negativas que tuvieron, admitían como efectos positivos de sus días sin conexión el haber mejorado su concentración y haber tenido tiempo para ellos mismos, para comprometerse con sus proyectos personales, académicos y familiares (González Cortés et al., 2020 pp. 112-114), cuestiones positivas para la salud mental y que nacen del aburrimiento.

CONCLUSIONES

Para Mark Fisher las dificultades de aprendizaje y los problemas de salud mental que se muestran en las aulas deben explicarse en su contexto sociocultural. Poslexia y hedonia depresiva responden a un ambiente en el que crecen los diagnósticos y efectos de TDAH, déficit de atención, ansiedad, depresión o perfeccionismo en las aulas⁴.

El profesorado, por su parte, vive la situación con la misma ambigüedad posdisciplinaria que sus discípulos o que los padres de estos: “debemos ser facilitadores del entretenimiento y, al mismo tiempo, disciplinadores autoritarios”, ejerciendo a veces de padres sustitutos al dar apoyo emocional a los adolescentes (pues los progenitores están absorbidos por el trabajo) (Fisher, ob. cit., p. 55).

Una reacción posible del profesorado es que interprete este contexto acudiendo a la nostalgia, otro afecto definidor de nuestro tiempo. Fisher notó que la nostalgia impregna nuestra cultura porque en el realismo capitalista ningún otro futuro es posible. Esto hace que se viva en un presente autorreferencial, tranquilizador y

⁴ Si la poslexia se entiende como una condición cultural, la hedonia depresiva formaría parte de los afectos inauditos que surgen en el capitalismo tardío, estudiados por autores como el filósofo boloñés “Bifo” Berardi. Para profundizar véase Fernández-Savater y Etxeberria (2023); Millán (2022, p. 66). Para el auge del perfeccionismo entre los adolescentes véase Curran y Hill (2019).

paralizante políticamente, que se rige por ser una era del remake y lo vintage (Beas y Romero, 2022, pp. 145-146). Por consiguiente, este afecto podría llevar a muchos profesores de secundaria a pensar, quizás, que el compromiso y nivel académico de los alumnos antes era mucho mayor (de ahí que hubiese menos problemas de lectura); o que antaño no se distrajeran, ni frustraran, ni se desmotivasen tanto (sin tener en cuenta la hedonia depresiva); o que había más respeto por parte de familias y alumnos (sin tener en cuenta el entorno posdisciplinario). Esta forma de pensar que otro tiempo educativo fue mejor no tendría en cuenta el contexto antes desgranado, pero su mayor escollo sería, pensando con Fisher, que esa nostalgia acepta el *statu quo* al bloquear la imaginación de una alternativa educacional. Los docentes deberían evitar aquella impotencia reflexiva que mostraban los estudiantes británicos y que da forma al concepto más famoso del escritor: el “realismo capitalista”, la extendida percepción cultural de que es imposible pensar un sistema diferente al capitalismo tardío.

Fisher defendía constantemente la idea de que la salud mental debería considerarse una prioridad política. Para el autor, el vínculo entre los cambios en la estructura económica, la fatiga a la que se somete al Estado de Bienestar y la privatización del estrés, lleva al individuo a problemas de salud que solo tienen solución en su politización (Fisher, 2012; Hammond, 2019). Esto no significa que el profesorado deba olvidar la atención de los malestares del alumnado, sino que sea consciente de que la solución es colectiva. Para nosotros, pensar hoy otro futuro educativo pasaría, primero, por asumir que las crecientes dificultades del aula no son en su mayoría casuales sino producto de una estructura.

En cuanto a las TICs (factor importante en muchos males), si bien su inclusión en las aulas a veces se realiza como un fin y no como un medio, sin pensar en objetivos didácticos ni en las necesidades materiales de los centros, o como mera moda o imposición (véase la inteligencia artificial), el debate no puede quedar simplemente en la tecnofilia o la tecnofobia obviando la cuestión política de fondo. El profesorado debe ser consciente de que muchas empresas tecnológicas han encontrado un nicho de mercado en la educación, y que las políticas de digitalización encubren programas de privatización educativa, pues la Administración no tiene control del software (Saura et al., 2023). En vez de imitar a los colegios de la burguesía de Silicon Valley, nostálgicos al carecer de pantallas que bombean imágenes y con libros en papel para sortear la poslexia, pensar otro futuro implicaría plantear una

política educativa digital bajo control democrático y pensada para objetivos pedagógicos concretos.

El hecho de que nuestros alumnos sean más problemáticos, de que existan más dificultades de lectura, más problemas de distracción o desmotivación y malestar mental, no nos debería hacer perder de vista su carácter sintomático de un cambio cultural fomentado por el sistema económico. Más aún, el verdadero peligro es ignorar que ese sistema nos inculca la idea depresiva de que no hay otra alternativa posible.

REFERENCIA PRINCIPAL

Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.

REFERENCIAS

Aguirre, P. (2018). Prólogo. En M. Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.

Alonso-Sainz, E. (2021). Políticas educativas en materia de TIC y resultados de comprensión lectora en PISA: un estudio comparado entre cuatro países de la OCDE. *Journal of Supranacional Policies of Education*, 14, 3-20.

Beas, P. y Romero, M. (2022). El pasado es una fecha de algo que está aún en el futuro. Hauntología y utopía en Mark Fisher. *Pensamiento al margen. Revista digital de ideas políticas*, 15, 143-158.

Berkson, S., Burrows, T. y Fisher, M. (7 junio 2021). Mark Fisher: “Tenemos que inventar el futuro”. *El Salto*, <https://www.elsaltodiario.com/pensamiento/entrevista-inedita-mark-fisher-adelanto-editorial-tercera-parte-kpunk>

Chassiakos, Y. L. R., Radedsky, J., Christakis, D. et al. (2016). Children and Adolescents and Digital Media. *Pediatrics*, 138(5). <https://doi.org/10.1542/peds.2016-2593>

Curran, T. y Hill, A. P. (2019). Perfectionism is increasing over time: A meta-analysis of birth cohort differences from 1989 to 2016. *Psychological bulletin*, 145(4), 410-429. <https://doi.org/10.1037/bul0000138>

Deleuze, G. (2006). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Polis: revista latinoamericana*, 13. <https://journals.openedition.org/polis/5509>

Desmurget, M. (2023). *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*. Booket.

- Fernández-Savater, A. y Etxeberria, O. (coords.) (2023). *El eclipse de la atención*. Ned.
- Fisher, M. (16 mayo 2005). Why K? *K-punk*. <https://k-punk.org/why-k/> [consultado 3 septiembre 2023].
- Fisher, M. (16 julio 2012). Why mental health is a political issue. *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/commentisfree/2012/jul/16/mental-health-political-issue>
- González Cortés, M. E., Córdoba Cabús, A. y Gómez Aguilar, M. (2020). Una semana sin smartphone: usos, abuso y dependencia del teléfono móvil en jóvenes. *Bordón: revista de pedagogía*, 72(3), 104-122.
- Hammond, S. (2019). K-Punk at Large. *New Left Review*, 118. <https://newleftreview.org/issues/ii118/articles/k-punk-at-large>
- PIRLS 2021. Estudio Internacional de Progreso en Comprensión Lectora* (2023). Ministerio de Educación y Formación Profesional, Instituto Nacional de Evaluación Educativa, Madrid.
- Machado, D. G. (2019). Las nuevas tecnologías y las subjetividades de los jóvenes del siglo XXI. En *I Jornadas de Investigadores y Estudiantes del ICSE: Producir conocimiento en el contexto de crisis*. Instituto de Cultura, Sociedad y Estado. Universidad Nacional de Tierra del Fuego AelIAS (ICSE-UNTDF), Ushuaia y Río Grande (Tierra del Fuego).
- Martín Critikián, D. y Medina Núñez, M. (2021). Redes sociales y la adicción al *like* de la generación z. *Revista de comunicación y salud*, 11, 55-76.
- Millán, J. D. (2022). Hedonia depresiva: reflexiones sobre el deseo en el realismo capitalista. *Teoría y crítica de la psicología*, 18, 65-84.
- Saura, G., Cancela, E. y Parcerisa, L. (2023). Privatización educativa digital. *Profesorado: revista de currículum y formación del profesorado*, 27(1), 11-37.
- Venegas Ramos, A. (2021). La imagen digital y virtual: un reto para el historiador y el discurso historiográfico contemporáneo. *Historiografías*, 22, 53-74.
- Vicente, S. R. (2008). El rol de la imagen en el mundo contemporáneo. *Huellas. Búsquedas en artes y diseño*, 6, 68-75.

